PHAVY PRIETO

La teoría de las olas cruzadas



LA TEORÍA
DE LAS
OLAS CRUZADAS

PHAVY PRIETO

A mi querida Serena.
Por ser el sol que brilla allá donde va con su sonrisa.

Y a todas esas personas que un día creyeron que no saldrían de la oscuridad.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

©Phavy Prieto, Julio 2026

ISBN: 9798188934545

Sello: Independently publish

ACERCA DE LA AUTORA

Phavy Prieto. Graduada en Ingeniería de Edificación y Diseño de Interiores, con un máster en 2024 de creación literaria es una joven andaluza a la que siempre le han apasionado los libros.

Su incursión en el mundo editorial inició en una plataforma de lectura alcanzando los trescientos mil seguidores y millones de visualizaciones. Entre sus publicaciones más conocidas destacan la *Serie ordinales* de ámbito histórico, *La Belleza de la Bestia* inspirada en el cuento clásico o *De Plebeya a princesa por una noche en las vegas* una comedia romántica.

En 2024 inició con su primera publicación a través de editorial arrancando con *Inmemorial*, una novela romántica inspiracional que conquistó a sus seguidores y a la que le sigue *Infinito*.

La teoría de las olas cruzadas es su primer Sport Romance con el que espera deleitar a sus lectores.

Para saber más sobre la autora, fechas de publicaciones, rostros de sus personajes o próximas obras, síguela en sus redes sociales.



phavyprieto



Phavy Prieto



www.phavyprieto.com

ACERCA DE LA AUTORA

SINOPSIS:

1

Entre el miedo y la profundidad
Océane

2

Aprender a caer sin romperse
Max

3

Todo lo que no controlamos
Océane

4

Romper antes de rendirse
Max

5

Olas que chocan
Océane

6

Lo que se esconde bajo la superficie
Océane

7

Equilibrio inestable
Max

8

Aprender a sostenerte
Océane

9

Orgullo salado
Océane

10

Corrientes que no se ven
Max

11

Sal y miradas que cortan
Océane

12

No confundas equilibrio con control
Océane

13

Sal y miradas que cortan
Océane

14

A dos tablas de distancia
Max

15

Si te caes, no te ayudo
Océane

16

Más allá de la marea
Océane

17

Rompernos también formaba parte
Océane

18

Aprender a ignorar tu piel
Max

19

No cruces esa línea
Océane

20

Entre mareas y discusiones
Océane

21

A un error de distancia
Océane

22

Olor de traición
Océane

23

Dejar de luchar contra la marea
Océane

24

Dejar de fingir que no lo sientes
Océane

25

Tu nombre sabe a sal

Océane

26

Perder el equilibrio contigo
Océane

27

Lo que pasa cuando no te suelto
Max

28

Confiar es más difícil que surfear
Océane

29

Volver a encontrarnos en la marea
Océane

30

Más cerca de lo necesario
Océane

31

No era parte del plan
Max

32

A un océano de distancia
Océane

33

Bajo el mismo equilibrio
Océane

34

Secretos bajo la superficie
Max

35

Atardeceres inesperados
Océane

36

El mar siempre vuelve
Océane

37

Punto de quiebre
Océane

38

La ola que lo cambió todo
Océane

39

Sal en las heridas
Max

40

Más allá del horizonte
Océane

41

La última ola
Océane

EPÍLOGO
Max

AGRADECIMIENTOS

Sinopsis:

Desde que el mar se llevó a su hermano gemelo, Océane no ha vuelto a subirse a una tabla. Juntos eran invencibles, campeones de surf tándem, dos mitades perfectamente sincronizadas que compartían un mismo pulso sobre las olas. Ahora solo queda silencio y un dolor que la empuja a huir de todo lo que un día amó, pero su padre le exige una condición para marcharse: demostrarle que su decisión de abandonar nace de ella y no del miedo.

Max posee un talento indiscutible, un ego desmedido y una reputación destrozada tras su eliminación en el último campeonato de surf. Sin patrocinadores y al borde de perder su carrera, surge una oportunidad tan inesperada como incómoda, formar equipo con una surfista que le devuelva credibilidad, aunque sea la última persona que desea subirse de nuevo a una tabla.

Ambos deben mostrarse como la pareja que el mundo quiere ver, aunque la realidad es que no pueden soportarse. Sus temperamentos chocan como dos olas que se cruzan en mitad del mar, desafiándose, empujándose y rompiéndose una contra otra, como si cada encuentro estuviera destinado a ponerlas a prueba.

Pero hay olas que no desaparecen al esquivarlas, sino que regresan de nuevo persiguiendo su destino y te obligan a elegir entre hundirte o aprender a surfearlas.

1

Entre el miedo y la profundidad

Océane

El tiempo tiene una manera cruel de avanzar sin pedir permiso, como si no le importara a quien deja atrás. No se detiene. No duda. No mira por encima del hombro para ver si alguien está esperando en el mismo lugar donde todo se rompió. Simplemente sigue, continua, rebasa y arrastra todo consigo, incluso a los que no estamos listos para movernos.

Hace casi dos años desde que Reef desapareció, y aún hay días en los que siento que solo fue un sueño, una pesadilla, una de sus bromas absurdas, porque aceptarlo es inviable y la vida no tiene sentido si él no está aquí, pero en cambio yo sí.

Al principio contaba los días como si de algún modo al hacerlo pudiera traerlo de regreso a casa. Después esos días se convirtieron en semanas. Más tarde en meses y al final dejé de contar, porque el número empezó a parecerse demasiado a una condena y por más que todo el mundo diga que el tiempo lo cura todo, nadie menciona el vacío que deja su ausencia, las preguntas sin respuesta, las conversaciones que nunca tuvieron lugar, la sensación constante de que me han arrancado a mi otra mitad sin permiso y sin consentimiento.

Ser hermanos y además gemelos significaba tener a alguien que te entiende sin necesidad de palabras, que estaba antes incluso de que el mundo comenzase a exigir explicaciones. Lo compartíamos todo, incluso nuestra pasión por el deporte. Y ahora, solo queda un silencio al que no puedo poner nombre, un hueco que no se parece

a ninguna otra pérdida, un vacío inmenso del que no existe consuelo.

A veces cierro los ojos intentando recordarlo con precisión. Su voz, su risa, la forma en la me llamaba pequeñaja, aunque solo hubiera nacido ocho minutos después que él. Incluso cuando me miro al espejo logro ver sus rasgos reflejados en los míos. Mismo color de pelo rubio, ojos azules o piel bronceada bajo el sol de años practicando surf, pero aferrarme a esos detalles como si fueran pruebas de su existencia no llena el vacío de su ausencia.

Y lo más aterrador no es que un día saliera junto a su tabla a pesar de la amenaza de tormenta y de que mi padre hubiera discutido más de una vez con él por su temeridad precisamente para evitar lo que ocurrió, sino de la posibilidad de que, poco a poco, el tiempo también desdibujara sus recuerdos en mi memoria.

El cielo se había vuelto rojizo. Los días se alargaban conforme se acercaba el solsticio de verano y el final de un nuevo día se convertía en uno más que se añadía a la larga lista desde que Reef ya no estaba con nosotros.

Cerré los ojos dejando que el sonido de las olas produjera ese efecto de serenidad que siempre había causado, pero ahora su matiz era distinto, disperso, como si aquellas olas que se adentraban en mi cuerpo no lograsen arrastrar todos mis pensamientos. El sosiego ya no formaba parte de mi ser y quizá, esa era la razón principal por la que había decidido aceptar marcharme. Irme lejos de todo cuanto conocía y a quien quería, tal vez porque el dolor es menos profundo cuando no se siente.

—Deberías probar. Hoy está tranquilo. —La voz de Alana me hizo abrir los ojos. La luz anaranjada brillaba sobre su pelo mucho más oscuro que el mío y arrojaba sombra en su rostro evitando que pudiera ver las pecas que la caracterizaban.

Conocía a Alana desde que tenía seis años. Nos convertimos en mejores amigas el primer día de iniciar el colegio y desde entonces siempre hemos estado unidas. Incluso cuando ella decidió

continuar con el negocio familiar de sus padres abandonando los estudios, mientras yo hacía malabares para compaginar la universidad con las competiciones.

—Giras demasiado la tabla, debes apoyarte en el rail y dejar que la ola te lleve —contesté obviando su propuesta.

Escuché cómo suspiraba antes de sentarse a mi lado, lo bastante cerca como para sentir el frescor de su piel rozando la mía. Me recordó a esa sensación después de estar sobre la tabla cuando, a pesar del aire frío, el cuerpo aún guarda el calor de la actividad.

Aprendí a surfear casi al mismo tiempo que a andar. Mi padre, Jax, fue campeón de surf en tabla corta varios años y surfista profesional toda su vida, así que Reef y yo crecimos amando las olas y convirtiendo ese deporte en nuestro modo de vida. Desde que mi hermano no regresó aquel fatídico día, la idea de subirme de nuevo a una tabla me parecía una atrocidad. Al principio me dije que solo quería esperarlo, como si de algún modo él pudiera conocer mi intención y eso le hiciera regresar para volver a subirnos juntos.

Pero jamás ocurrió.

Reef simplemente no regresó y aceptar que fue engullido por el mismo lugar que amábamos con pasión era una forma lenta y cruel de seguir perdiéndolo un poco más cada día. Regresar a ese lugar. Volver a cabalgar una ola sin él, solo era aceptar que la vida seguía su curso y que él jamás volvería.

—Deja de hacer eso —murmuró Alana sin alzar demasiado la voz y cogiendo un puñado de arena entre los dedos jugueteando con los granos que se escurrían entre sus nudillos.

—Dejar de hacer, ¿qué? —pregunté girándome hacia ella y apartando la vista del mar por primera vez.

—Fingir que no escuchas cuando alguien te menciona la idea de volver a surfear —dijo sin rodeos—. Eres la mejor surfista de Queensland, Océane.

—Era —respondo hablando en pasado.

Mi hermano y yo competíamos por separado y habíamos logrado ser finalistas e incluso ganar algún campeonato, pero juntos éramos invencibles.

El surf tándem es una mezcla de sincronía, acrobacia y arte sobre una tabla de surf, como el patinaje artístico sobre el agua. Ganar el último campeonato en esta modalidad supuso un impulso para nuestra carrera. Las exhibiciones y espectáculos llenaban nuestra agenda, los patrocinadores se acumulaban uno tras otro y pagaban las facturas de universidad o la hipoteca de la casa familiar. Nuestros nombres eran conocidos en todo el condado y comenzaron a tener fama internacional hasta el punto de impulsar nuestras carreras en solitario, pero Reef quería más. Él quería ser el mejor y se estaba preparando para competir en el circuito oficial de la liga mundial de surf para olas gigantes cuando desapareció.

—Por mucho que intentes alejarte, es algo que llevas en la sangre Oce. No puedes renunciar a ello —insistió Alana.

Puede que mi mejor amiga fuera la única que no hubiera mencionado lo que todos decían: A Reef no le habría gustado que paralizaras tu vida. Que renunciaras a tus sueños. Que te alejaras de todo lo que amas, pero claramente lo pensaba.

Y no. Mi decisión no tenía nada que ver con abandonar mis sueños, porque estaba convencida de que salir a surfear sin él, significaba convertir lo que más amaba en algo terriblemente doloroso.

—Eso no importará cuando esté en Brisbane —dije alargando los pies conforme dejaba un surco en la arena.

—Y así Mason conseguirá alejarte de aquí, que es lo que ha deseado siempre —afirmó sin sorprenderse demasiado.

Mason era seis años mayor que yo. Comenzamos a salir poco antes de que desapareciera Reef, aunque no les dio tiempo a conocerse bien, dudaba que hubieran tenido una relación de amistad

cercana. Mason era lo opuesto a mi hermano, una persona estable, madura, con proyectos concretos y objetivos marcados. Se había mantenido a mi lado sosteniendo cada bache, cada lágrima y levantándome cada vez que me derrumbaba. Puede que su mundo no tuviera nada que ver con el mío, ni siquiera sabía surfear o manear una tabla, lo suyo eran las finanzas, pero me proporcionaba la paz mental que necesitaba.

Su propuesta para mudarme a Brisbane con él y dar un paso más allá en nuestra relación llevaba vigente desde hacía meses y, a pesar de que Mason era una persona impaciente, me había permitido mis espacios, aunque notaba la tensión de mi indecisión, sobre todo cuando ya no quedaba nada que me atase a Noosa, la ciudad que me había visto nacer y crecer.

—Llevamos saliendo dos años, Alana. Tarde o temprano tendría que tomar esa decisión, las dos sabemos que tendré más posibilidades de encontrar trabajo en una gran ciudad.

—Ni siquiera tiene playa —alegó mi mejor amiga.

Si. Uno de los motivos por los que aún no le había dado una respuesta a Mason era precisamente porque Brisbane no tenía costa. También estaba el hecho de alejarme de mis padres que, tras tener que superar la pérdida de un hijo, tendrían que ver como la única que que les quedaba se alejaba.

—Está a dos horas de camino, vendré todos los fines de semana —dije encogiéndome de hombros.

—¿Y ya se lo has dicho a tu padre? —inquirió sabiendo que ese sería el gran inconveniente.

A mi padre no le caía bien Mason, eso era un hecho, pero había comenzado a tolerarlo después de permanecer a mi lado durante estos dos años y afrontar conmigo la ausencia de mi hermano

Desde que Reef no regresó, mi familia no había vuelto a ser la misma. Mi padre se volvió más ausente y silencioso. Mi madre ser

encerró en sí misma y pasaba la mayor del tiempo trabajando en el hospital como enfermera o pintando encerrada en su estudio. Y yo… yo simplemente perdí el rumbo. Nada de lo que había hecho hasta ese instante tenía sentido. Ni el surf. Ni las exhibiciones. Ni siquiera posar como modelo para las marcas que nos patrocinaban, aunque aún siguieran interesadas en mi nombre tras lo sucedido, porque la desaparición de mi hermano fue demasiado mediática.

Lo dejé todo, incluso perdí el semestre al no presentarme a los exámenes. Y Mason estuvo ahí sin reclamar nada. Simplemente acompañándome, probablemente de no ser por él, no habría terminado la carrera universitaria en biología marina y ahora seguiría aún más perdida.

—Estoy esperando al momento adecuado, probablemente cuando me respondan de alguna entrevista de trabajo —afirmé sabiendo que no existía dicho instante si hablábamos de mi padre.

Sabía perfectamente que no lo tomaría bien y en el fondo, no quería que sintiera que también me había perdido a mí, aunque su distancia se hubiera hecho plausible desde la ausencia de Reef.

—Sabes que siempre voy a estar de tu parte y si realmente es lo que quieres, te apoyaré. —Sentí como el peso de su brazo rodeaba mis hombros y el frescor de su piel bañada por el agua me refrescaba.

—Es lo que quiero —admití a pesar de que por alguna razón no sintiera reales aquellas palabras.

¿Quizá necesitaba decírmelo demasiadas veces para convencerme de que era lo mejor?, ¿De que alejarme de Noosa era el único modo de dejar de sentir esa opresión constante en mi pecho? Necesitaba sentir otra cosa que no fuera dolor, quizá no se trataba realmente de lo que quería, sino de lo que no quería.

Me despedí de Alana cuando la última sombra de la puesta de sol tras nosotras se desdibujó en el horizonte bajo la montaña, sin duda eso sería una de las cosas que echaría de menos cuando me

mudara a Brisbane, poder ver el atardecer desde la playa, aunque allí el sol no se perdiera tras el agua. Mientras caminaba por la calzada hacia las afueras de la ciudad, sentía la calidez de los últimos días de primavera. La gente ya había decorado sus casas con luces navideñas mientras que en la nuestra lo único que podíamos pensar es que sería la segunda navidad sin tener a la familia completa.

Divisé nuestra casa de madera azul al final de la calle, se hallaba en los límites de la ciudad, con un porche que rodeaba toda la casa y proporcionaba vistas al mar, la principal razón por la que mis padres habían decidido mudarse allí después de haber viajado por medio mundo. Probablemente habrían continuado así de no haber tenido un embarazo gemelar, pero mi madre consideró que deseaba estabilidad y un lugar donde prosperar y echar raíces. Se enamoró de Noosa porque era el lugar al que sus padres solían viajar a menudo de vacaciones y siempre quiso criar a sus hijos allí. Mientras me acercaba no dejaba de pensar en todos los momentos felices que nos había dado ese hogar, pero ahora estaban cubiertos de una neblina oscura que no me permitía acceder a ellos. Cada vez que veía una foto de Reef, era un recuerdo que venía acompañado de un pensamiento que lo empañaba al ser consciente de que solo me quedaría eso para el resto de mi vida: recuerdos.

Ninguna vivencia más.

Ninguna experiencia más.

Ninguna conversación, abrazo o discusión.

Nada.

Y la nada era demasiado aterradora para confrontarla.

Rodeé la casa para pasar por el jardín y quitarme la arena de la playa, había hecho tantas veces aquello que mi cuerpo actuaba en modo reflejo y mientras lo hacía escuché las voces del interior. Pensé que sería alguna llamada por parte de la prensa, habían sido muy insistentes en que diéramos una entrevista desde la desaparición de

Reef para saber si se sabía algo sobre su desaparición y confirmar o desmentir si me retiraba del mundo del surf, pero cuando oí la voz de mi madre, me sorprendió que la discusión fuera entre mis padres.

Ninguno de los dos se hizo reproches. Tampoco culpas. Por muy duro de aceptar que fuera, éramos conscientes de que aquel día la decisión de retar al destino fue solamente de mi hermano, pero aun así, todos esperábamos que en un momento determinado abriera la puerta, dijera que se había tratado de una broma y aquella pesadilla concluyera.

Pero no era un sueño del que debía despertar y hacía demasiados meses que esa idea a la que deseé aferrarme, se desvanecía cada vez más.

No hubo una llamada. Ni un cuerpo que devolviera el mar. Ni un velorio, misa o funeral. No había nada que demostrara que él ya no estaba y la incertidumbre acompañada de una certeza incapaz de aceptar era el verdadero infierno.

Entré en casa con los pies aún mojados y me detuve en la pequeña alfombra antes de darme cuenta de que las voces provenían del salón.

—¡Esto no ha sido idea suya!, ¡Por supuesto que no!, ¡Ha sido ese… ese…!

—¿Y qué importa si ha sido él o es una decisión de ella?, ¡No puedes presionarla para hacer lo que te plazca!

—¡Si la presionara ya se habría vuelto a subir a una tabla y estaría compitiendo!

—¡Es su vida, Jax!, ¡No la tuya! Y después de lo que le pasó a Reef, tal vez sea lo mejor para todos.

—No puedo creer que estés de parte del tal Mason, Margot.

—Lleva dos años con tu hija, podrías dirigirte hacia él de un modo más apropiado, ¿no? Si ella ha tomado una decisión, deberías

respetarla.

En algún momento ambos se percataron de que acababa de entrar en casa, tal vez fue el sonido que las llaves hicieron en el cenicero de cerámica que había en el pasillo de la casa y que Reef y yo hicimos cuando teníamos cinco años. Estaba desconchado, había perdido parte de su color original, pero aún formaba parte de nosotros, impregnado de su esencia, como cada rincón de ese lugar.

Mi madre no había cambiado absolutamente nada de la casa en estos dos años, tal vez necesitaba creer que si él volvía, encontraría todo exactamente tal como lo dejó. Los mismos cuadros, la misma decoración, los mismos cojines, adornos o retratos y eso para alguien que cambiaba todo de forma constante, significaba cuánto le había afectado su pérdida.

—¿Qué ocurre? —pregunté ante el silencio de ambos y la evidente irritación que mostraba mi padre en la cara.

Escuché como él emitía un chasquido y mi madre lo observaba con aquella mirada que indicaba que guardase la calma, algo que parecía haber olvidado desde que ya no estaba Reef.

—Recibiste una llamada mientras estabas fuera —comenzó a decir mi madre con suavidad—. Tu padre creyó oportuno responder cuando vio que era un número no registrado, pensó que tal vez era de nuevo algún periodista creyendo que al acercarse el aniversario estarías dispuesta a hacer un artículo, pero se trataba de una empresa de Brisbane que había recibido tu currículum y están interesados en concertar una entrevista.

—¿Cuándo pensabas decirnos que tus intenciones son las de marcharte a Brisbane? —intervino mi padre sin dejar que respondiera.

—No era una decisión firme, solo estaba contemplando mis posibilidades…

—Eres bióloga marina, ¡Por el amor de Dios!, ¡Brisbane ni siquiera está cerca del mar!

Si. Eso era cierto. Mis únicas posibilidades eran las de trabajar en un laboratorio y no en campo como habría estado siempre en mis preferencias, pero mis prioridades ahora habían cambiado.

—Lo que a tu padre y a mi nos gustaría saber es si esta decisión viene de ti, Océane. Es lógico que Mason y tú queráis estar cerca, pero tú siempre has querido vivir cerca del mar, ese ha sido siempre tu deseo.

—Es una decisión mía —mentí con descaro.

Mason llevaba meses presionándome para tomar esa decisión, tal vez no de un modo directo, pero sí que no dejaba de insistir en la idea de todos los planes y proyectos que podrían llevar a cabo si me transfería a Brisbane con él. No solo por un futuro mucho más estable, ya que su puesto de trabajo era importante y sus perspectivas de ascenso notorias, sino porque la ciudad nos permitía forjar un futuro prometedor a ambos, aunque muy lejos de todos esos sueños que había proyectado en mi infancia.

—¡Esto es absurdo!, ¿Crees que marcharte lejos de aquí es la solución?, ¡Tu vida está ahí fuera! —indicó señalando el gran ventanal que tenía vistas al mar.

—¡Basta! —exclamé logrando que me mirase con expectación —. El surf se ha acabado para mí, papá. ¡Y Voy a irme te guste o no!

Vi como emitía un sonido de exasperación y mi madre susurraba su nombre como si fuera una advertencia para que no dijese ninguna imprudencia.

—Puedes huir cuando quieras, pero no puedes escapar de algo que llevas en tu sangre —refunfuñó mientras recorría el salón para salir por la misma puerta por la que yo había entrado y que daba al jardín exterior.

Sabía que no se lo iba a tomar bien, pero pensé que podría tener la oportunidad de allanar el territorio mientras planeaba una estrategia. Ahora la situación iba a ser mucho más tensa y desagradable, sobre todo porque no deseaba marcharme en esas

circunstancias, teniendo presente que ya había perdido un hijo y que ahora tendría la sensación de haber perdido también a la que le quedaba.

—Dale tiempo… sabes como es —susurró mi madre y me acerqué hasta el sofá dejándome caer sobre los cojines que se adaptaban a la forma de mi cuerpo.

—No me estoy marchando a la otra punta del mundo… —advertí cogiendo uno de los cojines que tenía debajo y abrazándolo contra mi pecho.

Sentí como mi madre se sentaba a mi lado y su pierna rozaba la mía. Siempre había sido hermosa y ahora, a pesar de los años y las arrugas marcadas alrededor de los ojos o las canas que se avistaban entre su cabello castaño claro, seguía irradiando esa belleza etérea.

—Las dos sabemos que el problema no es que te marches, Océane. Tu padre y yo siempre hemos sabido que un día Reef y tú buscaríais vuestro propio camino. —Hizo una pausa como si la simple mención de mi hermano la dejara sin aliento—, siempre y cuando fuera lo que realmente deseabais. Perseguir un sueño es mucho más alentador que conformarse. No os educamos para que os limitaseis, sino para que volarais muy alto. Si realmente quieres irte a Brisbane porque amas a Mason y deseas una vida a su lado, yo estaré de tu parte, pero tienes que convencer a tu padre de que es tu decisión y no su influencia la que te ha llevado a esa determinación.

Inspiré y me eché hacia atrás mientras exhalaba todo el aire contenido.

—No va a cambiar de idea. Nunca ha soportado a Mason —afirmé cerrando los ojos.

—Que no coincidan en su forma de ver la vida no significa que no lo soporte. Lo tolera, y es consciente de que ha estado a tu lado en los momentos más difíciles, cuando ni siquiera él o yo hemos

sabido reconfortarte como merecías porque teníamos que combatir con nuestro propio dolor, pero anteponer los deseos de Mason sobre los tuyos, no te dará la felicidad que esperas. No puedes construir tu mundo entorno a alguien, cariño.

—No lo estoy haciendo, solo quiero explorar mis posibilidades.

—Entonces plantéale eso a tu padre.

Volví a suspirar.

—Como si fuera tan fácil hablar con el…

—Él solo quiere lo mejor para ti, Océane. Y si tu felicidad está en Brisbane, lo aceptará.

2

Aprender a caer sin romperse

Max

Tiré la tabla de malos modos a pesar de que era un modelo único fabricado a mano por uno de los mejores artesanos de toda la costa Noroeste. La adrenalina, el furor y una rabia contenida me cegaban en aquel momento. Necesitaba romper algo. Quería romper algo y lancé un puñetazo con el brazo izquierdo contra la pared de una de las casetas de madera provocando que los tablones cedieran al mismo tiempo que mi piel también lo hacía resquebrajándose y dejando brotar la sangre fresca.

No me importaba el dolor, la furia era mucho más apremiante. Conocía las consecuencias, los límites y los entresijos de aquellas normas estrictamente comedidas, pero nada de eso me había importado, aunque ahora fuera muy consciente de lo que significaba.

«Partirle la cara a otro competidor suponía la expulsión»

—Si es lo que querías, ya lo has conseguido —afirmó una voz que conocía muy bien detrás de mí.

—¡Ese imbécil casi me tira de la tabla! —grité a pesar de saber que este hecho no cambiaba las circunstancias.

—¡Y le restarán puntos por eso!, ¡Pero tu comportamiento antideportivo lo ha echado todo a perder!, ¡Estás fuera, Max! Tu acción ha provocado que seas descalificado. No podrás competir este año y el comité ha presentado una penalización que exija tu prohibición a competir en los próximos tres años.

—¿Qué? —exclamé sintiendo que toda esa furia se acumulaba en mi garganta y las palabras parecían salir como verdadero fuego por mi boca.

—Has enviado a un chico al hospital, Max. ¿En qué cojones estabas pensando?, ¿De verdad creías que ibas a salir de rositas de esta? Te lo he advertido cientos de veces, para competir se necesita disciplina sobre la tabla y una mente fría que no se deje influir por nada. Eres excelente en lo primero, pero nefasto en lo segundo y aquí tienes el resultado. ¿Crees que ese chaval no sabía lo que hacía? Te ha provocado y tú has respondido como un completo idiota. Ahora él sigue dentro y tú estás fuera.

Ser consciente de este hecho no cambiaba la satisfacción de haberle partido la nariz y varios dientes a mi contrincante, pero enfrentarme a la idea de no poder volver a competir en años era un precio demasiado alto que no podía permitirme pagar.

—Te pago para que soluciones esos problemas. ¡Haz algo! —bufé apretando los puños y sintiendo la tirantez en la piel de ambos.

—Yo no obro milagros, Max —refutó con más calma de la que parecía aparentar—. Tu arrogancia los últimos meses advirtiendo que ganarías este campeonato solo ha dejado una estela de animosidad en todos los concursantes. Ninguno va a abogar por tu parte y el comité deseará dar ejemplo con tu expulsión al resto de competidores. Te lo advertí chico. Mantener un perfil bajo era tu mejor baza y tu has enviado a la mierda toda tu carrera.

Di una patada al banco externo provocando que las patas cedieran y pasara a ser un amasijo de tablones desechos.

—¡Joder! —grité comenzando a sentir esa sensación de furia que lograba sesgar cada sentido de mi coherencia.

El surf era mi modo de vida. Llevaba toda mi vida preparándome para ese momento, para convertirme en el mejor del mundo y no podía simplemente perderlo.

—Vete a casa. Cúrate las heridas y no des ni una sola entrevista a la prensa. Ninguna. ¿Queda claro? Al menos hasta que establezcamos una estrategia. Hablaré con tu representante y tu asistente de competición para ver la gravedad de la situación.

Hasta ahora, Patric había sido el entrenador y preparador físico que más tiempo había durado a mi lado, quería rebatir su advertencia, dar mi propia versión de los hechos, pero por una vez, decidí hacerle caso y recogí la tabla antes de dirigirme hacia la camioneta. La idea de no volver a competir, de no poder subirme al podio y proclamarme vencedor provocaba un vacío destructor en mi interior.

Cada una de las decisiones en mi vida había sido estudiada y meditada a conciencia para estar en el punto donde estaba ahora. En la cima. En la cúspide. Y aunque fuese arrogante reconocerlo, era muy consciente de que soy el mejor competidor. Quedar fuera del campeonato y, además, prohibirme competir durante los próximos tres años, significaba una mancha en mi expediente que no podía permitirme.

Y menos aún en mis circunstancias. Mi principal patrocinador me había proporcionado un conductor propio, pero prefería conducir por mí mismo, era la mejor manera de conocer el lugar así que arranqué el motor de la camioneta y recorrí la distancia hasta el hotel, aunque en realidad fuera un complejo de bungalows. Me había instalado en Hawái un mes antes del campeonato para prepararme en el mismo lugar donde tendría lugar el evento, así que conocía suficiente la costa norte de Oahu para circular sin necesidad de utilizar el navegador del coche.

Aparqué en la puerta cuando entró la primera llamada. Era mi madre y suponía que las noticias debían volar lo suficiente rápido hasta California para que me llamara sabiendo que debía estar inmerso en el campeonato.

—¿Ha sido Patric o Hector? —exclamé refiriéndome a mi entrenador o a mi representante.

—No importa —contestó mi madre con cierto pesar—. Hablamos de esto Maximiliano. —Mi madre era la única persona que me llamaba por mi nombre completo, para mis amigos y el mundo entero yo era solo Max.

—Lo sé… —contesté como si solo ahora me diera cuenta de la estupidez que había cometido—. Estoy seguro de que se arreglará. —Al menos es lo que había sucedido siempre. Un poco de mala prensa acrecentaba el furor de los fans y una vez pasado el revuelo, obtenía patrocinadores dispuestos a pagar aún más por mi imagen.

Pero no solo mi vida y futuro dependía del surf y de esos patrocinadores que pagaban todo, sino también las tasas médicas de mi hermana menor, Harmony. Puede que mi madre nunca deseara que ese peso recayera sobre mis hombros, pero el dinero venía muy bien para cubrir los gastos médicos de su enfermedad, ya que desde que Charlie murió los ingresos se redujeron considerablemente y sin un seguro médico, el tratamiento se volvía inalcanzable.

Harmony sufría diabetes tipo uno y a pesar de que acababa de cumplir ocho años, había estado más tiempo hospitalizada que yo a lo largo de mis veintiséis. Mi madre me tuvo con apenas diecisiete años, su relación con el snob de mi progenitor ni siquiera duró hasta el final de su embarazo. Él tenía demasiados proyectos y planes en los que no encajábamos, así que se limitó a pasar una pensión alimenticia hasta que cumplí los dieciocho sin ninguna intención de mantener contacto. El único hombre al que me había permitido llamar padre, fue Charlie. Él me enseñó a surfear, me llevó a mis primeras competiciones, compartió conmigo todo lo que conocía sobre el surf y el día que murió me recordó que la persistencia me llevaría lejos y que había sido un orgullo para él ser mi padre.

Probablemente si estuviera hoy aquí, me habría dado un par de collejas y después habríamos reído tomando una cerveza juntos.

Echaba de menos a Charlie, pero sobre todo, que Harmony no hubiera llegado a conocer al que fue su padre, ya que ella apenas tenía tres años cuando murió y no tenía recuerdos nítidos de él.

—Enviar a otro competidor a un hospital en ambulancia no es algo que se pueda arreglar fácilmente, Maximiliano. Habrá consecuencias. Hay protocolos. Charlie siempre…

—¡Charlie no está! —bramé y me llevé una mano hacia el pelo que aún estaba mojado echándolo hacia atrás y sintiendo como el roce con las magulladuras del puño producían escozor.

Tenía que curar las heridas, pero en ese momento solo deseaba meterme bajo la ducha y no pensar en nada. Oí la respiración de mi madre al otro lado, guardaba silencio, probablemente analizando qué decir o cómo decirlo.

—Sé perfectamente lo que tengo que hacer. Preocúpate de Harmony, ella es la que te necesita.

Colgué porque realmente no quería o más bien no deseaba reconocer que había perdido los estribos. No había pensado en las circunstancias, ni en las repercusiones y menos aún, en como podría afectar realmente a mi carrera.

Pasé al menos veinte minutos bajo el agua fresca de la ducha antes de que Patric volviera a llamarme para confirmar lo que ya sospechaba. La liga de surf profesional había suspendido temporalmente mi participación y quedaba fuera del campeonato. Esa misma tarde, iban a reunirse para deliberar sobre cual sería la penalización por agredir a otro surfista durante la exhibición y tenía una citación a primera hora de la mañana para compadecer ante el tribunal y recibir el resultado de esa deliberación.

La prensa se había concentrado en la sede de la organización a la mañana siguiente. Y en cuanto me bajé del vehículo vi como me rodeaban acercando teléfonos que grababan, cámaras y algunos micrófonos. Todo el mundo se había hecho eco de la noticia, había salido en la prensa, televisión y era tendencia en redes sociales. Mi nombre había sido etiquetado en miles de publicaciones donde el vídeo en el que lanzaba un puño al otro competidor en la orilla de la playa se hacía viral. Tenía defensores y detractores, pero todo el mundo esperaba una pronunciación de los hechos por mi parte.

Mi representante me había avisado esa misma mañana que tenía ofertas de varios medios de comunicación para algunas entrevistas, así que mantener silencio era mi mejor baza en aquellos momentos, pero con aquella exposición era muy consciente de que los patrocinadores que me financiaban no iban a marcharse, así que cuando las cámaras me enfocaron, sonreí con superioridad como si me sintiera intocable.

Puede que la federación lo considerase una falta grave, pero la repercusión social de los hechos me convertía en un reclamo social, así que mi preocupación por los gastos médicos de Harmony eran infundados.

—Mantén un perfil bajo, muestra arrepentimiento y pide disculpas, tal vez sirva de poco porque ya habrán tomado una decisión, pero la federación se toma muy en serio la imagen que proyecta —mencionó Patric mientras aguardábamos en la sala de espera a ser convocados—. Esto va en serio, Max. Te juegas tu carrera.

Escuché mi nombre antes de que pudiera responder y cuando Patric se levantó, la advertencia de que debía entrar solo provocó que mi entrenador frunciera el ceño. Probablemente era una técnica de intimidación, pero no le di mayor importancia, simplemente me dirigí hacia la puerta que me indicaban y al entrar, contemplé que se trataba de una sala de reuniones en las que ocho personas se hallaban sentadas en una mesa ovalada dejando una silla en el extremo opuesto vacía.

—Maximilian Kingsley, puede tomar asiento —dijo uno de ellos sin que me diera tiempo a averiguar cual había sido.

Hice un repaso rápido, eran dos mujeres y seis hombres de edades variadas, pero el más joven tendría la edad de mi propia madre. Noté mientras caminaba que todas las miradas se cernían sobre mí, estaba acostumbrado a que me observaran, el surf es un deporte que no se puede practicar en privado, así que todos mis

entrenamientos siempre habían sido minuciosamente cuestionados y juzgados.

—Las normas de la competición y que usted firmó, señor Kingsley son claras. Una confrontación directa entre competidores es expulsión directa. ¿Tiene algo que aportar en su defensa? —preguntó la voz de una de las dos mujeres que constituía el extremo de la mesa y deduje que sería la portavoz de la federación.

—Creo que nada de lo que diga cambiará el hecho de que le partiera la cara a ese tipo —admití encogiéndome de hombros.

—¿Muestra arrepentimiento? —insistió la misma mujer sin mirarme, como si se limitara a leer una serie de preguntas que tenía delante.

Sabía que debía responder afirmativamente, pero no pude expresar una mueca en la que casi podía reírme de la situación.

—Por supuesto —Y noté como alzaba la vista, pero su semblante era completamente serio.

—No lo parece, señor Kingsley.

Era extraño que me llamaran de ese modo, pero suponía que todo se debía a la formalidad de la situación.

—¿Cambia en algo su decisión?

—No —afirmó aquella mujer—. La decisión de la federación ha sido unánime en cuanto a su expulsión, pero no hemos llegado a un acuerdo concluyente en cuanto a las repercusiones de su comportamiento y en como éste afecta a la imagen que deseamos proyectar.

—¿Y eso que significa? —pregunté sin entender una mierda.

—Su expulsión de la competición fue inmediata debido a su comportamiento. A partir de este momento, queda suspendido de cualquier actividad vinculada a la federación con carácter temporal. Su readmisión queda sujeta a una evaluación posterior que tendrá

lugar dentro de seis meses en la que se decidirá si será readmitido o no, esta evaluación está plenamente condicionada a la reparación de su imagen pública y al cumplimiento de las normas de conducta establecidas.

¿Querían que reparase mi imagen pública?

—Tiene prohibida la aparición en cualquier medio de comunicación para hablar de lo acontecido o cualquier tema relacionado con la federación que afecte en este asunto. Deberá suspender temporalmente su aparición en redes sociales hasta que deje de ser el centro del foco mediático relacionado con este altercado. No podrá hablar, ni hacer publico este acuerdo. Tiene terminantemente prohibida la participación en cualquier competición avalada por la federación. Podrá entrenar y exhibirse, pero no competir, señor Kingsley. Deberá firmar todas las cláusulas antes de salir por esa puerta y tener en cuenta que, cualquier incumplimiento de éstas significará su expulsión permanente de la federación.

3

Todo lo que no controlamos

Océane

Encontré a mi padre en el cobertizo donde fabricaba y preparaba cuidadosamente las tablas de surf. Durante algunos años habíamos vivido exclusivamente de lo que ganaba por esas tablas y, con el tiempo había perfeccionado la técnica hasta convertirse en uno de los mejores artesanos locales. Últimamente pasaba demasiado tiempo en ese cobertizo como si no tuviera nada mejor que hacer, o más bien, porque era lo único con lo que se sentía útil ahora que no estaba entrenando a mi hermano o a ambos.

Observé como se acumulaban varias tablas al fondo esperando ser barnizadas y pintadas mientras trabajaba en una nueva y el ruido de la lija manual me atrajo hasta su mesa de trabajo. Aparté varias herramientas de una mesa auxiliar y me senté sobre ella guardando un silencio incómodo ya que mi padre ni siquiera había alzado la vista a pesar de saber que me encontraba allí.

—No puedes enfadarte solo porque haya decidido tomar una decisión que afecta únicamente a mi vida y que no entra en tus planes —dije finalmente intentando no mostrarme a la defensiva o enfadada, sino entablar una conversación.

Escuché como suspiró y soltó el aire contenido mientras detenía la lija.

—¿Crees que estoy enfadado solo porque decides irte sin consultármelo? Eres adulta, puedes hacer lo que te plazca, pero no es el hecho de que te marches lo que me preocupa, sino el motivo.

—Si crees que me voy solo por Mason, no es así. En Brisbane tengo más posibilidades de encontrar un trabajo decente, iniciar a construir un futuro estable, tú mismo deberías saber que el surf no lo es todo, tuviste que pasar años fabricando tablas para llegar a fin de mes. Además, Brisbane tampoco está tan lejos de Noosa.

—¡Maldita sea Océane!, ¡Preferiría que te fueras a vivir a la otra parte del mundo si con ello sé que lo haces por devoción y porque es lo que quieres de verdad! Lo único que hay en Brisbane es ese novio tuyo que está encantado con la idea de que no vuelvas a surfear y, si supiera que es tu verdadero deseo lo aceptaría, pero llevas dos años sin subirte a una tabla y huir no hará que ese miedo desaparezca.

—¿Eso lo piensa mi padre o mi entrenador? —pregunté en un tono de voz un poco más irritante.

—¿Cambia en algo tu respuesta? —exclamó soltando por completo la lija y mirándome por primera vez desde que entré en el cobertizo.

—No estoy huyendo. Quiero irme. ¿Tan complicado es de entender que quiera una vida distinta a la que tenías idealizada? Puede que en este año me haya dado cuenta de que deseo explorar otras posibilidades y descubrir que es lo que quiero.

Por un momento arrugó la frente y se dejó caer hacia la pared de atrás cruzándose de brazos.

—Demuéstramelo entonces —dijo con tranquilidad—. Hay una nueva convocatoria de campeonato para surf tándem. Entrena durante este verano para competir y si después sigues queriendo marcharte a Brisbane, te llevaré yo mismo, pero no me pidas que me quede cruzado de brazos viendo como cometes el mayor error de tu vida. Ya he perdido a un hijo, no pienso permitir que la única hija que me queda destroce su vida por miedo a vivirla como realmente le gustaría.

Agaché la mirada intentando que la vista no se me emborronara para no mostrar que, en realidad, una parte de mi estaba completamente aterrada ante esa posibilidad. Había optado por la seguridad y el convencimiento muy por encima de la felicidad incierta. Mis mejores momentos y recuerdos se encontraban encima de una tabla, pero, también podía ser igualmente feliz en otro contexto, ¿no? Mason me aportaba mucho más que cualquier otro chico con el que había salido hasta ahora y eso debía significar algo.

Construir un futuro lejos de allí no quería decir que no me sintiera realizada, simplemente no era lo que siempre había imaginado para mí, pero las cosas cambian, tal como habían cambiado en el giro de unas pocas horas tras la desaparición de Reef.

—He entrenado con Reef desde que tengo uso de razón, no tendría esa conexión con ningún otro surfista y lo sabes. Intentarlo solo es una pérdida de tiempo para los dos.

—Puede que tengas razón, pero si tan convencida estás de que no funcionara, entonces no tendrás ningún problema en intentarlo, ¿no? Soy tu entrenador y soy tu padre, así que encontrar a la persona adecuada es asunto mío.

Ni siquiera estaba convencida que lograse encontrar a alguien que encajase en sus exigencias, probablemente no tenía nada que temer.

—Tres meses —afirmé convencida de este punto. Mi padre era lo suficiente inflexible para que, en el caso de encontrar a alguien, no fuera capaz de soportarlo dos días seguidos de entrenamiento—. Y cuando compruebes que no funciona me iré.

—Si pasado ese tiempo aún quieres marcharte, te llevaré yo mismo.

Me baje del asiento improvisado y me acerqué hasta él inspeccionando con detenimiento la tabla en la que estaba trabajando. Al igual que era un entrenador exigente, lo era también

con las tablas que creaba, imaginaba que por eso podía venderlas a precios elevados, sobre todo para la gente de fuera.

—Quiero que me lo prometas, papá.

—Si te comprometes durante estos tres meses, te prometo que no volveré a objetar tu decisión.

Podía renunciar, negarme y marcharme de igual modo, aunque él no estuviera de acuerdo en ello, pero una parte de mí era incapaz de hacerlo, de que volviera a sentir el vacío de otra ausencia, a pesar de que eso significara enfrentarme de nuevo a algo que me aterraba.

La idea de salir al mar sin Reef o pensar en otra persona como su reemplazo solo me producía rechazo. No quería que mi vida continuara sin él, no cuando era muy consciente que para mi hermano la suya se había detenido y nunca más volvería a sentir esa sensación refrescante y llena de excitación al cabalgar una ola.

—Eso también incluye aceptar a Mason —afirmé pasando la mano por la tabla y comprobando la porosidad de la madera—, sé que no te cae bien.

Oí como respiraba con agitación, como si la mención de mi novio le molestara profundamente.

—No es que me caiga mal, simplemente pienso que es un snob de ciudad que no tiene mayor interés que el dinero y su carrera profesional, pero reconozco que ha estado a tu lado todo este tiempo y que ha sido un apoyo para ti. Si te hace feliz, haré el esfuerzo por llevarme mejor con él.

Sonreí y me lancé hacia mi padre en un abrazo.

—Tenemos un acuerdo —susurré sin pensar en que dicho acuerdo implicaba volver a salir al mar con una tabla.

Tal vez sería algo de lo que me preocuparía llegado el momento.

Cuando regresé a casa, el deportivo de Mason estaba en la puerta, se suponía que no vendría hasta la próxima semana, así que corrí hacia el interior y le encontré sentado en el sofá mientras hablaba apaciblemente con mi madre.

—¡Mason! —exclamé captando su atención que se volvió rápidamente hacia mí y me dedicó una sonrisa que mostraba todos sus dientes.

—Quería darte una sorpresa. Le estaba comentando a tu madre que he hecho una reserva para pasar el fin de semana en un hotel de lujo no muy lejos de aquí —dijo acercándose hasta mí.

—Deberías haberme avisado, tenía intención de ayudar a Alana este fin de semana, con la navidad encima y la temporada tan cerca tienen bastantes reservas —contesté con cierta nostalgia.

—Seguro que a tu amiga no le importa y te vendrá bien alejarte de aquí un par de días, ¿Verdad, Margot?

—Bueno, creo que eso es algo que debe decidir Océane —respondió mi madre.

—Sería una lástima desperdiciar una reserva así, Alana lo entenderá. Es tu mejor amiga, ¿no? —insistió Mason.

Ciertamente Alana no se ofendería por un cambio de última hora, aunque no me gustaba dar mi palabra para después dejarla colgada, pero Mason tenía razón, ella lo entendería.

—Si —afirmé con una sonrisa—. Le enviaré un mensaje.

—Prepara tu maleta y no te olvides de llevar ropa elegante, saldremos en media hora.

Asentí mientras me alejaba hacia mi habitación pensando que la ropa elegante no solía formar gran parte de mi guardarropa antes de Mason. Casi todo mi armario consistía en shorts vaqueros, biquinis y camisetas de algodón que eran mi atuendo diario, pero sabía que a Mason no le gustaba ese estilo, él era mucho más formal a la hora de vestir y eso incluía los lugares a los que asistía, por eso

cuando salíamos juntos, solía pedirme ir más arreglada si no quería llamar la atención en cuanto a mi vestimenta.

Que apareciera por sorpresa sin avisar no era algo nuevo, tampoco que hubiera hecho planes sin consultarme. Me había acostumbrado durante los últimos dos años a los restaurantes de vanguardia con platos de degustación, hoteles de mínimo cuatro estrellas y locales de moda con cócteles imposibles de pronunciar. Durante todo el tiempo que había pasado con Mason, él se había esforzado por hacerme feliz, por llevarme a los mejores restaurantes, locales o escapadas de ensueño para hacerme salir del pozo oscuro en el que se había convertido mi vida y sin pedirme nada a cambio, sino manteniéndose a mi lado.

—¿Le has dicho a tus padres que vas a mudarte a Brisbane? —dio en cuanto arrancó el deportivo y puso rumbo hacia la carretera principal donde el navegador del coche le indicaba que debía ir.

—Lo saben —afirmé descalzándome los pies para ir más cómoda y los coloqué en el salpicadero con la intención de pintarme las uñas durante el trayecto.

—Querida, el hotel al que vamos tiene un departamento con esteticista, te podrás hacer la pedicura allí, no en mi coche.

—Prefiero ahorrar ese tiempo y ahora no tengo nada mejor que hacer —rebatí con la intención de abrir el frasco con la pintura.

—Podrías manchar el salpicadero, o peor aún, el asiento de cuero. Y hazme el favor de no colocar los pies ahí, dejan manchas.

Pese a que no lo decía en un tono autoritario, dejaba clara cuál era su postura sin posibilidad de rebatir.

—¿Y si te prometo que no mancharé nada? —exclamé justo antes de sentir como me arrancaba el frasco de laca de uñas y lo tiraba a la carretera.

—Te pagaré una pedicura profesional cuando lleguemos —atajó como disculpa y con un movimiento rápido me hizo bajar el pie

del salpicadero, acto seguido me cogió la mano para llevársela a los labios y me dió un beso en el dorso—. Me alegra saber que finalmente te vendrás conmigo a Brisbane.

Giré la cabeza hacia mi lado de la ventanilla con una sensación de malestar inexplicable. Había prometido recompensarme por ello, Mason siempre lo hacía y precisamente era una de las cosas que más valoraba de él, esa forma de querer agradarme y agasajarme constantemente, quizá porque a lo largo de todos estos meses lo había necesitado realmente y me aferré a él para sentirme de algún modo querida, así que me dije que no tenía motivos para estar enfadada, era normal que no quisiera correr el riesgo de que pudiera manchar la tapicería de su coche, por lo que volví la vista de nuevo a él y forcé una sonrisa.

—He llegado a un acuerdo con mi padre y podré marcharme en tres meses.

—¿Tres meses?, ¿Por qué tanto? —inquirió con cierta molestia.

—Quiere volver a entrenarme durante este verano, asegurarse de que el surf ya no es algo para mi.

—Claro que no es algo para ti. Tu lugar está en Brisbane, conmigo y no sobre una tabla de surf haciendo piruetas.

Suponía que su respuesta solo era una consideración a sus sentimientos por mí y al hecho de que quería que estuviéramos juntos. Teniendo en cuenta que ya nada me ataba a Noosa, era lógico que me transfiriera a Brisbane junto a él. Y también era algo que yo deseaba, ¿no? Al menos sabía que no me quería quedar allí y Mason me brindaba la oportunidad de seguridad y confort que tanto deseaba, donde todos los recuerdos que implicaban dolor no existían.

—Aún así le he prometido que entrenaré estos tres meses, así se convencerá que el surf ha acabado para mí.

—No necesitas hacerlo. Eres mayor de edad, puedes dejar todo atrás y mudarte a mi apartamento sin su permiso, Océane.

—Ya hemos hablado de esto varias veces, Mason. Son mi padres y no quiero que mi traslado signifique otra pérdida para ellos. No después de lo de Reef. Si mi padre quiere convencerse de este modo, lo haré.

Noté como Mason guardaba silencio durante un par de minutos y me limité a observar el océano que quedaba a la vista hacia un lado de la carretera. Habíamos cogido algo de altura y el panorama era espectacular, sin duda no me imaginaba estar en un lugar donde no tendría aquello, pero había sido capaz de meter esos pensamientos en el lugar más recóndito de mi cerebro ante el convencimiento de que lo que me aguardaba lejos de allí sería una etapa nueva en mi vida a la que me adaptaría y terminaría por gustarme de igual modo.

—Tenía planes para nosotros durante este verano —dijo rompiendo el silencio—, pero si después de estos tres meses serás solo mía, lo aceptaré.

Sentí como me apretaba la mano y acto seguido pulsó el botón para que su deportivo se hiciera descapotable notando como mi melena comenzaba a oscilar con el viento.

Tal vez no supiera que me deparaba el futuro, que éste fuera muy diferente a todo cuanto había idealizado desde que tenía conciencia, pero si estaba segura de una cosa; en tres meses mi vida cambiaría.

4

Romper antes de rendirse

Max

¿Permanente?, ¿Había oído permanente? No un año, ni tres o cinco, sino para siempre.

—¿Está diciéndome que en seis meses decidirán si soy readmitido o se me prohibirá participar en un certamen para siempre?

—Así es —confirmó como si se tratara de una trivialidad sin importancia.

El surf era toda mi vida, ¿Qué demonios iba a hacer si no me dejaban volver a competir?, ¿Y como demonios iba a continuar sufragando los gastos si dejaba de ser ser surfista profesional?

—Deberá elegir que es más importante para usted, señor Kingsley, si el surf o su imagen pública. Y debe hacerlo ahora. Si sale de esta sala sin firmar el documento de confidencialidad, nos veremos obligados a prohibir su participación de forma indefinida.

No hacía falta ser un genio para saber que me estaban presionando y que, el hecho de no dejarme entrar acompañado solo era para que me sintiera acorralado y dispuesto a firmar ante las repercusiones de no hacerlo.

Una parte de mí se negaba por completo a ello. No solo rehusaba, sino que no estaba dispuesto a ser sometido a dicho juego a pesar de haberlo iniciado yo mismo. Les habría enviado a tomar por culo y roto aquel acuerdo de no ser porque la imagen de mi hermana Harmony se aparecía una y otra vez en mis pensamientos.

No podía jugármela sin más. Aunque fuera me esperasen acuerdos muy jugosos que podrían sostener mi economía durante un tiempo. Después, ¿qué?, ¿Dedicarme a dar clases el resto de mi vida?, ¿Renunciar a las competiciones para siempre? Llevaba deseando demostrar de lo que era capaz los suficientes años para renunciar sin más.

Cogí el bolígrafo que habían dispuesto en la parte superior del documento y lo firmé sin siquiera leerlo. No tendría la paciencia para hacerlo sin soltar lo que me parecía todo aquello, simplemente plasmé mi nombre y me levanté.

—Lo veremos dentro de seis meses, señor Kingsley. Siempre y cuando cumpla con su parte del acuerdo, por supuesto.

—Nos veremos en seis meses —afirmé a pesar de lo que ello significaba.

No volví la vista, salí por la misma puerta por la que había entrado sin mirar atrás y comprobé que Patric aguardaba en el mismo asiento. Se levantó en cuanto aparecí y por mi rostro mostró evidente preocupación.

—¿Ha sido peor de lo que imaginaba? —clamó en cuanto acorté la distancia suficiente.

—Ha sido una encerrona —afirmé de mal humor sin detenerme, sino que continué sabiendo que me seguiría el paso, necesitaba salir de allí y, sobre todo, asimilar lo que acababa de ocurrir.

—Eso me ha quedado bastante claro desde el instante en que no me han dejado entrar contigo. ¿De cuánto ha sido la sanción?

No contesté, sino que me coloqué las gafas de sol justo antes de salir el edificio y notar como la prensa volvía a percatarse de mi presencia, al igual que cuando llegué, me mantuve en silencio, pero no por una estrategia premeditada, sino porque ahora era muy consciente de lo que estaba en juego.

—Escúpelo de una vez —mencionó Patric.

—Querían que firmase un acuerdo de confidencialidad en el que acepto no hablar de lo sucedido con la prensa y me mantendré alejado de los medios de comunicación y las redes sociales hasta que acabe todo este revuelo. De lo contrario, me expulsarán de la federación de por vida.

—Dime que no has mandado tu carrera a la mierda —inquirió Patric en una pregunta que más bien sonaba a afirmación.

—Para tu sorpresa he firmado el puto documento de los cojones.

Patric movió el volante hacia un lado de la carretera ocupando el arcén.

—¿Que has hecho qué?

—Si salía de allí sin firmarlo, era expulsión directa. No tenía opciones.

—Y has firmado por Harmony, ¿no?

—No importa porqué he firmado, lo he hecho y punto.

—¿Podrás competir el año que viene? —exclamó Patric volviendo a arrancar el motor.

—Tendré una revisión en seis meses para comprobar que he cumplido mi parte del acuerdo y decidir si puedo o no competir.

Escuché como mascullaba y mantenía el semblante serio.

—No voy a decir que no me esperase algo así, de hecho había dado por descontado que te tendrían suspendido tres años, pero dentro de lo malo, esta puede ser una mejor opción para ti.

—Si… —refunfuñé—. Una opción de mierda teniendo en cuenta que me pueden joder la vida igualmente en seis meses si les apetece.

—Dentro de tus posibilidades, esta es la mejor baza y está claro que no pensaban dejártelo pasar. El campeonato no es un circo de feria muchacho, y van a dar ejemplo con tu caso.

En ese momento mi teléfono comenzó a sonar y lo saqué del bolsillo del pantalón y leí el nombre de mi agente en la pantalla. Imaginaba que tenía cierta presión sobre cerrar los acuerdos de entrevistas en televisión y no iba a hacerle ninguna gracia saber que había firmado un cuerdo confidencial sin su presencia.

Decidí declinar la llamada y hablar más tarde cuando hubiera procesado lo ocurrido, o al menos, hasta que no sintiera la necesidad de romper algo. Así que apagué el teléfono y me encerré en la habitación en cuanto llegué al lugar en el que me hospedaba.

Esa misma noche salí de fiesta. Que tuviera que mantener un perfil bajo no implicaba que no pudiera divertirme, así que si no podía pagar mi frustración con los puños, lo haría con el alcohol y el sexo. En cuanto abrí los ojos a la mañana siguiente sentí el zumbido que martilleaba en mi cabeza hasta el punto de que noté mucho después unos golpes sin comprender de donde provenían.

Tanteé la mesita de noche buscando el teléfono para ver la hora, pero no había ni rastro del mismo y, cuando hice ademán de salir de la cama, me di cuenta de que tenía un cuerpo a mi lado, el calor y la suavidad me hizo recordar escenas vagas de la noche anterior y cuando entrecerré los ojos comprobé que no era solo una, sino dos chicas las que habían decidido venir conmigo a divertirse.

Irónicamente no recordaba casi nada.

Volví a escuchar los golpes y sentí el quejido de una de ellas acomodándose en la cama ahora que tenía más espacio al alzarme. Estaba completamente desnudo así que tanteé hasta encontrar un bañador tirado de mala manera y me lo puse de camino a la entrada. Ni siquiera miré de quien se trataba, simplemente abrí y tuve que cerrar los ojos al instante cuando la luz diurna me dio en toda la cara.

—Está vivo, aunque en pésimas condiciones —dijo la voz de Patric e inmediatamente después me estampó algo en el pecho y comencé a escuchar a Héctor, mi representante.

¡Mierda!, ¡No le había devuelto las llamadas!

—¡Se puede saber donde mierdas te has metido, Max! —oí al otro lado del teléfono mientras Patric se cruzaba de brazos y mantenía ese gesto neutro que no me hacía adivinar absolutamente nada de lo que pensaba.

Sin duda era un jugador de póker altamente experimentado.

—Mira Héctor, tengo un dolor de cabeza de la hostia, así que…

—¡Te aseguro que tu dolor de cabeza será el menor de tus problemas! Se ha filtrado que estás expulsado de la competición, Max. Y la propia federación lo ha confirmado, pero lo peor es que se rumorea de una posible sanción de tres años. Ya he recibido ocho correos electrónicos en lo que va de mañana de tus patrocinadores cancelando tus contratos hasta que seas readmitido. ¿Entiendes lo que eso significa?

No. Eso era imposible. Mis contratos estaban en vigor.

—¿Qué? —exclamó. Mi lucidez regresó como si le hubieran lanzado agua helada en la cara—. Son contratos en regla que no han caducado, no pueden cancelarlos sin una sanción económica, ¿no? —grité comenzando a sentir una presión en el pecho completamente nueva.

—Te recuerdo que tus contratos de publicidad están vinculados no solo a tu imagen sino a la visibilidad que garantizan tu participación en las competiciones. Tal vez si haces algunas apariciones televisivas y te mantienes activo en redes, puede que te consiga algunos contratos de spot publicitarios aleatorios, pero…

—No —negué alzando la vista para mirar a Patric que continuaba con la misma expresión—. No puedo hacer ningún tipo

de declaración, ni aparecer en medios o compadecer ante ellos. No si quiero ser readmitido en la federación.

El silencio al otro lado de la línea fue tenso, ni siquiera tuve presente que no estábamos solos y que había dos chicas durmiendo en mi cama, eso me hizo salir a la parte de atrás que daba a un jardín común donde se encontraba la piscina. Por algún motivo mi entrenador no me siguió, sino que se quedó esperando.

—Será mejor que te busques otra fuente de ingresos, Max. Sin exposición y sin poder competir, no puedo hacer nada por ti. Llámame cuando tu situación cambie. —Ni siquiera me dio tiempo a contestar, directamente colgó la llamada y me quedé durante varios segundos observando la pantalla negra de la que no salía ninguna voz.

Había perdido la posibilidad de ganar esa competición y clasificarme. No podría competir en los nacionales y mucho menos en el mundial. No obtendría ingresos durante los próximos meses y tendría que alejarme de las redes y de los medios todo lo posible para ser readmitido.

¡Joder! Tenía ahorros suficientes para los próximos meses, pero… ¿Y si la federación decidía no readmitirme?

—Salir de fiesta, emborracharte y llevarte a dos chicas a la cama no es la mejor forma de redimirte, Max.

—No necesito ahora uno de tus sermones. Puedes ahorrártelo, Patric.

—Muy bien… pues sigue así y en seis meses te convertirás en el ex-surfista fracasado que se limita a dar clases a niños durante el verano porque no fue capaz de tragarse su orgullo por una maldita vez.

—¿Y qué demonios quieres que haga?, ¡Estoy en la mierda!, ¿O es que no has oído a Héctor? No tengo patrocinadores, no tengo ingresos y no puedo competir. ¿Qué cojones quieres que haga?, ¡Ah, sí! Tampoco beber, ni follar…

—Date una ducha y vístete, o al menos ponte una camiseta. Te espero fuera. —Alcé una ceja como si no entendiera nada. ¿Donde quería que fuésemos? —Cinco minutos o perderás la única posibilidad que te queda de recomponer tu carrera.

No tenía ni idea de qué tenía en mente, pero si tenía claro que necesitaba esa ducha para despejar el dolor de cabeza.

Cuando volví a entrar en la habitación no había rastro de las dos chicas con las que había compartido mi cama esa noche y casi agradecí no tener que lidiar con un segundo encuentro o dar un número de teléfono falso para no volver a verlas. Ya había experimentado demasiadas veces lo que significaba una mujer insistente y prefería no volver a correr el riesgo.

El motor de mi camioneta estaba encendido, así que imaginé que Patric había cogido las llaves de la entrada. Me subí al asiento del copiloto sin decir nada.

—¿Y bien?, ¿Donde se supone que vamos?

—Ponte el cinturón, el camino es un poco largo.

Condujo durante una hora y media por la carretera que bordeaba la costa hasta que llegamos a una playa menos concurrida que no había frecuentado desde que me alojaba allí. Las olas no eran intensas, sino más bien largas y menos altas, no tenía ni idea de qué motivo tenía Patric para llevarme hasta allí.

Observé que había algunos surfistas principiantes, así que aguardé esperando una de esas charlas profundas que bien podrían pertenecer al propio Charlie. Probablemente si aun siguiera con vida me diría que ese sería mi futuro a menos que enderezase mi vida y que sería un completo desperdicio de potencial si lo hacía.

¿Y acaso no era eso lo que me esperaba los próximos meses? Podía entrenar, pero no competir y si quería mantenerme en forma para el próximo campeonato, aunque no supiera si podría participar, no existían demasiados trabajos con los que poderlo compaginar, eso sin contar con los gastos que suponía el equipo que había

detrás. Yo no podía permitirme gastar mis ahorros en una posibilidad y dejar a Harmony en la estacada si todo salía mal.

—Hay un modo de que obtengas todo lo que necesitas. Restaurar tu imagen, recuperar patrocinadores y continuar entrenándote —dijo mirando hacia el horizonte donde se encontraban esos principiantes que apenas sabían sostener una tabla y menos aún mantenerse en equilibrio antes siquiera de que llegase la ola.

—¿Te refieres a competir en pequeños torneos?, ¿Como un principiante? —pregunté sabiendo que eso no iba a beneficiarme en absoluto.

—No. Mira más allá —contestó indicando una zona de la extensa playa donde no había tanto movimiento de personas.

Me detuve a observar a la pareja que surfeaba sobre la misma tabla y como el chico alzaba a su compañera realizando una acrobacia.

—¿Surf tándem? Ni siquiera tienen competiciones regulares.

—Es la solución a todos tus problemas. Son muy aclamados en multitud de eventos y es una oportunidad única de limpiar tu nombre.

Ni siquiera consideré que estuviera hablando en serio, ¿Que cojones sabía yo sobre el surf tándem?

—Antes de decir que es una idea pésima, que lo es. ¿Tu brillante propuesta es que busque a una chica para hacer surf tándem, entrenemos juntos y nos mostremos en eventos? Habrán pasado seis meses antes de que encuentre a una surfista decente que sea capaz de…

—En primer lugar, se ha convocado nuevo campeonato de surf tándem y la cuestión no es buscar una surfista adecuada, sino lograr que te escoja la última campeona. Buscan a un compañero que pueda sincronizarse con ella.

—¿Buscan?, ¿No lo hace ella? —exclamé extrañado.

—El padre de la chica es su entrenador, así que es a él a quien tienes que convencer primero.

—¿Y que te hace pensar que yo podría encajar? —pregunté sin considerar aun la idea como una posibilidad.

—Eres competitivo. Y desde luego eres bueno sobre la tabla. Dudo que encuentren a alguien mejor que tú, pero tu actitud es tu talón de Aquiles, quizá entrenar con una compañera haga que la federación te vea con otros ojos. Además, su vuelta sería muy mediática y desde luego te lloverán los contratos y patrocinadores ligados a su imagen.

No estaba muy puesto en surf tándem, así que no tenía idea de quien se trataba, pero la idea no me resultaba desagradable.

—¿Qué le pasó a su último compañero?, ¿Por que no compiten juntos si ganaron el último campeonato?

—Es más complejo de lo que parece. Su compañero era su hermano gemelo y, al parecer el mar se lo tragó el mar hace dos años cuando salió a surfear un día de temporal. Durante todo este tiempo ella ha estado retirada del surf por completo, de ahí que su regreso sea muy aclamado. En tu situación, esta puede ser tu mejor baza, podría decirse que la única que te devuelva la credibilidad que necesitas.

—¿Has averiguado todo esto en un par de horas? —exclamé observándole fijamente.

—Jax y yo competimos juntos durante años. La búsqueda para el compañero de su hija es muy selectiva y privada, no quieren hacer público que volverá a competir hasta encontrar un compañero.

—Ni siquiera sabría por donde empezar… —murmuré volviendo la vista hacia la pareja que acababa de caer al agua.

Durante toda mi vida había entrenado solo, dependiendo únicamente de mi propia exigencia, no tenía idea de lo que podía

significar entrenar con otra persona y más aún de empezar desde cero en algo completamente desconocido.

—No es que tengas muchas opciones. Y podría ser la solución a todos tus problemas.

Me crucé de brazos fijándome con más detenimiento en la pareja que volvía a subirse a la tabla y comenzaban a surfear juntos hasta que ella se alzó sobre él colocándose sobre sus hombros. No podría ser tan difícil, ¿no? Podría seguir entrenando, conseguir nuevos patrocinadores y dinero de exhibiciones. ¿Que opciones tenía?

—¿Donde está? —pregunté sin volver la vista hacia Patric.

Noté como colocaba una mano sobre mi hombro y lo apretaba.

—Australia. Hay un vuelo a primera hora de la tarde, deberías ir cuanto antes si te interesa, o cerrarán la selección.

5

Olas que chocan

Océane

Siempre había preferido entrenar a primera hora de la mañana, quizá porque era cuando a Reef más le fastidiaba hacerlo o simplemente porque necesitaba sentir el frescor de la mañana en la cara antes de enfrentarme a los diez kilómetros de carrera que me aguardaban. Durante todo ese tiempo había hecho ejercicio de forma pasiva, pero regresar a un entrenamiento intenso había traído consigo recuerdos agridulces y, sobre todo, unas agujetas muy reales a las que no estaba acostumbrada.

Me senté sobre la arena de la playa esperando que mi respiración se calmara. A esa hora apenas había gente, salvo algunos surfistas que aprovechaban el oleaje y la poca gente. Por norma general solía identificar quienes eran, así que me fui fijando de uno en uno hasta que me llamó la atención un tipo con una camiseta amarilla flúor.

Desde aquella distancia era imposible definir bien sus rasgos, pero eran oscuros y por su llamativo físico musculado no era capaz de averiguar de quien se trataba. Continué con la mirada fija en él mientras comprobé como fue decidido hacia la ola con brazadas profundas y limpias, clara señal de que sabía lo que hacía. Justo en el momento exacto, se alzó con fluidez, sin apenas esfuerzo e inclinó el cuerpo a la par que lo hizo ligeramente con sus hombros para que la tabla respondiera al instante, dibujando una línea precisa sobre la pared de agua. Cada giro estaba lleno de intención, cambiando el peso de un pie a otro con sutileza que, desde aquella distancia era imperceptible, pero para alguien como yo que conocía a la

perfección los movimientos era capaz de anticipar, cortó la ola con una seguridad absoluta, sin apresurarse, ralentizando en el tiempo justo, subiendo y bajando por la cara de la ola como si trazara una coreografía conforme seguía el ritmo. En el momento que la ola empezó a cerrarse se ajustó a la trayectoria, saliendo con la misma naturalidad con la que entró.

Era evidente que se trataba de un surfista profesional, la pregunta más bien era, ¿Qué estaba haciendo un tipo así en Noosa? Y más aún, ¿En esa playa?

—¿Te parece bueno? —La voz de mi padre me hizo dar un respingo, puesto que al estar tan concentrada en aquel chico no había percibido los movimientos que había a mi alrededor.

—¿Quien es?

—Más bien quien podría ser —objetó mi padre y eso hizo que apartara la vista del surfista para concentrarla en él.

—¿No has tenido suficiente con los dos últimos? —pregunté haciendo referencia a los dos chicos que me había presentado como futuros candidatos, pero que a la hora de la verdad no habían sido capaces de levantarme sin que le temblasen las piernas en suelo firme, ni qué pensar sobre la tabla.

—No esperaba encontrar a la persona adecuada a la primera, como tampoco creo que lo pensaras tú, sería una decepción si hubiera sido así. Ese chico viene recomendado por un viejo amigo, es uno de los mejores surfistas de Estados Unidos.

—¿Y por qué iba a querer hacer surf tándem si es tan bueno como solista? —inquirí.

Tendría más sentido un novato que quisiera darse a conocer como lo habían sido los dos anteriores, pero no alguien que parecía tener cierta trayectoria.

—Eso no te incumbe, sino el hecho de que está aquí y disponible. Le he pedido que cogiera algunas olas para ver su

destreza sobre la tabla, tiene un estilo muy personal, tal como lo tenía Reef.

—Y con toda probabilidad es lo único que tendrán en común.

—Lo comprobaremos… —Vi como mi padre hacía una señal y el surfista americano pareció verlo instantes después puesto que se lanzó al agua y comenzó a nadar hacia la orilla con destreza.

Me crucé de brazos al sentir cierta incomodidad por la posibilidad que suponía su presencia. Pese a convencerme de que no significaba nada, el hecho de que aquel tipo hubiera venido desde tan lejos para una simple prueba me generaba nerviosismo. Una cosa era esos dos tipos anteriores que solo eran novatos iniciando su carrera, pero este tío era distinto, se notaba a leguas que era profesional y no entendía que hacía alguien como él allí.

En el momento que se alzó y se giró para recuperar la tabla pude comprobar su verdadera complexión atlética. Alto, seguramente superaba con algún centímetro el metro noventa. Cabello oscuro, tez bronceada, barba incipiente, musculoso pero sin llegar a ser exagerado. Saltaba a la vista su entrenamiento y desde luego podría parecer la reencarnación del propio Poseidón en persona. En el momento que fijó la vista en mí, mostró una sonrisa de autosuficiencia que me hizo comprobar una exagerada arrogancia.

«Definitivamente se ha creído que es irresistible»

Clavó la tabla corta en la arena conforme el agua discurría por todo su cuerpo sin dejar de mirarme, por algún motivo me mantuve firme sin apartar la mirada comprobando la profundidad de sus ojos oscuros tan diferentes de los míos o los de Reef.

—Max, te presento a mi hija Océane.

—Bonito nombre —contestó con una sonrisa aún más amplia —. Le hace justicia a su dueña.

Que coqueteara abiertamente delante de mi padre era cuanto menos inoportuno, pero si prefería cavar su tumba él solito, no pensaba reprochárselo.

—No hace falta que lo recuerdes, tu permanencia aquí solo durará cinco minutos —atajé sin importarme que impresión causaba.

El tal Max no pareció cambiar de expresión, sino que más bien parecía divertirle la situación.

—Entonces haré que sean los mejores cinco minutos de tu vida —contestó agravando la voz y yo rodé los ojos para mirar a mi padre, que parecía observar curioso la situación.

—Océane, prepárate —indicó mi padre haciendo una señal para que me metiera en el agua a pesar de no estar realmente preparada.

Emití una maldición mientras me quitaba las zapatillas y lanzaba la camiseta a la arena para quedarme solo con las mallas deportivas y el sujetador a juego.

—Patric ya me dijo que no tienes nociones de surf tándem, así que practicaremos algunas posturas fuera del agua para saber si puedes tener estabilidad. Es el punto fundamental para saber si tienes o no posibilidades con ella.

—¿Y porqué se está metiendo en el agua? —oí que preguntó.

—Es un deporte de agua, ¿Esperas que alguno de los dos esté seco? —inquirió mi padre y no pude evitar reírme. No tenía pensado mojarme el pelo, pero quité la goma de la coleta y me zambullí sintiendo como el agua estaba aún bastante fría, sobre todo a esa hora de la mañana.

Tener el pelo mojado significaba que sus manos se escurriesen con mayor facilidad por el agua y desde luego, no pensaba ponérselo fácil al americano. Me acerqué de nuevo hasta él, pero en esta ocasión con la vista fija en mi propio padre.

—Empezaremos por algo sencillo. Un salto asistido —dijo mi padre.

—¿Que se supone que tengo que hacer? —preguntó el americano.

Max. Se llamaba Max, pero me negaba a pronunciar mentalmente su nombre como si tuviera alguna posibilidad, así como la idea de que físicamente estuviera condenadamente bueno.

—Colócate detrás de ella —indicó mi padre—. Y pon ambas manos a los lados de su cintura. Afianza la postura, debes repartir tu peso entre ambos pies para mantener estabilidad.

Esperé hasta que sentí el calor de aquellas manos en mi cintura desnuda y maldije haberme quitado la camiseta. Por extraño que pareciera no me había sentido igual de incómoda con los dos chicos anteriores que habían hecho la misma prueba, ¿Tal vez era el físico impresionante de este tipo lo que me hacía estar así?

—¿Estás incómoda, Océano? —susurró demasiado cerca.

—Más quisieras, Max-ibon —dije sin siquiera girarme para que me escuchara bien.

—¡Bien! —irrumpió mi padre mientras oía su carcajada—, ahora elévala en vertical y álzala sobre tu cabeza. Océane, impúlsate para acompañarle en el movimiento.

Ni siquiera me dio tiempo a impulsarme cuando el tipo me alzó en volandas y me colocó sobre él como si hubiera levantado una pelota de goma que no pesa más de diez gramos. Cerré los ojos con fuerza sabiendo lo que eso significaba.

¡Mierda!, ¡Estaba realmente jodida!

—¡Eso es! —exclamó mi padre—. Mantén la postura con los brazos firmes y flexiona ligeramente las rodillas sin perder la base. ¡Océane, arquéate!

Extendí ligeramente los brazos y llevé la cabeza hacia atrás mientras flexionaba una rodilla y dejaba caer ligeramente la otra. Noté como sus manos aún seguían firmes aunque comenzaba a sentir que sus dedos se escurrían poco a poco.

—¡Ahora bájala con suavidad!

Percibí como sus brazos se flexionaban ligeramente y su nariz recorría mi columna vertebral hasta dejarme sobre la arena terriblemente cerca de él, me aparté en cuanto noté la estabilidad de mis pies como si huyera de cualquier roce.

—Eso es. Probemos ahora de frente. Sigue con las rodillas flexionadas. ¡Océane, acércate! —indicó mientras observaba como el americano mantenía una sonrisa de medio lado como si aquello le resultara gracioso—. Dale las manos y escala sobre él para colocarte sentada sobre sus hombros.

Le ofrecí solo una mano que él sostuvo con firmeza y sin esperar a que mi padre me diera la orden coloqué el pie sobre su muslo impulsándome con fuerza, esperando que mínimamente se moviera. Lo hizo, pero no lo suficiente para derribarle por desgracia para mi, así que puse mi mano libre sobre su hombro y me deslicé con la misma facilidad que solía emplear cuando realizaba ese movimiento con Reef. Puede que estuviera a falta de entrenamiento, pero mi cuerpo y mi mente aún eran capaces de recordar los movimientos.

—Prueba a ponerte de pie, veamos si es capaz de mantener la postura.

—¿Estás seguro, papá? —inquirí porque al menos en el agua podía caer sin hacerme daño, pero sobre la arena corría el riesgo de sufrir una lesión.

—¿Prefieres probar ahora sobre la tabla? —preguntó mi padre y apreté los dientes conforme me inclinaba hacia delante y colocaba mis manos sobre la cabeza del americano. Tenía el cabello aún mojado, así que sentí las gotas saladas sobre mis dedos conforme

presionaba para alzar mis caderas y permitir flexionar una pierna hasta poder ponerla sobre su hombro.

Para ser la primera vez que hacía aquello no parecía quejarse, así que me pregunté cuál debía ser su historia para encontrarse allí, lejos de su país, sin haber practicado antes ese deporte y sin la certeza de que fuese el adecuado para ser mi pareja. ¿Sabría también que aquello solo dudaría como máximo tres meses?

—Coloca tus manos sobre sus tobillos para darle estabilidad —dijo mi padre cerca de nosotros y vi como se preparaba por si caía —. Es importante que mantengas la postura y las rodillas ligeramente flexionadas para permitir el movimiento de la tabla una vez estés en el agua.

—Ok —respondió el americano.

Comencé a elevarme lentamente cuando noté que aferraba sus manos a mis tobillos, pero alzándome perdí ligeramente el equilibrio y noté como también lo hacía él.

Logré aferrarme a su espalda conforme caía antes de separarme y que el brazo de mi padre frenara el impulso que iba a hacerme caer de espaldas a la arena.

—No está mal para una primera toma de contacto —oí su voz a mi lado.

—Puede que tenga fuerza, pero el equilibrio no es precisamente su punto fuerte —arremetí sin importarme que pudiera escucharme.

Sinceramente, no me importaba la opinión que pudiera hacerse de mí y mucho menos pretendía caerle bien. Necesitaba que se marchara y que lo hiciera de inmediato.

—Max, ¿Te importaría esperarme en la camioneta? Tengo que discutir un par de cosas con Océane.

—No pensarás seriamente que puede ser factible como mi pareja… —Ni siquiera lo pregunté, tampoco lo dije en voz baja,

precisamente la idea era que el tipo me escuchara—. ¡Es al menos seis centímetros más alto que Reef y su complexión más musculosa! ¡Por no mencionar su falta de equilibrio y que no ha practicado en su vida con una pareja!

—Quedamos en que sería yo quien eligiera a tu compañero y desde luego no estoy buscando un reemplazo de tu hermano, los dos sabemos que es irremplazable. Vas a trabajar a con Max. Es un surfista excepcional y ha demostrado que es capaz de sostenerte. El equilibrio y la coordinación es algo que se puede adquirir con entrenamiento y eso tú lo sabes mejor que nadie. —Hizo una pausa y se giró hacia atrás para comprobar que el americano estaba colocando la tabla de surf en la parte trasera de la camioneta—. Se quedará en la caseta del jardín mientras entrenáis juntos.

—¿Qué?, ¡Ni siquiera sabes quien es para meterle en nuestra casa! —exclamé observando como se dejaba caer sobre el lateral del vehículo y miraba de brazos cruzados en nuestra dirección.

—Sé lo suficiente y, de todos modos, vas a conocerle. Pasaréis muchas horas entrenando juntos.

Solté un bufido y me mordí el labio mientras apartaba la vista en dirección al oleaje que aumentaba conforme el viento se alzaba. Sentía ganas de gritar hasta el punto de que me ardía la garganta por las palabras que atenazaban con salir ante la idea de volver a subirme a una tabla con alguien que no fuese Reef.

No quería reemplazar viejos recuerdos por nuevos. No quería volver a sentir la adrenalina recorriendo mis venas mientras surcaba una ola y la felicidad que ese recuerdo me embargaba. No. No quería eso porque entonces el dolor de su ausencia se disiparía y me recordaría que habría pasado página.

Y yo no quería pasar página. No estaba preparada para hacerlo y probablemente jamás lo estaría.

Pensé en mis posibilidades y el hecho de que yo misma me había metido en ese problema solo porque no podía confrontar a mi

padre o más bien, porque no quería que él sintiera que podía perder a otra hija también.

Quizá estaba enfocando mal aquello. Tal vez no tenía de lo que preocuparme… mostraría al americano que aquello no era lo suyo y que solo estaba perdiendo su tiempo.

—Estupendo —refunfuñé como si hubiera aceptado la decisión a pesar de que estaba muy lejos de hacerlo y recogí la camiseta que había tirado al suelo para volver a ponérmela junto a las zapatillas de correr.

—Me alegro de que lo aceptes. Acompáñalo a casa para que se instale, mañana comenzaréis el entrenamiento juntos.

—No —me negué—. Acepté volver a entrenar, aunque eso implique trabajar con él, pero no me convierte en su niñera.

No esperé a que volviera a llamarme la atención sino que emprendí camino rumbo opuesto a casa. Tal vez necesitara correr otra hora más para quitarme esa sensación de presión en el pecho que me impedía respirar con normalidad.

En cuanto regresé a casa pude escuchar las risas que provenían de la cocina antes siquiera de entrar. La escena era cuanto menos rocambolesca puesto que mi madre parecía estar preparando la comida, mientras mi padre servía el vino y mister musculitos que evidentemente se había duchado y cambiado, permanecía sentado en el taburete que siempre ocupaba mi hermano conforme hablaba despreocupado.

—¡Océane!, ¡Justo a tiempo! —En cuanto mi madre dijo mi nombre noté como él se giraba hacia mí con la misma sonrisa de quien es sabedor de tener a cualquier mujer que se proponga.

«Está claro que de petulancia este va sobradísimo»

—Parece que voy a durar más de cinco minutos —dijo como si hubiera salido victorioso en una disputa y necesitaba restregármelo en la cara.

—Lo cierto es que hace tiempo que no se usa la caseta del jardín, con un poco de suerte tal vez haya una araña de embudo por ahí escondida… —me acerqué hasta la isla de la cocina donde mi madre había servido el aperitivo con una tabla de quesos, aceitunas y varios tipos de embutidos, así que cogí una oliva y me la metí en la boca sintiendo que él no apartaba la vista.

—¿Araña de embudo? —exclamó sin parecer realmente asustado.

—Es letal —sonreí forzosamente mientras me giraba hacia él.

¡Joder! Podía soportar que tuviera ese físico de infarto, pero es que encima era endiabladamente guapo y aunque eso no me importara en absoluto, me fastidiaba el hecho de no poder considerarlo repugnante.

—Dudo que lo sea más que olor que desprendes ahora mismo… —soltó provocando que le mirase con cierto odio.

¡Será cretino!

—Mi padre pretende que entrenemos bastantes horas juntos, tal vez deberías marcharte ahora si consideras que no podrás soportar el olor —contesté alzando el mentón y sintiéndome superior por el hecho de estar de pie y él no.

Craso error, porque en ese momento él se levantó y me sacaba más de una cabeza, literalmente le llegaba a los hombros.

—Correré el riesgo —respondió inclinándose sobre mí y obligándome a echarme hacia atrás hasta el punto de que me rozó la mejilla con la suya sin saber qué demonios estaba haciendo. Cuando volvió a erguirse vi como se llevaba un trozo de queso a la boca sin apartar la vista, satisfecho de sí mismo y enviando mi plan de desquiciarlo a la mierda.

Me giré hacia mi padre esperando que él dijera algo o en todo caso, que lo hiciera mi madre, pero para mi propio estupor, ambos parecían complacidos de la situación.

Y eso hizo que mi frustración aumentara, como si cada momento que avanzaba queriendo ir en una dirección, se torciera logrando que perdiera el control de la situación.

Muy bien. ¿Quería guerra?, ¡Pues tendríamos guerra!

—Será mejor que no te acomodes demasiado. Dudo que estés a la altura de las circunstancias —mencioné cogiendo otra aceituna y dando un paso hacia atrás—. Tengo planes, así que pasaré el resto del día fuera —dije alzando la voz conforme salía de la cocina dándoles la espalda a todos.

6

Lo que se esconde bajo la superficie

Océane

La suerte de tener una mejor amiga cuyos padres eran propietarios de uno de los mejores restaurantes de Noosa, es que siempre podía comer gratis en la cocina. Durante el almuerzo no solía estar demasiado lleno, por eso Alana solo me pedía ayudarla en las cenas, aunque era algo que no me disgustaba, era la excusa perfecta para salir a tomar algo cuando cerrábamos las comandas.

—¿Es americano?, ¿Y se ha desplazado hasta aquí? —preguntó mi amiga conforme me entregaba un plato de tagliatelle con trufa negra australiana, era uno de los platos estrella del restaurante.

—No tiene ningún sentido. Diría que está más cerca de los treinta que de los veinte y el tipo es un cretino soberbio, pero le he visto surfear. Es bueno. ¿Para qué iba a querer alguien como él aprender a hacer surf tándem?

—¿Te has molestado en preguntárselo? —contestó Alana mientras cogía la comanda preparada y yo enrollaba el tenedor en la pasta impregnada con la salsa sin lamentar haber salido pitando de casa.

—Lo único que le he dicho a Max-ibon es que espero que le pique una araña de embudo esta noche.

Mi amiga soltó una carcajada antes de perderse tras las puertas batientes que abrían hacia ambos lados del comedor y la cocina.

—¡No tiene gracia! —grité con la boca medio llena cuando regresó—. Es un petulante engreído. ¡Deberías ver como me mira!, ¡Como si se creyera un Dios que debería ser alabado!

—¿Está bueno? —exclamó Alana dejándose caer a mi lado.

—En absoluto —refunfuñé hasta el punto de que mi entrecejo se arrugó y fui consciente de ello—. Bueno, lo está si te gustan los tíos musculosos, altos y morenos. No es mi tipo en absoluto —mentí porque me frustraba la idea de que me pareciera atractivo.

«Ni de coña iba a admitir que me parecía mínimamente guapo»

—¿Tu molestia es porque no esperabas que tu padre encontrase a alguien tan rápido o porque el tipo realmente es un capullo? —Estuve a punto de responder a pesar de tener la boca llena cuando Alana me alzó la mano—. No. Mejor no respondas. Si es lo primero, no deberías haber aceptado la propuesta de tu padre, sabías que existía esta posibilidad. Y si se trata de lo segundo, tal vez ha sido solo una primera mala impresión y Max-ibon no es tan malo, ¿no?, ¿Por qué lo llamas así?

—Porque es como el helado, por fuera un aspecto jugoso, pero por dentro es exactamente igual que todos, un cerdo frívolo.

Alana volvió a estallar en carcajadas.

—No tengo idea de quien es, pero empieza a caerme bien. —Miré a Alana como si escupiera fuego por los ojos—. Tienes que reconocer que al menos ha conseguido en unas pocas horas que regrese una parte de la Océane que no se dejaba ver desde hace dos años.

Aquel comentario hizo que se me hiciera un nudo en la garganta y aparté el plato dejándolo a un lado como si sus palabras rozaran ligeramente una herida abierta.

—Deberías mostrar ese carácter un poco más cuando estás con Mason —añadió mi mejor amiga en aquel silencio prolongado.

—¿A qué te refieres? —inquirí como si no lo comprendiera.

—No tengo nada en contra de él. Ha estado a tu lado todo este tiempo y ha procurado darte lo que necesitabas en cada momento, pero… tengo la sensación de que a veces priman más sus deseos que los tuyos —confesó con cautela—. No me refiero a la idea de marcharte a Brisbane, al final todos crecemos y podemos cambiar de parecer, pero cuando se trata de él, tengo la sensación de que siempre dejas de lado lo que te apetece hacer en ese momento solo para complacerle.

Es cierto que siempre era Mason quien proponía los planes, ya fuese una escapada, ir a cenar o pasar el fin de semana en alguna parte, pero simplemente porque yo no había estado en la situación de pensar ese tipo de cosas y él lo aceptaba. Estaba convencida de que si fuera al revés, a él le agradaría. Puede que fuera rígido en algunos aspectos, quizá porque su educación le había hecho ser demasiado correcto, pero en líneas generales su complacencia hacia mí lo compensaba.

—Diría que más bien que es al contrario y él es quien se esfuerza en complacerme —dije confusa.

—¿Y por eso no fuiste al cumpleaños de Rebecca?, ¿O a la fiesta de despedida de Natalia? Por no hablar de las ocasiones en las que nos has dejado colgadas para irte con él porque ya tenía una reserva que no podía cancelar y no podía cambiar sus planes —dijo Alana en tono neutral—. Entiendo que te pueda parecer mucho más increíble ir a un restaurante de lujo a degustar un menú de cocina fusión que estar con tus amigas… pero cuando la acción es repetitiva comienzo a pensar si no es una estrategia por su parte para alejarte de nosotras.

—¿Qué? Mason y yo nos vemos poco, es normal que quiera pasar todo el tiempo conmigo a solas, ¿no?

—También podría intentar conocer a tus amigos, ¿no? Si pretende que viváis juntos es porque la relación va en serio y le

importas —inquirió Alana y tuve que recapacitar mentalmente en las veces que Mason había estado con mis amigos.

¿Habían sido dos?, ¿Tal vez una? Ni siquiera lo recordaba con claridad.

—Tú mejor que nadie sabes lo mal que he estado durante estos dos años. Y Mason solo ha tratado de alejarme de aquí para poder respirar serenidad mental lejos de todos los recuerdos que hay en Noosa de mi hermano. ¿Crees que no siento su ausencia cuando vamos al pub de siempre y a pesar de que mire en todas direcciones se que él no estará entre la gente?, ¿O cuando desayunamos pizza a las cinco de la mañana en la playa solo para ver la salida del sol?, ¿O cuando sé que él no formará parte de todos los momentos decisivos de mi vida?, ¿O cuando soy consciente de que en el momento que me suba a una tabla con alguien y me gire par verle, descubriré que no será él? —En ese punto mis ojos se volvieron cristalinos y sentí como Alana me abrazaba y yo seguía con los brazos inertes sin desear que toda esa rabia acumulada explotara.

—Si no lo dejas salir, el dolor continuará martirizándote, Océane.

—¡Es que no quiero que salga! —grité sintiendo que una parte de mí se rompía.

—Estaré aquí para lo que necesites —escuché mientras era incapaz de abrir los ojos porque si lo hacía estaba segura de que las lágrimas comenzarían a salir sin cesar.

Nos quedamos en silencio hasta que la madre de Alana nos trajo el postre, una tarta de mousse de limón y que siempre había sido nuestra favorita desde pequeñas.

—Tú si que sabes como consentirnos —dije con la voz entrecortada.

—Podéis ir fuera a comerla, puedo atender perfectamente a los comensales que quedan —contestó con esa amabilidad que la

caracterizaba.

Alana recogió la tarta y ambas salimos al porche exterior de madera con vistas al mar, sin duda era el gran atractivo del lugar, aunque su comida también valiera la pena. En el momento que metí la cuchara en la tarta intacta y me la llevé a la boca, la explosión de sabor dulce con el amargor del limón era tan exquisito que cerré los ojos de auténtico placer. El olor del agua salada, el viento que nos refrescaba y el sonido de las olas impactando contra las rocas lo convertían en algo especial, pero también en mi hogar.

¿De verdad iba a lograr sentir aquello en Brisbane? Las palabras de Alana poco antes de salir no habían caído en un pozo sin fondo. Marcharme era de por sí la solución lógica teniendo en cuenta que Mason tenía su vida en la ciudad, pero también era la forma de escapar de una vida que ya no me pertenecía, de encontrar mi propio lugar en el mundo, ese en el que parecía que en mi ciudad natal había dejado de encajar.

—Esta será una de las cosas que más echaré de menos cuando me vaya —admití volviendo a coger otra cucharada.

—Esperemos que también sea la excusa por la que regreses —sonrió Alana cómplice de que a pesar de lo que sucediera entre nosotras, siempre seríamos mejores amigas.

—¿Regresar de donde? —La voz atrajo la atención de ambas y en ese momento contemplé como el sol se reflejaba en el rostro inmaculado del Max-ibon haciendo que se le marcaran los pectorales y los músculos de los brazos a través de la camiseta.

—¿Tú que demonios haces aquí? —exclamé sin cortarme.

Sin cortarse una pizca, cogió una de las sillas y le dio la vuelta para sentarse a horcajadas en nuestra mesa y con la vista frente al mar. Alana no dejaba de observarle absorta, hasta podía atisbar la babilla cayéndose por una de las comisuras de la boca y desde luego no era por lo exquisita que estaba la tarta de limón.

—Perdona por la intrusión, preciosa. Soy Max, su nuevo compañero, encantado de conocerte. —Vi como le ofrecía la mano y Alana parecía no reaccionar.

—En-can-ta-da —consiguió decir con la boca medio llena y con la mano contraria porque hasta era incapaz de coordinar soltar la cuchara sin dejar de contemplarle.

Bufé mientras rodaba los ojos suponiendo que iba a causar el mismo efecto hipnotizador en todas mis amigas, algo a lo que evidentemente parecía estar acostumbrado aquel tipejo.

—Puedo llamarte preciosa, si quieres, pero me encantaría conocer tu nombre —dijo con una voz suave, rasposa y evidentemente entrenada para ese tipo de situaciones.

En ese momento sentí las mejillas de mi amiga rojas y supe que estaba perdida.

—Creo que he olvidado hasta mi nombre —soltó Alana provocando que él sonriera.

Bufé mientras rodaba los ojos y vi como Alana se giraba hacia mí y colocaba una mano delante de su boca para que él no pudiera leerle los labios mientras me decía:

«He desbloqueado una nueva necesidad»

—Por si no te has dado cuenta, estoy ocupada e interferir en una conversación privada es de mala educación —intervine sin importarme que mi mejor amiga pudiera beber los vientos por ese tipo al que ya había declarado que odiaba.

Necesitaba que se largara y cuanto menos cómodo estuviera en aquel lugar, mejor para mí. Puede que él no me hubiera hecho nada en sí, pero su sola presencia suponía un problema para mí.

—Tu padre me ha dicho donde podría encontrarte. Quiere que empecemos mañana a las siete nuestro entrenamiento. Juntos, por si aún no te ha quedado claro. Así que necesito que me enseñes un poco esto y en qué gimnasio entrenaremos.

Forcé la sonrisa y metí de nuevo la cucharada en la tarta con la intención de darle otro bocado sin responderle, pero me cogió el brazo impidiendo que pudiera llevármela a la boca y se inclinó para ser él quien degustase el postre.

¿Qué cojones? Probablemente me quedé con cara de alelada al no esperar aquel gesto por su parte.

—Al menos sé que tienes buen gusto en algo —dijo cuando se tragó el bocado.

—¿A ti te han enseñado modales o algo? —increpé.

—Según parece, del mismo modo que a ti, Océano.

—Me llamo Océane, no Océano.

—Tal vez cuando me caigas bien, te llame por tu nombre, hasta entonces seguirás siendo Océano. Y ahora mueve el culo, que no tengo todo el día.

«Retiro lo de que no me ha hecho nada. Es un capullo integral»

—¿Ves esa farola que hay al cruzar la calle? —exclamé señalando con el brazo y esperando a que él mirase en la dirección. Lo hizo—. Pues quédate iluminándote ahí, porque mi tiempo contigo ya se apagó.

Soltó una risa baja, de esas insoportablemente seguras de sí mismo al mismo tiempo que se pasaba una mano por la cabeza en gesto de negación.

—¿Es siempre así de borde o solo lo hace conmigo? —exclamó mirando a Alana y vi como mi amiga estaba completamente anonadada, probablemente porque era la primera vez que me veía actuar de un modo tan insolente con una persona que acababa de conocer, pero lo cierto es que ella no entendía hasta que punto yo necesitaba que ese tío desapareciera de mi vida—. No hace falta que me respondas, por tu cara entiendo que solo es conmigo, lo que

significa que debo gustarle lo suficiente para que intente apartarme de ella.

¿Qué?, ¿Hola?, ¿Puede ser más creído el cretino de las narices?

—Para tu información no formas parte de mis gustos. Tengo novio y no se parece en nada ti —solté tratando de ser lo más insolente posible.

—Supongo que ahí radica el problema de porqué estás tan amargada, es obvio que no te complace como debería.

Sentí como la mandíbula se me tensaba.

«Ojalá atropellarle fuese legal»

—Vaya, además de insoportable, ¿También te crees experto en relaciones ajenas?

Él se encogió de hombros con una calma irritante.

—Solo observo comportamientos.

—Pues observa este —di un paso hacia él, clavándole el dedo en el pecho—: fuera de mi vista.

—¿Y prohibirte admirarme? Me temo que no —contestó con evidente sorna como si se estuviera riendo a mi costa.

—No se que es peor, tu arrogancia o que estés tan orgulloso de presumir de ella.

—Deberías acostumbrarte, vamos a pasar mucho tiempo juntos.

—El justo y necesario hasta que mi padre se de cuenta de que tú y yo no nos coordinaremos jamás.

—Para estar tan segura de eso, no dejas de discutir conmigo como si te importara demasiado demostrarlo.

Alcé el mentón.

—No confundas intolerancia con interés.

—Un poco difícil hacerlo cuando me miras como si quisieras estrangularme y besarme al mismo tiempo.

—Pude notar el calor subiendo directamente a mis mejillas y eso hizo que sintiera aún más rabia contenida.

«Qué alguien lo tire por un puente, por favor. A ser posible, lejos de mí»

—Tienes un problema grave de ego.

—Y tú uno de negación —contestó con media sonrisa.

¡El muy capullo estaba disfrutando plenamente de aquello!, ¡Será mezquino!

Rodé los ojos con exageración mientras me levantaba con la simple intención de apartarme de él. Si no pensaba largarse de allí, me iría yo.

—¡Exactamente!, ¡Me niego a perder mi tiempo contigo!

—Eso suena más a huida que a argumento —dijo mientras se alzaba conforme pasaba por su lado para seguirme—, pero si sirve para que hagas lo que te he pedido, me vale. ¡Un placer haberte conocido, preciosa! Nos volveremos a ver…

—Sin duda… —contestó Alana con un tono de diversión y sentí que hasta mi propia amiga me traicionaba en aquella situación.

No me di la vuelta a pesar de que sabía que él me estaba pisando los talones y tampoco tenía intención alguna de ir al gimnasio habitual que frecuentaba en los últimos diez años simplemente para no darle esa satisfacción. Así que después de callejear un poco para hacerle perder el tiempo, me metí en mi librería de confianza como si tuviera la intención de comprar algunos libros.

Fingía leer la sinopsis en el reverso cuando en realidad solo estaba tratando de atisbar sus movimientos y no sabía que me desesperaba más, si la paciencia que parecía mantener o el hecho de que no era capaz de concentrarme en algo que no fuera ese estorbo viviente.

Coloqué el libro en la estantería con decisión y lo encaré, para mi sorpresa parecía más que relajado observando meticulosamente la estantería que tenía a su lado.

—Aléjate de Alana —afirmé sintiendo que quería alzar la voz más de lo que lo hacía, pero me estaba conteniendo.

—Uy… ¿Ya hemos llegado a la fase de celos, cariño? —siseó aún sin mirarme—. ¿No crees que vas un poco rápido en nuestra relación?

—Vete a la reverenda mierda, capullo —bufé girándome sobre mis talones con la intención de marcharme de nuevo, pero esta vez pensaba perderlo de vista y con un poco de suerte se perdería un buen rato por la ciudad tratando de encontrarme.

En cuanto giré por el pasillo tratando de alcanzar la salida, sin explicarme aún como demonios había logrado hacerlo, vi que me cerraba el paso.

—Mira belleza… —comenzó arrastrando la voz en aquel tono grave que no sabía si era el que empleaba para seducir o es que le salía de modo natural, pero que igualmente lograba estremecer todos mis sentidos—. No he hecho un viaje de veinte horas para que me vengas con rabietas estúpidas de niña consentida. Te guste o no, estoy aquí. Y te guste o no, vas a subirte a una tabla conmigo —advirtió avanzando lentamente hacia mí conforme yo retrocedía—. Así que puedes montar todas las pataletas que te dé la gana, porque esto se hará por las buenas o por las malas. Tú decides.

En ese momento incliné el rostro como si estuviera estudiando sus rasgos y estos pudieran revelarme sus pensamientos.

¿Que motivos tenía alguien como él para viajar hasta allí y empezar de cero en una disciplina nueva? No tenía ningún sentido.

—¿Que ganas tú con esto? —exclamé autoritaria.

—Lo mismo que tú —respondió con firmeza.

Torcí el gesto y me mordí el labio.

—Te he visto surfear y alguien como tú no está dispuesto a perder su tiempo en aprender una nueva disciplina y menos aún cuando no hay competiciones anuales o constantes. El único motivo es la exposición, así que déjate de amenazas absurdas porque conmigo no van a funcionar —afirmé alzando el mentón.

—Tengo mis… motivos —admitió sin entrar en detalles.

—Esta es una disciplina que requiere compenetración absoluta, confianza plena y coordinación perfecta. Que mi padre crea que puede conseguir en pocos meses algo para lo que se necesitan años es cosa de él, pero sobre todo sé perfectamente que entre tú y yo esto jamás funcionaría porque eres demasiado pretencioso. Tanto fuera como dentro del agua.

Escuché como dio una risotada.

—¿Pretencioso?, ¿Esa es tu excusa?

—No es una excusa. Es la pura realidad.

Chasqueó la lengua y dio otro paso hacia mí como si tratara de intimidarme y lo cierto es que, al ser bastante más alto que yo lo conseguía desde esa distancia, pero no estaba dispuesta a recular un ápice.

Sentí como se inclinaba y no supe que intenciones llevaba, pero aún así me mantuve firme hasta que se detuvo a menos de un palmo de distancia de mi rostro y aspiró profundamente.

—Belleza puedes mentirte todo lo que quieras, pero la realidad es otra —dijo observándome con aquellos ojos oscuros de

los que por algún motivo sentía que eran capaz de traspasarme—. Tienes miedo.

7

Equilibrio inestable

Max

Desde el momento en que Patric me había hablado de aquel plan, supuse que no sería algo simple, pero mis opciones no eran muchas y aquella sin lugar a duda, podía resolver todos mis problemas siendo la más simple.

¿En qué puto momento pude pensar que podía ser simple?

Reconozco que durante todo el trayecto solo había pensado en convencer a Jax de que era el candidato adecuado para su hija. Esas habían sido las instrucciones de Patric y en ningún momento pensé en la chica.

«La belleza australiana»

He tenido la suerte de conocer a muchas muchas mujeres a lo largo de mi vida. Morenas, rubias, pelirrojas… ni siquiera podía decir que tuviera un gusto determinado. Me gustan todas, pero desde luego no había imaginado que Océane iba a ser una sirena viviente tan atractiva como peligrosa con aquella lengua afilada.

«¡Joder! Si lo único que había podido pensar al verla es cuánto tiempo tardaría en meterla en mi cama» Hasta que abrió la boca y mostró ese temperamento que, a pesar de hacerla aún más deseable, también me daban ganas de zarandearla.

—¿Miedo de ti? —sugirió con retintín mirándome con aquellos ojos de un azul tan cristalino que podía asemejarse al brillo del sol en el agua un medio día en pleno verano, cuando la luz danza sobre la superficie y todo el horizonte se llena de destellos a los que es imposible dejar de admirar.

—De lo que represento para ti —afirmé decidido.

Puede que no la conociera, tampoco sabía mucho sobre la situación salvo lo que había mencionado Patric de su hermano y suponía que no debía ser fácil la transición después de haber perdido a su compañero en esas circunstancias. Probablemente esa era la única razón por la que aún seguía en aquella librería… bueno, esa y, por supuesto, Harmony.

—No me conoces. No tienes ni la más mínima idea de quien soy, pero te puedo asegurar que miedo es lo último que siento hacia ti.

—Ni te conozco, ni tengo intención de conocerte más allá de lo que implique técnicamente entrenar juntos. Tú haz lo tuyo, que yo haré lo mío, pero si insistes en oponerte… no te lo pondré nada fácil.

—¿Es una amenaza, Max-ibon? —exclamó como si le divirtiera aquel reto—, porque ya te he dicho que no funcionarán conmigo. Si esperas que me amilane o que cambie de opinión. Spoiler: no lo haré.

—Eso lo veremos —advertí dándome media vuelta y dejándola allí con la certeza de que seguirme sería lo último que haría.

Era probablemente una de las mujeres más guapas que había visto, pero también la más obstinada, orgullosa y cabezota.

«Y eso había convertido aquello en un reto que no pensaba perder»

Llamé a Patric sin pensar que en California sería media noche, aún así contestó al cuarto tono con voz adormilada, probablemente ante la necesidad de saber si su plan habría funcionado

—¿Y bien?

—Mañana empezamos el entrenamiento juntos —contesté con voz seria observando el bullicio de los locales con la impresión

de que la ciudad era más animada de lo que me esperaba.

El atractivo de Noosa era principalmente el surf, así que había bastantes turistas surferos y mochileros entre la gente de la zona puesto que en esa parte del planeta se aproximaba la temporada de verano, eso sumado a que compartíamos el mismo idioma, hacía que me sintiera un poco como en casa a pesar de estar a doce mil kilómetros de distancia.

—¡Bien!, ¡Bien! —oí que exclamaba—. Jax será exigente, pero está claro que ha visto tu potencial y aunque no será fácil entrenar con él…

—No me preocupa el padre, sino la hija —admití metiéndome entre la gente que se acumulaba en las terrazas tomando cerveza, café o algunos cócteles de media tarde—. No está siendo precisamente cooperativa.

—¿En qué sentido? —inquirió Patric.

—No te preocupes, lo tengo todo bajo control —advertí a pesar de que ni yo mismo sabía como iba a gestionar aquella situación, lo que sí tenía muy claro es que lo haría.

—Manténme informado en cualquier caso —contestó algo más relajado.

En ese momento vi como una chica pelirroja me observaba mientras sonreía e instintivamente le guiñé un ojo.

—Claro, tengo que dejarte… —afirmé antes de colgar y guardar el teléfono en el bolsillo al mismo tiempo que me acercaba a su mesa, la misma que compartía con otras cuatro amigas.

—¿Eres de por aquí? —inquirí mirándola únicamente a ella.

Mi experiencia me había llevado a conocer lo suficiente a las mujeres para saber que si centrabas toda tu atención en una sola chica mientras formaba parte de un grupo, ella creería que sería la única en tu vida. Craso error, pero no pensaba ser yo quien le dijera la verdad.

—Si —confesó ampliando su sonrisa—. Y es evidente que tú no, o te habría visto con anterioridad.

Cogí una de las sillas y le di la vuelta para sentarme frente a ellas.

—En ese caso tal vez puedas ayudarme a no perderme por aquí. —Sonreí. Eso siempre funcionaba.

Como suponía, me enseñaron las calles principales y los locales de moda, así como las mejores playas para surfear y lo imprescindible a visitar, incluso la pelirroja llamada Susanne se ofreció a ser mi guía particular. No me negué, tampoco lo acepté abiertamente y a pesar del jet lag, acabé en uno de los bares más conocidos del lugar bebiendo cerveza hasta media noche, cuando la sirena de turno entró acompañada de su amiga.

«Parece que hoy es mi día de suerte»

En cuanto supe que se había percatado de mi presencia, cogí el cuello de la pelirroja con la intención de besarla y comprobé que estaba más que dispuesta.

Mi intención no era darle celos, dudaba que los tuviera, sino más bien fastidiarla haciéndole ver que sabía perfectamente adecuarme a la ciudad e ir por mi cuenta sin necesidad de ella. Metí mi lengua en la boca de la tal Susanne produciendo un encuentro con la suya y emitió un gemido de complacencia para después aferrarse a mi camiseta. Por primera vez ni siquiera estaba disfrutando realmente de aquello, sino que mis sentidos estaban más puestos en dicha rubia que en la mujer a la que estaba besando.

«Y eso era algo completamente nuevo para mí»

—Voy a la barra —dije apartándome de ella.

No tenía ninguna intención de acostarme con nadie esa noche, principalmente porque lo único que deseaba era tirarme en aquella cama que me esperaba de la caseta de jardín y no despertar

hasta el alba, así que sería mejor alejarme de ella. Aunque el hecho de que no me acostara con la pelirroja esa noche, no significaba que no lo hiciera a la noche siguiente.

Vi su melena rubia suelta antes de que mis ojos se fijaran en esas piernas desnudas embutidas por unos shorts infinitamente cortos.

«Océane estaba demasiado buena para no admitirlo»

Así que me acerqué empujando al chaval que había a su lado y haciéndome un hueco en la barra.

—¿Estás espiándome, Océano? —Ni siquiera la miré, sino que alcé la vista para llamar la atención del camarero.

—Para hacerlo tendría que importarme algo de ti, y evidentemente no es así —contestó provocando que no pudiera evitar sonreír y vi como le servían un botellín de cerveza que ella cogía y se llevaba a los labios para dar un sorbo.

Estaba comenzando a disfrutar de esa lengua afilada y lograba despertar en mí una sensación de cosquilleo agradable, como si la tensión de la situación que me afectaba a nivel personal quedase relegada por esa emoción vibrante. Era completamente incapaz de apartar la vista de aquellos labios entreabiertos y ligeramente mojados por la cerveza.

—¡Oh!, ¡Es cierto! Quieres que me largue… bueno, en ese caso le diré a la pelirroja que me acompañe.

—¡No vas a meter a Susanne en mi casa! —bramó sorprendiéndome su reacción—. Bueno, a ninguna mujer ya que estamos. Es la primera norma.

—¿Ahora tenemos normas? —inquirí gozando aquel momento.

—Se llama respeto. Si quieres acostarte con alguien te vas a un hotel —afirmó enfurruñada—. ¿Te ha quedado claro?

—Cristalino —aseguré robándole el botellín y dejándolo sobre la barra. Podría habérmelo llevado a los labios como esa misma tarde al robarle el trozo de tarta, pero no quería correr el riesgo de llevarme una bofetada—. Entonces me acompañarás a casa.

—Tus ganas. Acabo de llegar.

—Mira Océano, tus opciones son acompañarme o que lo haga la pelirroja. Tú eliges.

Observé como parecía retarme con la mirada y estaba furiosa. Más que furiosa, podía ver el fuego en sus ojos. Cogió el botellín para darle un trago largo y después se giró hacia la amiga que la había acompañado, Alana si mal no recordaba y después emprendió camino hacia la salida.

La seguí sin mirar atrás.

—Es la última vez que seré tu canguro —dijo sin darse la vuelta muy segura de que me encontraba tras ella.

Hacía fresco y repentinamente me di cuenta de que iba a tener que acostumbrarme a un lugar en el que no había estado antes.

A pesar de viajar a incontables estados para entrenar, competir o por placer, era la primera vez que visitaba Australia.

—Comenzamos a entrenar en siete horas, así que mañana me das las gracias —advertí metiéndome las manos en los bolsillos y comenzando a caminar a tu lado.

—¿Por hacerme perder mi valioso tiempo? Va a ser que no, aunque a juzgar por lo que he visto ahí dentro, no te hacía del tipo que se va a dormir a la hora de las gallinas.

Exclamé una carcajada en aquel silencio al que nos dirigíamos al rebasar toda la zona de los locales donde podía escucharse aún la música de fondo.

—Lo que significa que no me conoces, pero te aseguro que vas a conocerme, belleza.

—¡Oh, por favor! Prefiero que me llames Océano a belleza, suena demasiado trillado —dijo deteniéndose para girarse hacia mí —. Y no tengo ninguna intención de conocerte, asume que vas a irte pronto. Muy pronto de hecho.

Comenzó a emprender de nuevo la marcha, pero la detuve.

—Si tan segura estás de que no voy a estar a la altura de tus expectativas y las de tu padre, ¿A qué viene esa obstinación en mi contra?

—A ver… déjame pensar —contestó sin apartarse—. ¿A tu prepotencia?, ¿A tu soberbia?, ¿A qué eres un chulo de los que se creen muy seguros de sí mismo? Solo he necesitado verte para saber perfectamente que clase de tipo eres. Tú no estás aquí porque te interese el surf tándem, estás aquí por la exposición que te ofrezco.

Se soltó el brazo y comenzó a caminar a paso rápido.

—Así que es eso… la reina no quiere compartir su trono. Suena bastante hipócrita por tu parte cuando eres tú la que ha decidido volver a competir.

La observé guardar silencio, aunque eso era algo inusual en ella a pesar de que la conocía desde hacía escasas doce horas.

—Compartía mi trono con mi anterior pareja —susurró cuando reconocí la casa que me acogería durante las próximas semanas—. Y tú no serías tan bueno como él, aunque te lo propusieras —zanjó abriendo la puerta y rodeando la casa por el jardín sin despedirse o hacer algún tipo de ofrecimiento.

La vi perderse en el interior de la casa antes de dirigirme hacia la pequeña construcción que que formaba parte del jardín. La madera del exterior estaba algo dañada y necesitaba una mano de lija y pintura, pero debía reconocer que el interior era bastante

acogedor. Un pequeño sofá con una televisión en frente era lo primero que se observaba al entrar en una especie de recibidor que hacía de salón, al fondo a la derecha existía una pequeña habitación con cama de matrimonio y dos mesitas, la construcción terminaba con una puerta central que daba a un pequeño aseo. No había cocina, pero tenía permiso para acceder a la de la casa principal cuando quisiera.

La esposa de Jax me había mencionado que la construyeron para esos momentos en los que los visitaban familiares, pero acabó siendo el refugio de su hijo Reef donde invitaba a sus amigos para jugar a videojuegos y beber. Desde entonces nadie la había usado hasta ahora, ni siquiera su hija y, a pesar de que me lo dijo como si ya supiera cuáles eran las circunstancias en las que había desaparecido, lo cierto es que sabía muy poco de aquel asunto.

Quizá por esa razón me tiré sobre la cama aún sin desvestirme y busqué su nombre en el navegador. Las palabras de Océane aún resonaban en mi mente. Ella no solo había perdido a un compañero, también a su hermano gemelo. Y aunque eso no mitigaba que su comportamiento fuera el de una niña engreída y mimada, lo cierto es que no pude evitar sentir cierta conexión al saber que yo mismo estaba allí por mi propia hermana.

Supe que me había quedado dormido cuando el sonido estridente de la alarma perforó mis tímpanos. El agua de la ducha estaba helada, pero eso hizo que me espabilara del todo, así que cuando crucé el jardín y me adentré en la cocina de la casa, observé a Jax sirviendo el café y vi que no había rastro alguno de su hija.

—Anoche volvisteis tarde, espero que no se convierta en una costumbre.

—No, señor —dije aceptando la taza de café y me lo llevé directamente a los labios.

—¡Vaya! Sólo y sin azúcar, porqué no me sorprende —oí su voz antes de verla, pero se dirigió hacia la nevera y pude ver su

trasero perfectamente macado por esos pantalones deportivos que se ajustaban como una segunda piel.

«Joder que buena está» pensé sin poder apartar la vista de aquellas curvas.

—Tienes carnet de conducir, ¿no? —me preguntó Jax.

—Si —dije apartando la vista y gritándome mentalmente que no podía quedarme embobado mirando el culo de aquella rubia y menos aún estando su padre presente.

—Estas son las llaves de la camioneta —anunció con el tintineo de la llave chocando contra el llavero de metal—. A partir de ahora iréis juntos a todas partes.

—¿Qué? —La voz de Océane atrajo la atención de ambos.

Me pregunté si habrían elegido su nombre antes de saber que tendría los ojos azules más impactantes que había visto en mi vida y al percatarme de mi propio pensamiento aparté la vista.

—Vais a ser la sombra del otro durante los próximos tres meses —afirmó Jax—. Dónde tú vayas irá él y eso se aplica también para ti, Max —continúo señalándome.

—¿También incluye la ducha? —exclamé para provocarla y acto seguido sentí como una galleta se estampaba en mi cara—. Vale. Vale. Es broma.

«O no tanto, ya puestos. Porque ver a esa sirena desnuda en el agua debía ser toda una proeza»

—¿De verdad pretendes que pase todo el día al lado de este zoquete sin cerebro? —exclamó Océane.

—Ese zoquete sin cerebro tiene nombre y te recuerdo que es tu pareja.

—En fase de prueba —rebatió con rapidez antes de beberse de un sorbo el café y marcharse de la cocina.

—¡Salimos en cinco minutos! —gritó Jax dejándose caer sobre la encimera de la cocina y dirigiendo su vista hacia mí como si estuviera extremadamente cansado.

—Sé los motivos que te han hecho venir hasta aquí… —dijo en voz baja como si no quisiera que Océane le escuchara—. Así que si quieres recuperar tu vida vas a tener que lograr que ella te acepte.

«Probablemente era más fácil pedirme hacer un salto mortal sobre la tabla con ella encima, que aquello»

8

Aprender a sostenerte

Océane

Mi padre nos llevó a una de sus playas favoritas debido a que en esa zona había menos corriente, apenas se dejaban caer surfistas y estaba lo suficientemente alejada del pueblo, para que tampoco la visitaran los bañistas. Allí era donde solíamos entrenar Reef y yo cuando nos preparábamos para la competición de surf tándem y era la primera vez que volvía a pisar aquella arena desde que él se fue.

—Vais a comenzar entrenando fuera del agua —dijo mi padre llamando sobre todo la atención del americano—, pero también quiero que surfees solo con la tabla para que te acostumbres a ella —mencionó dirigiéndose solo a él—. Vas a notar que responde de forma más pesada que a la que estas acostumbrado, el giro es lento, necesita líneas más limpias y te obligará a surfear con suavidad. Eso es lo que buscamos, mantener la velocidad constante, sostener los cambios y evitar rebotes bruscos.

—¿Quieres que salga solo?

—¿Te da vergüenza que veamos como te caes, Max-ibon? —exclamé y después aparté la mirada mientras me quitaba las zapatillas para comenzar a practicar.

—No. Más bien me preocupa que no puedas apartar la vista de mí cuando empiece a lucirme, Océano.

Aparté la vista sin poder evitar reírme de aquel ego grandioso que ni siquiera se molestaba en ocultar.

—Veremos cuanto te dura el optimismo.

—Si quieres te regalo un poco, ya que vas de amargada por la vida.

Era la segunda vez que me definía con aquel adjetivo y por alguna razón me molestaba. No porque lo dijera él, sino porque eso me recordaba la conversación con Alana y me hacía pensar si la ausencia de Reef había provocado que perdiera mucho más de mí misma de lo que en realidad pensaba.

—Si, saldrás solo —intervino mi padre antes de que pudiera responder—, pero primero aprenderás las posiciones básicas. Entrenaréis por la mañana aquí, independientemente de si estoy o no presente hasta la hora de comer. Por la tarde continuaréis practicando lo aprendido en el jardín de casa. Tenéis dos horas de gimnasio cuatro días a la semana y saldréis a correr juntos seis kilómetros diarios, os dejaré elegir en qué momento preferís hacerlo.

—A primera hora —dije yo.

—Al atardecer —respondió él probablemente por llevarme la contraria.

—Afortunadamente para vosotros tenéis un día libre a la semana de descanso, así y que tres veces lo haréis al amanecer y otras tres al atardecer. ¿Oído? —exclamó mi padre como si fuera un sargento del ejercito y sabía que en esos momentos no era mi padre, sino Jax el entrenador.

—¡Oído! —dijimos sorprendentemente a la vez.

—Muy bien. Ahora posición base. ¡Los dos! —indicó refiriéndose a que me colocara en la tabla a pesar de estar sobre la arena y sentí como a mi espalda se colocaba él también.

Era imposible no sentirlo, aunque ni siquiera me rozara podía notar como llenaba el espacio que existía entre nosotros. Y eso me fastidiaba. Me recordaba una y otra vez lo que eso significaba.

Pasamos toda la mañana ensayando posiciones base, entradas, reparto de peso para mantener el equilibrio y giros antes de pasar a elevaciones muy básicas. Poco antes de marcharnos para almorzar a casa, me senté en la parte trasera de la camioneta mientras observaba a mi padre darle instrucciones a Max antes de que se alejara mar adentro con la tabla. Para mi desgracia no se cayó ni una sola vez, pero estaba mucho más rígido de lo que debía, algo más que presumible teniendo en cuenta que era surfista profesional.

—Tiene buena base —oí que decía mi padre cruzándose de brazos a mi lado mientras se dejaba caer para apoyarse en la compuerta abierta de la camioneta.

—Le has elegido precisamente por eso, ¿no? Tampoco es tan sorprendente —admití sin apartar la vista del agua y los movimientos que hacía.

Aunque su rigidez hacía que la tabla no fluyera como debía, el oleaje no era tan fuerte y lograba mantener la estabilidad, aunque fuese a mala pena y eso eran buenas noticias para mí.

—La principal razón es porque probablemente sea el único capaz de sostenerte con firmeza —contestó mi padre—. Al menos cuando aprenda a dominar la tabla —afirmó segundos después.

—¿Seguro?, ¿Hay algo de él que no me estás contando, papá? —inquirí porque seguía pareciéndome ilógico que alguien como Max-ibon hubiera cruzado el planeta con la intención de aprender aquella disciplina.

Sinceramente era algo que no estaba en su estilo y, aún así, parecía realmente comprometido con aprender cada movimiento sin quejarse ni una sola vez.

—Eres la última campeona de surf tándem, si alguien quiere aprender esa disciplina, no hay mejor opción que tú como compañera. No sé que ves de extraño en eso.

—Dijimos que serían tres meses. No lo olvides —le advertí.

Escuché como chasqueaba la lengua y después se llevaba las manos a ambos lados de la boca.

—¡Flexiona las rodillas, Max!, ¡Menos rigidez!, ¡Deja que sea la tabla quien te lleve! —gritó para que él le escuchara y entonces se dirigió hacia mí.

—No lo haré mientras tú cumplas tu parte del acuerdo.

—Estoy aquí ahora mismo, ¿no? —respondí ofuscada—. Eso ya implica que estoy cumpliendo con mi parte.

—¿Y lo de tratarle con condescendencia es necesario? —exclamó mi padre volviendo la vista hacia Max que mantenía una postura mucho más profesional sobre la tabla.

—En el acuerdo no especificaste que trato debía darle a mi pareja. Le has elegido tú, no yo, así que si no me cae bien o no somos compatibles, es tu problema.

Noté la débil sonrisa de mi padre y se llevó ambos dedos en forma de círculo a la boca para emitir un sonido agudo en forma de silbido justo antes de hacer señas con la mano para indicarle a Max que regresara hacia nosotros.

—Tu hermano Reef y tú discutíais constantemente, por lo que que tampoco me parece un impedimento teniendo en cuenta que sobre la tabla sabíais entender el lenguaje de vuestro cuerpo.

Sentí el nudo en la garganta al mencionar a mi hermano y también, lo que debía significar para él el hecho de recordarlo y que ahora era un completo extraño quien asumía su papel. Noté el instante exacto en que mis ojos se empañaron y salté de la camioneta para alejarme con la excusa de subirme al asiento del copiloto solo para que ninguno de los dos me viera con lágrimas en los ojos.

Me quedé callada durante el resto del trayecto de regreso a casa mientras escuchaba a mi padre y al americano hablando sobre los cambios que había notado en la tabla, así que bajé la ventanilla y

me apoyé sobre la puerta dejando que el viento oscilara en mi rostro y secara esas lágrimas que no deseaba derramar. Tenía el recuerdo demasiado vívido en mi interior, como si aquella acción fuera demasiado cotidiana y por un momento pudiera olvidar que esa no era su voz, que la persona que había atrás no era él y que por un instante ese vacío en mi pecho que se había construido como un agujero negro lleno de aflicción y pesar, dolía un poco menos.

—¿Tu nueva táctica será guardar silencio? —exclamó Maxibon cuando nos volvimos a subir a la camioneta que conduciría él para ir al gimnasio tras la pausa del almuerzo.

Ni siquiera me había molestado en rechazar la propuesta de ir antes del gimnasio que repasar los movimientos en el jardín porque al menos podría pasar las próximas dos horas lejos de él, aunque estuviéramos en el mismo lugar.

—¿Funciona? —exclamé sin mirarle.

—No —negó con rotundidad conforme metía la llave en el contacto.

—¿Entonces porque parece molestarte? —inquirí con tono despectivo.

—No me molesta, solo pretendo averiguar si tu nuevo plan de ataque consiste en ignorarme.

«Como si pudiera hacerlo» gemí en mis adentros.

—¿Tu ego no te permite ser ignorado? —exclamé cruzándome de brazos mientras escuchaba el sonido del motor al arrancar—. No tiene ningún sentido que conduzcas tú si ni siquiera sabes a donde tienes que ir —dije pareciéndome absurdo que mi padre le hubiera dado las llaves a él, pero sabía exactamente que el motivo principal sería condicionarme a pasar todo el día pegada al culo de ese estadounidense pedante e insufrible.

—Los dos sabemos que no me has quitado la vista de encima mientras estaba en el agua, Océano. ¿Tan atractivo te resulto? —

contestó en tono sugerente con la clara intención de provocarme.

—Esperaba que te resbalaras y te picara una medusa —contesté con fingida indiferencia—, pero lamentablemente no ha habido suerte.

Pude ver por el rabillo del ojo como sonreía y sinceramente no sabía si molestarme en tratar de llevarle la contraria porque parecía disfrutarlo soberanamente.

—Ya que ayer no parecías muy dispuesta a mostrarme el lugar, tu madre ha tenido la amabilidad de darme la dirección del gimnasio en el que sueles entrenar. Y da la casualidad de que suelo orientarme bastante bien en sitios desconocidos.

—¡Oh sí! Lo vi perfectamente ayer cuando le metías la lengua hasta la garganta a Susanne, seguro que te aprendiste todas las calles de Noosa —gemí con desprecio.

La imagen de él besando descaradamente a Susanne regresó a mi mente sin pretenderlo. Me importaba muy poco con quien pudiera o no acostarse, pero… ¿Tenía que ser precisamente ella?

—¿Te refieres a la pelirroja? —exclamó como si ya hubiera olvidado su nombre, aunque sinceramente no me sorprendía puesto que me había hecho una idea muy poco equivocada de él.

—¿Es que besaste a alguien más? —inquirí molesta a pesar de que él parecía bastante tranquilo y relajado, suponía que esa era la razón de que me diera tanto fastidio.

—¿Ahora te interesa saber a quien beso? —volvió a responder en ese tono jocoso que demostrada claramente cuanto estaba disfrutando de la situación.

—Tu historial romántico me atrae entre poco y nada, así que te lo puedes ahorrar. Lo que hagas o dejes de hacer, es problema tuyo.

—Eres tú la que ha mencionado mi lengua y a esa chica.

Emití un gruñido como si fuera misión imposible mantener una conversación humanamente normal con ese tipo y noté que a él parecía causarle diversión mi propio fastidio.

—¡Para tu información, Noosa no es tan grande! Será un pueblo turístico, pero aquí nos conocemos todos los locales. Así que antes de volver a meter tu lengua en otra cavidad, ¡Mejor te informas de a quien pertenece!

—Preséntame a tu grupo de amigas y no tendremos ese problema…

—Eres idiota.

—Y tú demasiado obstinada para admitir que en realidad me adoras.

Iba a responder, pero sabía que cualquier cosa que dijera solo sería una provocación para la que él tendría una respuesta que buscaría mi obstinación.

—Lo único que voy a adorar de ti es cuando vea tu culo dentro del avión que te llevará de vuelta a donde quiera que sea tu casa.

—¡Auch! —exclamó llevándose una mano al pecho—. Eso ha dolido, ¡eh! Pero sé que solo lo dices para esconder la atracción que sientes hacia mí.

No pensaba caer en su juego, fuera el que fuera, así que me mantuve en silencio hasta que llegamos al aparcamiento y abrí la puerta antes de que apagara el motor de la camioneta.

—Puede que tengamos que estar aquí dos horas —dije desde la ventanilla abierta—, pero no pienses ni por un instante que pienso estar cerca de ti.

Ni esperé a que se bajara, puse rumbo a la entrada del gimnasio donde encontré a Camila que me saludó como era habitual y me abrió la compuerta sin necesidad de sacar la tarjeta para pasar.

Debido al horario había poca afluencia, así que reconocí a la mayoría de los que estaban en la sala de máquinas y pesas. Me dirigí hacia el vestuario femenino para dejar la pequeña bolsa y saqué la funda de los auriculares inalámbricos justo antes de alzar la vista y ver a Susanne saliendo de las duchas.

¡Mierda! Había olvidado que ella solía ir precisamente a esa hora porque utilizaba la pausa de almuerzo en su trabajo.

—¡Océane! —exclamó y me giré hacia ella con una sonrisa forzada.

—¡Susanne! Cuanto tiempo. ¿Qué tal todo? —pregunté aun con los auriculares en la mano y cerrando la taquilla.

—Como siempre. Llevaba sin verte bastante tiempo por aquí, que casualidad que justo te viera anoche en el bar de Jame´s y ahora coincidamos aquí, ¿No te parece?

—Noosa no es tan grande, pero no te entretengo, tendrás que volver al trabajo y…

—¿Ya no estás con Mason? —inquirió abruptamente.

—Creo que mi vida personal no es asunto tuyo, ¿no te parece? —exclamé sin importarme guardar o no las apariencias.

Había tratado por todos los medios de tener una relación cordial con Susanne, pero ella y ser cordial no eran cosas que pudieran ir de la mano.

—Quizá a él le interese saber que su novia parece tener una relación abierta —dijo como si disfrutara de tener información privilegiada—. Te vi anoche marcharte con ese chico.

Genial, no solo tenía que soportar al idiota de turno, sino que encima iban a pensar que me lo había tirado.

—Puedes decirle a Mason lo que creas conveniente, entre él y yo no hay secretos —dije antes de salir del vestuario y poner la música en el teléfono a todo volumen.

No vi a Max-ibon por ninguna parte, pero el cabreo que tenía encima tenía que sacarlo, así que me dirigí hacia la zona de boxeo y descargué toda aquella tensión contra uno de los sacos concentrándome en aquella tarea y despejando la mente de todo lo demás. Estaba tan focalizada que en el momento que sentí una mano sobre el hombro me giré abruptamente, como si mi propio subconsciente creyera que se trataría de Susanne o él y sinceramente no sabía por cuál de los dos sentía más irritación en ese instante.

—¡Joder! —grité cuando reconocí el rostro de Alana y cerré los ojos con alivio.

—Ey… tranqui. ¿Que te pasa? —mencionó algo preocupada.

Me di cuenta de que tenía la respiración algo entrecortada por el aliento y saqué el teléfono del bolsillo que incluía la malla deportiva para parar la música, llevaba casi media hora dando golpes al saco y no me había dado cuenta.

—Estoy bien —afirmé robándole la botella de agua que llevaba en la mano y al alzar la vista para beber, me di cuenta de que mi pareja auto-impuesta por mi padre estaba en la sala de pesas justo al lado.

—Ya veo. Me he imaginado que él también estaría aquí y pensé que quizá te vendría bien algo de compañía.

Ni siquiera le pregunté como sabía que estaba allí, Alana y yo siempre teníamos nuestras ubicaciones conectadas y sabíamos donde estaba la otra en todo momento.

—Por favor, dime que no has venido por él, ya tengo suficiente con que mi padre me obligue a pasar todo el día pegada a su culo para encima tener que soportar que mi mejor amiga le engorde ese ego monumental del que no tiene ningún problema en restregarme por la cara.

Noté la sonrisa de Alana.

—A ver… si es o no un capullo integral no lo voy a discutir, pero míralo bien, por el amor De Dios, Océane. Ese hombre está más fuerte que una pared de cemento. ¿Has visto esos brazos? Si parece que la camiseta le pide auxilio, está más apretao que un nudo de marinero. Y encima tiene esa cara de estatua griega cincelada… Es que ese tío te agarra de la cintura y lo único que te sale es rezar para que te dé como a un cajón que no cierra.

—Y también está prohibido —sonreí forzadamente—. Con un enorme cartel en la frente que dice *"Voy a destrozar tu estabilidad emocional y encima voy a hacerte creer que fue idea tuya"*, lo último que necesito es que te cuelgues de él para que te utilice en mi contra.

—Eres una aguafiestas… —susurró Alana sin evitar volver la vista hacia él de nuevo con la misma expresión de quien está viendo un suculento manjar y lleva una semana entera sin probar bocado—, aunque mirándolo bien, quizá estaría dispuesta a perder un poco de mi estabilidad emocional…

La cogí del brazo y me la llevé hasta la otra punta del gimnasio, como si el hecho de no poder verle devolviera el sentido común a mi mejor amiga.

—¿Te recuerdo con quien se estaba liando anoche? —exclamé y pareció reaccionar al fin.

—Susanne se ha tirado a la mitad de surfistas que pasan por aquí, tampoco es de extrañarse.

—Me ha montado un numerito antes en el vestuario, cree que anoche pasó algo entre el Max-ibon y yo.

—Eso es porque la privaste de un polvazo con el que habría visto hasta estrellas fugaces.

Resoplé como si relacionar al americano y el sexo me pareciera un absoluto incordio.

—La cuestión es que ella no puede enterarse de que él es mi nueva pareja —dije en voz baja e incluso miré a nuestro alrededor para comprobar que no había nadie cerca.

—¿Y eso lo sabe él?

—No. No tiene ni idea de quien es.

9

Orgullo salado

Océane

Susanne y yo nunca habíamos sido grandes amigas, probablemente porque nos convertimos en rivales a temprana edad, pero siempre nos mantuvimos en nuestro lugar. Iniciamos al mismo tiempo en los campeonatos individuales y, más tarde, cuando Reef y yo comenzamos a exhibirnos y dar a conocer nuestros nombres a través del surf tándem, ella hizo lo mismo. A diferencia de nosotros, pasó por varias parejas que no terminaban de encajar, incluso intentó más de una vez que mi hermano entrenase con ella, nunca supe si lo hacía porque deseaba tener al mejor o es que realmente le gustaba Reef.

Me constaba que este año se había clasificado en el campeonato individual de tabla corta a nivel regional e iría al campeonato nacional. Un lugar que probablemente ocuparía yo misma si Reef aún siguiera aquí y no me hubiera retirado del mundo del surf al completo, pero aquello formaba parte de una Océane que ya había dejado de existir y que en mi mente tenía otras prioridades, como la de pasar aquellos tres meses que le había prometido a mi padre lo más oculta posible del foco mediático.

—¿Y has pensado ya como vas a convencer a Max-ibon para que mantenga lo vuestro oculto? —exclamó Alana con la vista fija tras de mí y supe instantáneamente que él debía venir hacia nosotras—. No tengo que convencerle de nada, sino echarle de aquí —admití antes de darme la vuelta y ver como le guiñaba un ojo a mi amiga, pero sin llegar a acercarse a nosotras—. Y para eso voy a necesitar encontrar sus trapos sucios.

Volví a colocarme los cascos y me dirigí hacia la sala de pesas ahora que sabía que él había terminado y no volvería a cruzármelo, por lo que mi mente se volvió un completo bullicio. Estaba claro que Max-ibon no iba a largarse por las buenas, tampoco por las malas, así que mi única carta era encontrar información por la que amenazarle o que mi propio padre le pusiera de patitas en la calle.

Me sorprendió que, tras dos horas dentro del gimnasio, el americano hubiera cumplido a rajatabla mi decisión de no acercarnos. Le busqué con la mirada por toda la sala, la afluencia había incrementado considerablemente, pero su complexión y altura le hacían ser alguien destacable, así que no necesité demasiado tiempo para darme cuenta de que se había marchado.

«Si me hace volver andando a casa, le meto una araña de embudo bajo la almohada»

Recogí mis cosas de la taquilla y salí con premura del gimnasio solo para ver si estaba la camioneta. No solo estaba, sino que el muy capullo estaba dejado caer sobre ella mientras charlaba amigablemente con dos chicas que no dejaban de reír sus absurdas gracias.

—No perdáis vuestro tiempo chicas —dije llamando la atención de ambas. Las conocía de frecuentar el gimnasio, tenían algunos años más que yo, aunque en ese momento me costaba recordar sus nombres—. No juega en esa… *liga* —añadí encogiéndome de hombros y tirando la bolsa al interior de la camioneta.

Noté como él no parecía quejarse, algo que me sorprendió, pero alzó la vista hacia mí con una expresión que no le había notado hasta ahora. ¿Era molestia?, ¿Quizá incomodidad o irritación? En cualquier caso rompí la conversación al punto de que ambas se marcharon sin entender realmente si mi afirmación era una broma o no.

No podía importarme menos, por culpa de ese imbécil iba a tener que tener una conversación larga y extendida con Mason.

—Creía que solo te molestaba que me acercase a tu amiga, ¿Ahora también te molesta que hable con todo el género femenino?

—Solo les estoy haciendo un favor evitándoles perder el tiempo contigo.

Él soltó una risa seca, incrédula, y se incorporó de la camioneta sin dejar de observarme como si estuviera retándome con la mirada. Dio un paso en mi dirección y me mantuve firme, no pensaba dejar que ese tío me intimidara a pesar de que su simple presencia fuera imponente.

—Qué considerada, ¿no?

—Lo soy cuando quiero —alcé el mentón.

—Esto tampoco va a funcionar, Océano. Más vale que vayas aceptando que he venido para quedarme.

—Lo veremos… —jadeé sintiendo que se acercaba demasiado.

—Como quieras, pero ten clara una cosa. Si yo no puedo acostarme con nadie, tú tampoco vas a hacerlo.

Fruncí el ceño y observé la sonrisa de su rostro claramente complacido por haber descolocado completamente mis pensamientos. Se dio la vuelta para rodear la camioneta y subirse al asiento del conductor conforme yo maldecía por volver a dejar que él tuviera la última palabra.

Llevaba el tercer café en la mano cuando salí al jardín y comprobé que mi inoportuno huésped no estaba. Me senté en la escalera que había entre el césped y el porche que rodeaba la casa fijándome en la estructura de madera que decoraba el jardín. ¿Cuánto tiempo hacía que no entraba allí? Ni siquiera me había hecho esa pregunta hasta ahora que la caseta estaba ocupada. Di el

cuarto sorbo a la bebida sintiendo que a pesar de ser el tercero del día, era el primero que podía degustar con algo más de tranquilidad, si su táctica era la de hacerme esperar no podía estar más conforme con ello.

Media hora después y con la taza vacía, aquello era algo extraño, así que me acerqué a la caseta y llamé a la puerta sin obtener respuesta. Solía estar cerrada con llave porque era completamente externa a la casa y cualquiera podría acceder a nuestro jardín, así que esperé encontrar la cerradura bloqueada cuando giré el pomo, pero estaba abierta.

—¿Hola? —dije sin poner un pie dentro, pero el silencio me dio a entender que Max no estaba.

¿Donde diantres estaba? La camioneta seguía en la entrada, de hecho, no había escuchado ningún ruido de motor y estaba claro que por la casa principal él no estaba.

Conforme me adentraba en la caseta reconociendo cada detalle de la decoración que yo misma había atribuido a ese lugar, no sabía si premiaba más la idea de encontrar algún macabro secreto que pudiera sacar a ese tío de mi casa o el hecho de que finalmente se hubiera largado sin decir nada.

Comprobé en menos de un minuto que no estaba allí, salvo por el pantalón gris de chándal junto a la bolsa del gimnasio que había al lado de la puerta de la habitación, estaba todo bastante ordenado y eso me sorprendió. Me imaginé que sería alguien caótico y desordenado, pero aquello no correspondía demasiado, incluso la cama estaba hecha con las almohadas abullonadas. El sonido de un aviso por notificación me hizo girar la vista directamente hacia la mesita de noche donde parecía tener el teléfono cargando y di dos pasos para comprobar que era un mensaje.

«Yo también te hecho de menos» proveniente de *Love H.*

—Será hipócrita… —susurré pensando en cuanto echaría de menos a esa pobre chica mientras le metía la lengua hasta la

garganta a Susanne.

Abrí el primer cajón de la mesita de noche y las envolturas de colores chillones de un sin fin de condones me dieron la certeza que necesitaba del tipo de tío que era. Lo cerré con firmeza y abrí el segundo. Aparte de unas llaves y un tarjetero, estaba el pasaporte. Instintivamente lo abrí por la primera página como si aquel giro fortuito de los acontecimientos fuera una señal del destino: Maximilian Kingsley, nacido el catorce de Marzo del 2000. Sexo masculino. Nacionalidad estadounidense. Nacido en Los Ángeles, California.

Kingsley. ¿De qué me sonaba a mí ese apellido?

El ruido exterior me hizo meter el pasaporte de nuevo en el cajón y cerrarlo con rapidez antes de acelerar el paso hacia la entrada y me lo encontré bloqueándola como si ya supiera que yo estaba dentro cotilleando entre sus cosas.

En ese momento me sentí fatal por la intrusión, pero deseché rápidamente ese pensamiento. Solo había hurgado para hallar información sobre ese tío que, a todas luces, no era trigo limpio. En realidad, solo nos estaba haciendo un favor a mi familia, a mí y a todo el género femenino de Australia.

—¿Ahora has decidido esperarme en la cama, Océano? —No parecía molesto o nervioso de que hubiera invadido su espacio, así que deduje que no tendría nada que ocultar entre sus pertenencias.

—Más bien quería comprobar si te habías dejado los sesos al salir de la ducha —refunfuñé—. Te he estado esperando media hora.

—Y has sido incapaz de resistir un minuto más sin mí… —Su cuerpo obstaculizaba la única salida de aquel habitáculo, así que me sentí realmente atrapada—. ¡Ay, Océano!, ¿Tantas ganas tienes de meterte en mi cama que no encuentras otra excusa?

—¡Imbécil! —exclamé avanzando hacia él y le empujé para que se apartara, aunque solo conseguí que lo hiciera mínimamente para poder colarme por un pequeño espacio y salir rozando mi cuerpo con el suyo.

Me irritaba. Me enervaba. Me consumía las entrañas aquel modo de hostigarme por más que yo misma lo hubiera provocado. No lo soportaba.

—¿Donde vas?, ¡Se supone que tenemos que repasar todos los movimientos de esta mañana! —Alzó la voz mientras me alejaba, pero no me di la vuelta, levanté una mano con el dedo medio hacia arriba mientras me alejaba en dirección a la playa.

Por mi podía irse al infierno y no volver.

Mientras hundía mis pies con cada pisada en la arena, llegué hasta el límite donde el mar la bañaba. Cerré los ojos. Escuché el sonido de las olas rompiendo, alguna gaviota que sobrevolaba y el aroma salado perforando mis sentidos.

Y en ese momento me di cuenta de que era la primera vez que no corría hasta allí con la intención de llenar mis pulmones ante la presión en el pecho que me impedía respirar con calma, sino por un sentimiento mucho más fácil de soportar.

Noté el teléfono vibrando en mi bolsillo y vi el nombre de Mason en la pantalla.

—Hola —dije quitándome las chanclas y dando varios pasos hasta que el agua bañó por completo mis pies.

La sensación de frescor fue tan agradable que me hizo desear adentrarme en un poco más.

—¡Hola, amor!, ¿Por qué no has respondido a mi mensaje esta mañana? —escuché y recordé que efectivamente tenía un mensaje suyo que fui posponiendo hasta olvidarlo por completo.

¿Como es posible que me hubiera olvidado de contestarle?

—¡Ah, si!, ¡Lo siento! Hoy he comenzado el entrenamiento con la pareja que ha encontrado mi padre y…

—¿Pareja?,¿Cómo que tienes pareja? ¿Cuándo pensabas contármelo? —inquirió antes de que pudiera terminar.

—Tenía la intención de no tener que hacerlo porque se marchara antes de iniciar, pero mi padre parece empeñado en creer que puede funcionar.

—¿Quién es? —preguntó con semblante serio.

—Un americano… un tal Max —admití despreocupada—, pero no creo que tarde mucho en marcharse —mentí descaradamente sin saber exactamente porque no le confiaba a él lo mismo que podía decir abiertamente a Alana.

—Esto no me gusta Océane, me dijiste que ibas a entrenar tres meses, pero no que lo hicieras en pareja. —Noté que estaba molesto.

—Realmente no creía que mi padre pudiera encontrar a alguien válido y menos aún tan pronto, pero ya te digo que no tardará en marcharse.

El silencio al otro lado de la línea me daba a entender que parecía estar pensando la respuesta o meditando lo que acababa de decirle.

—¿Y donde se queda a dormir ese tío? —exclamó y tuve que llevarme una mano al cuello como si repentinamente me sintiera culpable de todo.

—En la caseta de jardín —admití.

—¡Joder Océane!, ¿Has metido a un tío que ni conoces en tu propia casa y ni siquiera me llamas para contármelo?

—En primer lugar, yo no he metido a nadie. Es la casa de mis padres y ellos deciden a quien le dan las llaves. Y, en segundo lugar, no me pareció importante tener que llamarte para decírtelo, sobre

todo cuando es un periodo de prueba y con toda probabilidad se irá de aquí en los próximos días.

—Esto no me gusta ¿Entiendes que el hecho de habérmelo ocultado solo me genera desconfianza? Además, no estoy tranquilo con el hecho de que un completo desconocido duerma en tu propia casa. Coge el primer tren hacia Brisbane, yo llegaré mañana por la noche cuando acabe el congreso y lo hablaremos.

Durante un instante pensé en esa posibilidad, en dejarlo todo y simplemente irme. Marcharme de una vez sin mirar atrás. Podía hacerlo, ¿no?

Y si podía hacerlo, ¿Por qué no lo había hecho aún?

—No voy a hacer las cosas apresuradamente. Te dije que tenía un acuerdo con mi padre y es este. Voy a entrenar durante tres meses. Le demostraré que el surf se ha acabado para mí y después me iré a Brisbane como tenía previsto.

Conocía a Mason lo suficiente para saber que esa no era la respuesta que esperaba oír, pero también que era lo suficiente comprensivo para entender las circunstancias y no entrometerse en mi vida familiar.

—Estaré allí mañana.

Escuché como colgaba la llamada abruptamente sin despedirse o dejar que yo misma lo hiciera. ¿Había hecho mal por no informarle? Realmente ni siquiera había pensado en ello. Es más, no tuve ni el más ligero pensamiento de hacerlo porque pensaba solucionar aquel problema yo misma.

Y el problema se había hecho una bola gigantesca.

Con el teléfono aún en la mano abrí el navegador y mis dedos volaron por las teclas para escribir Maximilian Kingsley en el buscador.

Aparecieron fotos de él surfeando en el agua, levantando un trofeo, en campañas publicitarias y bajo algunas fotos, enlaces a páginas de prensa, revistas de deportes, medios de comunicación… en todos ellos hacía referencia a una fecha reciente, fui bajando hasta encontrar el titular: expulsado por agredir a otro competidor.

Traté de encontrar algo más, declaraciones públicas, otras polémicas, incluso sus redes sociales para saber si lo habían etiquetado en publicaciones relacionadas. Nada. Era como si no existiera en internet salvo por lo que la prensa hablaba de él.

Saber que era lo suficiente conocido para generar esa repercusión, hacía aún menos comprensible que se hubiera trasladado desde California hasta allí para aprender una nueva disciplina en pareja. Existían otras opciones mucho más factibles para alguien como él. ¿Qué demonios hacía allí exactamente? Y, sobre todo, ¿Por qué aferrarse tanto a la idea de quedarse cuando estaba claro que yo no se lo iba a poner fácil?

«Bueno… igual es de esos a los que les da morbo los retos y lo había enfocado mal desde el principio»

—¿Sabes una cosa, Océano? —Su voz grave tan cerca de mi oído me hizo reaccionar de forma inesperada alejándome de él. ¿Cómo es posible que no lo hubiera escuchado llegar? Y más aún, ¿Cuánto tiempo hacía que estaba allí?

—¿Qué demonios quieres ahora? —exclamé autoritaria para darle a entender que aun seguía molesta con él.

Llevaba consigo la misma tabla de esa mañana y parecía tener la intención de volver a entrenar con ella.

—Para ser tan buena como dicen o aseguras que eres, no te he visto aún en el agua —contestó mientras veía como sus ojos se enfocaban en lo míos y después bajaba lentamente recorriendo mi cuerpo.

Llevaba unos pantalones cortos a juego de un sujetador deportivo y una camiseta ancha que lo cubría todo.

—Y vas a seguir sin verme hasta que seas capaz de mantenerte a ti mismo sin temblar —afirmé cruzándome de brazos.

—No estoy de acuerdo —dijo dando un paso hacia mí y lo que creí que sería encararme desde su altura para crear algún tipo de incomodidad o imposición, en realidad fue para rodearme con su brazo izquierdo la cintura y alzarme contra él.

—¡Suéltame! —exclamé colocando mis manos sobre su hombro para hacer palanca y alejar mi cuerpo de él, pero ¡Joder!, ¡Ese tío sí que era una pared de cemento!

—No me va a servir de nada estar sobre la tabla solo, si tengo que acostumbrarme a llevar tu peso, así que te vienes conmigo.

¿Qué?, ¡No!, ¡No!, ¡Definitivamente no!

Pero por más que traté de deshacerme de su agarre, sentía como el agua bañaba mis pies, después mis rodillas y finalmente llegaba hasta mis muslos conforme nos adentrábamos en el agua. Mi camiseta estaba empapada cuando finalmente me soltó sobre la tabla antes de empujarla y comenzar a nadar alejándonos de la orilla. Ni siquiera me dio tiempo a reaccionar para saltar y alejarme, estaba completamente bloqueada, no sabía si por el hecho en sí de volver a estar sobre una tabla en el agua o era el miedo lo que me tenía paralizada, pero conforme la espuma chocaba contra nosotros y el horizonte se abría frente a mí, comencé a sentir el temblor en cada fibra de mi ser, como si mi propio cuerpo intentara advertirme antes de que mi mente pudiera comprenderlo.

Mi latido acelerado se mezclaba con el rugido de cada ola que impactaba tras nosotros en la orilla y las voces de las pocas personas que transitaban la playa se alejaban con el viento, o tal vez era yo la que dejaba de percibirlas para obcecarse en un silencio inaudito. Todo quedó pausado y sentí la escalofriante sensación de no poder mirar hacia abajo, de no poder poner mi vista en el agua

como si al hacerlo pudiera ver el cuerpo de mi hermano ahí atrapado. Cerré los ojos con firmeza y me aferré con ambas manos a la tabla, respirando agitadamente, sintiendo que el aire era incapaz de atravesar mi tráquea y abrirse paso hasta los pulmones.

—¡Ey! —oí que decía a mi espalda, pero me resultaba incapaz de moverme y mucho más aún de responder—. ¿Estás bien? —inquirió y a pesar de mi postura rígida noté como se sentaba sobre la tabla dejando ambas piernas colgadas sobre el agua y me empujó de los hombros hacia atrás para girarme hacia él.

En ese momento mi respiración era completamente agitada y descompasada, por mucho que tratara de disimularlo era imposible hacerlo y cerré los ojos con fuerza como si de ese modo él no pudiera darse cuenta.

—Mírame —dijo con firmeza, pero continué sin abrir los ojos —. Abre los ojos y mírame —insistió y por algún motivo lo hice, quizá porque era mi única opción para salir de aquel tornado oscuro en el que me hallaba inmersa. Contemplé sus ojos oscuros en los míos, una mirada penetrante y al mismo tiempo pude atisbar la preocupación en ellos—. Eso es. Ahora respira conmigo. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Suelta el aire —comenzó a decir mientras escuchaba su voz contando una y otra vez y luego su exhalación acompasada con la mía.

Poco a poco sentía como mi pulso disminuía, la respiración se tranquilizaba y el temor a estar sobre la tabla dejaba de dominarme, aunque no desaparecía. La luz anaranjada del atardecer oscilaba entre el agua y casi había olvidado lo que se sentía al verlo desde allí en lugar de estar sentada sobre la arena.

—Eres una caja de sorpresas, Océano… —mencionó con cierto matiz de diversión en su tono de voz.

—Me halagas, pero esto no va a funcionar —dije apartando la mirada.

—Creo que has podido comprobar que no soy alguien que se rinde fácilmente —contestó despreocupado—. No conozco los detalles, pero siento lo que le ocurrió a tu hermano.

—Gracias, pero preferiría no hablar de ello.

Noté que él emitió un chasquido con la lengua y se inclinó sobre la tabla hacia mí provocando que se moviera.

—Tu padre no lo sabe, ¿Verdad? —inquirió demasiado cerca de mí.

—¿El qué exactamente? —respondí volviéndome hacia él.

—Que te da miedo volver a subirte a una tabla.

10

Corrientes que no se ven

Max

Sabía reconocer sin atisbo de duda un ataque de ansiedad. Palpitación extrema. Sudoración repentina. Respiración corta, como si el aire hubiera dejado de ser suficiente de un momento a otro y, sobre todo, la necesidad irracional de escapar, aunque no existiera ningún peligro visible.

Si. Lo conocía demasiado bien como para haberlo reconocido en ella aun cuando trataba de disimularlo.

—No tengo miedo —dijo y casi intuí por su tono de voz que trataba de creérselo ella misma.

—Aceptarlo es el primer paso para superarlo.

—Te he dicho que no tengo miedo. —Volvió a insistir y esta vez se giró hacia mí entrelazando sus piernas dobladas una encima de la otra como en una postura de meditación—. Mi único problema aquí eres tú.

—¿Por qué ocupo un lugar que es irremplazable para ti? Mira Océano, tengo mis razones para estar aquí y…

—Sé que te echaron del campeonato.

—¿Ahora te intereso lo suficiente para hacer un stalkeo por internet?

—¿De verdad esperas que crea que tú no lo has hecho conmigo? —exclamó y lo cierto es que en principio no lo había

hecho, aunque eso cambió cuando la conocí.

Me encogí de hombros. No iba a confesar que en un inicio no lo había hecho, probablemente no me creería, pero que tras verla por primera vez fue inevitable buscar información sobre ella. Era buena. Bastante de hecho. Y sin duda Patric tenía razón, la prensa se volvería loca con su regreso tras la desaparición de su hermano.

Y eso iba a poner el foco de atención en mí. Justo lo que ahora más necesitaba. Así que no pensaba marcharme sin más, al menos no hasta obtener lo que necesitaba.

—Muy bien. Si quieres que me vaya, díselo a Jax, pero también vas a decirle lo que acaba de pasar aquí. —Puede que estuviera haciendo una jugada arriesgada, pero tenía la sensación de que Jax no sabía exactamente lo que le ocurría a su hija.

Vi como cambiaba su semblante y me observaba como si deseara estrangularme con sus propias manos.

—Puedes verlo como un acuerdo favorable. Yo mantengo a salvo tu pequeño secreto, pero tú aceptas que soy oficialmente tu pareja de surf tándem. —Añadí antes de que pudiera decir una palabra.

No sabía porqué había realmente aceptado volver a competir y buscar pareja si realmente parecía no estar preparada para ello. Hasta ahora había creído que simplemente no encajaba en lo que buscaba, pero empezaba a pensar que ese trato hostil inicial solo camuflaba su ansia por hacer lograr que me marchara y de ese modo solucionar su problema a la hora de subirse a una tabla. ¿Acaso no se daba cuenta de que si no era yo sería cualquier otro?

Su mirada fue de profundo odio, pero podía soportar su hostilidad, incluso sus insultos o desplantes. Eso no me importaba si obtenía lo que había venido a buscar. Y estaba dispuesto a llegar hasta el final antes de ver mi carrera exterminada o dejar a Harmony en la estacada.

—¿Y qué saco yo de esto? —respondió ofuscada.

Había rabia en su tono de voz, pero también se delataba a sí misma en el hecho de que su propio padre no conocía sus actuales limitaciones. Y eso, era algo que me daba cierta ventaja.

¿Por qué ocultarlo?, ¿Por qué aceptar regresar a la competición si claramente no se sentía capaz de hacerlo? No parecía alguien que pudiera ser fácilmente coaccionada, es más, dudaba que alguien como Jax obligara a su hija volver a los campeonatos sin estar preparada. No. Había algo más, y aunque me generaba curiosidad saber qué la había llevado a estar en aquella tesitura y porqué deseaba ocultarle a su propio padre aquello, en realidad no era asunto mío siempre y cuando me beneficiara con ello.

—Si no soy yo, será otro el que ocupe mi lugar y es posible que no esté dispuesto a ser tan comprensivo con tu situación cuando lo descubra. Puedo ayudarte a ganar tiempo.

La vi arrugar la frente como si no comprendiera porqué estaba dispuesto a hacer aquello, puede que fuera increíblemente guapa, que tuviera los ojos más preciosos que había visto en mi vida, pero no confiaba ni por un instante en ella y desde luego, no pensaba mostrarle mis cartas y hacerla consciente de cuáles eran mis puntos débiles.

Nadie. Absolutamente nadie salvo Patric y el padre de Océane, conocían mi situación real y lo que estaba en juego.

—Si te acepto formalmente como mi pareja oficial, nos convertiremos en el foco mediático. Miles de ojos estarán sobre nosotros en cada entrenamiento para seguir nuestros pasos, así que no es una opción —afirmó cruzándose de brazos y apartando la vista hacia la puesta de sol.

Estaba claro que era terca. Obstinada y cabezota al mismo tiempo.

—Entrenaremos fuera del agua —afirmé convencido—. Eso creará aún más expectación en nosotros como equipo y si realmente podríamos convertirnos en los próximos campeones. Tú ganarás el tiempo que necesitas y yo consigo los que he venido a buscar aquí. —Observé que guardaba silencio como si estuviera meditando mi propuesta—. Y si eso no funciona, siempre puedes volver nadando a la orilla…

Aunque no pesaba ser tan cabrón como para hacer algo así, esperaba que la presión la hiciera hablar.

—¿Qué has venido a buscar exactamente, Kingsley?

—A ti, belleza. ¿Que otra cosa sino? —inquirí en tono seductor mientras le guiñaba un ojo y noté como alzaba una ceja de incredulidad.

Aún así algo en su semblante había cambiado, como si estuviera realmente valorando mi propuesta y en el fondo fuera consciente de que no tenía demasiadas alternativas a su alcance.

—No esperes un trato favorable por mi parte.

—No pensaba hacerlo. ¿Eso significa que tenemos un trato? —indiqué como si fuera lo único que me importaba.

—Aún no me fio de ti. Y desde luego, sigues teniendo prohibido acostarte con mi mejor amiga. No. En realidad, tienes prohibido acostarte con todo mi grupo de amigas.

—¿La pelirroja también? —inquirí como si supiera que eso le molestaba especialmente.

—Puedes hacer lo que te de la gana con Susanne, pero ella y su pareja se postularán en el próximo campeonato de surf tándem, así que son rivales.

—Joder… —dije al saber lo que eso significaba a pesar de no tener la más mínima idea.

—Ella es la que más interés tendrá en que esto no funcione para que yo no regrese a la competición profesional. Aunque sería incapaz de reconocerlo, mi vuelta puede suponer su derrota y eso también influiría en muchos acuerdos con marcas comerciales. Atacará con todo lo que pueda para echar por tierra el interés que podamos causar, incluso estaría dispuesta a entrometerse si fuera necesario, ya lo intentó con mi hermano Reef hace años.

—¿Ahora admites que tengo potencial? —sonreí dejándome caer hacia atrás sobre la tabla mientras dejaba que la corriente nos arrastrara.

—Nunca he dicho que no fueras un buen surfista, es más, no entiendo porqué a alguien como tú le interesaría esta disciplina, pero eso es todo lo que vas a obtener de mí, Max-ibon.

Reí ante la forma curiosa en la que había decidido bautizarme.

—Lo tomaré como un cumplido viniendo de tu parte, pero aún no me has respondido. ¿Tenemos o no un acuerdo? —exclamé alzando ligeramente la cabeza la cabeza para verla, pero intentando hacerle creer que aquello no tenía tanta importancia cuando en realidad estaba en juego mi carrera y la salud de mi hermana.

¿Que opciones tenía si aquello no salía bien?, ¿Instructor de surf?, ¿Clases privadas?, ¿Camarero en algún garito donde dieran buenas propinas? Ni siquiera había terminado la carrera universitaria porque no encontré razones útiles para quitar horas de estudio a los entrenamientos. ¿De qué me iba a servir un título académico si tendría la vida resuelta con el surf?

El arrepentimiento no era una de mis cualidades. Lanzar todas mis cartas a una única apuesta había tenido como resultado estar la cima y tenía muy claro que volvería a hacerlo, aunque ahora tuviera que atenerme a las consecuencias de la caída.

—Tenemos un acuerdo, Kingsley —afirmó tras un breve silencio que logró esbozar una sonrisa en mi cara.

—Puedes llamarme Max —dije colocándome boca abajo sobre la tabla con la intención de nadar para regresar a la orilla.

—Ni lo sueñes —arremetió enseguida y metí la mano en el agua para lanzársela sin que ella lo esperara y reaccionó rápidamente colocando una pierna en mi hombro y empujándome de la tabla para caer al agua.

Puede que apenas la conociera, ni siquiera habían pasado dos días desde que la había visto por primera vez, pero ya me había hecho una idea del carácter fuerte y vivaz con el que me había vapuleado desde el primer instante. No estaba demasiado acostumbrado a tratar con chicas más allá de algunos encuentros y, la idea de tener que trabajar codo con codo junto a ella resultaba refrescante, sobre todo cuando había dejado muy claro que le resultaba insoportable.

Me gustaba molestarla. Provocarla. Incitarla y retarla. Y aún no sabía si era por la innegable atracción física que me provocaba solo verla o el hecho de que cada una de sus respuestas se convirtiera en un reto que los dos queríamos vencer.

Y hasta ahora no había sido perdedor.

—En algún momento lo acabaras haciendo, Océano —inquirí al salir del agua. Se había quedado sola sobre la tabla y pude notar como su semblante volvía a cambiar al darse cuenta ella misma de aquello. Di un par de brazadas hasta alcanzar la tabla y me alcé con rapidez para estar de nuevo junto a ella—, incluso lo dirás en tus sueños más intensos. —La provoqué para acaparar de nuevo su atención y sacarla del momento en el que parecía estar atrapada.

—Dirás pesadillas —rugió conforme avanzábamos de regreso a la orilla.

Sonreí al saber que jamás rehusaría a una de mis provocaciones y probablemente es lo que más me intrigaba de ella.

—Llámalo como quieras, pero acabas de reconocer que estaré en tus sueños.

Volvió a lanzarme otra patada al hombro, pero esta vez no con la fuerza suficiente para tirarme al agua, lo que provocó que riera a carcajadas.

Aquello iba a ser mucho más fácil de lo que esperaba.

11

Sal y miradas que cortan

Océane

Tenía un acuerdo con Max-ibon. Con el cerdo frívolo que probablemente sería el ser más egocéntrico que había conocido en mi vida.

«Y encima le tenía que dar las gracias por no revelar un secreto que solo conocía él y que condicionaba por completo las circunstancias»

Era consciente de que había accedido en un momento en el que me sentía realmente vulnerable y, aún así, no encontraba una mejor solución a la situación, aunque tuviera que soportar al imbécil de turno pegado a mí todo el día.

Lo detestaba. No soportaba en absoluto sus comentarios fuera de lugar, aunque tuvieran el único objetivo de desquiciarme, cosa que lograba con éxito y eso provocaba que lo detestara aún más, pero si la finalidad era obtener mi objetivo, estaba dispuesta a tolerarle por tiempo definido.

La alarma me despertó a las seis en punto de la mañana y sentí la ligera molestia en mis músculos por el entrenamiento del día anterior. Llevar dos años en modo pausa iba a pasar ligeramente factura a pesar de que hubiera seguido practicando ejercicio de vez en cuando en una forma menos intensa.

Abrí el cajón de la cómoda donde solía tener todos los conjuntos deportivos ordenados por colores y cogí uno al azar. La suerte de haber trabajado con multitud de marcas era que todas te

regalaban sus productos, así que aún conservaba una gran variedad de ropa prácticamente sin usar.

El sol estaba despuntando cuando crucé el jardín y golpeé la puerta de la caseta lo suficientemente fuerte como para despertarle. La única razón por la que no decidía utilizar mi propia llave para entrar es porque tenía la impresión de que era de esos tíos que dormían completamente desnudos.

«Y sinceramente no quería recurrir a esa imagen en mi cabeza ni de coña» Suficiente tenía con tener que ver sus abdominales y cuerpo escultural a diario, aunque en el momento que abría la boca tirase por tierra cualquier pensamiento de atracción que ejerciera.

Me mantuve firme sobre las zapatillas de correr cuando escuché algunos pasos acercándose y en el momento que abrió la puerta aún parecía tener los ojos entrecerrados.

—Son las seis y cuarto de la mañana, Océano. Por más que me guste el sexo… no son horas —dijo aún con la voz adormilada, el pelo completamente revuelto y dejado caer sobre la puerta vestido únicamente con unos bóxer ajustados en color blanco que dejaban poca imaginación a lo que había debajo.

—Eres tú quien ha insistido en quedarse, así que me da igual si quieres correr en pelotas, pero tenemos que hacer seis kilómetros antes de las siete. Tienes tres minutos para vestirte.

—¿En serio?

—¡Dos minutos! —grité alejándome de la caseta hacia la entrada de la casa para aprovechar y hacer algunos estiramientos antes de la carrera.

No controlé el tiempo, pero le vi aparecer con un pantalón gris corto y una camiseta de propaganda mientras se acercaba hacia mí con las zapatillas en la mano.

—Correr a estas horas debería ser un delito penal —refunfuñó mientras iniciaba a calzarse apoyándose en la valla que rodeaba la casa.

—Siempre puedes negarte y regresar a California —dije sin pensarlo.

—Vaya Océano… si que pareces interesada en mí. Dime, ¿Que más has averiguado? —exclamó intrigado.

—Nada. A parte de confirmar que eres el cretino que imaginaba —solté alargando la pierna para estirarla completamente.

—¿Soy un cretino por decir lo que pienso?, ¿O más bien porque te molesta no ser inmune a mis encantos?

—Puedes insistir todo lo que quieras, Maxi-bon, pero seguirás sin ser mi tipo. —Me alcé y me lo encontré observándome con detenimiento.

—¡Ah, sí! —afirmó dando un paso hacia mí—. Tu tipo es ese novio inexistente que apenas has mencionado. Empiezo a dudar de su existencia.

Me aparté de él para rodearle e iniciar la carrera imaginando que iba a seguirme de todos modos. Era consciente de que le molestaría mucho más mi silencio que tratar de increparle por aquel comentario. No necesitaba demostrar si realmente tenía una relación o no, estaba segura de que Mason vendría esa misma tarde tal como había mencionado por teléfono y esperaba que las cosas se aclararan entre nosotros, sobre todo al comprender la situación y el hecho de que precisamente estaba haciendo aquello por nosotros.

Noté su paso detrás del mío hasta que nos incorporamos a la carretera, a esas horas el tráfico era inexistente incluso en alta temporada, aún así no volvió a hacer ningún comentario, simplemente se colocó a mi lado y mantuvo mi ritmo a pesar de que en varios momentos trató de aumentarlo. Por algún motivo ilógico no me presionó para forzar la marcha, sino que redujo la suya propia

y ni siquiera comprendí si era por no dejarme atrás o porque no conocía la trayectoria que debíamos seguir.

Probablemente era más por la segunda opción, pero agradecí que se entretuviera admirando el paisaje que continuar con aquella conversación. Por algún motivo no quería hablar con él sobre Mason, quizá porque desde que Alana me había mencionado algunas cosas sobre mi novio, sentía esa necesidad de que nadie más lo juzgara.

Le debía demasiado. No es que mi entorno me abandonara en ese momento de inflexión en el que mi vida entera se había esfumado en un instante. Reef no era solo mi hermano, era mi otra mitad, habíamos hecho juntos absolutamente todo y en aquel momento ambos estábamos en la cima de nuestra carrera deportiva. Había pasado de rozar el cielo a sumergirme en el infierno más profundo y era incapaz de hallar consuelo entre las personas que siempre nos habían rodeado.

Mason fue esa tirita que consuela, que retiene, que alivia. Aunque no teníamos nada en común, a pesar de que nuestros círculos fueran muy distintos, él había sabido entender lo que necesitaba en ese momento y brindármelo cuando nadie más podría hacerlo.

El olor a café recién hecho se sentía desde el porche y cuando entramos había tortitas recién hechas, algo de fruta y cereales.

—Tengo que hacer algunos recados por la mañana, así que tendréis que empezar el entrenamiento sin mí —dijo mi padre al vernos entrar.

—En realidad quería iniciar con las acrobacias más básicas —dije acercándome al mueble donde estaban las tazas e instintivamente cogí dos como siempre había hecho por costumbre.

—¿Estás segura? —inquirió mi padre.

—Si. Así comprobaremos si realmente tiene lo que hay que tener —sonreí y volví la vista hacia Maxi-bon que se estaba secando

las manos en un paño de cocina.

—Por mi está bien —agregó cogiendo una tortita y bañándola en la confitura de fresas que hacía mi madre cada año.

—Estupendo, solo tardaré un par de horas y sabes perfectamente lo que hay que hacer —dijo dirigiéndose hacia mí y asentí mientras cogía la cafetera.

—Lo he hecho cientos de veces… —admití con voz neutra—. Por cierto, esta tarde vendrá Mason, seguramente se quede un par de días.

—Siempre que cumplas con tus entrenamientos, puede quedarse donde quiera —contestó mi padre apurando la taza de café y acercándose hacia mi para darme un beso en la mejilla—. Nos vemos luego.

Saludó a Max antes de salir y poco después lo hicimos nosotros hacia la misma playa que el día anterior.

—¿Alguien me va a decir quien es el tal Mason o tengo que esperar a que llegue para descubrirlo? —preguntó en cuanto apagó el motor y observamos que la playa estaba de nuevo completamente vacía.

Probablemente no tendríamos esa suerte en cuanto se alzara la temporada y el resto de playas más conocidas comenzasen a estar demasiado concurridas.

—¿Tú has venido a entrenar o a cotillear? —exclamé con una energía renovada.

No sabía si era el hecho de que mi cuerpo comenzaba a habituarse de nuevo al entrenamiento o que por algún motivo mi mente se había relajado al saber que entre el ególatra de turno y yo existía un acuerdo que nos beneficiaba a ambos.

—Realmente me importa muy poco quien sea, pero ya te advertí que si yo no tenía sexo, tú tampoco lo tendrías. ¿Recuerdas?

—afirmó alzando la voz para que le escuchara desde el otro lado de la camioneta conforme se acercaba a desabrochar las correas que mantenían firme la tabla.

—Vamos a practicar sin tabla por ahora, así que déjala en la camioneta. —Le dije alejándome hacia la orilla sin responder a su alegato.

No pude evitar morderme el labio al saber cuánto le fastidiaba que no le respondiera y la sensación de victoria que me embargaba era completamente nueva.

Había olvidado completamente esa sensación y, repentinamente observé el agua con el resplandor de las primeras horas de la mañana y me sentí culpable por experimentar algo que no fuera pesadumbre o dolor. Ahora aquel regocijo me atormentaba y aún así, era incapaz de no sentirlo y de pensar cuántas veces me había sentido del mismo modo junto a mi hermano.

Pero él no era Reef. Nunca lo sería y jamás podría suplir lo que él hacía.

—No está Jax, así que no hace falta ser tan estrictos con el entrenamiento —dijo cuando llegamos casi a la orilla, donde la arena estaba mucho más firme y compacta.

—Está claro que no conoces a mi padre, solo necesitará vernos para saber lo que hemos hecho, así que no voy a correr riesgos.

—¿Y porqué lo haces? —me preguntó sin rodeos.

—¿Por qué hago, qué? —afirmé colocándome frente a él a menos de un paso de distancia.

—Esto. Entrenar. Intentar que yo me fuera para no confrontar a tu padre y decirle que no es lo que quieres.

—¿Y tú que sabes exactamente de lo que yo quiero o no? —En ese momento dirigí mi vista hacia él y comprobé que me estaba

observando fijamente.

—Belleza, tal vez no nos conozcamos todavía, pero sé perfectamente lo que quiere una mujer.

Resoplé como si fuera una de esas frases aprendidas que soltaba a todas las chicas en un momento determinado de una cita.

—Hazme un favor. Tú no te metes en mi vida y yo no me meteré en la tuya.

—Me parece bien —contestó encogiéndose de hombros y de paso los relajó en movimientos circulares.

—Vas a tener que acostumbrarte a equilibrar mi peso con comodidad sin perder el eje central de tu cuerpo.

—¿Es una sugerencia? —increpó sin perder la oportunidad—, porque te aseguro que soy un experto en la materia.

Mi mirada lo fulminó y vi que alzaba las manos en señal de paz.

—Te llevará meses hacerlo, pero comenzaremos por lo más fácil con posturas que favorezcan ese equilibrio.

—Tú dime donde pongo las manos —contestó esbozando una sonrisa.

—Tócame más de lo debido y serás hombre muerto —afirmé colocándome delante de él mientras le daba la espalda—. Cuando surfeemos juntos sobre la tabla, ésta será nuestra posición base, ya lo comprobaste ayer. Coloca tus manos sobre mi cintura y álzame de un movimiento para colocarme sentada sobre tus hombros.

Subí los brazos a media altura para que pudiera colocar sus manos alrededor de mi piel. Estaban calientes y noté como podía abarcar casi por completo mi vientre y espalda con la largura de sus dedos.

En cuanto sentí que me elevaba del suelo, abrí las piernas para colocarme perfectamente sobre sus hombros. Le costó un poco más de lo normal hacerlo, pero teniendo en cuenta la diferencia de altura entre ambos, era lógico que necesitara habituarse a ello.

—Métete en el agua. Será más fácil que ninguno de los dos se lesione si no logras sostenerme —advertí recordando lo que ocurrió la primera y única vez que había intentado colocarme de pie sobre él.

Conseguí colocarme completamente erguida sobre sus hombros al cuarto intento. El resto del tiempo hasta que llegó mi padre intentamos practicar un split, pero cada vez que agarraba uno de mis muslos e intentaba alzarme con el brazo izquierdo mi otra pierna para elevarme sobre su cabeza, acabábamos en el agua.

—Esto parecía más fácil cuando lo vi por internet… —murmuró la enésima vez que caímos al agua.

—¿Y qué esperabas?, ¿Qué ibas a llegar aquí y todo te iba a salir a la primera por ser el gran Maximilian Kingsley? —ironicé.

—Casi… —respondió en su habitual discurso de ser superior.

—¿Te recuerdo que ni siquiera estamos sobre la tabla? —dije caminando de nuevo para colocarme delante de él y pareció cambiar su semblante, como si empezara a darse cuenta de que aquello no iba a lograrlo en unas pocas semanas.

Me había elevado tantas veces a lo largo de la mañana que ya debería haberme acostumbrado a sentir sus manos en mi cintura, pero lo cierto es que la sensación era demasiado distinta a como lo recordaba cuando ensayaba con Reef.

El calor. La sensación de ardor. Y el inconfundible estremecimiento eran algo nuevo para mí. ¿Tal vez se debía a todo el tiempo que llevaba sin practicar?, ¿Al hecho de que tuviera que hacerlo como una imposición?

—¡Tal vez deberíamos dejarlo por hoy! —grité a mi padre que nos observaba desde la orilla a poca distancia.

—Ni lo sueñes —dijo tras de mí y reafirmó su agarre apretándome contra él—. No nos vamos de aquí hasta que nos salga esa postura —susurró cerca de mi oído y justo después me elevó sobre sus hombros para que me sentara sobre ellos.

La parte fácil la tenía más que dominada después de hacerlo más de cincuenta veces en lo que iba de mañana, incluso ya no le temblaban las piernas cuando me colocaba completamente erguida sobre sus hombros. En ese momento noté el agarre en mi muslo derecho con su mano y dejé caer levemente mi peso haciendo equilibrio con mis propias manos en forma de cruz antes de alzar el pie izquierdo para que él me sostuviera. Ese era el punto crítico en el que él perdía el equilibrio y yo me tiraba al agua de la mejor forma posible para evitar hacerme daño. Solo que en aquella ocasión no me caí. Ya fuera su tozudez o emperro en que le saliera aquella postura antes de marcharnos logró sostenerme.

Lo hizo.

Aunque solo fueran escasos cuatro segundos, pero logró mantenerme erguida en un split simple antes de que cayéramos de espalda al agua.

Si había tenido dudas sobre el hecho de que mi padre le comprara un billete de regreso a casa, acababa de constatar que no lo haría.

12

No confundas equilibrio con control

Océane

—Nada mal para un novato en la materia, ¿no? —ironizó de regreso a casa.

—Teniendo en cuenta que me he caído al agua un centenar de veces y casi me lesiono en la mitad, no diría que sea precisamente un logro —afirmé bajándole los humos.

—¿Ahora me vas a decir que con tu hermano nunca te lesionaste?

Lo hice, una decena de veces que recuerde, aunque nunca llegué a fracturarme nada.

—Confiaba plenamente en Reef y sabía que él siempre me protegería, aunque tuviera que poner su vida en riesgo para hacerlo —respondí desviando la mirada.

Hablar de él en pasado provocaba un dolor demasiado amargo con el que no era capaz de lidiar.

—¿Y por eso eres incapaz de subirte a una tabla? —soltó a pesar de mantener la vista fija en la carretera mientras seguíamos el vehículo de mi padre que iba delante de nosotros.

—Soy perfectamente capaz de subirme a una tabla, simplemente no quiero hacerlo.

Sinceramente no era algo que me apeteciera hablar y menos aún con él, un tío al que apenas conocía, del que no me fiaba y que

me sacaba de quicio en cada conversación que manteníamos.

—Muy bien. Me queda claro que no quieres hablar de ello.

—Que tengamos que pasar todo el día juntos o que tengas información sobre mí, no te convierte en mi confidente —afirmé para que le quedara bien clara cual sería mi postura.

Noté que se mantenía callado mientras concentraba su vista en la carretera y pensé que aquella conversación se habría dado por terminada.

—Tranquila, no deseo ocupar el puesto. Solo intentaba comprender porqué alguien que mira el mar como tú lo haces, quiere privarse de volver a sentirlo.

No esperaba aquella respuesta y apreté los músculos de la mandíbula como si deseara que no me afectaran.

—¿Y cómo miro el mar según tú?

—Como si lo echaras de menos.

El hecho de que lo dijera con aquella tranquilidad plausible me molestaba aún más que cualquiera de sus comentarios absurdos para sacarme de quicio.

—¿Llevas dos días aquí y ya crees que me conoces y sabes todo de mí? —exclamé irritada—. ¿Por qué no mejor te preocupas de ti y del modo en que la cagaste en tu último campeonato?, ¿No es ese el motivo por el que estás aquí?, ¿Limpiar tu imagen? —inquirí —. No soy idiota… sé que lo único que te interesa es tener mi nombre asociado al tuyo para que nadie hable de la paliza que le diste a ese tipo.

No hacía falta ser un genio para comprender cuál debía ser su situación tras la penalización por agredir a otro concursante. Que quisiera aprovecharse de mi nombre no me sorprendía, de hecho, encajaba demasiado con la imagen que me había hecho de él desde el primer momento.

Un cerdo frívolo, egoísta y mezquino. Probablemente no ha pensado más que en sí mismo en los últimos veinte años de su vida.

—No somos tan diferentes como crees, Océano. ¿O acaso tú no vas a hacer lo mismo conmigo?

Así que lo reconocía. Ese era el motivo por el que había cruzado todo el planeta y jugársela a una sola carta. ¿Tan desesperado estaba?

—Tú y yo no nos parecemos en nada.

Éramos dos polos opuestos. Tan diferentes que se repelían por completo. Y aún así, no dejaba de preguntarme porque permitía que sacara lo peor de mí misma. ¿Por qué permitía que me afectara?

¿Quizá es que era la única persona que no me trataba con cuidado? Mi madre medía sus palabras como si pudiera romperme o, tal vez, para no hacerlo ella en mi presencia. Mi padre se mantenía ausente. Mason hablaba todo el tiempo de sí mismo y de sus proyectos en los que deseaba incluirme y mis amigos evitaban tocar ciertos temas, al menos en mi presencia.

Desde la muerte de Reef, era la primera vez que alguien me decía lo que pensaba sin titubeos. Quizá porque a diferencia del resto de personas que me rodeaban, yo no le importaba nada.

A pesar de esa certeza, la incomodidad me llevaba a desear apartarme de él, así que me encerré en mi habitación el resto de la tarde como si evitarle minimizara esa sensación, aunque solo pudiera hacerlo durante pocas horas hasta que tuviéramos que volver a repasar los movimientos de esa mañana en la parte de atrás del jardín. Vi la llamada entrante de Alana y lo cogí al primer tono. No había sido capaz de concentrarme en la lectura. Ni en ver una película. Así que había acabado en el navegador buscando los secretos más oscuros de mi peor enemigo y mi frustración fue en aumento al no encontrar absolutamente nada sobre su vida, ni sobre

la posible mujer que le había enviado ese mensaje diciéndole que también lo echaba de menos.

—Espero que me llames para decirme que has tenido mejor suerte que yo en cuanto a encontrar los trapos sucios de Kingsley.

Le había escrito la noche anterior con los datos de mi hallazgo sobre la poca información personal que tenía de él.

—En realidad te llamaba para asegurarme que no estabas en el gimnasio. He dado un par de vueltas a todas las salas. Tu ubicación del teléfono correspondía con tu casa, pero pensé que igual te habías podido olvidar el movil.

—¿Por qué pensabas que estaba allí? —exclamé confundida.

—Porque Maxi-pibón está aquí, de hecho le he visto hablando con Susanne en lo que puede decirse una conversación mucho más que amigable para una conocida.

¿Qué? Me asomé a la ventana y comprobé que la camioneta no estaba.

—Supongo que no es asunto mío lo que haga con su tiempo libre o a quien decida tirarse —respondí sin dejar que me importara que volviera a acercarse a Susanne a pesar de haberle confesado la hostilidad que existía entre nosotras.

Deducía que aquello era algo que a él le importaba muy poco con tal de echar un polvo.

—En ese caso no te interesará saber que están saliendo juntos del gimnasio —mencionó con pesar—. Nunca pensé que llegaría a decir esto, pero como la envidio en este instante.

Faltaba media hora para que iniciara nuestro entrenamiento de tarde para repasar en suelo firme y afianzar lo que habíamos conseguido por la mañana. Si pensaba llegar tarde sería su problema, no mío.

—En absoluto —afirmé poniendo el manos libres y para poder cambiarme de ropa—. Suficientes problemas tengo ya para pensar en Kingsley y sus devaneos.

—¿Problemas?, ¿Es que ha pasado algo que yo no sepa?

—Mason —admití quitándome la camiseta y lanzándola a la cama—. Me reprochó que no le contara que tenía una nueva pareja de surf, así que vendrá hoy.

—¿Eso significa que sí es tu pareja oficial?, ¿Ya no estás pensando en como lograr que se largue?

—Más o menos… a fin de cuentas solo tengo que aguantar tres meses para poder marcharme a Brisbane, ¿no? Si él se va, mi padre intentará encontrar a otro.

—Vaya, vaya. Creía que entre otras cosas deseabas que se fuera porque no le soportas y no formáis un buen equipo.

—No le soporto y desde luego está a años luz de ser mínimamente aceptable como pareja, pero mi padre no parece opinar lo mismo. Así que me limitaré a hacer lo que me corresponde hasta que pase el tiempo acordado.

No podía confesar a Alana la verdadera razón por la que no quería a Kingsley, esa misma que él había descubierto y por la que me había presionado para aceptar aquel puñetero acuerdo. ¿Tal vez es porque me dolía que las personas que me importaban supieran la verdad?, ¿Qué sintieran pena o lástima por mí? Por ilógico que pareciera nada de eso me había sucedido en el momento que él se percató de lo que ocurría, así que era razonable pensar que se debía a que no me importaba su juicio, ni sus impresiones sobre mí y desde luego me importaba muy poco la imagen que construyera.

—No me disgusta la idea de tener por aquí a maxi-pibón un tiempo más. Tengo que dejarte. Va a iniciar la clase. Y no te rayes por Mason, si te quiere entenderá que esto lo haces por vuestra

relación, ¿no? —Noté como Alana esperaba una respuesta y alcé la vista al espejo para terminar de ajustarme la prenda.

Había cogido uno de esos bikinis que tiene menos zona de tejido para cubrir el pecho y varias tiras alrededor que se cruzaban formando un diseño. No solía ponérmelo para que no se me quedaran las marcas de sol en la piel, pero decidí dejármelo ante la idea de que el entrenamiento sería breve, si es que Kingsley realmente volvía.

—Claro —afirmé como si hubiera necesitado pensar la respuesta que era más que obvia.

Hacía aquello por mi relación con Mason, porque íbamos a dar el salto y dar un paso más allá como pareja.

«Y porque necesitas cerrar ese capítulo de tu vida que no deja de sangrar y del que aquí, en Noosa, no podrás lograr»

Había una nota de mi madre diciendo que había salido a hacer algo de compra. Intuí que mi padre estaría en su taller, así que me preparé un café cargado de hielo y salí al porche para sentarme en uno de los balancines que tenían vistas al mar.

¿De verdad podría llamar a otro lugar que no fuera este, hogar?

Las palabras de Kingsley llegaron repentinamente avasallando mis pensamientos. Me había dicho que miraba el mar como si lo echara de menos. ¿Y cómo no hacerlo? Me había dado casi tanto como me había quitado y aún así, me resultaba impensable no dejar de admirar su belleza. Allí estaba mi infancia, mis primeros recuerdos, los más felices, pero también los terriblemente dolorosos. Lo realmente increíble es que él hubiera sido capaz de darse cuenta de ello en apenas cuarenta y ocho horas.

Escuché el ruido de la camioneta acercándose mucho antes de poder verla y cuando la sombra azul se adentró en mi campo

visual, determiné que debía haber sido bastante rápido en su encuentro con Susanne.

La idea de ellos dos juntos no dejaba de rondar mi cabeza y, al mismo tiempo, la bloqueaba impidiendo que esa imagen me afectara de algún modo. No me importaba en absoluto. Ella no era mi amiga, es más, siempre intenté tener una relación cordial con ella, pero pronto me di cuenta que la rivalidad entre nosotras no iba a permitir que existiera un mínimo de simpatía.

—¿Tanto me echabas de menos, belleza? —exclamó en cuanto se acercó a la entrada.

A pesar de no mirarle directamente no había nadie más que pudiera escucharle.

—En realidad estaba celebrando tu ausencia, con un poco de suerte te habrías perdido y no tendría que volver a verte.

En lugar de rodear el jardín, dio un salto para agarrarse a la barandilla y escalar con facilidad la altura que había de distancia. Era una persona atlética, así que no suponía un gran esfuerzo para él hacerlo, aun así, me sorprendió la destreza en aquella agilidad.

—¿Y privarte de mi adorable derroche de simpatía? —exclamó caminando hacia mí y se inclinó acercándose lo suficiente como si pretendiera intimidarme. Imaginé que lo hacía para provocarme como si supiera que respondería, pero me mantuve firme para dejarle ver que era completamente inmune a sus encantos.

Debí haber visto venir que su acercamiento solo tenía una finalidad y en cuanto me di cuenta, era demasiado tarde. Me había robado el café helado y se lo estaba bebiendo ante mis narices.

—¿Perdona?, ¿Es que nadie te ha enseñado a respetar lo que no es tuyo? —exclamé alzándome con la intención de recuperar mi vaso.

—Ahora somos pareja, ¿Recuerdas? Compartimos todo.

—¡Y una mierda! —grité tratando de alcanzarle mientras alejaba con la mano el brazo y me impedía alcanzarlo con la otra.

Criarme con un hermano gemelo me había hecho recurrir a demasiadas tácticas de supervivencia, así que no lo pensé dos veces cuando alcé la rodilla para darle en la parte más sensible de su anatomía. La exclamación de dolor le hizo encogerse y volví a recuperar el café helado

—¡Joder!, ¿Estás loca? —gimió aún con dolor.

—La próxima vez piénsatelo dos veces y mantendrás intacta tu descendencia —dije antes de dar un sorbo satisfecha con el resultado.

—Bueno… —asintió mientras comenzaba a erguirse y dibujó una sonrisa burlona a pesar de que aun se mantuviera ligeramente encorvado—. Al menos sé que no te disgusta poner tus labios donde antes han estado los míos.

Mi gesto de asco le hizo reír y conforme me alejaba podía escuchar sus carcajadas.

—¡Arg!, ¡Es que no lo aguanto! —clamé entrando en la cocina y tirando el líquido restante con el hielo al fregadero.

Abrí el grifo de la cocina para limpiar aquel desastre y a pesar del ruido aún podía escuchar sus risas acercándose.

—¿Es que para ti todo es un chiste?, ¿Una provocación?, ¿Alguna vez te tomas algo en serio? —solté encarándome a él demasiado irritada, frustrada y con una rabia que nacía en mi propio pecho.

—¿Sabes que frunces la nariz cuando te enfadas? —¿Qué mierda de respuesta es esa?—. Si. Mira… así —continuó haciendo un gesto como si tratara de imitarme.

—Igual te tendría que romper la tuya para que dejes de comportarte como un inmaduro —advertí mirándolo fijamente a los

ojos.

—Y también te vuelves adorable… —alargó una mano para coger una manzana del frutero y darle un mordisco.

—Mira Kignsley, no sé a qué clase de juego crees que…

—Max —interrumpió de forma relajada alzando la vista para verme.

—Lo que sea que estás haciendo, no funciona conmigo. Y por si no te has dado cuenta aún, no pienso tener compasión alguna o trato favorable solo porque prácticamente me obligaras a aceptarte como compañero de tabla.

Escuché como tragaba el bocado de manzana y soltó una exhalación suave, casi divertida, como si lo que acabara de escuchar lo esperase.

—No quiero tu compasión. Ni favores especiales —Se incorporó sobre la pequeña isla de la cocina aún con la manzana mordida en la mano, pero sin apartar la vista—, porque eso significaría que no sientes nada por mí.

Alcé una ceja.

—Porqué será que no me sorprende tu derroche de arrogancia —murmuré.

—No es arrogancia —respondió tranquilo apartando la vista y devolviéndola a la manzana como si estuviera pensando si le apetecía seguir comiendo o no. En su lugar, volvió a levantarla en mi dirección—, pero te he hecho sentir más cosas en dos días de lo que has sentido en los últimos dos años.

—Y ninguna de ellas podría calificarse como positiva.

—Mentira.

Le dio otro mordisco a la manzana y esa capacidad de mantener el tono suave y neutro cuando a mi me hacía hervir la

sangre, me desesperaba.

—No pienso continuar una conversación con un tarado mental —aseguré mientras alzaba las manos como si me estuviera rindiendo ante aquella partida.

—¿Prefieres marcharte a reconocerlo?

Lo fulminé con la mirada.

—Si esperas que diga algo que alimente ese ego ridículo que no tratas de esconder, puedes seguir soñando. Lo único que me inspiras es rechazo.

Me di la vuelta con la intención de marcharme. Si su propósito era desquiciarme, muy a mi pesar lo estaba consiguiendo.

—Pues el modo en que me miras no demuestra rechazo, sino miedo a desear algo que no deberías.

—Así que todo esto se reduce a que no eres capaz de aceptar que le seas completamente indiferente a una mujer. ¿No? Tu cerebro de unga unga te crea señales inexistentes. Voy a decírtelo muy claro: N-o m-e g-u-s-t-a-s.

Noté como sonreía y comenzó a caminar hacia mi con seguridad, teniendo muy claro que su objetivo era yo.

—Puede que la que esté pecando aquí de petulancia seas tú y ya que lo mencionas tampoco eres exactamente mi tipo, Océano —concretó sin quitarme la vista de encima—. No estaba hablando de mí, sino del surf.

Sentí como mi espalda se tensaba, la rigidez me impedía cambiar de postura y el nudo en mi garganta se volvía plausible ante algo que ni yo misma había considerado. Los pasos de alguien acercándose me hizo saber que nuestro tiempo a solas se había acabado, al igual que aquella conversación y en el momento que vi la sombra de Mason acercándose corrí hacia él como si fuera el refugio que necesitaba en aquel momento.

Tenía que aferrarme a algo real. A alguien que no causara dolor, que fuese la calma que amainaba la tempestad que laceraba en mi interior.

Sentí los brazos de Mason rodeando mi cintura mientras le estrechaba con firmeza. El aroma tan característico de su perfume impregnó cada matiz de mis sentidos olfativos aferrándome a la certeza de que él era esa ancla que no permitía alejarme y viajar a la deriva.

—Pensé que llegarías más tarde —afirmé separándome ligeramente de él para darle un beso en los labios.

—¿He interrumpido algo? —exclamó alzando la vista y supuse que acababa de ver a Kingsley.

—Por supuesto que no —afirmé separándome ligeramente de él mientras sentía que su mano rodeaba aún mi cintura—. Mason, te presento a Maximilian Kingsley. Se está quedando unos días con nosotros mientras mi padre comprueba si nos compenetramos lo suficiente para formar pareja sobre la tabla.

—¿Estadounidense? —exclamó Mason.

—Si. California —contestó cruzándose de brazos.

Observé como parecían estudiarse mutuamente y no sabía si la tensión era una invención propia o el modo en que parecían contemplarse era una especie de competición interna.

—Extraño viajar a la otra parte del mundo solo para una prueba, ¿no? —inquirió Mason y noté como Kingsley no parecía en absoluto incómodo ante él.

—Estoy acostumbrado a pasar largas temporadas fuera de casa, así que no es un problema —afirmó encogiéndose de hombros.

—Cierto. La mayoría de surfistas tienen un concepto bastante cuestionable de la estabilidad —dijo apretándome contra él.

—Supongo que amamos demasiado la libertad para conformarnos con un único lugar en el que quedarnos atrapados. Aunque reconozco que este sitio tiene demasiado encanto para echar raíces.

—Tal vez no deberías encariñarte demasiado, al fin y al cabo, estás en periodo de prueba, ¿no? Es mejor no hacerse ilusiones en vano. Tesoro. ¿Por qué no te cambias y salimos? He reservado en un restaurante no muy lejos de aquí —contestó Mason y su mirada se dirigió hacia mí con aquella sonrisa complaciente.

—Claro —afirmé como si la idea de perder de vista a Maxi-bon fuera el mejor plan del mundo.

En cuanto hice además de separarme, comprobé como Kingsley me observaba fijamente. En su semblante no había ese rastro de diversión que mantenía siempre, sino que más bien se mostraba neutro.

—¿Que quieres que le diga a Jax cuando me pregunte porqué no estamos repasando el entrenamiento? —exclamó dirigiéndose hacia mí expresamente.

—Le dirás que ha salido con su novio —contestó Mason adelantándose a mi respuesta—. Lógicamente entenderá que su relación es más importante que el entrenamiento.

A pesar de aquella respuesta, sentí que la mirada de Kingsley no se apartaba de la mía, como si esperase que pudiera rebatir lo que Mason acababa de decir. Solo que no lo hice, simplemente me aparté para hacer lo que mi novio me había pedido como una autómata y veinte minutos después me subí a su deportivo sin saber el rumbo de nuestro destino.

13

Sal y miradas que cortan

Océane

No había visto a Kingsley por ninguna parte cuando nos fuimos y tampoco era algo que pensaba preguntarle a Mason. Si decidía encerrarse en la caseta del jardín o salir, no era de mi incumbencia. Al menos era lo que trataba de decirme constantemente mientras nos alejábamos de casa por una carretera secundaria.

—No has contestado a mis llamadas —afirmó rompiendo el silencio en el interior del coche.

—No he tenido tiempo —mentí—. Y no me apetecía volver a discutir, prefería hablar sobre este tema en persona.

—Muy bien. Pues ya estoy aquí. Y ese tipo no me gusta. No me gusta nada, Océane —recalcó dos veces con énfasis como si fuera necesario hacerlo.

—A mí tampoco me gusta, pero es bueno surfeando y eso es lo único que a mi padre le importa.

Oí como chasqueaba la lengua.

—Pues dile claramente a tu padre que se largue. Además, ¿Por qué tienes que volver a surfear? Creí que ya habíamos dejado claro que eso no era para ti, que no pensabas retomarlo y desde luego no entraba en nuestros planes que lo hicieras.

Ciertamente en nuestras conversaciones había mostrado la clara intencionalidad de abandonar por completo mi carrera como

surfista, así que tampoco me sorprendían sus palabras.

—Ya te lo dije. Estoy haciendo esto por nosotros. Le prometí a mi padre que entrenaría durante tres meses y si pasado ese tiempo aún quería marcharme contigo a Brisbane, lo aceptaría. Tú mismo me dijiste que te parecía bien siempre y cuando pasado ese tiempo estuviéramos juntos —dije tratando de mantenerme lo más calmada posible.

Necesitaba que Mason estuviera de mi lado, que comprendiera la situación y me apoyara.

—Mencionaste que entrenarías durante todo el verano, creí que lo harías sola, no con ese tipo —rebatió con firmeza—. No necesitas demostrarle nada a tu padre. Si él no quiere respetar tus decisiones, tampoco deberías respetar las suyas. Vente conmigo a Brisbane mañana y deja todo esto atrás de una maldita vez.

En aquel momento la idea de largarme sin mirar atrás era demasiado tentadora, pero por más que me apeteciera, sabía que el arrepentimiento iba a llegar como una pesada losa en cuanto lo hiciera.

—Sabes perfectamente porqué hago esto —afirmé en un murmullo—. Solo te pido que confíes en mí. Me iré contigo a Brisbane en cuanto acabe el verano tal como te prometí.

No necesitaba escuchar sus palabras para saber que mi decisión no le agradaba y, aún así, apartó una mano del volante para entrelazarla con la mía y llevársela a los labios.

—Por supuesto que confío en ti, cariño. Es de él de quien no me fío.

—Tengo muy claro como es —dije sin pensar demasiado en mis palabras—. Y lo más probable es que se largue en un par de semanas cuando se de cuenta de que las cosas no van a ser tan fáciles como imaginaba.

Noté como Mason asentía y por suerte no volvimos a hablar de ello, estuvo contándome todo lo que había hecho durante su congreso y la posibilidad de que le dieran un ascenso dentro de la empresa. Eso significaba mayores prestaciones, mayor sueldo y mayor responsabilidad. Estaba claro que su carrera profesional solo estaba despegando y quería llegar a lo más alto.

—Quiero romper el récord y convertirme en el socio más joven —afirmó con entusiasmo.

Nunca me había interesado realmente las funciones de Mason como analista financiero, ni tampoco que edad era la más adecuada para convertirse en socio, pero siempre fingía interés para complacerlo.

—¿Se supone que hay una edad? —pregunté ignorando por completo que existiera una edad como requisito.

—Normalmente no es algo que suceda antes de los cuarenta, pero Marcus lo ha logrado a los treinta y cinco. Yo pretendo hacerlo antes de cumplir los treinta.

—Tienes veintiocho —sonreí.

—Si. Y hablando de eso… —dijo cogiendo su servilleta para limpiarse las comisuras y la dejó a un lado mientras alcanzaba su copa—, según tengo entendido no suelen proclamar a ningún socio que no esté formalmente comprometido. No es que se considere un requisito, por supuesto, pero la idea de estabilidad y consolidación familiar por así decirlo es algo que tienen muy en cuenta.

—¿Qué quieres decir con eso? —exclamé sin saber si realmente comprendía a lo que se estaba refiriendo.

—Que tendríamos que casarnos en cuanto me asciendan. Lo mejor sería que te dedicaras a organizar la boda y quedarte embarazada antes de pensar en buscar trabajo. Podríamos celebrarlo en Noosa si lo prefieres, aunque en Brisbane sería más

cómodo para ambos viviendo allí y así nos aseguramos de que vengan todos los socios de la empresa.

—Espera un momento. ¿Quieres que nos casemos y tengamos un hijo solo para convertirte en socio? —pregunté como si no fuera capaz de razonar aquella propuesta que estaba muy lejos de ser idílica.

—Nos habríamos casado y formado una familia igualmente. ¿Que importa si lo hacemos ahora o dentro de cinco años?

No es que me disgustara la idea de ser madre joven. Mis propios padres lo habían sido y me resultaba algo maravilloso, pero hacerlo cuando aún no tenía claro que hacer con mi vida no me parecía el mejor momento.

—Supongo que no —murmuré alcanzando mi copa de vino al sentir que tenía un nudo en la garganta que me impedía decir algo contraproducente.

¿Tal vez era porque no soportaba la idea de perder a Mason?, ¿Porque no era capaz de imaginar mi vida sin él? Desde luego sí había pensado en nuestro futuro, en que él sería el hombre con el que me casaría y formaría una familia. ¿Tal vez tenía razón al pensar que no importaba hacerlo ahora o dentro de unos años?

Esa noche Mason se quedó a dormir en casa. No era la primera vez que lo hacía, pero sí algo inusual ya que a pesar de que no lo dijera en voz alta, se notaba que aquella situación le generaba incomodidad, sobre todo porque la habitación de mis padres estaba justo al lado y mi cama no era especialmente grande.

No pregunté por Kingsley a pesar de que la camioneta no estaba en la puerta. Era evidente que había salido e imaginaba cuál iba a ser la finalidad de aquella escapada.

Y me molestaba.

Y no sabía porqué.

Me encerré en el baño para desmaquillarme y dejar que el agua arrastrara no solo los restos, sino también aquella sensación inquietante.

¿Igual es porque tenía la necesidad de arruinarle sus planes y de que no encontrara nada agradable en este lugar? Puede que hubiera aceptado que fuera mi compañero, pero eso no significaba que le aceptase a él como tal. Me irritaba. Me enfurecía. Me exasperaba.

Y solo había existido una persona en el mundo que hubiera conseguido alterarme de ese modo.

«Reef»

Y le odiaba aún más por ello.

***

El sonido de la alarma me hizo saltar de la cama y alargar el brazo para apagarlo. Noté como Mason se giraba y seguía durmiendo mientras me deslizaba por el colchón con la intención de no despertarlo.

Saqué la ropa del cajón y el primer bikini que encontré a tientas para no encender la luz y salí a hurtadillas para cambiarme en el baño. Maldije mi suerte cuando vi que había elegido uno de los bikinis más pequeños y menos prácticos para entrenar, pero como iba a ponerme el conjunto deportivo no me importó, así que me fui hacia la cocina y conforme avanzaba escuché la voz de mi madre y era extraño que estuviera despierta a esas horas.

—¡Buenos días, cariño!

Mi padre tenía la vista puesta en su iPad junto al café. Mi madre no dejaba de ir y venir de un lado a otro como si estuviera nerviosa por algo y Kingsley se limitó a poner la vista sobre mí y después la apartó hacia su propio desayuno.

—¿Pasa algo? —pregunté como si sintiera la situación extraña.

Todos parecieron guardar silencio repentinamente y paseé mi mirada por los tres, fue mi padre el que alzó el iPad y me mostró la imagen de Kingsley y yo en la playa la mañana anterior.

—Alguien del pueblo ha debido de seguiros y filtrar la foto a la prensa, no parece hecha con una cámara profesional.

«La campeona de surf-tándem regresa de su duelo a la competición tras la trágica pérdida de su último compañero»

—¿Has sido tú? —exclamé dirigiéndome a Kingsley y su reacción fue como si esperase que lo culpara de ello.

—Océane. Cálmate —dijo mi padre con suavidad—. Esto era algo que ocurriría en algún momento.

No aparté la vista de Kingsley, estaba demasiado silencioso y eso le delataba como culpable.

—¿No te cuestionas los motivos por los que ha podido venir hasta la otra parte del mundo sin ninguna garantía?

—Lo único que cuestiono es su rendimiento y hasta ahora ha demostrado estar a la altura de lo que se espera como tu pareja. ¿Puedo decir lo mismo de ti cuando ayer desapareciste con Mason?

—Creo que esta conversación no me incumbe. Te espero en la camioneta, Océano.

Ni siquiera se molestó en llamarme por mi nombre una sola vez, aunque fuera frente a mis padres.

—¡Ni siquiera me llama por mi nombre! —bramé conforme le vi salir.

—¿Y tú lo has hecho? —respondió mi padre encarándome—. A mi no me importa lo que hagáis fuera de los entrenamientos. Ni si te cae bien, mal o te resulta un cretino —mencionó mi padre—.

Tiene una motivación para estar aquí y dar todo de sí mismo para que esto funcione. ¿Tengo que recordarte que fuiste tú la que se comprometió a esto?

—No —negué cruzándome de brazos como si me molestase que tuviera razón y al mismo tiempo deseaba que no la tuviera.

Me sentía atrapada y lo único cierto es que yo misma había construido la red en la que ahora me hallaba.

—Sé que esto no es fácil para ti. No lo es para ninguno de nosotros —afirmó mi padre—, pero él habría querido que lo intentaras.

Reef no era de los que se detenía ante nada, de hecho, ese había sido su talón de Aquiles y el motivo por el que en ese momento no se encontraba entre nosotros, porque a pesar de las advertencias, había decidido hacerle frente a las inclemencias del tiempo y sobrepasar sus propios límites.

El problema no era que mi hermano hubiera querido que siguiera adelante, sino el hecho de que yo no sabía hacerlo sin él.

Me tomé el café de un trago sin molestarme en echarle azúcar como si necesitara que el amargor terminara de espabilarme, cogí unas cuantas galletas para comerlas de camino. Mi apetito se había ido al infierno al leer aquel titular en primera plana, por lo que cuando me subí a la camioneta que ya estaba ocupada por Kingsley no me corté en dar un sonoro portazo.

—Parece que ni la gran noche de sexo brutal ha calmado esa furia —dijo en modo sarcástico y me dieron ganas de lanzarle las galletas que llevaba en la mano, solo que después me daría hambre y me arrepentiría de ello.

—Has sido tú, ¿Verdad? —exclamé haciendo oídos sordos a su palabrería.

—Si —afirmó arrancando el motor—. Tengo el increíble poder de clonarme y hacerme una foto contigo encima. ¿Tu crees que

podría sacarle rentabilidad? —dio marcha atrás y se puso en camino hacia la misma playa donde nos habían hecho la foto el día anterior, pero bajo ningún concepto pensaba volver al mismo lugar y arriesgarnos a que alguien nos viera de nuevo.

—Sigue recto en lugar de coger el primer desvío. Hoy iremos a un sitio diferente.

—¿Y lo sabe tu padre? —preguntó incrédulo.

—Lo sabrá cuando no vea la camioneta aquí.

Continúo sin hacer comentarios y de forma instintiva me descalcé y coloqué los pies sobre el salpicadero.

—Anoche me preguntaron por ti tus amigas. Ahora que las conozco a todas puedo afirmar sin duda que eres la antipática del grupo —soltó sin más provocando que me girase hacia él.

—¿Qué?

—Fueron muy amables, incluso me senté junto a ellas gran parte de la noche.

—Dime que no te has tirado a ninguna de mis amigas —dije sin saber si quería o no saber la respuesta.

—Pues no te lo digo.

Era una provocación. Lo sabía. Es como si quisiera verme exaltada todo el tiempo y disfrutara con ello, pero lo peor es que yo le había mostrado esa vulnerabilidad y se aprovechaba a cada momento.

—Está bien —contesté como si supiera que le molestaría más mi indiferencia.

Pero el cajón de la mesita de noche lleno de condones no dejaba de martillear en mi mente ante la idea de que fuera cierto.

¿Me importaba? No. Por mí podía acostarse con quien le diera la gana ¿Me incomodaba? Demasiado.

Aunque no dejaba de repetirme que solo era la necesidad de proteger a mis amigas de un tipo como él.

Le indiqué que cogiera el siguiente desvío y bordeamos la montaña por una carretera de tierra hasta llegar a la siguiente playa. Había que bajar a pie por las rocas, pero no era necesario llevar en aquel momento la tabla, practicaríamos al igual que el día anterior, dentro del agua.

—¿Por qué entrenamos en la playa? —preguntó mientras bajábamos las rocas—. ¿No sería más fácil en un espacio de seguridad rodeado de colchonetas?

—¡Que buena idea!, ¿Cómo no se me habrá podido ocurrir en estos quince años que llevo practicando? —bufé dando un salto desde la última roca para aterrizar en la arena.

Tal vez en patinaje artístico, danza o gimnasia acrobática era adecuado, pero no en surf tándem.

—A diferencia del resto de parejas acrobáticas de otras categorías, no trabajamos sobre un apoyo firme. Nosotros vamos sobre el agua, donde nada es estable. Creo que eso lo sabes bastante bien. Así que debemos soportar la inestabilidad, reaccionar cuando el equilibrio cambia sin aviso con la corriente y el movimiento de las olas.

—Vale. Admito que era una pregunta estúpida —dijo sorprendiéndome de que hiciera una afirmación hacia sí mismo de ese tipo.

—En realidad no lo era. Podríamos entrenar en un espacio protegido, el principal problema es que nos llevaría el doble de tiempo en adquirir equilibrio sobre la tabla.

—Pensaba que perder el tiempo era tu mayor aliado —increpó alzando una ceja.

—El mío si. El de mi padre no —sonreí conforme empecé a desvestirme para meternos en el agua.

Noté que él apartó la mirada hacia el horizonte donde ya había salido completamente el sol y la claridad nos cegaba.

—¿Por qué no quieres contarle la verdad? —preguntó sin mirarme y terminé de quitarme la parte superior para quedarme solo en bikini. Me parecía ridículo sentir que quedaba expuesta o más bien, que él iba a tocarme indudablemente por todo el cuerpo porque formaba parte de aquel entrenamiento y la idea me hacía sentir vulnerable, pero automáticamente deseché ese pensamiento.

Jamás me había ocurrido con Reef y no tenía porque pasarme con Kingsley. Era un capullo integral que me caía mal, así que no iba a permitir que me afectara nada de lo que hiciera. Ni siquiera sus manos tocando mi piel desnuda.

—Ya te advertí ayer que no eres mi confidente. Limítemos los argumentos de conversación a todo lo que tenga que ver con el entrenamiento, el resto está vetado.

—¿Ya has cambiado de opinión y no quieres saber si me acosté con alguna de tus amigas? —volvió la mirada hacia mí.

—¿Acaso vas a decírmelo? —inquirí con su típico tono burlón.

—Si tú respondes a mi pregunta, haré lo mismo con la tuya.

—Puedo averiguar perfectamente si lo hiciste sin que me respondas.

—Es posible —argumentó mientras alzó los brazos y se sacó la camiseta estirando de los hombros para después lanzarla sobre la arena junto a las prendas que yo había dejado—, pero eso significaría que te importo y parecerías la amiga celosa que no soporta que ninguna chica se acerque a mí —esbozó una sonrisa de complacencia—. Y te aseguro que no importará que tengas a ese pintamonas de novio.

¿Pintamonas?, ¿De que cojones iba ese tío?

—Mason no es ningún pintamonas.

Sea lo que sea que signifique eso.

—Por supuesto que lo es, pero no cambies de tema. ¿Respondes a mi pregunta?

Lo miré fijamente con la intención de insistir en aquel asunto, pero realmente lo último que pensaba hacer es hablar de Mason con él.

—Responde tú primero.

—¡Ah no, belleza! Esto no funciona así… —dio un paso hacia mí—. Yo no necesito tu respuesta, es simple curiosidad. En cambio, a ti te carcome por dentro la necesidad de conocer la mía.

Y aunque no quisiera reconocerlo, era así. Como si la idea de que Kingsley acaparase cada vez más parte de mi mundo no fuera solo una intromisión, sino que convertía aquello en algo cada vez más difícil de ignorar. Aunque aquel titular en la prensa ya convertía aquel maldito acuerdo en algo casi oficial.

—Está bien —afirmé inspirando hondo y solté rápidamente el aire. No había hablado de esto con nadie, ni siquiera con Alana y pensar que la persona que más detestaba en este momento era la única que conocía mi mayor secreto y por ende, debilidad, resultaba irónico—. El día que mi hermano desapareció mi padre y él habían discutido poco antes. El motivo era lo de menos, Reef era bastante impulsivo y mi padre demasiado exigente, así que no era algo sin precedentes, pero ese día no le acompañó. Y eso es algo con lo que tendrá que cargar el resto de su vida. No estoy dispuesta a añadir mi propia carga a su mochila.

14

A dos tablas de distancia

Max

Joder.

La entereza con la que había soltado aquello me mostraba que solo era una coraza que necesitaba mantener firme para no romperse. Y me pregunté si se había permitido hacerlo en algún momento o más bien su meta era huir hacia delante sin mirar atrás para no dejar que el dolor la atrapara sin poder encontrar una salida.

Quizá no podía saber lo que significaba perder a alguien en el modo en que ella lo había hecho, pero sí lo que significaba esa lealtad silenciosa hacia los tuyos. Yo estaba allí por Harmony. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera para protegerla.

Incluso si eso significaba tener que poner al límite y jugar con los sentimientos de aquella chica rubia.

—No —dije caminando hacia la orilla y sintiendo que el agua fresca devorase mis pies.

Estaba acostumbrado a surfear en todo tipo de climas y estaciones, pero agradecí la temperatura del agua, lo último que necesitaba ese momento es que aquella belleza australiana se diera cuenta de que no era inmune a sus atributos.

—¿No, qué? —exclamó confusa.

—Que no me acosté con ninguna de tus amigas —respondí sin darle demasiada importancia—. Por ahora —añadí sabiendo

cuánto le fastidiaba.

—¡Eres insufrible! —gritó acercándose a mí con la intención de darme un empujón, pero fui lo bastante rápido para cogerla de la cintura y lanzarla al agua.

Aquello la hizo enfurecerse más y saltó sobre mi como un pulpo que se agarra con sus tentáculos para envolver a su presa.

Era fuerte. De eso no había duda. Y sentir sus uñas clavándose en mi piel solo provocaba que mi excitación creciera.

Era un instinto carnal primitivo. Una respuesta innata de mi propio cuerpo y del que no ejercía ningún control

—¿Hemos venido a entrenar o a que te restriegues contra mí? —exclamé sintiendo como rodeaba su brazo en mi cuello y estiraba hacia atrás para doblegarme y ceder.

—No pienso caer en tu juego absurdo —murmuró cerca de mi oído y supe que iba a ceder cuando mis rodillas se clavaron en la arena y ella termino colocada y victoriosa a horcajadas sobre mí.

Si así es como se perdía contra Océane Sinclair estaba dispuesto a ser un perdedor de por vida solo por esas vistas.

—Me pregunto que opinaría la prensa y tu querido pintamonas si nos vieran ahora mismo… —sonreí complacido.

—¿Tanto te cuesta admitir la derrota? —exclamó mientras daba un salto y se metía en el agua para limpiarse la arena embarrada que nos cubría a ambos.

No. En realidad no me importaba, pero por alguna razón contra ella mi instinto me incitaba a actuar de forma imprevisible, como si no tuviera el control, como si tampoco quisiera tenerlo y, sobre todo, como si no deseara ser invisible para Océane.

Puede que me convenciera de que era por el simple hecho de que la necesitaba para un fin, de que si aquello no salía como esperaba mis alternativas eran limitadas, pero mientras mis ojos

devoraban las gotas de agua bajar por su espalda me preguntaba si realmente ella me era tan indiferente como deseaba.

Es otra mujer deseable. Como las incontables con las que había compartido mi cama. ¿Porqué iba a ser ella diferente?

Quizá la respuesta estaba en el modo que me molestaba el gesto de posesión de aquel tipo sobre ella. El que sus dedos descansaran en su cintura como si tuviera derecho a reclamarla y eso me incomodara de manera irracional, densa, amarga.

Y aquello no se parecía solo al deseo.

El deseo era fuga, una chispa que arde en un instante y desparece a la misma velocidad. Eso en cambio, era más peligroso, más parecido a ver a alguien sosteniendo algo que no debería tocar.

O quizá era porque se había convertido en un reto personal en el que quería demostrar que no era tan inmune a mí como intentaba aparentar.

En cualquier caso, no pensaba dejar que aquello disuadiera mi verdadero cometido allí. Que nuestra foto entrenando juntos en la playa se hubiera filtrado a la prensa había sido un golpe de fortuna. Pensaba que tardaría al menos un par de semanas en que lo hicieran, pero que hubiera sucedido en apenas tres días significaba que su regreso era más esperado de lo que el propio Patric preveía.

Me adentré en el agua hasta el muslo como el día anterior y decidí fijarme en la trenza que caía sobre su hombro en lugar de perseguir cada curva por la que aquel minúsculo bikini apenas cubría.

Lo estaba haciendo a propósito, ¿Por qué sino ponerse ese atuendo para un día de entrenamiento a solas conmigo? Sabía reconocer perfectamente las señales en una mujer cuando coquetea, se insinúa o su cuerpo muestra que le gusto sin siquiera expresarlo con palabras o incluso mucho antes de percatarse ella misma de

ello. El problema es que esas señales en Océane no estaban o cuando creía que veía un atisbo de ellas acababan confundiéndome.

Aprender a sostener su peso no era lo difícil, sino lograr el equilibrio mientras lo hacía. Se notaba su agilidad, su experiencia, la seguridad en el modo de contornearse a pesar de llevar tiempo sin práctica.

—No mires al suelo. Mira al frente —dijo conforme se inclinaba para dejar caer el peso de su cuerpo sobre mi brazo derecho—. Tu cuerpo sigue la trayectoria de tu vista, si te inclinas vas a perder el equilibrio y, en consecuencia, caeré.

Apreté la mandíbula y corregí la postura mientras la corriente intentaba manipularme. Apenas había conseguido durar en aquella postura un segundo y sinceramente, veía casi imposible poder hacerlo sobre una tabla.

—Espalda recta. Mantén el centro de tu equilibrio. Busca un punto fijo que mirar y concéntrate en el. Aunque eso signifique demasiado para tu minúsculo cerebro.

Era fácil más fácil decirlo que hacerlo, pero si había algo que me caracterizaba es que no era capaz de desistir hasta conseguirlo.

—Que consejo más útil. ¿También me vas a pedir que respire? —exclamé aunque en realidad me esforcé en buscar un punto fijo en las rocas salientes que había a varios metros de distancia.

—Te pediría que dejaras de ser tan inútil, pero sé que eso es imposible. Así que solo evito que mi culo acabe en el agua.

La tiré a posta.

—Bien. Ahora que tu culo ha terminado en el agua y que probablemente lo hará unas cuantas veces más. ¿Puedes dejar tus diferencias conmigo a un lado? Al menos mientras entrenamos.

La vi alzarse y apartarse el agua de la cara

—¿Y por qué debería ignorar tu inutilidad? Que tengamos un acuerdo y acepte que seas mi compañero no impide que recalque el hecho de que eres un desastre.

—Y aún así sigo siendo mejor que todos los candidatos que optarían a entrenar contigo.

—¿Ves? —exclamó—. Es esa arrogancia es lo que te pierde. Ni siquiera eres capaz de aceptar un consejo. Ese derroche de superioridad, autoestima inflada y admiración propia como si nadie pudiera estar por encima de ti demuestra que no quieres escuchar y aún menos, aceptar que realmente eres mediocre.

Esbocé una sonrisa ladeada.

—Que interesante diagnóstico viniendo de alguien que no es capaz de volver a subirse a una tabla.

Supe de inmediato por su rostro la incomodidad que mostraba por mis palabras. Era un golpe bajo y no sentí la satisfacción que pensé que sentiría.

—Una demostración implacable de que eres un capullo.

Hizo ademán de alejarse, como si quisiera poner distancia entre nosotros.

—¡Vale! He sido un capullo —admití y noté que se detenía—. No tenía derecho a utilizar ese argumento.

Se giró como si pareciera sorprendida.

—No —negó y entonces comenzó a caminar hacia mí—. Tú usarías cualquier golpe bajo si es en tu beneficio. Así que no me lo trago —continuó y se acercó lo suficiente para que entre nosotros solo hubiera un palmo de distancia.

—¿Por qué necesitas que esté de tu lado? —inquirió y se colocó ambos brazos en jarra esperando una respuesta.

—Si quisiera que estuvieras de mi lado, te seduciría ¿No crees? —sonreí.

—Y lo has intentado, pero te ha salido el tiro por la culata y te has dado cuenta de que no iba a funcionar —decretó—. Necesitas que yo admita que eres mi nueva pareja de surf tándem, por eso utilizaste tu mejor baza para presionarme. Y no creo que sea solo porque te echaron del campeonato. Nadie deja todo atrás e inicia desde cero si no existe una motivación fuerte.

—Tal vez no tenga una motivación tan fuerte como crees. Simplemente quería ponerme a prueba y demostrar que era capaz de hacerlo.

—¿Tú? Por favor, no me tomes por idiota.

—Te tomo por muchas cosas, aunque por idiota precisamente no, belleza. Aunque teniendo en cuenta ese pintamonas que te has buscado como novio, me haces dudar…

—Deja a Mason fuera de esta cuestión. Él solo quiere lo mejor para mí.

—¡Oh sí! Siempre y cuando sea lo que también quiere él.

Me había bastado una ridícula conversación de tres minutos para entender que clase de tipo era el tal Mason. De los que buscan a una mujer sumisa, obediente y que no les plante cara a sus decisiones. El modo en que la aferraba para marcar su territorio, la orden directa que ella ejecutó sin oponerse y la forma de dirigir su vida sin siquiera preguntarle antes lo demostraba. La cuestión es que Océane no parecía ser precisamente el tipo de mujer que se adaptaría a un inútil como él.

—¿Otra vez intentando cambiar de tema, Kingsley?

—Touché —afirmé. A pesar de que me interesaba saber porqué alguien como ella estaba con un payaso como ese tío, era también un modo para esquivarla—. Supongo que se me acaban las excusas.

—Desembucha —dijo como si la situación le exasperara.

—Cuando me expulsaron de la competición me quedé sin patrocinadores. —Noté como inspiraba con lentitud y no parecía demasiado sorprendida por ello.

—Supongo que era lógico esperar que todo fuese una cuestión económica. ¿Mi padre te ha prometido alguna clase de compensación? —inquirió sin mostrar un ápice de entusiasmo.

—No, aunque conoce mis circunstancias.

—Y por eso te dejó la caseta del jardín. ¿Como esperabas sacar dinero de mí, Kingsley?

No me dio tiempo a responder, la voz de Jax hizo que ambos nos girásemos hacia él.

—¿Se puede saber qué demonios hacéis?, ¡Venid aquí, tengo algo importante que deciros!

15

Si te caes, no te ayudo

Océane

Una entrevista.

Querían que realizásemos una entrevista y reportaje fotográfico de una marca deportiva con la que ya había trabajado en numerables ocasiones y la simple idea me revolvía el estómago.

Habría preguntas sobre Reef, obviamente y ni siquiera sabía si estaba preparada para responderlas, menos aún para admitir al mundo entero que le había encontrado un sustituto apenas dos años después, cuando tenía muy presente que no era así.

Kingsley no sustituiría jamás a mi hermano por mucho que el mundo quisiera verlo así e incluso mi padre pudiera creer que era posible. Y no pensaba alimentar todo ese morbo que mi regreso pudiera generarles.

—Recházalo —dije sin pensarlo demasiado—. Es demasiado pronto, está en fase de prueba y aún no queda claro si somos compatibles o no.

A fin de cuentas era cierto, ¿no?

Sentí la mirada de Kingsley sobre la mía. Serio. Con una fijación absorta y amenazante. ¿Ese era el modo en el que esperaba sacar pasta?, ¿Tan seguro estaba de que las colaboraciones por parte de multitud de marcas nos lloverían? Desde luego solo habían bastado dos horas desde la salida de la noticia para que ya tuviéramos una muy jugosa sobre la mesa.

—Somos perfectamente compatibles. Tú misma admitiste que soy tu mejor opción, ¿O ya no lo recuerdas?

Jamás le había dicho algo ni remotamente similar, pero entendía a la perfección que se refería a nuestro infernal acuerdo y estaba claro que intentaría presionarme con ello.

—Que seas la mejor opción no nos convierte en compatibles, no tergiverses mis palabras.

—Si la rechazáis creará aún más expectativa y tendréis a la prensa pendiente de vuestros movimientos. Coincido con que es demasiado pronto, pensé que tendríamos algunas semanas para ver como os compenetráis en equipo, pero tendréis que hablarlo entre vosotros —intervino mi padre haciendo que tanto Kingsley como yo nos quedáramos en silencio—. Bien. Ahora volved al agua, quiero ver un full split antes de que acabe el día.

Fui la primera en regresar al mismo punto antes de que mi padre nos llamara y me coloqué de frente, esperando que me rodeara desde atrás y colocara las manos en mi cintura. Me agarró con firmeza y se inclinó hacia mí.

—¿Qué demonios es un full split? —murmuró como si no quisiera que mi padre lo escuchara.

Casi no pude contener la risa.

«Sí que debe estar desesperado por ganar dinero para meterse en este berenjenal sin entender absolutamente nada sobre acrobacias»

Eso jugaba a mi favor lo suficiente para presionarle y que cambiaran las tornas.

Giré el rostro sutilmente y comprobé que aún permanecía con la cabeza inclinada hacia mí, por lo que sus labios estaban a escasos dos centímetros de los míos. Podía notar su exhalación rozando mi piel y sentí un temblor recorrer mi cuerpo.

—Una apertura completa de piernas —murmuré siendo muy consciente del tono sensual que empleaban mis palabras.

Era una provocación y funcionó. No hubo ningún comentario mordaz o incitación para molestarme.

Minutos después, mi padre acabó metido en el agua junto a nosotros guiando a Kingsley sobre como colocar las manos y dándole los mismos consejos por los que estábamos discutiendo justo antes de que él llegara, solo que en su caso los siguió a rajatabla y le dio las gracias. Antes de que acabara la mañana no solo hice el split, sino también logró sostenerme con una sola mano y poder hacer varios giros a pesar de no tenerlos del todo controlados.

En el momento que Kingsley se fue a por la tabla me quedé a solas con mi padre y me senté sobre la arena sintiendo cada uno de mis músculos arder. Era impensable no reconocer ese cansancio como algo conocido y al mismo tiempo lejano, hacía tanto que no me sentía del mismo modo y resultaba inevitable al mismo tiempo pensar en que todo había cambiado.

—Me recuerda mucho a tu hermano —dijo mi padre atrayendo mi atención.

—No se parecen en nada —refunfuñé—. Kingsley no sabe lo que es la humildad y mucho menos sabría pedir excusas. Es un interesado que solo piensa en sí mismo y en crecer su ego.

—Reef no era un derroche de humildad precisamente, pero no puedes discutir que es tan perseverante como lo era tu hermano. Dice mucho de él que no le importe comenzar una disciplina desde cero y trabajar duro en ello.

—¿Y no te parece raro que alguien como él cruce el continente para iniciar una nueva modalidad?

—Todos tenemos intereses, Océane. Incluso tú tienes el tuyo, ¿no? Quieres marcharte cuando acabe el verano y por eso estás

haciendo esto, pero si aún sigues persistiendo en esa idea, tal vez Kingsley pueda ayudarte a irte con los bolsillos llenos.

—¿De qué hablas? —inquirí a mi padre.

—No discuto el hecho de que aún es demasiado pronto para exhibiros. No estáis preparados, ni siquiera habéis subido a una tabla juntos, pero buscabas trabajo en Brisbane, así que aceptar algunos contratos con diferentes marcas podría proporcionarte una fuente considerable de ingresos.

—¿Por qué estás de su lado? —exclamé como si sintiera que mi propio padre apoyaba a ese chico del que apenas sabíamos nada.

—No estoy de su lado, Océane —murmuró conforme veíamos que Kingsley regresaba hacia nosotros—, solo intento que mires el lado positivo de esto que pareces negarte a ver.

Desde luego el dinero no me vendría nada mal, podría marcharme a Brisbane con una suma considerable, sobre todo si había que organizar una boda y Mason pretendía que no trabajase por un tiempo a pesar de que él cubriera todos mis gastos.

Escuchaba la voz de mi padre dando algunas pautas a Kingsley sobre la posición y el control.

—Océane. Ve con él —dijo mi padre y sentí que me bloqueaba.

No sabía que excusa dar. Como reaccionar. Ni siquiera me vino a la mente algo que justificara el hecho de impedir subirme a la tabla con Kingsley.

—Salimos hace dos días y la hice caer varias veces —intervino él—. Prefiero dominar un poco mejor la tabla antes de repetirlo —contestó con naturalidad y vi como me guiñaba el ojo con complicidad.

Mi padre me miró como si tuviera algo que añadir y yo solo asentí conforme le veía alejarse dando brazadas largas hasta perderle de vista a media distancia. ¿Por qué no aprovechar la situación para presionarme un poco más? Había intervenido por mí para que mi padre no fuera testigo de la situación y, a pesar de saber que no podría alargar mucho ese momento, intercedió en mi nombre tal como me prometió que haría si accedía a ese acuerdo.

¿Tanto interés tenía en el dinero?, ¿Tal vez tenía deudas que saldar?

Decidí regresar sola a casa con la excusa de que Mason me esperaba y durante el trayecto no dejaba de pensar que quizá sí podía sacar beneficio de aquella situación aunque complaciera a Kingsley con ello.

¿Significaba eso que aceptaba la propuesta de Mason?, ¿Que quería casarme con él y ser madre antes de lo que había previsto? Él había pasado a mi lado esos dos años siendo paciente, preocupándose por mí en cada momento y a pesar de la distancia o las circunstancias nuestra relación se había fortalecido. ¿Era injusto no compensarle en el momento que él más me necesitaba? Después de todo pensaba mudarme a Brisbane para iniciar una vida juntos, así que adelantar los acontecimientos no implicaba nada más que un mero trámite que sí o sí haríamos de todos modos.

Y aun así sentía la incomodidad en mi pecho al pensarlo, como si una parte de mí se negara en rotundo a ceder, pero no fuera capaz de expresarlo.

El coche de Mason no estaba cuando aparqué la camioneta y eso era extraño. ¿Se habría marchado sin despedirse? En mi teléfono solo tenía una notificación de Alana para vernos esa noche, pero nada sobre él y en mi habitación estaban sus cosas. Le pregunté a mi madre y me dijo que lo había visto frente a su ordenador antes de que ella se marchara de casa, cuando regresó ya no estaba. No le di mayor importancia, probablemente habría salido a hacer algunas

gestiones y aproveché que estaba fuera para ducharme, cambiarme y ayudar a mi madre a preparar la comida.

Regresó poco antes de que lo hicieran mi padre y Kingsley, noté la confusión en su rostro al verme, como si no lo esperara.

—Pensé que te alegrarías de que terminase antes del entrenamiento para estar contigo —dije mostrando una sonrisa.

—Si me hubiera avisado me habrías encontrado aquí esperándote —terció acercándose a mi y rodeando mi cintura para acortar la distancia.

Sentí sus labios sobre los míos más firmes de lo habitual, como si hubiera cierta tensión en él o quizá era una sensación que acababa de tener.

—Tú nunca me avisas, pensé en darte el mismo tipo de sorpresa.

—Salí a comprar un par de cosas que necesitaba de higiene personal, tenía tantas ganas de volver a estar contigo que se me olvidó reponerlas.

Observé que no llevaba nada consigo y su afirmación no tenía ninguna sentido, pero era incapaz de formular lo que mi mente pensaba, como si no quisiera admitir que era capaz de mentirme o, porque necesitaba creer que si sus palabras ocultaban algo, solo podía deberse a que lo que fuese que estaba haciendo, sería por mí.

Mason era muy dado a regalos, sorpresas y viajes inesperados, ¿Es posible que su ausencia se debiera a que me preparaba algún tipo de sorpresa?

—¿Y has encontrado lo que necesitabas? —pregunté sin mencionar que llevaba las manos vacías.

—Desafortunadamente en Noosa no están las marcas que suelo utilizar, había olvidado que en este pueblo casi no tenéis de

nada, pero mañana regreso a Brisbane, así que lo podré soportar. ¿Que te parece si nos alejamos esta tarde y pasamos la noche fuera?

No era la primera vez que hablaba de Noosa con cierto desprecio, pero sí fue la primera ocasión que no me gustó que lo hiciera. Tal vez estaba pensando en marcharme de allí, pero aquel era y siempre sería mi hogar, donde residía mi familia, mis amigos y todos los recuerdos de mi infancia y adolescencia junto a Reef. Ni siquiera estando a miles de kilómetros de distancia podría sentirme lejos de allí porque una parte de mí siempre estaría en este lugar.

—He quedado con Alana y las chicas. Hace tiempo que no salimos con mis amigas y si voy a marcharme a Brisbane a final del verano, me gustaría que las conocieras un poco más.

Noté que mostraba una expresión de incomodidad.

—No es que no quiera, pero paso demasiado tiempo sin verte para tener que compartirte con otras personas. Así que quiero tu atención solo para mí. —Lo cierto es que a mí también me gustaba pasar tiempo a solas con Mason, pero también me gustaba la idea de que él se interesara por mi círculo de amistades.

En otras circunstancias no habría insistido, pero la última conversación con Alana me hacía tener muy presente el poco interés de Mason en aquello que me rodeaba.

—Y pasaremos mucho tiempo a solas cuando me mude a tu apartamento, pero ellas son mis amigas y son importantes para mí. No quiero volver a cancelar planes, ya tendré que perder mucho tiempo con el entrenamiento este verano y me gustaría poder disfrutar de mis amigas y de mi novio al mismo tiempo.

—Está bien. Si es lo que quieres, iremos.

Después del almuerzo teníamos gimnasio, entrenamiento y carrera, pero había pasado media vida saliendo de fiesta tras arduos entrenamientos, por lo que no suponía un problema.

Mason decidió acompañarme él mismo al gimnasio y esperarme fuera. También se mantuvo cerca de nosotros viéndonos entrenar en el jardín de casa repasando los movimientos de esa mañana e incluso intervino varias veces para evitar que cayera, aunque cada vez que lo hacía, provocaba que perdiera el tiempo porque me apartaba y me hacía algún comentario mordaz respecto a Kingsley dando a entender lo poco que le gustaba que él me tocara. No volví a tener una conversación directa con Max-ibón hasta que nos calzamos las deportivas e iniciamos la carrera. Estaba plenamente convencida de que haría alguna alusión hacia Mason y su actitud posesiva.

Incluso yo misma no había podido evitar verlo a pesar de todas las cosas buenas que Mason hacía por mí, pero… ¿Podía culparlo? Al fin y al cabo, por mucho que me negara a admitirlo solo había que ver el físico de Kingsley para que él pudiera sentirse inseguro, pero a pesar de estar significativamente bueno, había demasiadas cosas en él que me generaban rechazo.

Me había preparado mentalmente para plantar cara a alguna de sus alusiones, pero sorprendentemente permaneció en silencio y eso me parecía raro en alguien como él que aprovechaba la mínima oportunidad para presionarme.

—¿Vas a pasar todo el trayecto en silencio? —mencioné cuando habíamos alcanzado el punto de retorno y dimos media vuelta hacia casa.

—¿Ahora quieres que hablemos? —inquirió sin parecer sorprendido.

—Si lo prefieres puedo decidir sola si aceptar o no las propuestas comerciales que nos lleguen.

Escuché se le escapaba una risotada y gesticulaba en negación con la cabeza.

—¿Y acaso no lo harías de igual modo? Le dijiste a Jax que lo rechazara sin siquiera preguntarme —contestó—. No eres la única a

la que han llamado, también he recibido noticias por parte de mi agente.

Me detuve en seco a pesar de que no debería hacerlo, si nos enfriábamos sería más difícil retomar la marcha. Observé como él se detenía pocos pasos por delante y luego inspiraba hondo recuperando el aliento.

—Sé que necesitas la pasta y sinceramente, me da igual en qué líos estés metido siempre y cuando no me afecten a mí o a mi familia. Lo he estado pensando y a mi también me vendría bien ganar algo de dinero.

—¿Pero? —inquirió como si ya supiera que había algún inconveniente.

—Aún estas muy lejos de un nivel mínimo de exhibición, así que solo podremos firmar con marcas a las que solo les interesen nuestra imagen.

—Por mi no hay problema, pero no necesitas fingir conmigo, Océano. —Parecía tranquilo. Calmado. Incluso acortó la distancia que nos separaba y se acercó lo suficiente para que su brazo rozara el mío a pesar de que su vista estaba clavada en el horizonte donde el sonido de las olas rompía el silencio—. Sé que tu único miedo es que en pocas semanas no vas a poder evitar subirte a una tabla conmigo. Puedo interferir por ti hasta entonces como lo hice esta mañana, pero vas a tener que confiar en mí tarde o temprano si quieres que tu secreto siga estando oculto.

Confiar en Kingsley era como pedir que una víbora me clavara sus dientes, tenía la certeza de que sería un error colosal y, aún así, ¿Tenía opciones? Sí. La de mostrar a mi padre y a todo el mundo mis propios miedos, pero lo que más temía era el terror de volver a disfrutar de algo que de algún modo sentía que ya no me pertenecía. No era mío. No si Reef no estaba a mi lado para hacerlo.

Solo que retroceder ante una decisión o fracasar no era sinónimo de un Sinclair, aunque eso implicara un salto al precipicio.

—No confío y nunca confiaré en ti, Kingsley —afirmé contundentemente y observé como él mantenía la mirada fija en el oleaje mientras estábamos varados a un lado de aquella carretera secundaria—, pero fingiré que existe sintonía entre nosotros y formamos un equipo sólido de cara al público.

—Por mi no hay problema, siempre y cuando seas capaz de actuar. —Se irguió como si hubiera decidido que prosiguiéramos con la carrera hasta llegar a casa—. Y te subirás a la tabla conmigo.

—Ni hablar —respondí antes siquiera de pensarlo.

—¿Tienes un plan mejor? Porque a menos que decidas partirte un hueso echándome la culpa de ello, no veo cuál es tu solución.

No iba a negar que una lesión no se me hubiera pasado por la mente, pero eso tampoco iba a solucionar el problema, solo lo pospondría.

—Puedes ir sentada. Ni siquiera te obligaré a ponerte en pie o practicar alguna acrobacia —insistió como si con ello pudiera convencerme.

—Está bien. Pero será en un lugar apartado donde no nos vea nadie.

—Eso ha sonado demasiado sexy, Océano —mencionó con sorna y no pude evitar reírme—. Si no supiera que estás sumamente enamorada del pintamonas, diría que te estás ablandando.

No le respondí, simplemente comencé a correr y le adelanté para que pudiera seguir mi ritmo. Estuvo pisándome los talones a pesar de que mantuve el sprint durante el resto del recorrido y sentía que mi corazón iba a salirse de mi pecho. Aún así, en los últimos dos metros me adelantó y llegó primero.

Me sentía agotada, con falta de aliento y completamente sudada, pero solo podía percibir la adrenalina de una revancha.

Y ahí fue cuando noté que por primera vez después de la desaparición de Reef, mi parte competitiva regresaba.

Aquella sensación se mantuvo en mi interior martilleándome durante horas, incluso cuando Mason trajo las copas a la zona donde nos encontrábamos mis amigas y yo en el club. Cuando me rodeó con su brazo por los hombros acercándome a él y en el momento que giré la vista para verle, pero mi novio solo mantenía la mirada fija en Kingsley, como si quisiera remarcarle que yo era su propiedad o, al menos, esa fue la impresión que me dio ya que en el momento que Kingsley miró hacia nosotros sentí como Mason me obligaba prácticamente a besarle.

¿Actuaría en su lugar del mismo modo? La verdad es que no conocía a los compañeros de trabajo de Mason, ni si había alguna mujer en la compañía que fuese cercana a él, pero yo jamás habría puesto en duda su fidelidad y, aún así, justificaba su proceder porque Kingsley era un mujeriego.

Desde que había aparecido en el club se había dedicado a revolotear entre mis amigas que no dejaban de acosarlo. Alana, Rachel y Valeria parecían buscar el momento preciso para intervenir y captar su atención. La única que se mantenía cerca de mí era Alana y probablemente en contra de su voluntad porque era incapaz de apartar la vista de él.

En un momento dado vi como se alejaba hacia la barra y nos quedábamos a solas. Alana intentó conversar en un par de ocasiones con Mason, interesándose por su trabajo y perspectivas dentro de la empresa. Me sorprendió que su respuesta fuera bastante cortante y mi amiga se limitó a sonreír.

¿Por qué actuaba de ese modo con ella?

—¡Chupito para todos! —exclamó Kingsley depositando una bandeja llena de mini vasos con líquido de diferentes colores.

—Tú no beberás ninguno que provenga de ese tipo —murmuró Mason y después sentí que fingía recolocarme el pelo—, porque solo yo puedo pagar tus bebidas —añadió mientras fingía normalidad y yo actuaba como si mi mente fuera incapaz de procesar el momento.

Lo justifiqué. ¿Como no hacerlo? Mason siempre era un encanto y seguramente todo se debía a unos celos infundados hacia Kingsley por la situación.

Observé como Kingsley fue pasando la bandeja una a una de mis amigas para que eligieran un vaso y cuando llegó a mi pensé en rechazarlo instintivamente, solo que me resistí, así que cogí uno de los vasos y noté como los nudillos de Mason se hundían en mi muslo haciendo que el liquido del vaso temblara.

Mason fue el único que rechazó el ofrecimiento alegando que debía conducir a pesar de tener una copa en la mano. Nadie dijo nada, pero sabía perfectamente el motivo por el que no iba a beberse ese puñetero chupito.

Tras varios brindis y acabarnos todas las copas, se fueron a bailar dejándonos solos a Mason y a mí. Notaba como el alcohol iba haciendo efecto y sentía esa sensación de ligereza donde los zapatos de tacón que me había obligado a poner porque sabía que a él le gustaba verme así no ejercían ninguna presión en el empeine.

—¿Bailamos? —exclamé amenizando la clara tensión que había entre nosotros.

—Te dije expresamente que rechazaras la bebida Océane. ¿Y tú eres la que me dice que confíe en ti?, ¿Cuándo no dejas de seguirle la corriente a ese tipo?

No sé que expresión facial debí poner, pero noté como cambiaba su semblante.

—Lo hacia por ti, para que le des señales claras a ese Kingsley de que ya tienes dueño.

¿Ya tengo dueño?, ¿Soy una mascota o una propiedad?

—No pienso tener esta conversación en este momento y en este lugar.

—Eres tú quien ha querido venir aquí cuando podríamos estar pasando una velada perfecta en un lugar que no sea este antro de mierda.

—Resulta que me gusta este antro de mierda —repliqué con la intención de levantarme, pero él me lo impidió.

—Y también te gusta rodearte de gente que no te aporta nada por lo que veo. Dime, ¿A esas chicas las llamas amigas? ¿A las mismas que solo prestan atención a ese pervertido? ¿Cuál de entre todas tiene un futuro prometedor como el tuyo?, ¿Expectativas? Ninguna tiene aspiraciones a nada, ni siquiera se pueden mantener por sí mismas y menos aún tener una conversación inteligente con alguna de ellas. Cuando te mudes a Brisbane todo esto cambiará. Tus amistades cambiarán y aprenderás a relacionarte con personas que estén a nuestro nivel.

«No es Mason. No esta siendo racional. Habla así porque se siente inseguro frente a un tipo como Kingsley» me repetí una y otra vez pensando en esos dos años en los que él había estado a mi lado.

—¿Como puedes decir algo así si ni siquiera te has molestado en conocerlas? —exclamé perturbada con aquella actitud.

Podía justificar sus infundados celos hacia Kingsley porque era un desconocido que mi padre había metido en mi casa y con el que me obligaba a pasar todo el día, pero no hacia mis amigas de toda la vida.

—¿Quieres que conozca a una panda de chicas con las hormonas revolucionadas por un tío cualquiera? No te culpo de pensar lo mejor de tus amigas porque no conoces algo mejor —

insistió dando otro trago a su bebida—, pero me darás la razón cuando te alejes de este maldito pueblo.

—Quizá no quiera salir de este pueblo —contesté con una altivez que jamás había empleado hacia él y, de hecho, parecía sorprendido.

Vi como dejaba la copa en la mesa en la que permanecían todos los chupitos vacíos y se incorporaba.

—Creo que el alcohol está hablando más por ti que tú misma, será mejor que vayamos a casa y mañana hablaremos con calma.

—Lo que creo es que deberías irte.

Me miró con una actitud seria.

—¿Estás hablando en serio?

—Dormiré en la habitación de Reef esta noche. Quizá seas tú quien necesite reflexionar si realmente piensas todo lo que acabas de soltar.

No lo detuve cuando se marchó a pesar de seguir con la vista su silueta hasta perderse. Me quedé observando la puerta pensando que cambiaría de opinión y regresaría. Que quizá me ofrecería una disculpa y reconocería que solo había hablado sin pensar realmente en lo que decía porque se sentía claramente vulnerable ante la idea de perderme a pesar de que fuera una posibilidad inexistente.

Noté que me faltaba el aire, que aquella situación me revolvía el estómago y decidí salir minutos después a la calle, como si una parte de mi pensara que estaría justamente allí esperando a que le siguiera. No es que hubiera cambiado de opinión, pero me planteé la posibilidad de que yo misma hubiera malinterpretado sus palabras, de que por algún motivo le hubiera dado una interpretación demasiado equivocada e infundada. ¿Tal vez le había hecho hablar de ese modo su frustración ante aquella situación?

—¿Ocurre algo? —Me giré sorpresivamente como si todo mi cuerpo estuviera en alerta y, al hacerlo, sentí un leve mareo que me provocó cierta inestabilidad.

Noté como Kingsley me sujetaba del brazo al darse cuenta y su semblante estaba más serio de lo normal.

—Estoy bien —afirmé apartando su mano como si no deseara que me tocara.

Cada vez que lo hacía sentía demasiado calor en esa zona del cuerpo en la que colocaba sus manos y me incitaba a decirme que era una reacción normal sin ningún tipo de implicación emocional.

—Solo quería comprobar que estabas bien. Vi a tu chico marcharse y dejarte sola, ¿Ha pasado algo?

—Tanto si ha pasado como si no, creo que no es asunto tuyo, Kingsley —refuté claramente ofuscada.

—Ya veo que si ha pasado algo, pero tienes razón. No es asunto mío y perdona por querer ayudar… —recalcó mientras hizo ademán de marcharse de nuevo hacia el interior del club.

—¿Ayudar?, ¿Tú? Está claro que te importa muy poco y, ya que estamos, gran parte de la culpa de esto es tuya. ¡Si no hubieras aparecido yo no tendría todos estos problemas! —exclamé cruzándome de brazos.

—Puedes culparme de todo lo que quieras, Océano, pero la realidad de lo que tienes a tu alrededor no va a cambiar aunque yo desaparezca —contestó con decisión.

—¿Qué quieres decir con eso? —exclamé enfadada.

—Que es fácil buscar culpables cuando no quieres reconocer el problema y las posibles consecuencias. Mucho más que afrontar tus miedos o los celos de tu novio.

—Mason no está celoso —refuté sin mucha convicción.

Hizo una mueca como si mi respuesta le causara gracia.

—Por supuesto —afirmó segundos después—. Tu vida privada es cosa tuya, pero te diré algo tanto si quieres escuchar como si no. Quien vive dominado por los celos termina siendo prisionero de sus propias inseguridades y arrastrara a todo el que esté a su alrededor con él.

Lo decía como si aquellas palabras le dolieran, como si él mismo lo hubiera sentido demasiado cerca.

16

Más allá de la marea

Océane

Me había quedado toda la noche esperando a Mason dormitando entre horas, pero él no regresó a casa de mis padres y tampoco vi su coche en los alrededores. Conociéndole era más que probable que la noche de hotel que tenía planeada para nosotros no la hubiera cancelado a pesar de modificar sus planes.

No sabía si mi dolor de cabeza se debía a la falta de sueño y cansancio o por la resaca. Me marché del club tras mi conversación con Kingsley, ni siquiera me había despedido de mis amigas y recibí varios mensajes de Alana preocupada, pero no quería dar explicaciones a nadie de lo sucedido, sentía que era incapaz de mentirles si las miraba directamente a los ojos, así que solo contesté que estaba demasiado cansada y no quería molestarlas.

Mi padre se había marchado a comprar materiales para sus tablas, mi madre tenía turno en el hospital y Kingsley estaría indudablemente durmiendo la mona, así que me di una ducha para despejar la mente, me tomé una aspirina y ya iba por mi tercer café cuando Mason apareció.

Salí por la entrada principal y bajé las escaleras para dirigirme hacia el aparcamiento donde él se había quedado recostado sobre su coche. Mostraba una actitud relajada, pero en el momento que me acerqué a él comprobé que no había debido pasar una buena noche, tenía claras señales de cansancio en el rostro como seguramente las tenía yo.

—No volviste —dije rompiendo el silencio entre ambos.

—Tenía demasiado en lo que pensar y prefería hacerlo en un espacio donde la tentación de ir hasta ti no existiera.

—Mason… lo que dijiste anoche…

—Estuvo mal. Me extralimité —dijo atropelladamente antes de que pudiera añadir algo más—. Simplemente estaba cegado, como si necesitara que tú me demostraras que de verdad estás a mi lado y ese tío no tiene ninguna oportunidad conmigo. Estaba furioso, irritado y fuera de control, por eso dije cosas que realmente no pienso —afirmó y sentí como si aquella presión en mi pecho se calmara—. Quiero que sepas que voy completamente en serio con nuestra relación. Que no quiero a otra mujer en mi vida que no seas tú y para demostrártelo quiero darte esto —abrió la mano y vi que era un juego de llaves donde colgaba un llavero turístico de Noosa —. Me he detenido antes de venir para hacer una copia de las llaves de mi casa. Quiero que también la consideres tuya, que tengas la libertad de venir cuando quieras. No voy a presionarte con que lo hagas ahora, o mañana, aunque es lo que me gustaría que hicieras.

Sonreí mientras cogía el manojo con cuatro llaves que él me entregaba. Había estado muy pocas veces en Brisbane, pero sabía que una pertenecía al parking, otra a la entrada del residencial, una tercera para el edificio de apartamentos de Mason y la última de la puerta de entrada a su lujoso piso.

Ese era el Mason que conocía, del que me había enamorado, el que no había dudado en estar a mi lado cada momento de flaqueza.

Le abracé.

Pasamos el resto del día juntos sin mencionar nada de lo sucedido, ni mis entrenamientos con Kingsley, ni su inminente ascenso en el trabajo que implicaba llevar acabo unos planes para los que aún no me sentía capacitada de aceptar, pero tampoco de negarme.

—¿No esperamos a Kingsley para cenar? —pregunté al ver que mis padres se sentaban en la mesa y había servicio para cuatro.

—Tu padre me dijo que tenía planes antes de colocar la mesa. Al parecer se ha integrado muy bien en el pueblo para los pocos días que lleva aquí, ¿No te parece? —preguntó mi madre dirigiéndose a mí y yo me encogí de hombros.

—Demasiado bien diría yo —contesté apática.

—Hay que reconocer que el chico es muy guapo además de agradable.

Lo último que necesitaba en aquel momento era a mi madre halagando a Kingsley más de lo que mis propias amigas habían hecho la noche anterior hasta el punto de rodearle como abejas atraídas por la miel.

—¿Habéis hablado sobre la propuesta? —preguntó mi padre cambiando de argumento y lo agradecí.

—Si —afirmé—. Hemos pensado en valorarla, pero Kingsley aún no está preparado para una exhibición, así que tendremos en cuenta solo colaboraciones con marcas de imagen.

—Me parece un buen inicio.

No era capaz de evitar que mi vista se fuera al hueco que tenía frente a mí con aquel plato vacío y preguntarme donde demonios estaba a pesar de que no debía importarme en absoluto lo que hiciera con su vida.

¿Quizá era porque no sabía casi nada de él?, ¿Por qué a pesar de buscar información en internet sobre Maximilian Kingsley no había logrado saciar mi curiosidad?, ¿Qué sabía exactamente de mi compañero? Aparte de los datos que arrojaban su pasaporte, solo sabía que había pegado a un tío en una competición y fue expulsado.

Nada más.

Bueno. Si. Estaba ese mensaje de una chica que parecía esperarle en alguna parte del mundo y de la que evidentemente él no parecía tener en la misma estima.

Había pensado demasiadas veces en la noche anterior y en lo que me había dicho antes de que me marchara. ¿Me molestaban más que lo hubiera dicho él o el hecho de que existía cierta verdad en sus palabras, aunque no lo quisiera reconocer?

No le di más vueltas, el dolor de cabeza regresó en cuanto el efecto de la pastilla dejó de funcionar, así que me fui a dormir más temprano de lo habitual.

Aquella mañana de lunes no me despertó la alarma del teléfono, sino los golpes en la puerta. Me levanté aún adormilada y la abrí. Allí estaba Kingsley dejado caer en el marco con una expresión indescifrable.

—¿Qué quieres? Ni siquiera ha sonado la alarma —dije con los ojos medio cerrados.

Sentía todo mi cuerpo aletargado por la cantidad de horas que había dormido profundamente y aún parecía resistirse a ponerse en marcha.

—Hay más probabilidad de que nadie nos vea al amanecer que al atardecer, así que espabila. Te espero en la camioneta.

Estuve a punto de enviarle al infierno y meterme de nuevo en la cama, pero acabé poniéndome un bañador de una sola pieza, no pensaba correr el mismo riesgo del último día. Metí en una bolsa unos pantalones deportivos y me calcé las zapatillas a modo chancleta conforme salía de mi habitación.

Aún no había café preparado, ni una suculenta variedad de tortitas, fruta o cereales, por lo que cogí una barrita energética para tener algo en el estómago y salí por la puerta de atrás.

Kingsley había colocado la tabla y aguardaba en el asiento del conductor cuando me subí con cierta reticencia.

—El agua estará helada —refunfuñé mientras abría el paquete de la barrita y le daba un bocado.

—Si me das un bocado, no permitiré que te caigas —dijo volviendo la cabeza hacia mí y yo le observé con incredulidad.

Sabía que si no se lo daba, me acabaría robando el envase y zampándose más de la mitad, así que partí un trozo con las manos y se lo entregué, solo que no pensé que se inclinaría para comerlo él mismo de mis manos.

En el momento que sentí sus labios rozando mis dedos el escalofrío fue real, intenso, espontáneo. Sentí como un torbellino nacía en mi estómago al que no quería, ni deseaba poner nombre, pero era tan ferviente que resultaba imposible de ignorar.

Me quedé paralizada mientras observaba como aquellos ojos oscuros me miraban con una intensidad arrolladora y, cuando aquella sensación se intensificó, él apartó la vista para arrancar el motor de la camioneta y yo tuve que girar el rostro hacia la ventanilla porque estaba convencida de que el calor de mis mejillas iba a delatarme.

«Es una respuesta natural» me dije una y otra vez durante todo el trayecto. Solo que jamás había sentido una experiencia similar con Mason. Ni siquiera un ápice de lo que un simple roce de los labios de Kingsley me había provocado.

17

Rompernos también formaba parte

Océane

El agua estaba fría, pero la sensación térmica era en último de mis pensamientos en aquel instante. Sentía las piernas débiles, el temblor en mis manos era evidente y la respiración agitada solo era meras señales de alerta y, aún así me senté sobre aquella tabla porque prefería mi mente nublada al hecho de pensar en la vibración de mi cuerpo ante la imagen de Kingsley rozando con sus labios mis dedos.

Me coloqué en la parte delantera y noté enseguida su impulso dejándose caer a mi espalda conforme daba brazadas largas para alejarnos de la orilla. Ni siquiera necesité aferrarme, la experiencia me hacía equilibrar mi cuerpo de forma inconsciente por lo que lo único que hice fue asegurarme de que el aire entrara en mis pulmones y, a diferencia de la vez anterior, la presión en mi pecho era apenas perceptible.

¿Quizá es porque no tendría que tocar el agua?, ¿O porque tenía muy presente que era Kingley quien estaba tras de mí? Me mantuve en silencio hasta que alcanzamos una zona tranquila de oleaje en el que no existía demasiada corriente por la protección de las rocas y sentí que él mismo se sentaba a horcajadas. El sol despuntaba y aún no había salido por completo así que la línea en el horizonte se desdibujaba en tonos suaves.

—¿Estás respirando? —escuché tras de mí, pero apenas me moví.

—Algo así —contesté y acto seguido noté como su manos frías y mojadas se aferraban en mi cintura y me arrastraba hacia él. Por puro instinto me agarré a sus brazos para no caer, pero acto seguido noté la calidez de su pecho en contacto con mi espalda.

—Es mejor que ambos estemos en el centro de la tabla —murmuró—. Relájate. No estás sola y no voy a dejar que caigas —mencionó provocando un nudo en mi garganta.

Apartó sus manos rápidamente de mi cintura, pero se mantuvo firme para que dejara caer mi pecho sobre él como si aquella situación pudiera servir de ayuda, aunque en realidad, solo lo empeoraba, así que me enderecé manteniendo la espalda recta.

—¿Donde estuviste ayer? —pregunté ante la necesidad de engañar a mi mente con un pensamiento alterno.

—En alguna parte —contestó de forma errática e instintivamente me giré de lado hacia él provocando que la tabla se moviera, aunque no lo suficiente para que nos cayéramos.

—Le dijiste a mi padre que tenías planes y tú aquí no conoces a nadie —arrugué la frente.

—¿Sabes una cosa Océano? Hay personas que cuando nacemos adquirimos una condición llamada sociabilidad, desgraciadamente no todos la tienen.

A pesar del matiz sarcástico que empleaba, utilizaba un tono de seriedad.

—¿Deduces que no soy sociable solo porque me he mostrado poco receptiva contigo? ¡Oh!, ¿Tú grandioso ego no permite aceptar que no te encuentro atractivo? —gemí con fingido lamento.

—Realmente ya tenía muy claro el concepto por tu actitud desde que nos conocimos, pero fue evidente anoche, cuando ni te molestaste en despedirte de las que consideras tus amigas.

Aquello me dolió. Y tuve que morderme la lengua.

Yo no era así. De hecho, jamás había dejado colgada a una amiga hasta que lo convertí en una normalidad porque pensé que entenderían la situación, como también habrían entendido que desapareciera sin avisar la noche anterior.

No quería ser la amiga distante. La que no daba explicaciones. La que se alejaba lentamente y deshacía la relación. ¿Y si me marchaba a Brisbane?, ¿Realmente vendría cada semana como tenía pensado?

Conocía la respuesta. Ni siquiera tenía dudas al respecto, pero aun así había una parte de mí que continuaba alentándome a marcharme de allí.

—¿Sabes que es lo peor de todo? Que no parecían sorprenderse, como si ya estuvieran acostumbradas.

—¿Y todo eso lo deduces de una sola noche? —increpé volviendo la cara hacia él.

—Adelante. Puedes gritar, insultarme o enfadarte. Estamos solos. No te va a escuchar nadie y dudo que regreses nadando a la orilla, pero ya que pareces querer culpabilizarme de todos tus males desde el día que te conocí, al menos no me quedaré callado como hace el resto de personas que te rodean y buscaré verdaderas razones para que me odies —respondió relajado.

—Eres un… —me abalancé contra él, pero agarró con firmeza mis brazos y logró forzarme a mantenerlos hacia atrás y sujetarlos con una sola mano mientras que con el otro brazo me rodeaba la cintura e impedía que pudiera moverme bruscamente sobre la tabla.

—¿Has acabado? —increpó sin reducir mínimamente la fuerza con la que me sujetaba, claramente superior a la mía.

—¡Suéltame! —grité.

—Si te suelto, caeremos y te prometí que conmigo no caerías, ¿Recuerdas? Te soltaré cuando te calmes.

Aquello me frustró aún más y me removí contra él, lo que provocó que mi cuerpo se frotara contra el suyo y aquella sensación de calor abrasador me gustó aún menos.

Yo no quería sentir el más mínimo deseo por Kingsley, aunque solo fuera una reacción natural de mi cuerpo, aunque ni siquiera pudiera ser racional al respecto. Solo debía sentir asco. Repugnancia. Odio.

Lo detestaba.

Y mi cuerpo no parecía estar de acuerdo con mi raciocinio.

—Está bien. Me calmo. Suéltame —solté atropelladamente.

—No tan rápido, belleza. Empiezo a encontrar demasiado agradable tenerte a mi merced.

—¡Cerdo mentiroso! —bufé y escuché su carcajada conforme aflojaba su amarre y me solté rápidamente de una mano para plasmarle una sonora bofetada.

No reaccionó. Incluso podría jurar que habría esperado que lo hiciera.

Y tampoco sentí la satisfacción que pensé que sentiría.

—¡Ni se te ocurra volver a hacerlo! —exclamé como si eso excusara que le hubiera soltado un guantazo en la cara.

Contra todo pronóstico me agarró del cuello y estiró de mí hasta que sus labios rozaron los míos, incluso cerré los ojos pensando que realmente iba a besarme, pero solo podía sentir que los acariciara con los suyos sin que realmente hiciera algún tipo de presión. No sabía si era mas torturador aquello o el hecho de que me hubiera forzado a besarle.

—Y dime Océano. ¿Ahora tu temor ha pasado a ser que pueda besarte?, ¿Tal vez sea porque no podrías evitar sentir deseo? Al menos ahora tendrás algo en lo que pensar que no sea tu miedo subirte a la tabla.

Vi como se apartaba bruscamente y se lanzaba al agua dejándome sola sobre la tabla y siendo muy consciente de que mi temor se había evaporado hasta que él lo había mencionado. Ni siquiera en ese momento era capaz de sentirlo porque realmente nunca había tenido miedo de subirme a la tabla, sino de los recuerdos, momentos y vivencias que hacerlo implicaba.

Y Kingsley había usado su estrategia de focalizar la atención sobre él para que me diera cuenta.

No volvió a subirse a la tabla, sino que nadó para empujarla hasta la orilla y regresamos a casa donde mi padre ya estaba despierto leyendo las noticias y el olor a café se sentía desde la entrada.

No nos preguntó de donde veníamos, a pesar de que el pelo de Kingsley estaba mojado. Simplemente nos dijo que entrenásemos en casa un par de días para evitar más fotos improvisadas y reforzar algunas acrobacias. Así aprovechábamos la tarde para salir juntos en la tabla y aprender a equilibrarnos en el oleaje sobre ella.

Después de reforzar algunas posturas y asentarlas, fue como si Kingsley hubiera desbloqueado algún tipo de mecanismo interno. De repente, los movimientos que antes lograba a duras penas, empezaron a fluir con una naturalidad aplastante. Lograba sostenerme con firmeza tanto en posiciones de pie como en inversión, ajustando su centro de gravedad con precisión casi instintiva.

Obviamente era mucho más fácil practicar en suelo firme, pero aun así tuve que reconocer que estaba realmente sorprendida.

A medida que ganaba seguridad, mi padre incrementaba complejidad, pero incluso así fue capaz de aguantar el equilibrio de todo mi peso sobre su brazo derecho mientras yo permanecía invertida, es más, corrigió cada mínima oscilación con los hombros y las caderas sin apenas mover los pies. Es como si se hubiera dado

cuenta de que debía adaptarse a mi peso y anticiparse a mi movimiento.

Hice una inversión con estabilidad, mi padre lo guió en pequeños cambios de ángulo para permitir que mi cuerpo describiera arcos suaves alrededor de su eje central mientras Kingsley absorbía cada variación de carga que le provocaban mis movimientos. Me arqueé, extendí las piernas en líneas largas y fluidas con cada giro e incluso logramos enlazar varias posturas de forma continuada.

Practicamos varias formas de entrada y salida, desde una posición elevada impulsándome con suavidad para que rotara alrededor de su hombro y descendiera hacia un apoyo lateral antes de volver a elevarme, o desde el giro en el que rotaba sobre mi misma en una posición elevada y caía entre sus brazos antes de devolverme a la tabla.

Puede que aún fuera demasiado brusco en algunas transiciones o que no colocara bien las manos en algunas partes de mi cuerpo y eso implicaba mayor esfuerzo para él, pero su exigencia y nivel físico hacían que se adaptase a gran velocidad y aprendiera con rapidez.

—Igual nos equivocamos y debíamos haber comenzado por un entrenamiento en espacio seguro para que cogieras confianza —dijo mi padre con una sonrisa complaciente.

—No creo que convenga adelantarse, no será lo mismo sobre la tabla —dijo Kingsley como si él mismo se estuviera quitando mérito y eso me parecía bastante impropio de él.

Me mantuve en silencio, como si no quisiera aportar nada que perjudicara o beneficiara la situación. Iba a limitarme a hacer mi parte y distanciarme lo máximo posible de él, aunque pasar casi todo el día juntos hiciera aquella tarea casi imposible.

Volví a encontrarme con Alana en el gimnasio, a pesar de que nuestro circulo de amigas era amplio, con ella sentía una confianza

que solo era capaz de dar los años, pero ahora me daba cuenta que desde la muerte de Reef, había dispuesto un muro que nadie, ni siquiera ella, podía penetrar y la forma reservada en la que no hizo ninguna mención del comportamiento de Mason el sábado por la noche o la forma en la que desaparecimos abruptamente, lo demostraba.

«Y había sido el maldito Kingsley el que me lo había soltado sin anestesia previa»

Pero no podía contarle a Alana las barbaridades que había dicho Mason, aunque se hubiera disculpado a la mañana siguiente. ¿Eran sus disculpas sinceras o yo deseaba fervientemente que lo fueran?

No sabía como sentirme. No sabía como actuar. Y la presión de Kingley pegado a mí todo el día no ayudaba en absoluto.

—¿Que tal van las cosas entre maxipibón y tú? —preguntó Alana colocándose a mi lado donde practicaba estiramientos.

Aún estaba demasiado oxidada tras dos años sin práctica y necesitaba que mis músculos volvieran a trabajar de la misma manera.

—Digamos que hemos llegado a una especie de tregua conveniente para ambos. Entrenamos juntos y mantenemos las distancias el resto del tiempo.

—Bueno… si aún quieres quitártelo de encima, creo que Susanne está muy dispuesta —sonrió Alana—. Ayer se pegó a él como una sanguijuela que quería chuparle hasta la última gota… y no me refiero a su sangre —inquirió haciendo que volviese la vista hacia ella.

—¿Ayer? —exclamé confundida.

—Si —contestó mi amiga con naturalidad—. Cuando desapareciste el sábado, conocimos a un grupo de surfistas que hablaba sobre ir a shunshine beach y quedamos en ir con ellos,

incluido Kingsley. Susanne estaba allí cuando llegamos y solo parecía tener ojitos para maxipibón. No sé de qué hablaron, pero conociéndola debe saber que él es tu nueva pareja.

No había pensado que tras la publicación de la noticia con la foto de Kingsley y yo en la playa entrenando, ella iba a enterarse de que pensaba volver a las competiciones.

¿Por qué no me había mencionado nada esa misma mañana?, ¿Por qué guardar tanto misterio respecto a lo que hizo el día anterior?, ¿Podría ser precisamente para ocultarme que estuvo hablando con ella? Tampoco me importaba que lo hiciera, ni siquiera estábamos a nivel de exhibición como para pensar en una competición y por el momento, no era algo de que realmente me interesara.

—Pues igual me hace un favor —admití de mala gana.

—¿Que te pasa? —exclamó Alana mirándome fijamente—. El sábado desapareces sin más con excusas ambiguas. Ayer ni siquiera me llamaste o respondiste a mis mensajes y hoy parece que tienes un cabreo de mil demonios. ¿Es que has discutido con Mason?, ¿Con Kingsley?, ¿Que te ocurre Océane? Sabes que puedes confiar en mí y contármelo.

Si. Lo sabía, el problema es que ni yo misma lo entendía.

—Es solo que el sábado discutí con Mason porque se siente incómodo con la presencia de Kingsley en mi casa.

—Es la casa de tus padres, ha sido decisión de ellos, no tuya.

—Si. Lo sé. Me pidió dejar todo esto y mudarme a Brisbane de inmediato con él, pero le dije que tenía un acuerdo con mi padre que respetar y supongo que es comprensible que tuviera dudas cuando tendré que pasar tanto tiempo junto a otro chico.

—Si tu novio desconfía de lo que puedas hacer o no cuando él no está, no se si son las bases en las que querría basar una relación.

—Él confía en mí, es de Kingsley de quien desconfía.

—Ya. Y por eso te condiciona a ti —bufó Alana—. No quiero que me malinterpretes Oce, pero que te presione a hacer algo solo para que él esté tranquilo se traduce en ser bastante egoísta.

Cerré los ojos y miré hacia otro lado porque toda aquella situación me hacía sentir mal, sobre todo porque no eran los celos de Mason lo que me hacía estar peor, sino aquellas palabras que se habían grabado a fuego en mi cerebro y era incapaz de borrar pese a sus disculpas.

—Eso ya no importa, me pidió disculpas y me dio una copia de las llaves de su casa para demostrarme que estará a mi lado todo este tiempo, así que supongo que todo esto formará parte de un simple recuerdo cuando acabe el verano y me marche de aquí —afirmé aún convencida de mi decisión.

No podía destruir dos años de relación y cada momento que Mason había pasado a mi lado por una noche donde él había perdido por completo el juicio y después se había disculpado.

«Y menos aún por una respuesta física hacia Kingsley que ni siquiera comprendía»

—¿Y que harás con Kingsley cuando eso suceda?

Realmente no tenía ni idea de si mi padre le había informado o no de las circunstancias, pero ese no era mi problema. Él había venido hasta allí con una única intención y si pensaba aprovecharse de mi nombre para sacar partido, yo también pensaba hacerlo en mi beneficio.

—Está aquí porque necesita dinero, así que irá allá donde le lleve su interés. No es problema mío.

—Siempre existe la posibilidad de que no funcionéis como pareja y todo se acabe antes… —murmuró bajando la voz como si no quisiera que nadie la escuchara.

Alcé la vista y vi que Kingsley estaba a unos cinco metros de distancia en una de las máquinas para trabajar abdominales.

«Ni siquiera lo necesita porque ya los tiene tan definidos que es imposible que se logren marcar aún más» pensé sin siquiera detenerme a bloquear ese pensamiento.

La imagen de su cuerpo semidesnudo en ropa interior no dejaba de torturarme y mi cuerpo reaccionaba en contra de mi voluntad. ¿Por qué?, ¿Por qué demonios mi propio impulso carnal cedía si hasta ahora no lo había hecho? Era como si cada día que pasara a su lado sintiera menos control de lo que provocaban sus dedos en mi piel. Quizá lo podía haber negado los días anteriores por la terquedad a la me aferré para que se marchara, pero ahora que era consciente de que no iba a suceder era como si mi cuerpo ya no quisiera escuchar a mi mente.

Y eso hacía que me sintiera aún peor

—Puede que entre nosotros jamás haya química o fluidez, pero técnicamente somos compatibles —admití muy a mi pesar—. Es más bueno de lo que imaginaba.

—Es bueno y está bueno. Solo falta saber como la tiene de grande para comprobar si es el hombre perfecto.

Le di un manotazo y ella se echó a reír. No pude evitar reírme también.

Quizá lo único que necesitaba era una buena dosis de sexo que yo misma me había privado por no marcharme con Mason a ese hotel. Pasar el fin de semana en casa de mis padres no había sido una buena idea y ahora comenzaba a arrepentirme de ello viendo las consecuencias.

—Aún no te perdono que tenga que sacrificar tremendo orgasmo por ti, así que me debes una enorme.

Continuamos riéndonos hasta que terminé la tabla de ejercicios y salimos juntas del gimnasio. Me sorprendió no ver a

Kingsley por lo que me subí a la parte de atrás de la camioneta para esperarle tras despedirme de mi mejor amiga.

Oí la voz de Susanne poco después.

—¿Entonces nos vemos a las nueve? —exclamó cerca de donde me encontraba.

—Envíame la dirección y allí estaré —contestó la voz de Kingsley con claridad y la reacción que sentí ante la certeza de que esos dos tuvieran una cita no fue precisamente agradable.

Como si no quisiera que descubrieran mi posición, me agaché lentamente para esconderme aprovechando la altura de los laterales que tenía la camioneta.

—Puedo pasar a recogerte yo, si quieres… —le dijo ella de forma sugerente.

—No sería un caballero si permito tal cosa —contestó y pude oír la risa estridente de Susanne que era incapaz de soportar.

—Está bien. Te veo en unas horas, Max.

No escuché su voz por respuesta, así que imaginé que debió gesticular algo para que ella se marchara porque escuché sus pasos alejándose.

—¿Sabías que escuchar conversaciones ajenas es de mala educación, Océano?

Vi su cara asomándose a la camioneta con aquella sonrisa socarrona como si hubiera sido consciente todo el tiempo de que me hallaba allí escondida.

—Lo sería si yo no hubiera estado aquí antes, lo que me lleva a cuestionar porqué querías que escuchara vuestra conversación. ¿Crees que me importa en algo que tengas una cita con Susanne?

—En absoluto, por eso me daba exactamente igual que pudieras escucharnos, pero que te escondieras para que no te

viéramos me ha sorprendido.

—La última vez que hablé con Susanne me amenazó con contarle a mi novio que me había acostado contigo, así que discúlpame si trato de evitarla.

—Igual deberíamos acostarnos para que pueda decirle algo con fundamento, ¿no? —exclamó con naturalidad mientras se dejaba caer en el coche y yo me incorporaba para saltar.

—Ni en tus mejores sueños —afirmé pasando por delante de el para subir al asiento del copiloto.

—Eres una aguafiestas…

—Ni lo dudes. Sobre todo porque esta noche no vas a tener tu maravillosa cita.

—¿Tienes planes para nosotros? —exclamó como si no estuviera nada contrariado al respecto o le causara molestia la idea de cancelar su cita.

—Si yo no tengo sexo. Tú no tienes sexo. Fueron tus reglas, Kingsley.

18

Aprender a ignorar tu piel

Max

Sonreí mientras observaba aquellos impresionantes ojos azules en los que era incapaz de no perderme cada vez que miraban fijamente.

—Belleza, estás jugando a un juego peligroso.

Ese ímpetu, esa garra, ese temperamento irascible pero firme y tenaz estaba volviéndome loco y aún no había determinado si era en el buen sentido o en uno por el que debería correr en dirección contraria.

—Te advertí que te marcharas —contestó desde la ventanilla del vehículo—. Así que ahora atente a las consecuencias.

Era una provocación. Clara y firme. Solo que con esa mujer las señales nunca estaban claras.

Me encantaba irritarla y hostigarla para enfurecerla, y, a pesar de que había iniciado como una respuesta propia hacia sus ataques verbales, ahora me resultaba imposible no incitarla a esa dinámica de tira y afloja que se había creado entre nosotros.

Quizá era porque bajo todas esas capas de dureza en las que se camuflaba, había visto su punto débil y, por algún motivo que aún no lograba saber, no me gustaba verla de ese modo.

«Y mucho menos al lado del estúpido ese que tenía por novio»

Solo necesité dos segundos para darme cuenta que era un capullo estirado y posesivo, pero aún me costaba más comprender que hacía una mujer como ella con un tío como él.

—¿Significa eso que vas a acompañarme a todas mis citas? —exclamé complacido mientras subía a la camioneta y sacaba la llave de mi bolsillo.

Observé como se sacaba los pies de las zapatillas sin siquiera desatar los cordones y los colocaba sobre el salpicadero. Deduje que aquello la hacía sentir cómoda por la naturalidad con la que lo hacía y sonreí de medio lado al pensar que inconscientemente comenzaba a sentirse bien cuando estaba conmigo y dejaba atrás a la chica que conocí el primer día donde parecía estar constantemente en alerta.

Y eso, me gustaba demasiado.

—Eso significa que no tendrás citas si yo no las tengo —contestó provocando que diera una carcajada conforme giraba el volante marcha atrás para salir del parking del gimnasio.

—¿Me vas a poner un rastreador? —exclamé sin mostrar ningún tipo de asombro.

El sexo formaba parte de mi vida, pero si hubiera querido podría haberme tirado a la tal Susanne o a cualquier otra chica en el gimnasio sin necesidad de tener una cita. Si precisamente había aceptado cenar con ella, era porque quería comprobar si era tan indiferente para esa belleza australiana que estaba sentada a mi lado como intentaba aparentar.

—No —negó con énfasis—, pero a partir de ahora las llaves de la camioneta me las quedaré yo. Si no recuerdo mal, mi padre nos dijo que debíamos ir juntos a todas partes, ¿no? Pues según parece es lo que ocurrirá.

—En ese caso te recomiendo que estés preparada para las nueve, porque pienso salir. Decide si quieres o no venir conmigo —

giré el rostro hacia ella y le guiñé un ojo como si no me preocupara en absoluto su opinión o contrariedad.

No contestó, así que supuse que estaría meditando en una estrategia para salir ilesa de aquella situación. Me distraje con el panorama y las vistas que ofrecía la carretera principal que conducía hacia su casa. A pesar de que no tenía ninguna expectativa cuando decidí aceptar la propuesta de Patric dadas las circunstancias, lo cierto es que empezaba a asentarme en aquella ciudad y comenzaba a ver su encanto.

Noosa era un pueblo con cultura surfera y tanto las vistas como las playas en las que había surfeado denotaban que aquel ambiente encajaba mucho conmigo. Realmente no me había creado ninguna expectativa, pero comenzaba a gustarme el hecho de estar allí o, más bien, el reto que esa rubia despampanante suponía.

Pisé el pedal del freno y coloqué la mano derecha de la palanca del freno de mano para estacionar la camioneta frente a la entrada de la casa, en el momento que lo hice, Océane arrancó la llave del contacto para apoderarse de las llaves del coche y estaba a punto de saltar del vehículo cuando conseguí aferrarle una pierna.

Puede que fuera mucho más ágil que yo, pero no me superaba en fuerza, por lo que la arrastré por el asiento del copiloto que era doble hacia mí y me reí ante sus vanos intentos de aferrarse al manillar de la puerta medio abierta.

—¡Suéltame! —gimió sin alzar demasiado la voz y yo comencé a incorporarme de mi asiento para alcanzar sus manos ya que tenía los brazos extendidos sobre su cabeza.

—Si. Definitivamente te gusta jugar con fuego, belleza —murmuré pegando mi cuerpo al suyo y notando cada punto de contacto con demasiada claridad.

—No voy a jugar según tus reglas, Kingsley —contestó alzando el mentón y desafiándome con aquella mirada.

Esa expresión desafiante en su rostro y la seguridad con la que sostenía mi mirada como si se negara a ceder incluso cuando las probabilidades estaban en su contra, me volvían loco.

—Devuélvemelas —murmuré acercándome cada vez más a ella.

—No —negó mientras mi mano iba rozando poco a poco su brazo para alcanzar las suyas. Tenía medio cuerpo sobre el suyo bloqueándola y la imagen de tenerla bajo mi completo dominio como esa misma mañana llegó a mi mente provocando el mismo efecto.

Había tenido que lanzarme al agua esa misma mañana para que no notara mi erección, ahora era impensable que la sintiera conforme rozaba su muslo.

—Sabes perfectamente que voy a recupéralas —jadeé demasiado cerca de su rostro sin dejar de mirarla.

—Puedes intentarlo —insistió porque si algo había deducido de Océane Sinclair es que jamás se daría por vencida y eso era algo que admiraba en una mujer.

En el momento que rocé sus dedos, cambio drásticamente de táctica y bajó el brazo para meterlo bajo su espalda y e imposibilitarme poder quitárselas. Sonreí burlonamente como si le diera a entender que no pensaba detenerme, así que le agarré su brazo libre con mi mano derecha y fui decidido a rodearle la cintura sin poder evitar acercarme demasiado.

Se arqueó lo suficiente para intentar girarse y que de ese modo no pudiera llegar hasta ella, pero eso provocó que me pegase por completo hasta el punto de bloquearla por completo.

Su mirada se cruzó con la mía cuando atrapé su mano y se alzó contra mí encajando su pelvis con la mía, tuvo que ser plenamente consciente de mi erección y se detuvo confrontando su mirada con la mía, como si el tiempo se hubiera detenido en ese instante y hasta hubiera olvidado porqué estábamos en aquella

posición sobre los asientos de la camioneta donde cualquiera de sus padres podría vernos si se acercaba.

Sentí como todo se reducía a ese instante, como todos mis pensamientos se centraban únicamente en aquellos ojos azules que me miraban con intensidad, en sus labios ligeramente entreabiertos, en mi cuerpo que encajaba demasiado bien sobre el suyo, en las malditas ganas que tenía de probar sus labios y descubrir si tenían un sabor especial como parecían prometerme desde el mismo momento en que la había visto.

Percibí el contacto. Sentí el deseo en sus ojos sin ningún atisbo de duda. Estaba ahí, aunque ella no quisiera admitirlo y, cuando hice el amago de acercarme a sus labios no surgió el rechazo, ni siquiera un leve rastro de desdén.

—Ni lo intentes —dijo sin dejar de observarme.

—Acabas de decirme que puedo hacerlo… —Mi tono no tenía la entonación burlesca que habría preferido trasmitir.

Aunque fuera consciente de que se estaba refiriendo al hecho de besarla, conseguí atrapar su mano y, como si supiera que temía que la besara, noté como cedía y me daba las llaves sin necesidad de forzarla.

Me quedé a escasos dos centímetros de su boca. Quizá menos. Y cuando me incorporé noté como escapaba ágilmente saltando del asiento sin colocarse siquiera las deportivas. Puede que hubiera recuperado las llaves, pero volvía a sentir esa innegable certeza de haber perdido. ¿Era el deseo innato que ella me provocaba el que veía también en sus ojos?

Sabía que lo más conveniente entre nosotros era mantener las distancias. No solo porque ella tuviera pareja, sino porque siendo compañeros y teniendo la obligación de pasar todo el día juntos, lo último que deseaba aportar a mi vida era una relación fatídica.

Quería el sexo ocasional. Estaba perfectamente cómodo en esa tesitura sin obligaciones y sin expectativas. Libre para hacer lo que quisiera con quien quisiera y, por mucho que me atrajera esa belleza australiana o que gran parte del día fantaseara con tirármela cada vez que la tocaba, estaba dispuesto a suplir esa necesidad con cualquier otra chica.

Había ido allí con una finalidad y no podía perder de vista cual era el objetivo. Mi prioridad era Harmony y después podría venir el resto.

Que mi agente me hubiera llamado para decirme que si se confirmaba mi nombre asociado al de la excampeona de surf tándem algunas marcas querían volver a colaborar conmigo, solo confirmaba lo que Patric ya sabía cuando me convenció para que cogiera el primer avión rumbo a Australia.

Así que no debía cagarla.

No debía acercarme a ella.

No debía desearla.

Y mucho menos, *acostarme con ella.*

19

No cruces esa línea

Océane

No le dirigí la mirada durante todo el almuerzo, incluso me mantuve distante durante las dos horas que practicamos el mismo ejercicio una y otra vez bajo las directrices de mi padre.

Agradecí que fuera parte técnica donde no tuve que entrelazar palabra alguna con Kingsley y en cuanto dimos por terminada la sesión me fui directa a darme una ducha.

Es como si sintiera que al mirarme pudiera descubrir lo que había pasado por mi mente en ese preciso instante. O quizá, porque yo misma me sentía demasiado abochornada por haberle deseado con una intensidad aberrante.

Si. Había querido que me besara. Lo había deseado con un ímpetu tan carnal y primario que ni siquiera era capaz de reconocerlo.

¿Por qué?, ¿Por qué narices me tenía que estar pasando esto justo ahora? Y la ferviente idea de que solo era una respuesta física no suponía un alivio, sino que me hacía sentir aún más culpable, como si estuviera traicionando a Mason y a todos nuestros planes.

—¡Joder!, ¡Joder!, ¡Joder! —gemí mientras el grifo de la ducha estaba abierto y ni siquiera esperé a que saliera el agua caliente, me metí dejando que el frío me devolviera la cordura que parecía haberse esfumado de mi vida.

Estuve hablando con Mason durante media hora o más bien, él me estuvo contando como había ido su día de trabajo mientras yo

solo asentía con la mirada perdida a través de la ventana fija en la camioneta, como si pudiera interceptar el momento en el que Kingsley saldría para acudir a su cita.

Conforme pasaba el tiempo y más me decía a mi misma que no me importaba lo que sucediera entre él y Susanne, más insoportables se volvían mis terminaciones nerviosas ante el hecho de que él se saliera siempre con la suya.

Aún iba en ropa interior cuando colgué la llamada, así que cogí una camiseta blanca y una falda vaquera, aunque los cogí pensando que se trababan de unos shorts, pero me dio exactamente igual, salí de mi habitación y me fui hasta el cajón del pequeño mueble donde dejábamos las llaves para buscar la de repuesto. Siempre estaba allí porque Reef y yo la cogíamos indistintamente, así que estiré del llavero rojo y le grité a mi madre que había hecho planes con Alana, por lo que no me esperase para la hora de cenar.

Si el capullo de Kingsley quería salir, tendría que hacerlo a pie porque iba a quedarse sin coche.

En cuanto escuchó el rugido del motor de la camioneta, él apareció ante mi visión a pesar de que solo eran las ocho y media.

¿Tan puntual se había vuelto o es que era capaz de leer mis intenciones.

Aceleré para incorporarme en la vía y vi como daba un salto a la valla para no tener que bordearla. Cambié la marcha por puro instinto y aceleré antes de que pudiera alcanzar la puerta del copiloto.

La sonrisa de triunfo cuando pude ver por el espejo retrovisor que su imagen se hacía cada vez más pequeña, me devolvió una sensación hasta ahora perdida y que solo la había sentido hacia mi hermano.

Eso me devolvió directamente a mi realidad, al momento que estaba viviendo, a ese instante en el que conducía sin rumbo y sin

saber exactamente qué hacer o hacia donde dirigirme. No tenía planes. Había sido un impulso. Seguí simplemente aquella necesidad de revancha como si hubiera viajado dos años atrás y quisiera gastarle una broma a mi otra mitad.

Terminé pisando el freno apenas cinco kilómetros después a un lado de la carretera porque las lágrimas me empañaban la vista y era incapaz de frenarlas.

Por más que quisiera que él volviera no iba a hacerlo y aceptarlo era demasiado cruel, como también lo era que yo continuara con mi vida, pudiera volver a sentir, reír y subirme de nuevo a una tabla cuando Reef ya no lo haría.

El dolor era real.

La certeza era real.

Y el vacío inmenso que había dejado su ausencia era demasiado real para soportarlo.

No supe cuanto tiempo estuve allí, quizá una hora, tal vez más, pero sí sabía que no pensaba volver a casa, tampoco iría en busca de Alana que estaría trabajando, así que me metí en el único sitio donde pensé que nadie me encontraría.

No me importó la cartelera, vi los horarios y decidí entrar en la que estaba más próxima por comenzar. La pinta de la foto promocional parecía una peli de de terror, acerqué el teléfono al datáfono y recogí la entrada. Probablemente llevaba sin pisar un cine al menos cinco años, no es que tuviera demasiado tiempo libre cuando entrenaba para los campeonatos. Pasaba la mayor parte del día en el agua y el resto estudiando o el gimnasio, así que fue extraño verme con aquel bol enorme de palomitas, una coca-cola zero y la sala completamente vacía. Quizá era porque a nadie en su sano juicio se le ocurre ir un lunes por la noche al cine y menos aún a ver una peli de terror.

Vi que entró una pareja poco después de mí y se sentaban tres filas más abajo en la parte derecha, poco después se atenuaron las luces e iniciaron los vídeos promocionales de otras películas. Entró otra persona al iniciar la película, pero también se sentó bastante lejos, así que me relajé y estiré las piernas entre el hueco de los asientos que tenía delante sin poder evitar preguntarme que estaría haciendo Kingsley y si finalmente habría desistido o no de su cita con Susanne.

La idea de imaginar a esos dos juntos me molestaba, pero aún más por el hecho de que ella siempre había intentado acercarse a todo lo que me rodeaba, Reef, mis amigas, incluso Mason en su momento, aunque por suerte alguien como él jamás estaría interesado en una mujer que demostraba tan claramente sus intenciones. Ni siquiera Reef llegó a hacerlo, aunque probablemente porque me guardaba más lealtad a mí, así que el hecho de que Kingsley tuviera una aventura, flirteo o lo que fuera, me repugnaba.

Por un momento pensé que estar allí era un completo error. ¿Qué demonios estaba haciendo?, ¿Esconderme?, ¿De él? Me sentí ridícula y tuve la tentación de levantarme y largarme, aunque mis piernas no reaccionaran porque si lo hacía, no tenía un lugar concreto al que ir. Me había distanciado tanto de mis amigas durante esos dos años que la única que se había mantenido firme a mi lado era Alana. Si. El resto del grupo se volcó muchísimo conmigo tras la desaparición de Reef, pero ahora me daba cuenta de que conforme pasaba el tiempo me había aislado cada vez más en mí misma porque estar con ellas me recordaba el hecho de que él ya no lo volvería a estar entre nosotros. Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses. Cada vez que se juntaban yo tenía otros planes con Mason que nunca rechazaba y ahora, sentía una especie de brecha que no sabía como cerrar, que tampoco sabía si debía hacerlo cuando pretendía alejarme de allí, pero ser consciente de que me había quedado aislada era una realidad que hasta ahora no me había pesado.

Y no me gustaba.

Porque esa sensación de triunfo que había sentido escaso tiempo atrás cuando le había quitado la camioneta en las narices a Kingsley era una parte de mí que había olvidado por completo. Una Océane que yo misma había transformado y oscurecido hasta desdibujarse con el tiempo y que yo misma prohibí que saliera de nuevo.

Noté que la persona que había entrado por último subía hacia los últimos asientos y se colocaba en la zona izquierda donde me encontraba, no podía verlo para distinguirlo, pero supuse que pretendía alejarse de la parejita que había a la derecha y buscaba una vista más centrada de la pantalla.

Veinte minutos después de iniciar la peli ya tenía las manos cubriéndome la cara en vez de comer palomitas, así que cuando la musica incrementó y yo me encogí en el asiento, casi sufro un infarto cuando vi aquella silueta monstruosa saltando a mi lado.

Grité, pero creo que mi grito se camufló con el sonido de la sala porque nadie vino a socorrerme en ese momento. El rostro de absoluta complacencia en Kinglsey me hizo querer darle una bofetada con la mala leche que tenía en ese momento, pero estaba tan conmocionada por el susto, que ni siquiera era capaz de soltar el puñetero cubo de palomitas.

¿Cómo demonios me había encontrado?

—Reconozco que no era el plan que tenía en mente para nuestra primera cita, pero tampoco me disgusta —dijo cuando la música disminuyó de la escena de tensión de la peli.

No es que me interesara demasiado la película, además era un drama familiar donde a la mujer se le había muerto su marido y se iba a pasar el duelo a una casa del lago con su familia política.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí? —exclamé sin apartar la mirada de él que parecía relajado en el asiento con las piernas abiertas invadiendo más de la mitad de mi espacio.

No iba a admitir que verle allí en lugar de imaginarlo con Susanne me agradaba porque lo cierto es que no debía hacerlo. No debía agradarme el hecho de que él me hubiera elegido por encima de su cita y, aún así, el burbujeo en mi estómago decía lo contrario.

—Creo que es bastante evidente. Ver una peli de terror —contestó metiendo la mano a bocajarro en el bol de palomitas haciendo que cayeran varias de ellas al suelo.

Ya ni siquiera me sorprendía su falta de educación y modales, aunque empezaba a sospechar que incidía en hacerlo adrede cuando estaba conmigo solo para fastidiarme.

—Hablo en serio, es imposible que supieras donde estaba —refuté sin molestarme en mirar la pantalla o ver que estaba ocurriendo con la peli. Al fin y al cabo, no tenía ningún interés en la historia, solo me metí allí para que nadie me encontrara y dado que Kingsley estaba a mi lado, mi plan había fracasado estrepitosamente. ¿Pero cómo? Pensé en Alana, siempre compartíamos la ubicación de la otra y era el único modo de que hubiera podido saber donde encontrarme, pero dudaba que mi mejor amiga se la hubiera proporcionado sin avisarme antes.

—Admito que no pensé en la llave de repuesto, creí que te colarías en la caseta mientras me duchaba para robar las llaves, Bien jugado, océano.

Vi como se abalanzaba sobre mí y su pecho chocó contra el mío. Me incliné hacia atrás como si huyera premeditadamente de él y de lo que su contacto generaba en mi cuerpo, cuando se apartó vi que se llevaba la coca-cola a los labios.

—Esta manía vuestra de pedirlo todo light —se quejó como si no le agradara mi elección.

—¿Tú de qué vas? —clamé ya harta de aquel comportamiento chulesco en el que se apropiaba de todo lo que tenía con una confianza plena.

—Te dije que era un juego peligroso, belleza, pero no quisiste escucharme —pasó el brazo izquierdo por encima de la butaca y lo colocó sobre mis hombros mientras que con el derecho volvía a hundir la mano en las palomitas—. Ahora vamos a jugar en serio.

Tuve que parpadear dos veces como si no estuviera comprendiendo su idioma. Habría tenido más sentido que hubiese cogido la camioneta al encontrarla en el aparcamiento y me dejara completamente colgada a la salida del cine. Sin embargo, estaba allí, comportándose de un modo que sabía perfectamente que me sacaba de quicio y precisamente esa parecía ser su intención inicial.

Aparté las palomitas para que no pudiera llegar a ellas, ni me molesté en hacer lo mismo con la coca-cola porque directamente no le gustaba y le di un codazo con la intención de que apartara no solo su brazo, sino también sus piernas.

—Si crees que por arruinar tu cita, tú vas a hacer lo mismo con la película, te informo de que no me importa una mierda —dije cruzándome de piernas y brazos.

—Lo sé. Te has metido en la única que estaba disponible. Ha sido demasiado fácil encontrarte.

—¿Y entonces qué demonios haces aquí?

—¿No es evidente? —se giró hacia mi y esbozó una sonrisa—. Si no tengo sexo sin que lo tengas tú, no me dejas muchas opciones.

En ese momento sentí su mano sobre mi pierna y como sus dedos comenzaban a ascender lentamente.

Es un juego. Solo se trata de un juego y quiere saber donde está mi límite. Lo había hecho desde el principio. Provocando a cada instante hasta el límite de confundirme e indignarme, pero ahora no era indignación o confusión lo que pasaba por mi mente, sino una turbación demasiado real, la misma que había sentido horas atrás cuando él estaba sobre mí y sentí la dureza de su erección

provocándome algo totalmente contrario a la repugnancia. Lo mismo que me hacía sentir ahora.

—Aparta tus manos —jadeé con la voz entrecortada.

—Si lo dices un poco más convincente tal vez lo haga —murmuró ladeándose hacia mí y rozando mi oído con sus labios.

El problema estaba en que sí había una parte de mí que deseaba jugar a ese juego, que quería zambullirse de lleno sin límites.

Sus dedos subieron un poco más hasta rozar el filo de la falda que llevaba puesta y de ahí a mi entrepierna quedaban apenas escasos centímetros.

—Que curioso… te comportas como si quisieras imponer las reglas de este juego, en cambio pareces esperar mi permiso para cada paso que das —contesté girándome levemente hacia él como si sintiera plena curiosidad de lo que haría al respecto—. ¿Acaso temes reconocer que soy irresistible para ti?

Sentí como sus dedos se detenían y su mirada se fijaba en la mía, puede que solo tuviera el reflejo de la luz que emitía la gran pantalla, pero era suficiente para saber que a través de ellos brillaba el deseo, ese que era imposible camuflar en una mirada. Sentía su respiración demasiado cerca, hasta que esbozó una sonrisa y apretó con firmeza sus dedos en mi muslo logrando que se escapara un leve gemido de mis labios.

—Cuando te animes a probar algo diferente del menú, descubrirás que llevabas demasiado tiempo conformándote con algo que ni siquiera te gusta.

Apartó sus dedos de mi pierna y volvió a sentarse cómodamente en su asiento.

—Y también es posible que no me guste probar sabores nuevos —objeté volviendo a coger el bol de palomitas a pesar de que sentía cada músculo de mi cuerpo completamente tenso.

Me crucé de piernas ante la clara certeza del calor que su mano había generado en todo mi cuerpo y de que la sensación de ardor no se iría con un simple refresco.

—Diría más bien que te da pavor la idea de que al probarlos seas incapaz de volver a pedir el mismo plato.

—O más bien es que tengo las ideas muy definidas sobre mis gustos.

—Si así fuera, la tentación por descubrirlos no sería tan plausible, tal vez es porque temes que te hagan olvidar el verdadero motivo por el que siempre acabas pidiendo lo mismo.

Me eché a reír a pesar de que la escena en la gran pantalla era espeluznante. Probablemente era la primera vez que me reía frente a una peli de terror en vez de estar escondiendo la cabeza.

—Eso no va a suceder.

—Sucederá —decretó él—, pero serás tú quien se salga del menú.

Y volvió a hundir la mano en cuenco de palomitas como si entre nosotros nada hubiera cambiado.

Solo que por algún motivo sentía que sí lo había hecho y que muy a mi pesar, él iniciaba a ser consciente de mi propio perverso y repugnante deseo hacia él.

20

Entre mareas y discusiones

Océane

Tres días después regresamos a la playa a entrenar.

Desde nuestro encuentro en el cine había evitado dirigirle la palabra a Kingsley todo lo posible y, en consecuencia, también había visto cierto distanciamiento en él, como si nos comunicáramos para lo estrictamente necesario a pesar de que pasábamos prácticamente todo el día juntos. Ni siquiera sabía cómo había logrado encontrarme ya que no había sido a través de Alana tal y como sospechaba.

La noticia sobre nuestra unión como pareja no dejaba de filtrarse en redes y había salido otra foto de Kingsley y mía mientras corríamos al atardecer.

—Hoy quiero veros a los dos sobre la tabla —dijo mi padre después de practicar un toda una serie y ver que Kingsley ya tenía bastante establecidos los ritmos y el movimiento de brazos coordinado—. Tenéis que empezar a coger confianza, sentiros solo uno y aprender a coordinaros según el movimiento de las olas.

Me quedé en silencio, como si esperase que Kingsley dijera algo que hiciera cambiar a mi padre de opinión, pero se limitó a observarme con una seriedad casi desconocida en su rostro.

—Por mi no hay problema —dijo plenamente consciente y dejándome claro que no pensaba intervenir.

—Por mí tampoco —refuté como si no pensaba acobardarme ante el hecho de que quisiera verme expuesta o rogarle porque saliera a socorrerme.

Respiré profundamente cuando me coloqué sobre la tabla, pero conforme nos alejábamos de la orilla y de mi padre, comencé a perder esa firmeza con la que me había subido. Era consciente de que cada brazada de Kingsley me acercaba a un momento que había temido confrontar, que me había negado por completo a revivir y del que no estaba en absoluto preparada para hacerle frente.

Me encogí de rodillas aferrándome con firmeza a la tabla conforme superábamos las primeras olas y aún nos alejábamos más. Nunca había tenido miedo al mar, ni al agua, ni a caer en medio de la profundidad. Tampoco era eso lo que me paralizaba ahora, sino saber que Reef no estaba allí para recogerme cuando cayera, aunque no lo necesitara.

—Tienes dos opciones océano —oí la voz de Kingsley—. Pedirme ayuda o buscar una excusa creíble por la que no has sido capaz de ponerte en pie.

La opción de provocarme una lesión en ese instante comenzaba a ser factible.

—Lo has hecho a posta, ¿Verdad? Querías que te suplicara.

—A mí solo me gusta que supliquen en la cama, océano. Así que deja tu orgullo a un lado porque a menos que pretendas meterte en mi cama, no quiero tus súplicas.

Que volviera a hacer un comentario de aquel tipo jocoso provocó que sonriera y aligerase parcialmente la tensión en cada uno de mis músculos.

—Está bien —afirmé sabiendo que nada estaba bien en aquel momento.

Pero yo ni siquiera reaccioné, cuando Kingsley se subió rápidamente sobre la tabla enganchó su brazo rodeando mi cintura para alzarme hacia arriba y contra él. Podía notar perfectamente como mi cuerpo estaba pegado al suyo, sosteniéndome con firmeza a la par que guiaba la tabla y que por pura inercia, yo misma

también lo acompasaba sin siquiera ser consciente de que lo hacía gracias a todos esos años de entrenamiento del que había sido instruida y mi instinto recordaba.

Durante un instante perdí la sensación de tiempo y realidad, como si no fuera consciente de quien era yo o de quien era la persona que me sostenía contra él, solo importaba el sonido del agua deslizándose bajo la tabla, la presión de mis piernas conforme me balanceaba, la tensión controlada en cada músculo, el sol calentando mi piel y esa seguridad con la que él parecía guiar la tabla a través de la ola consiguió transmitirme una tranquilidad hasta ahora desconocida.

Cuando volví a ser consciente descubrí que mis manos se habían aferrado a las suyas casi por reflejo. El vaivén de la tabla hacía que nuestros cuerpos se acompasaran de forma natural siguiendo el propio ritmo de la corriente. El agua salada salpicaba nuestra piel conforme el aire la hacía sentir aún más fresca y a pesar de ser consciente de todo ello, no podía dejar de notar el calor que irradiaba en mi pecho, la firmeza con la que lograba sostenerme para hacerme sentir segura, o la extraña pero familiar sensación con la que mi cuerpo parecía anhelar responder.

—Te dije que no te dejaría caer, océano —murmuró aún sosteniéndome, pero aflojando ligeramente su agarre.

En ese instante comprendí que Kingsley podía ser muchas cosas. Egoísta, inmaduro, un cerdo mujeriego y alguien lo suficiente impulsivo e imprudente para haber acabado allí por no saber controlarse durante un campeonato. Si. Sin duda era todo eso, pero quizá también existía una parte de él que a pesar de dejarse ver muy poco, era notablemente tierna por más loco que me pareciera.

Mi padre dio un grito para captar nuestra atención y automáticamente Kingsley dio un paso atrás para separarse de mí. El movimiento hizo que el equilibrio sobre la tabla fuera inestable y dos segundos después ambos nos zambullíamos en el agua.

Salí a la superficie a tomar aire y me giré hacia ambos lados sin ver a Kingsley, hasta que sentí un roce en mi pierna y grité. Acto seguido me giré creyendo que sería él para gastarme una broma, pero al no verlo entré en pánico. Sentía como la opresión aumentaba al mismo tiempo que mi pulso se aceleraba y el agua comenzaba a sentirse pesada, densa, como si quisiera arrastrarme hacia el fondo.

De repente me vi completamente sola, sintiendo que tal vez Reef se debió sentir del mismo modo, donde no había nadie para ayudarle, nadie para sacarle del agua, nadie para socorrerle mientras él mismo era consciente de que aquel sería su fin.

Tal vez también debía ser el mío…

Sentí como me hundía, pero mi propio cuerpo luchó por salir a la superficie y en cuanto lo hice, unos brazos firmes me rodearon sin permitirme volver a hundirme de nuevo arrastrándome consigo hasta que colocó la tabla entre nosotros.

—Ey, mírame —murmuró con una voz demasiado dulce—. Por algún motivo que no comprendía, lo hice—. No voy a dejarte sola.

Aquellas palabras que debían generar alivio me hacían sentir un nudo en el estómago. Había culpado a Kingsley de ocupar un puesto que no debía, lo culpabilizaba de mis miedos, de mis dudas, de mis incertidumbres y de tener que enfrentarme a todas ellas sola porque él no se había marchado cuando quise que lo hiciera.

Y sí, podía culparle de muchas cosas, como de instigarme hasta acabar con mi paciencia o de no conocer la educación y traspasar los límites de forma reiterada, pero por mucho que quisiera, nada de lo que me ocurría en ese momento era culpa suya.

—Esto no va a funcionar —jadeé mientras aún sentía mis piernas entrelazándose con las suyas y coloqué un brazo sobre la tabla.

Kingsley me impulso para sentarme sobre ella y después se subió él a horcajadas. Sin decir nada me cogió una pierna y

comenzó a masajearla.

—Tu padre nos está viendo. Debemos fingir que has sufrido un calambre en la pierna y por eso he tenido que remolcarte hasta la tabla —dijo manteniendo la mirada fija en mí e inmediatamente después volví la vista hacia la playa donde la figura de mi padre nos observaba desde la distancia.

—¿Porqué haces esto? —inquirí.

—Te lo dije. Necesito el dinero —contestó pasando la mano por debajo de mi muslo acercándose a mi glúteo con peligrosidad.

—No hablo de estar aquí, sino de preocuparte por mí —afirmé alzando la pierna y él bordeó sus dedos por mi nalga para pasar demasiado cerca de mi ingle—, te pasas la mayor parte del tiempo tratando de desquiciarme o provocarme y en cambio, hace un instante en el agua querías ser cercano.

—No voy a aprovecharme de tus debilidades, océano —murmuró bajando la vista y dejando finalmente mi pierna sobre su propio muslo—, y tampoco lo haré de tus circunstancias. Quizá te empeñes en negarlo porque eres demasiado testaruda para admitirlo, pero sabes perfectamente que nos compenetramos, aunque te empeñes en demostrar lo contrario.

—Que ambos tengamos una buena base de entrenamiento no significa compenetración —rezongué volviendo a colocar mi pierna lejos de su contacto.

—Como prefieras —oí que decía sin parecer alterado—, mi agente ha conseguido un acuerdo bastante generoso con la marca deportiva con nos contactó. Ofrecen una considerable cantidad económica para ser ellos los que confirmen nuestra consolidación como pareja. Quieren hacernos una sesión de fotos con su marca, tendríamos que desplazarnos a Brisbane donde tienen una de sus sedes y también nos aseguraríamos de hacernos fotos con su ropa deportiva durante los entrenamientos para subirlas a redes.

—¿Cuándo tendríamos que ir? —pregunté ante la posibilidad de poder ver a Mason.

Una parte de mí necesitaba reafirmar que mis propios sentimientos, sentir que era él a quien había elegido en mi vida y todo lo que había hecho por mí durante esos dos años. El ardor que Kingsley podía despertar solo era pasajero, algo primitivo a lo que podía perfectamente renunciar y confrontar.

—La próxima semana. Tendríamos que pasar la noche allí para hacer el reportaje fotográfico y las entrevistas.

No sabía si era peor enfrentarme a esas entrevistas o subirme a la tabla de surf de nuevo.

—Está bien. Dile a tu agente que aceptamos.

Comprobé como Kingsley alzaba una ceja sorprendido y después esbozaba ligeramente una sonrisa.

—¿Sin ninguna condición, Océano? Esto es nuevo.

—Lo puedes tomar como un agradecimiento por lo de antes —repliqué sin admitir que, en realidad, una parte de mí estaba completamente aterrada ante aquella idea, pero por alguna razón, comenzaba a darme cuenta de que enfrentarme a mis propios miedos dolía. De hecho, era sumamente aterrador, pero me había sentido más cerca de Reef en los últimos diez días que en los dos años desde que él ya no estaba.

Un par de horas después, volví a subirme a la tabla con Kingsley. Esta vez no nos caímos, pero aquel modo de aferrarme contra él era tan contradictorio para mis sentidos, que llegué a desear hacerlo.

Mi propia mente luchaba contra aquel deseo que nacía con ansía, con ímpetu insaciable que me aferraba en acallar y que el fuego ardiendo en mi interior amenazaba con consumirme. Podía aceptar su atracción física, pero no fantasear con sus manos

recorriendo mi cuerpo de un modo lascivo, impropio, tan aberrante que me abochornaba.

Y lo peor es que eso me irritaba aún más. No poder controlar la reacción de mi propio cuerpo cada vez que tenía que aferrarme de la cintura, que me impulsaba contra él, que me sostenía entre sus brazos con firmeza, que sentía aquellos brazos de acero rodearme y mi imaginación no dejaba de imaginar hacia qué partes de mi cuerpo podrían dirigirse.

¡Joder! Todo esto era culpa de él. De sus bromas. De sus provocaciones. De ese momento en ese cine a oscuras donde me había incitado al pecado y mi mente no dejaba de volver una y otra vez deseando hacer realidad aquella fantasía.

Tenía muy claro que Kingsley era el chico de una sola noche. Sin compromisos. Sin ataduras. ¿Quizá porque ya tenía a alguien esperándole en alguna parte? No. Probablemente jugaba con los sentimientos de esa pobre chica como lo hacía con el resto.

Como también lo hacía conmigo porque era un provocador innato.

Lo había visto con Alana, con Susanne, con Rachel y el resto de mis amigas. Y a pesar de que eso me hacía tener motivos suficientes para repudiar ese comportamiento, mi cuerpo parecía sentir lo contrario.

Era jueves, así que después del entrenamiento me fui al restaurante de los padres de Alana para echarle una mano con las cenas, aunque en realidad era más una necesidad de escapar de mi propia casa. Ya habían contratado más personal, pero siempre era bien recibido un par de manos más.

—Este sábado es el cumpleaños de Rachel, ¿Vendrás? —preguntó en una de las veces que salimos por la puerta de la cocina a las escaleras que rodeaban la terraza para tomar el aire mientras nos bebíamos los restos de vino que los comensales dejaban en las mesas al marcharse.

¿Era una mala amiga si admitía que se me había olvidado por completo? Con Kingsley, la discusión con Mason, ahora la entrevista y todo el murmullo que intentaba acallar en mi mente, en lo último que había pensado era en esa fiesta.

—Si. Claro —respondí sin pensarlo o quizá, porque la propia Alana me había hecho ser muy consciente de que me había perdido en los últimos dos años casi todas las celebraciones.

—¿Y Mason? —exclamó dando un sorbo a su copa.

—No estaba seguro de poder venir este fin de semana por un compromiso de trabajo, así que lo más probable es que vaya sola.

—Tal vez sea mejor así, Rachel también invitó a Kingsley —aseguró Alana dejándose caer contra la pared de la estructura del restaurante y yo emití un bufido de resignación.

Habría preferido la ausencia de Kingsley. Ya tenía demasiada controversia conmigo misma por pasar demasiadas horas a su lado y suponía que tal vez era esa constante proximidad la que me hacía sentirme de ese modo.

—¿Tan mal van las cosas con él? Pensé que habíais llegado a una especie de entendimiento.

—No es eso —afirmé porque sentía la necesidad de confesarle a alguien lo que me estaba ocurriendo y, aparte de Alana, no tenía a nadie más en quien confiar—. Es que paso demasiadas horas pegada a él y es frustrante.

—Pasar demasiadas horas pegada a un tío buenorro con músculos de acero no me parece precisamente un infierno… yo estaría encantada de ocupar tu lugar —admitió Alana mordiéndose el labio.

Suspiré cerrando los ojos y me dejé caer hacia atrás sobre el suelo de madera.

—Se pasa todo el día provocándome, haciéndose de notar, como si quisiera demostrar que no soy inmune a él y es frustrante.

—¿Por qué eres inmune a él o porque no lo eres? —exclamó Alana.

—¡No lo sé! —grité y después me llevé las manos a la cabeza como si estuviera echando humo y me fuese a explotar.

—No me gusta, ¿Vale? No… no me…

—Que sientas atracción por él es completamente normal. Probablemente serías un bicho raro si no la sintieras y más aún cuando debéis tener un contacto tan próximo. No deberías sentirte culpable por ello, salvo porque quisieras cruzar la línea y tener algo con él. ¿Es eso lo que te preocupa?

—¡Por supuesto que no!, ¡Jamás se me ocurriría acostarme con ese arrogante presumido! Simplemente detesto la idea de encontrarle atractivo.

Alana se echó a reír.

Tal vez a él le ocurra lo mismo, por eso no deja de provocarte.

—Lo dudo —afirmé a pesar de que yo misma había sentido esa erección en mi muslo y desde entonces los calambres en mi entrepierna no habían cesado cada vez que mi mente viajaba a ese instante donde casi llegué a probar sus labios.

—Bueno, he visto como te mira y desde luego no parece encontrarte repugnante.

—Si, tal y como mira a Susanne, a ti o al resto de chicas con las que se cruza —refunfuñé—. Si te advertí que no te acostaras con él es porque ese tío se tira a todo lo que se mueve y encima tiene la desfachatez de no esconderlo a pesar de tener a alguien esperándole en alguna parte.

—Supongo que eso no es asunto nuestro —contestó Alana comenzando a incorporarse con la intención de entrar de nuevo.

Y era cierto. No era asunto mío que tuviera novia o a alguien por ahí esperándole. ¿Y entonces porqué era incapaz de dejar de pensar en ello?

21

A un error de distancia

Océane

El cumpleaños de Rachel siempre se celebraba en la casa que sus padres alquilaban en verano, justo después de navidad. Tenía piscina y unas increíbles vistas al mar, por eso cada año aquella celebración era como dar inicio al verano. Hacía dos años que no pisaba aquella casa y, la última vez que lo hice también estaba mi hermano.

Tener la misma edad que Reef hacía que no solo hubiéramos compartido vientre materno, sino también circulo de amistades, deportes u objetivos. Y en momentos como aquellos era demasiado difícil admitir que él no estaba.

Y era esa la principal razón por la que había evitado esas reuniones de forma inconsciente, porque estar allí, continuar viva sin él, dolía.

Aquellos no eran solo mis amigos, sino que también eran los suyos y todos continuaban sus vidas. Las risas, el alcohol, la musica, toda esa diversión en la que nadie parecía vivir su ausencia, salvo yo.

Me acerqué a la zona de la piscina donde estaba situada la balaustrada con vistas al mar. El panorama desde allí era espectacular junto a la brisa fresca del anochecer

—Es agradable verte de nuevo entre nosotras —Rachel me sorprendió mientras me ofrecía un botellín de cerveza y se colocaba a mi lado para admirar el panorama.

—Había olvidado lo bonito que es esto —contesté con un amago de sonrisa.

—Si. Una de las mejores vistas de Noosa, una pena que mis padres hayan decidido venderla.

Mi expresión hizo que ella mostrara una cara de disgusto.

—No estamos atravesando por uno de los mejores momentos económicos, los gastos para mantenerla son bastante elevados y en todos estos años aún no han conseguido recuperar el dinero de la reforma, ya sabes que el tipo de perfil de turista que viene a la ciudad es básicamente para practicar surf y no está dispuesto a pagar un alquiler notable por una casa de estas condiciones, así que antes de que pertenezca al banco, han decidido que es conveniente ponerla en el mercado.

—Lo siento Rachel. No sabía nada… —murmuré colocándole una mano en el hombro.

—Es solo una casa —sonrió con cierta tristeza—. Y nos ha dado muy buenos momentos, supongo que tendremos que disfrutarla hasta que deje de ser nuestra.

Sonreí y chocó su cerveza con la mía antes de darle un trago.

—Alana nos dijo que quizá te marchabas a Brisbane al acabar el verano —dijo antes de que pudiera decir algo.

—Si —afirmé sin querer entrar en demasiados detalles, quizá porque hacerlo provocaba que esas dudas que necesitaba acallar en mi mente no fueran mostradas a una de mis amigas.

Ni siquiera era capaz de contarle toda la verdad a Alana, como si yo misma aún no quisiera admitirlo, como si esas dudas que había tenido desde la discusión con Mason o el hecho de programar nuestra boda y tener un hijo sin siquiera hablarlo juntos para saber que opinaba al respecto, me hicieran sentir vergüenza por la opinión que mi mejor amiga tendría.

Esa que mi mente intentaba acallar diciendo que era algo normal, esperado y que no importaba si yo lo deseaba o no realmente porque era lo que Mason necesitaba.

Y yo necesitaba a Mason.

—Te entiendo —dijo Rachel volviendo a dejarse caer sobre la balaustrada y yo la imité—. Después de lo que pasó con Reef entendería que quisieras alejarte de aquí, aunque te echaremos de menos.

Durante esos dos años sentía que se habían alejado de mí, pero solo ahora comenzaba a darme cuenta de que había sido yo quien me había alejado demasiado de ellas y de que en ese miedo del que solo deseaba escapar del dolor, estaba perdiéndome demasiadas cosas.

Si. Estar allí dolía, pero también me hacía recordar los buenos momentos que no solo había vivido con ellas, sino también con mi hermano.

—Gracias —sonreí—. Aunque aún queda mucho para que acabe el verano.

—¡Cierto! —admitió con más énfasis—. Sobre todo con ese bombón de compañero —se giró para mirar hacia la fiesta donde se encontraban todos los invitados y deduje que Kingsley estaría entre ellos ya que se había marchado con la camioneta antes de que Alana pasar a recogerme—. ¿Te ha hablado de alguna de nosotras?

Me mordí el labio sin que me viera, realmente no me apetecía ser la amiga aguafiestas así que simplemente me giré y le busqué con la mirada hasta que fue muy fácil encontrarle entre la multitud. Era demasiado alto. Demasiado musculoso. Demasiado bronceado. Demasiado… todo. Y también porque había algo en él que le hacía ser el centro de todas las miradas.

—Diría que su gusto hacia las mujeres es bastante amplio —afirmé volviendo a beber del botellín y como si me hubiera

escuchado vi que su mirada oscura impactaba directamente en la mía.

La aparté en seguida para mirar a Rachel.

—¿Lo dices porque ha intentado tener algo contigo? —exclamó con cierto tono de diversión.

—Le dejé claro el primer día que sería un error. Además, sabe que lo mío con Mason va en serio —agregué sin reconocer que se había pasado todo el tiempo que llevábamos entrenando juntos provocándome y, era precisamente esa provocación la que me confundía porque no sabía si lo hacía para ver mi reacción o porque realmente sentía la misma atracción por mí que yo sentía innegablemente hacia él por más que lo negara.

—Pues no lo diría por el modo en que te está mirando ahora mismo —contestó Rachel e inevitablemente volví a mirar hacia él.

Y allí estaba. Con una cerveza en la mano y una sonrisa como si le hubiera gustado pillarme de nuevo observándolo.

—Provocarme forma parte de su juego —afirmé volviendo a apartar la vista—, aunque no estuviera saliendo con Mason, jamás tendría algo con un tipo como él. Es egoísta, inmaduro y un seductor innato. Y su ego solo crece al ver que tiene a todas las mujeres que desea a su alrededor, así que puede remover la corriente todo lo que quiera porque no voy a dejar que me arrastre.

Rachel comenzó a reír y observé como se tocaba el pelo de forma inconsciente.

—Creo que a más de una no nos importaría que esa corriente nos arrastrara, aunque seamos conscientes de que solo será una vez, pero desde luego sería apoteósica.

Me eché a reír y poco después Valeria se unió a nosotras junto Alana y por último llegaron Rebecca, Olivia y Manuela, que a pesar de no tener una relación tan estrecha con ellas, también solían juntarse con nosotras.

Pasamos gran parte de la noche hablando entre nosotras y haciéndonos algunas fotos hasta que decidieron lanzarse a la piscina donde habían comenzado los juegos para beber chupitos con carreras de flotadores y lanzamiento de objetos. Me senté en el bordillo de la piscina a observar y poco después sentí que alguien se sentaba a mi lado, ni siquiera necesitaba mirar para saber que se trataba de Kingsley. Podía reconocer su perfume. Su peculiar modo de conquistar todo lo que había a su alrededor como si se tratase de un imán al que nadie era capaz de resistirse. Igual me estaba volviendo paranoica o es que pasaba demasiadas horas al lado de ese hombre como para detectar su presencia en un radio de un kilómetro de distancia.

—No me dijiste que venías.

—Tal vez porque no tengo que compartir contigo todo lo que acontece en mi vida —respondí sin mirarle.

Escuché su risa.

—Te recuerdo que en unos días vas a tener que fingir que me adoras.

—Tú lo has dicho, en unos días. No ahora —decreté como si estuviera molesta aunque en realidad, comenzaba a disfrutar de aquel juego de palabras en el que cada frase era más afilada que la anterior.

—¿Entonces no te importa si coqueteo con alguna de tus amigas? —exclamó sabiendo que no me agradaría.

—Creo que hay chicas suficientes en esta fiesta para tus depravadas intenciones, aunque te recuerdo que no tengo la intención de tener sexo esta noche, por tanto, tú tampoco.

Rió con más fuerza.

—En ese caso te propongo un reto.

—Ni hablar.

—¿Tanto miedo te da perder?

—No tengo miedo a perder, simplemente no me interesa.

—Si ganas, puedes pedirme lo que quieras —advirtió guiñándome un ojo.

—¿Y si pierdo?

—Tendrás que ser increíblemente amable conmigo el resto de la noche.

Ni siquiera sabía porqué estaba meditando la respuesta o porqué no quería que él se acercara a alguna de mis amigas, pero en el fondo sabía que no estaba aceptando aquel reto con la intención de apartarle de ellas, sino porque necesitaba esa adrenalina que Kingsley conseguía incitar de nuevo en mí.

El juego consistía en cruzar la piscina con un flotador infantil y, una vez llegado al otro extremo, encestar tres pelotas pequeñas en vasos de cerveza. El que pierde, debe beberse los tres vasos del contrincante, aunque había algo más en juego. Puede que físicamente Kingsley me llevase ventaja, pero llevaba practicando ese juego desde los diecisiete años y aunque estaba en baja forma, mi cuerpo cogía mucho mejor en el flotador infantil que el suyo, que estaba ridículamente sexy.

En el momento que Rachel subió la señal de la bandera, bebimos el chupito de tequila y me lancé al agua sin quitar ojo a mi contrincante, que daba unas brazadas mucho más rápidas que las mías. Fue el primero en cruzar la piscina y su sonrisa de complacencia se esfumó cuando falló las dos primeras bolas y yo acerté a la primera. Vi que encestaba y me di prisa en lanzar la segunda sin fallar. Kingsley lanzó de nuevo y acertó, estábamos empatados, así que los dos cogimos la siguiente bola y la lanzamos a la vez. La mía entró, la suya rebotó y finalmente cayó fuera del vaso.

Grité de euforia alzando las manos y observé como todas las chicas gritaban tirándose a la piscina para celebrarlo.

¡Joder!, ¡Que satisfacción era sentir de nuevo esa euforia de la victoria!

Vi como Kingsley se bebía los vasos de cerveza que yo había encestado mientras algunos chicos le daban palmadas en el hombro por haber perdido contra mí diciéndole que siempre había sido imbatible en aquel juego.

Y lo cierto es que, aún así, había estado a punto de perder contra él.

—Así que jugabas con ventaja… —dijo minutos después cuando me senté en una de las tumbonas que rodeaban la piscina.

Alana iba a hacer el mismo reto contra el primo de Olivia, por lo que todos habían vuelto su atención al juego y nadie nos observaba.

—Yo no fui la que propuso el reto, tampoco podía saber si tenías las cualidades necesarias para superarme, de hecho, casi pierdo.

—Supongo que deberé pensarme la próxima vez que decida retarte a algo. ¿Cuál es tu reclamo? —mencionó como si no le preocupara lo que pudiera pedirle conforme se secaba con una toalla el pelo para sacudir el agua.

—Creo que voy a reservármelo… —sonreí volviendo la mirada hacia él con perspicacia.

—¿Eso significa que ya no quieres que me largue de aquí?

¿Lo quería? Ni siquiera me había planteado esa posibilidad como petición, ¿Tal vez me había resignado a la idea de tenerle allí?, ¿Quizá me estaba acostumbrando a su presencia a pesar de que existían momentos en los que deseaba enviarlo al mismísimo infierno? O tal vez porque había una parte de mí que quería volver a

ser esa chica de hace dos años, la que solo pensaba en ser libre y en disfrutar del momento.

—¿Te irías si te lo pido? —exclamé con una expresión de incredulidad.

—De la fiesta tal vez, de tu vida no lo creo —me guiñó un ojo y tuve que apartar la mirada para que no me viera sonreír.

—Pareces demasiado cómodo aquí, ¿No hay nadie a quien hayas dejado atrás que eches de menos? —exclamé pensando en esa conversación que vi en su teléfono.

—¿Ahora te interesa mi vida sentimental, Océano? —preguntó relajado dejándose caer en la hamaca como si hubiera decidido repentinamente contemplar las estrellas—. No me gustan los compromisos. Siempre he tenido que moverme de país o ciudad con frecuencia así que he aprendido a vivir sin ataduras y la experiencia me ha hecho ver que es mucho más divertido —añadió jocoso.

—Muy conveniente —respondí girándome hacia él—. Así nunca tienes que quedarte el tiempo suficiente para que te importe alguien.

—Ese amor en el que tu crees para toda la vida es una falacia. ¿Por qué debería fingir lo contrario? Mi propio padre abandonó a mi madre antes de que yo naciera, a diferencia de él yo prefiero decir las cosas claras desde el principio y no dejar consecuencias durante el camino ¿Me convierte eso en un frívolo sin sentimientos? Ofrezco placer, diversión y un viaje hacia el culmen del éxtasis —dijo con una medio sonrisa sin que llegara a reflejarse en sus ojos, como si hubiera meditado consigo mismo aquel planteamiento—. Sin promesas, sin mentiras y sin finales que puedan doler más de lo necesario.

En ese momento me pregunté si alguna vez a él habrían podido romperle el corazón. Si en algún momento de su vida se había sentido traicionado, decepcionado o lo suficiente dolido para que hubiera decidido no volver a enamorarse nunca más.

Aunque lo cierto es que no me imaginaba a alguien como Kingsley siendo fiel a una única mujer. Podría gustarme más o menos su actitud hacia todo el genero femenino, pero no podía culparle por buscar únicamente sexo ocasional sin compromiso cuando dejaba las cosas claras desde el principio y, de algún modo, aquella confesión de abandono paterno me hizo preguntarme demasiadas cosas.

¿Que sabía de él? Realmente casi nada y, a pesar de que me despertaba demasiada curiosidad todas esas preguntas sin respuesta, en el fondo prefería no resolverlas. Porque hacerlo significaba llegar a conocerle de verdad, y con ello abrir la posibilidad de que, de algún modo, pudiera importarme.

No volvimos a cruzar palabra durante el resto de la noche porque mis amigas me secuestraron para iniciar el karaoke. Y, a pesar de esforzarme en no pensar que él estaba allí, mi vista le buscaba de forma inconsciente como si necesitara saber donde se encontraba en cada momento o, quizá tal y como descubrí un par de veces, que no dejaba de observarme.

¿Era una necesidad de reafirmación?, ¿Es que tal vez necesitaba entender porqué lo hacía? Su comportamiento contradictorio empezaba a obsesionarme. El modo que tenía de provocarme, desesperarme, alejarse y después comportarse como si quisiera protegerme a toda costa lograba confundirme aún más.

En algún punto de la noche debimos quedarnos dormidas, porque en el momento que abrí los ojos sentí como la luz me cegaba, la cabeza me pesaba demasiado y todo me daba vueltas.

Siempre que tenía resaca me decía a mi misma que no debía volver a tomar una copa en mi vida, pero acabé riéndome cuando comprobé que a mis pies estaba Alana echa un ovillo y quejándose porque tenía que moverla para liberarme. En el sillón de la izquierda había un tío que ni conocía y en el de la derecha Valeria tenía una postura que le dejaría tortícolis durante una semana. Me giré para incorporarme y al apoyar la mano en lo que creía que era el

resposacabezas, era en realidad, el muslo de alguien. Cuando alcé la vista me encontré con Kignsley completamente dormido y casi se me escapó un quejido al saber que me había dormido acurrucada entre sus piernas.

Escapé del salón de la casa a hurtadillas y preguntándome en qué momento de la noche había pasado algo así, pero mis recuerdos estaban completamente vacíos, como si hubiera llegado un momento en el que no recordaba más allá de aquel juego de preguntas random en el que negarte a contestar significaba un trago. Y yo bebí demasiados, pero Kingsley tampoco se quedó atrás.

Encontré mi teléfono en la cocina y cuando lo desbloqueé no solo vi que era casi la una de la tarde, sino que tenía veintisiete llamadas perdidas de Mason.

¡Joder!

Le llamé de inmediato, ni siquiera sabía si tenía voz o no para hacerlo, pero contestó al tercer tono.

—¿Dónde coño estás? —exclamó nada más descolgar.

—En casa de Rachel —murmuré en voz baja y con una voz casi rota por los gritos, el karaoke y el alcohol.

—¿Y se puede saber que cojones haces ahí? —increpó sin siquiera darme margen de reacción.

—Era su cumpleaños, dijiste que probablemente no podrías venir y…

—Y decidiste que era muy conveniente pasar la noche de fiesta por ahí. ¿Ya te lo has follado?

No sabía si el martilleo de mi cabeza era más por el alcohol o por las acusaciones de mi novio o porque de algún modo aquello me hacía sentir culpable, pero estaba claro que estaba enfadado. Muy enfadado.

—¿De qué hablas? —exclamé sintiendo que mi dolor de cabeza aumentaba con cada palabra.

—He hecho el esfuerzo de venir hasta aquí para pasar el día juntos y cuando llego a tu casa, descubro no solo que has pasado la noche fuera, sino que lo has hecho con ese tío. ¿De verdad crees que soy imbécil?

Empezaba a sentirme fatal, con ganas de vomitar y no sabía si era producto del alcohol o porque me sentía una novia miserable.

Puede que aquellas acusaciones fueran falsas. Que no me hubiera acostado con Kingsley, ¿Pero podía afirmar que no había sido por falta de ganas? Yo misma fantaseé con esa idea, aunque solo fuera eso; pura fantasía.

—Vive en mi casa, Mason. ¿De verdad crees que si esas fueran mis intenciones necesitaría pasar la noche fuera? Entiendo que estés enfadado o preocupado porque no respondía a las llamadas, pero te dije que confiaras en mí. Estoy haciendo todo esto por nosotros. Por ti. Y si me hubieras avisado de que venías, no habría bebido para poder conducir hasta casa.

—Es que no tengo porqué avisarte. Llevamos juntos dos años y nunca he tenido que hacerlo. Siempre has estado en casa, esperándome. Y es así como quiero que siga siendo. Que estés siempre disponible para mí. Cuando yo quiera. Cuando me convenga. Y cuando lo necesite.

Creo que en ese momento mi sangre se quedó completamente petrificada. Y desde luego, no era una conversación que me apeteciera mantener por teléfono.

—¿Aún estás en Noosa? —pregunté sin saber realmente si quería o no tener esa conversación en aquel momento, aunque mi cerebro no dejaba de decirme que era muy probable que solo fueran palabras de resentimiento.

—Llevo dos horas llamándote. ¡Por supuesto que no iba a permanecer en Noosa a expensas de que aparecieras cuando te diera la gana sabiendo que estás con él! —dijo con evidente rabia—. Estoy decidido a dártelo todo, Océane, pero ten muy presente que puedo tener a la mujer que me plazca y que, a diferencia de ti, estaría más que dispuesta a dejarlo todo por lo que le ofrezco. Me pediste que confiara en ti, lo hice, pero tus actos dicen más que tus palabras. Tu decides si estos dos años que he estado a tu lado realmente han significado algo para ti.

Ni siquiera dejó que respondiera, sino que colgó la llamada y yo sentí que mi estómago no lo soportaba más, por lo que corrí hacia el baño más cercano, pero ni siquiera expulsar todo el alcohol que mi cuerpo aún no había procesado era capaz de aliviar aquella sensación de ahogo y culpa que sentía hacia mi misma.

Mason había estado a mi lado todo ese tiempo. Gracias a él no me había hundido, sino que fui capaz de sobrellevar la ausencia de Reef a pesar de sentirme perdida y sin rumbo. Él había sido mi guía, sin necesidad de pensar, de hacer, de programar, solo tenía que dejarme llevar para aliviar mi dolor.

Quizá la culpa que notaba era porque en el fondo sentía que lo había traicionado, porque aquellas dudas o acusaciones que volcaba contra mí no estaban tan infundadas como quería creer. Si. Tal vez no me había acostado con Kingsley y jamás lo hiciera, pero ¿Podía admitir que mi cuerpo no le deseaba con fervor?, ¿Qué me estremecía cada vez que él tocaba mi piel?, ¿Qué incluso me había fijado en sus labios y hasta llegué a preguntarme qué sabor y sensaciones me generaría el hecho de probarlos?

22

Olor de traición

Océane

No volví a hablar con Mason en lo que restaba de día. Intenté llamarle un par de veces y me envío un mensaje en el que se disculpaba por las acusaciones, pero prefería no hablar conmigo hasta calmarse para no tener que arrepentirse de sus palabras.

Eso me hizo sentirme aún más miserable.

Pensé en ir hasta Brisbane, hablar con él, arreglar las cosas. Pasar la noche en su casa y regresar al día siguiente, pero precisamente Kingsley y yo debíamos ir a la ciudad para el reportaje fotográfico y esperaba que pudiéramos aclarar esta situación de una vez por todas.

No podía pasar todo el verano bajo la presión de mi padre, de Kingsley y de Mason al mismo tiempo, sobre todo cuando estaba haciendo precisamente aquello para marcharme e iniciar una vida juntos.

Porque realmente era ese el objetivo, ¿no? Aunque tuviera dudas en dejar todo atrás, a pesar de que volver a entrenar hubiera removido una parte de ese pasado que creía olvidado y al que no deseaba volver, continuaba deseando alejarme de allí para cerrar una etapa de mi vida que solo me traía dolor. Solo que ahora la idea de marcharme ya no me resultaba tan atractiva. ¿Tal vez debía confesar a Mason que no deseaba ser madre tan joven?, ¿Que casarnos era una idea demasiado precipitada? Pero al mismo tiempo sentía como si estuviera en deuda con él por estos dos años, como si simplemente le tuviera que devolver todo lo que había hecho por

mí y tenía esa sensación de culpa por la que no podía fallarle cuando me necesitaba.

Mason me quería. De hecho, esos celos hacia Kingsley solo eran una prueba del temor a perderme y, quizá por eso me afiancé a la idea de que mi plan no iba a cambiar y tras acabar el verano, me iría a vivir con él.

Mason era seguridad. Era confort. Era sostén. Era lo que yo necesitaba para proseguir el rumbo de mi vida y, aunque pudiera sentirme atraída por Kingsley, él era caos en estado puro, desorden y confusión. Algo que no solo me desequilibraba, sino que me exasperaba, aunque prometiera demasiada diversión.

Ni siquiera estaba replanteando tener algo con Kingsley, simplemente reafirmaba mis razones para detestar la terrible atracción que sentía hacia él.

Concretamos con la marca deportiva desplazarnos el miércoles para firmar el contrato, mostrarnos los productos a promocionar y realizar varias entrevistas. El jueves tendríamos el spot publicitario donde nos harían fotos con la nueva colección para verano. Pensé que mi padre nos acompañaría, pero optó por quedarse en casa y darnos la libertad de ir solos a pesar de que teníamos incluidas dos habitaciones de hotel y yo pensaba pasar la noche en casa de Mason.

Los entrenamientos del lunes y martes fueron realmente agotadores para compensar los dos días que estaríamos fuera, así que el miércoles por la mañana preparé el macuto con lo esencial donde la ropa interior de encaje no podía faltar y partimos hacia Brisbane.

—Si quieres podemos ir todo el camino en silencio, pero teniendo en cuenta que en unas horas vamos a tener que mostrarnos como una pareja que realmente está compenetrada, no me parece lo más adecuado —dijo Kingsley ante ese silencio que se había creado entre nosotros y no precisamente desde que habíamos

partido de Noosa, sino que desde mi discusión con Mason el domingo, había procurado dirigirme a él lo mínimo posible.

No quería que su presencia me afectara. No quería desearle físicamente. No quería pensar en que cada vez que me tocaba y me agarraba firmemente sobre la tabla, todo mi cuerpo se estremecía.

No. Definitivamente prefería limitar el contacto lo máximo posible.

—Creo que deberías preocuparte más por la respuesta que darás cuando te pregunten por los motivos para decidir empezar desde cero en otra categoría que por mí.

—Estoy acostumbrado a batallar con la prensa, adornar la realidad no supone nada nuevo.

No me sorprendió en absoluto su respuesta.

—¿Ahora mentir se llama adornar la realidad? —inquirí poniéndome cómoda en el asiento.

—La prensa solo quiere vender una historia. No le importa si es cierta o no.

—¿Y qué historia quieres venderle? —pregunté cruzándome de brazos.

—La que se mueren por contar —susurró agravando la voz y logrando que temblaran mis piernas.

Ni siquiera pregunté, alzó el volumen de la canción que estaba sonando en ese momento y solo volvimos a hablar la última media hora del camino para ponernos de acuerdo en algunas preguntas básicas que sabíamos a ciencia cierta que nos harían.

Aunque la mayoría de campañas publicitarias las había hecho de ropa de baño y en solitario, sí que nos llovieron las ofertas a Reef y a mí como pareja tras ganar el campeonato de surf-tandem. Por lo que tenía una idea de lo que nos esperaba cuando llegamos.

Al final hubo un contratiempo con la persona que debía entrevistarnos, por lo que nos limitamos a revisar los acuerdos pactados, firmar el contrato y probarnos las prendas seleccionadas por los estilistas para dejar todo preparado y recuperar ese tiempo al día siguiente.

Llegamos al hotel antes de lo esperado, pero en lugar de darnos dos habitaciones, nos habían dado una sola habitación con dos camas. Aunque se trató de una confusión por parte de la marca al realizar la reserva, no importaba porque no pensaba pasar la noche allí.

—Solo voy a darme una ducha y me iré —dije conforme Kingsley y yo nos metíamos en el ascensor hasta la quinta planta donde estaba nuestra habitación.

Casi parecía necesitar convencerme de que pese a aceptar una sola habitación no pensaba dormir bajo ningún concepto en la misma estancia que él.

Me di una ducha casi fría y aún tenía la piel empapada cuando me coloqué el sujetador de encaje y el tanga negro. A Mason le encantaba la ropa interior de ese color e incluso ese era uno de los que me había regalado. Me puse un vestido ajustado de color piel abotonado en el centro donde se podía apreciar los bordes del sujetador y solo unos toques de bronceador, colorete y brillo de labios. Solté la pinza para que cayera el pelo suelto y salí con los zapatos de tacón que casi nunca usaba.

El repiqueteo de ellos en el suelo de madera era imposible de evitar, así que cuando me dirigí hacia Kingsley que estaba sentado en una de las butacas relajado, observé como sus ojos recorrían mi cuerpo hasta los pies. No supe si su expresión era de agrado o todo lo contrario, pero sí que tenía mi teléfono en su mano.

—Te he registrado mi número —mencionó sin ademán de levantarse para dármelo.

—¿Y se puede saber como has logrado desbloquearlo? —exclamé acercándome a él para cogerlo, pero en el momento que lo intenté echó la mano hacia atrás para que tuviera que incorporarme sobre él.

—Eres demasiado predecible Océano, así que no me culpes.

Podía aceptar que usar el día y mes de mi cumpleaños podía ser predecible, ¿Pero cómo demonios la había averiguado él?

—No pienso llamarte —dije inclinándome sobre él para quitarle mi propio movil de las manos—. Mason me acompañará mañana a la sesión de fotos.

—En ese caso no tendrás inconveniente en que traiga a alguien a esta habitación, ¿no? —inquirió y contemplé como fue incapaz de resistirse a bajar la vista hasta el escote donde se dejaba ver parte del encaje negro.

—En absoluto —afirmé justo después de apropiarme de mi teléfono e incorporarme nuevamente sobre los tacones.

Cogí un taxi en la puerta del hotel y le di la dirección del residencial donde vivía Mason. Al cancelar la entrevista, sabía que llegaría mucho antes de que él regresara del trabajo, así que encargué la cena para dos de comida asiática como a él le gustaba para que la entregaran en su domicilio y saqué las llaves que me había dado la última vez que nos habíamos visto.

Entré por el garaje y comprobé que su coche aún no estaba. Cogí el ascensor hasta llegar directamente a su apartamento y cuando entré comprobé que no estaba tan impecable como en las ocasiones que siempre había estado. Había bastantes tazas y platos en el fregadero, un par de chaquetas en el sofá y la butaca. Una caja de cartón de pizza en la mesa y varios zapatos tirados sin más. Deduje que se habría quedado dormido y esa mañana tuvo que salir con prisas así que me descalcé y recogí todo mientras esperaba la comida que había encargado.

El chico del restaurante asiático tardó doce minutos exactos en traer el pedido de sushi, así que le di propina y coloqué absolutamente todo, incluso cogí algunas velas decorativas para que el ambiente fuera más cálido, dejando todo completamente a oscuras.

Y esperé.

Y seguí esperando.

Hasta que una hora y cuarenta y ocho minutos después escuché un golpe en la puerta, seguido de un ruido que no logré identificar y segundos después la llave giraba todas las vueltas que yo misma le había dado para que no pudiera sospechar de mi presencia.

Mi primer instinto fue cruzarme de piernas, erguir la espalda y que él me viera en una postura deseable. Sexy. Absolutamente arrebatadora.

Hasta que oí el gemido de una mujer y mi corazón se detuvo.

La disposición de la casa de Mason era de un pequeño pasillo que apenas tenía tres metros, pero separaba ese pequeño muro de un salón abierto con cocina comedor. En la parte opuesta se abría un pasillo hacia las habitaciones y dos baños que constituían la casa.

La puerta se cerró antes incluso de que se encendiera la luz y lo que indiscutiblemente parecían jadeos, seguido de pasos y probablemente roce de tejidos no dejaban de llenar mis oídos completamente expuestos a lo que estaba sucediendo sin querer creer que fuera cierto.

¿Le había prestado las llaves a un amigo? Tal vez no era él. Puede que ni siquiera se tratase de Mason.

Pero si no estaba preparada para ver como se estaba liando con otra mujer en mis narices. Menos aún lo estaba para que se tratara precisamente de «esa» mujer.

Mason le dio al interruptor y todas las luces se encendieron, pero fue ella quien me vio primero y gritó. Estaba segura de que no lo hizo porque la hubiera pillado infraganti con mi novio, sino porque ninguno se esperaba verme allí.

¿Me dolía más que Mason me engañara?, ¿O que probablemente lo llevase haciendo demasiado tiempo cuando la que estaba a su lado era Susanne? Podía esperarme algo así de ella, por supuesto que no lo ponía en duda, pero no de él.

Me levanté sintiendo rabia, notando como las lágrimas querían escapar de mis ojos, pero no pensaba derramar ni siquiera una.

—No es lo que parece —dijo Mason con una voz calmada, solo sus manos temblaban.

—Creo que es exactamente lo que parece —contesté sin mirar a Susanne.

—Bueno. ¿Y qué? Es sexo. Solo follar. ¿No esperabas que estuviera esperándote toda la semana sin más? Soy hombre y los hombres tenemos necesidades que cubrir a diferencia de vosotras.

De todas las excusas posibles, que lo admitiera casi parecía lo menos irónico, pero que encima tratara de insultarme y hacerlo parecer razonable, rozaba el límite.

Llevaba dos años saliendo con él donde solo nos veíamos los fines de semana, acababa de soltarme en toda mi cara que se acostaba con otras mujeres mientras estaba a su vez conmigo. La repugnancia me recorrió de un modo tan aplastante que casi sentí las arcadas.

—Vete a la reverenda mierda, Mason —dije caminando hasta la silla donde había dejado mi bolso para largarme.

Observé que Susanne se quedaba completamente callada y ligeramente apartada de nosotros. ¿Es que no le satisfacía saber que los había pillado?, ¿Tal vez era más emocionante saber que era una

cornuda y regodearse a mis espaldas de ello? Sinceramente ni me importaba, simplemente me daban asco los dos.

—No. Espera. No te vas de aquí —soltó impidiéndome el paso —. Tú, lárgate.

—¿Y donde quieres que vaya a estas horas? —exclamó dejando claro que pensaba pasar la noche allí, en la misma casa donde Mason pretendía que me fuera a vivir, en la misma cama donde él y yo nos habíamos acostado numerosas veces.

—Y a mí que me importa. Eres una puta, pues actúa como tal y búscate la vida.

Que la tratara de aquel modo no me hizo tener mas piedad de ella, pero sí que comprendí en ese momento lo absolutamente estúpida, ciega e inepta que había sido respecto a la imagen que me había creado de él.

Esa persona que tenía frente a mí era Mason sin sus capas de encanto, caballero de armadura blanca y hombre complaciente. ¿Lo habría descubierto antes de no ser por la desaparición de Reef? ¿Por encontrarme en el momento más vulnerable, sensible y manipulable de mi vida?

—¿Sabes qué? —exclamé dirigiéndome a ella—. Mejor quédate, tenéis cena para dos—. Me di la vuelta y cogí la bandeja de Sushi. Sin pensármelo dos veces se la estampé en la cara—. Que os aproveche.

Saqué las llaves del bolso y las tiré sin importarme donde habían caído, pero aproveché su desconcierto para salir por la puerta sin mirar atrás. Ni siquiera me esperé al ascensor, sino que me quité los tacones y comencé a bajar las escaleras tan deprisa, que podía notar como me faltaba la respiración.

Mis dedos temblaban en el momento que cogí el teléfono sin dejar de caminar completamente descalza desde el edificio donde

estaba el apartamento de Mason hasta la zona externa donde había otra puerta de ingreso al residencial.

Kingsley. Kingsley. ¡Demonios!, ¿Por qué no estaba su nombre si decía que lo había registrado?

Busqué por Max y lo vi. Max-ibon.

Me habría reído de no ser porque estaba a punto de sufrir un infarto. Comenzaba a ver borroso, incluso sentía en mis piernas fallaban y de un momento a otro perdería la estabilidad.

Contestó al segundo tono

—Diría que has tardado muy poco en llamarme, Océano.

Pero no fui capaz de responder, lo único que probablemente escuchó al otro lado del teléfono fue como hipaba con la respiración agitada, porque era incapaz de decir nada.

—Dime donde estás. Envíamela si no puedes hablar. Estaré ahí en dos minutos.

Cerré los ojos y sentí como las lágrimas recorrían mi rostro. Aparté el teléfono y le envíe mi ubicación en tiempo real, ni siquiera estaba segura de si se la había enviado realmente a él, pero cuando abrí la puerta para salir a la calle, Mason me interceptó.

—¿Por qué coño te has presentado aquí sin llamar? —exclamó como si yo tuviera la culpa de haberlo pillado con otra, como si de lo que estuviera molesto era de no poder continuar con su farsa.

—Suéltame —dije con una voz tan fría que casi no me reconocía.

—No voy a soltarte. Estamos prometidos, ¿Recuerdas? Tú vas a casarte conmigo, vas a tener a mis hijos. Y me importa una mierda tu carrera de surf o tus sueños de idealista. Vas a ser mi mujer porque jamás encontrarías ahí fuera a alguien como yo. Y lo sabes perfectamente.

¿De verdad se escuchaba?, ¿Es que creía que ese discurso podría funcionar conmigo? Había tenido las señales en mi cara, pero siempre había una disculpa, una forma en la que lo compensaba. Y yo como una estúpida creía que hacía todo aquello porque me quería, porque qué hombre iba a pasarse dos años de su vida esperando pacientemente a que me decidiera…

«Exactamente el mismo tipo de hombre manipulador que tenía frente a mí»

—Lo único que sé perfectamente es que a mi me importa una mierda tu ascenso, tu empresa y tus ambiciones. Me da igual si llevas acostándote con ella meses, años o ha sido algo de esta noche. Me das asco.

Intenté soltarme de su agarré, pero sentí como sus dedos se hundían en mi carne y me giré sobre mí misma para que lograra soltarme. Lo conseguí, pero entonces enganchó mi bolso.

—No he perdido dos años de mi vida para que ahora me vengas con esas. ¿Qué crees?, ¿Qué soy imbécil y voy a creer que no te has acostado con ese tío? Estaba dispuesto a ser transigente contigo, pero empiezas a ponérmelo muy difícil. Así que podemos hacer esto por las buenas o por las malas.

En ese momento vi como alzaba la otra mano y me cogió la cara para forzar a que le mirara.

Vi un Mason fuera de sí. Un hombre que literalmente me provocó terror en su mirada. Y me estremecí al sentir esa sensación de vulnerabilidad y pavor recorriendo mi cuerpo.

Solté los zapatos que llevaba en la mano para aferrar la suya y liberarme de su agarre, en ese momento el chirrido de unos neumáticos desgarrando el asfalto me hizo reaccionar de golpe. Levanté la vista sobresaltada e intentando comprender qué estaba ocurriendo, pero antes de que pudiera focalizar la escena o distinguir el coche, una sombra irrumpió entre nosotros.

En cuestión de segundos reconocí el perfil de Kingsley apenas un instante antes de que Mason fuera arrancado de mi lado con una violencia brutal.

Jamás creí que sentiría aquella complacencia inaudita al verle.

El golpe seco resonó en el aire.

Le había derribado de un puñetazo directamente en la cara y Mason cayó contra el suelo emitiendo un gruñido ahogado, ni siquiera pudo reaccionar ante el ataque y yo acabé retrocediendo un paso, paralizada por la sorpresa.

Antes de que pudiera decirle una palabra, sentí su mano sujetándome por la cintura y colocándome tras él, como si fuera un escudo entre el peligro y yo.

La tensión que irradiaba su cuerpo era casi palpable y no podía dejar de pensar que se había presentado allí sin siquiera hacer preguntas o sin saber lo que iba a encontrar.

—Sube a la camioneta —ordenó en voz baja pero claramente firme y sin apartar la mirada de Mason.

No era una petición, pero desde luego no tenía ninguna intención de llevarle la contraria y di varios pasos hacia atrás como si quisiera asegurarme de que Mason no venía tras de mí. Mientras mis pies trastabillaban por el estado de nervios y congoja que tenía en aquel momento, vi como alzaba su mirada y el hilo de sangre salía por su boca. Había rabia en sus ojos y brillaban con una furia casi salvaje como jamás había visto en él.

—Esto es entre mi prometida y yo. ¡Lárgate! —espetó con desprecio, limpiándose la boca con el puño de la camisa.

Kingsley ni siquiera se movió, menos aún pareció alterado por lo que Mason acababa de decirle.

—Vuelve a tocarla y no reconocerás ni tu cara —soltó antes de sentir que se daba la vuelta y me pasaba una mano por los

hombros para acompañarme hasta la camioneta.

Quería desaparecer, largarme de allí y no volver a verle nunca más. Alejarme lo suficiente y lamer mis heridas en silencio. Había sentido miedo. Miedo real. Como si no reconociera al mismo hombre con el que había pasado dos años y, al mismo tiempo, no dejaba de culparme por no haberlo querido ver.

El silencio dentro del habitáculo de la camioneta era tan pesado que ahogaba. Incluso tuve que acercarme lo suficiente a la ventanilla del coche para que el viento secara mis lágrimas. No quería dar explicaciones, Kingsley tampoco parecía pedírmelas, pero en aquel momento no me sentía como alguien a quien le habían partido el corazón y hecho añicos, sino que mi enfado, frustración y cólera eran hacia mí misma por haber decidido confiar en un miserable como Mason.

¿En qué momento le había dejado pisotearme de aquel modo?, ¿Anular por completo mi decisión para imponer la suya? Yo no era así. Y, sin embargo, él había hecho que lo fuera, no solo sometiéndome a sus caprichos, sino además apartándome de todo mi círculo haciéndome ver que era lo que necesitaba.

—Pensarás que soy una imbécil —dije cerrando los ojos y dejándome caer hacia atrás.

Mis pies desnudos sentían el tejido de la alfombrilla rugoso y por algún motivo me sentí desnuda, frágil, como si hubiera perdido toda esa seguridad en mi misma que tenía cuando me calcé aquellos tacones.

—Pienso muchas cosas, pero no que seas imbécil, Océano.

Un esbozo de sonrisa salió de mis labios.

—¿No vas a preguntarme que ha pasado? —inquirí sin apartar la vista de él que parecía algo tenso y con la vista al frente fija en la carretera.

—No es asunto mío, pero tampoco puedo decir que me sorprenda lo que sea que haya hecho viniendo de un tipo como ese. Está claro que su intención es la de dominarte y someterte, lo que me sorprende es que le hayas permitido que lo haga.

«Él no era así» quise decir, pero en el fondo, ni yo misma me lo creía. Simplemente había disfrazado aquella manipulación con el hecho de que era lo que necesitaba en ese momento y, ¿Realmente necesitaba alejarme de mi entorno?, ¿De mis amigas?, ¿De todo lo que siempre había amado? Hasta ahora creía que era lo que yo quería porque huir del dolor era la forma más fácil de soportar la ausencia de Reef, pero ahora ya no estaba segura de nada, ni siquiera sabía si aquella decisión era mía o el deseo de Mason constante con que dejara todo para iniciar una vida juntos hasta el punto de creer que aquello era lo correcto.

No supe que responder. Me quedé en silencio el resto del trayecto hasta el hotel y cuando Kingsley rodeó la camioneta para coger mi bolso, vi como su vista se quedaba fija en mis pies.

Sin decir nada, pasó mi mano por la cintura y me alzó entre sus brazos. No es que no supiera que podía llevar mi peso con bastante naturalidad, de hecho cada día me sostenía una media de dos o tres horas si teníamos en cuenta todo el tiempo que entrenábamos, pero aquello me hizo ver que quizá no era el tipo de chico que había imaginado.

—No es necesario que cargues conmigo —dije mientras se dirigía hacia los ascensores sin saludar al mismo chico de recepción que nos había atendido pocas horas antes.

—No voy a dejar que camines descalza y darte la excusa perfecta para eludir el programa de mañana.

Empezaba a sospechar que aquello no era el verdadero motivo por el que me llevaba en brazos, pero ni siquiera decidí ir en su contra, en ese momento solo me apetecía hacerme un ovillo y desaparecer.

Me encerré en el baño cuando llegamos. Arrojando el vestido abotonado al suelo y duchándome otra vez para quitarme no solo la suciedad de los pies, sino la sensación de las manos de Mason por mis brazos o la cara.

Volví a ponerme el mismo conjunto de encaje dándome cuenta de que no tenía absolutamente nada que pudiera usar como pijama. Estaba en un momento donde el pudor era el último de mis pensamientos, así que abrí la puerta y salí en ropa interior.

No era la única, Kingsley también estaba vestido únicamente con unos boxer negros dejado caer sobre una de las camas.

—Si te sientes más cómoda, puedo preguntar si hay disponibilidad de otra habitación.

—Si no te importa me sentiría más segura estando aquí —admití sin querer afirmar que en ese momento la idea de que Mason lograra encontrarme o tener que confrontarlo me aterraba.

Quizá necesitaba procesar lo que acababan de ver mis propios ojos, la realidad a la que había estado completamente ciega o el hecho de que esos dos años de relación eran una completa farsa.

Kigsley se alzó y rebuscó entre su bolsa, lo vi sacar una camiseta que ya le había visto en algunas ocasiones, pero no esperaba que me la ofreciera.

—Mientras estes conmigo, no voy a dejar que se acerque a ti —murmuró rozando sus nudillos con los míos y yo cogí la prenda para pasármela por la cabeza. Era lo suficiente ancha y larga para cubrirme hasta el filo de las nalgas.

—Gracias —afirmé teniendo que apretar los labios para no dejar que mi voz se rompiera.

Kignsley apagó la luz, yo me metí en la cama y me encogí abrazando la almohada sin dejar de repetir una y otra vez la misma escena en mi cabeza.

Mason me había engañado y no precisamente con cualquier mujer, sino con Susanne, a pesar de saber la rivalidad que siempre existió entre nosotras.

El sentimiento de traición se fue volviendo animadversión hasta que en algún punto de la noche me quedé completamente dormida justo antes de pensar que no iba permitir que ninguno de esos dos desgraciados se saliera con la suya; ni abandonaría el surf, ni dejaría que Susanne se proclamara campeona.

Y daba igual si era orgullo, necesidad de venganza o simplemente demostrarme a mí misma que no pensaba dejar que aquello me afectara, pero sí tuve claro en cuanto abrí los ojos que no iba a derramar ni una sola lágrima porque ni siquiera las merecía.

23

Dejar de luchar contra la marea

Océane

Mi reflejo en el espejo no indicaba que previamente mis ojeras estuvieran pronunciadas o quedaran resquicios de los ojos hinchados por el llanto, sino que aquella capa de maquillaje lo había arrastrado consigo hasta hacerlo desaparecer. Me habían dejado unas ondas surferas muy naturales, como si llevase el pelo besado por el mar y el bronceador suficiente para creer que llevaba todo el día en la playa.

El estudio ya estaba preparado cuando llegamos, por lo que Kingsley y yo solo tuvimos que colocarnos en el centro. Me sentía cómoda con el atuendo de pantalón corto y top deportivo de la marca. Kingsley llevaba una versión masculina mucho más ancha y neutra.

—Quiero ver vuestra química —dijo el fotógrafo que se había presentado como Lorenzo—. Que se note lo compenetrados que estáis como pareja —continuó.

Me acerqué hasta Kingsley y este rodeó con su brazo mi cintura, pero me quedé sin respiración cuando me pegó contra él y su nariz rozó mi cuello haciendo que me ladeara sutilmente.

—¡Bravísimo, Max! —exclamó el fotógrafo lanzando un par de disparos—. ¡Eso es!, ¡Quiero ver seducción!, ¡Química explosiva!, ¡Que cuando la gente os vea quede completamente hipnotizado! —continúo sin dejar de hacer fotos—. Max, ¿Puedes alzarla?

Lo hizo y yo ladeé el cuello aún más a la par que inclinaba la rodilla hacia un lado y abría los brazos como si fuera una pose artística.

—¡Me encanta! —exclamó el Lorenzo—. Eso es Océane, déjate llevar por él… inclina más el cuello. ¡Max, mira a la cámara!

Debió hacerlo, porque no dejaba de exclamar que le gustaba.

Hicimos varios portés que ya teníamos bastante ensayados, aunque no sobre la tabla. Y nos cambiamos de ropa. Ahora llevaba una falda pantalón con un top mucho más escotado en color amarillo pastel, me favorecía por mi rubio natural y el bronceado aunque no sería la ropa que elegiría para un entrenamiento, era bastante cómodo. Kingsley iba completamente de negro con una camisa ajustada y unos pantalones deportivos que le marcaban perfectamente los glúteos.

—Acercaros —mencionó Lorenzo tocándonos del brazo—. Quiero que os entrelacéis con los brazos y las piernas. Miraos el uno al otro, como si pensarais que el otro va a besaros en cualquier momento, pero sin llegar a hacerlo.

Miré instintivamente a Kingsley y sonrió. Yo arrugué la frente sin saber porqué le parecía divertida aquella situación.

—La gente pensará que hay algo entre nosotros… —murmuré.

—¿Y qué más te da lo que piensen? —contestó acercándome un poco más a él.

Realmente en ese momento me importaba muy poco la opinión ajena y si aquel reportaje fotográfico me preocupaba ligeramente por Mason y los rumores que podrían hacer correr, ahora anhelaba fehacientemente esos rumores.

—¿No hay nadie a quien le debas explicaciones? —inquirí volviendo a pensar en ese mensaje de una mujer que vi de su teléfono.

—Al único que debo rendir cuentas es a mí mismo —contestó acercándose lentamente y realmente creí que podría llegar a besarme.

Hasta que no oí la voz de Lorenzo no supe que solo se trataba de una interpretación ejemplar.

—¡Max, coloca tu mano en su cintura y ve bajando lentamente! —exclamó el fotógrafo—. Oceáne inclina la barbilla hacia arriba y deja que él se acerque a ti hasta rozar con su nariz tu cuello.

No hacía falta verme para saber la intimidad que suponían aquellas fotos, pero cuando Kingsley colocó su mano en mi trasero y no se limitó a rozar con su nariz mi cuello, sino que fingió morder mi mentón, sentí como me estremecía y no precisamente de frío, sino de un calor abrasador.

—¡Joder!, ¡Esto es fantástico! —clamó Lorenzo.

Quizá solo era una interpretación, quizá solo íbamos a mostrar algo que la gente desearía ver, pero no podía negar ese deseo que me había perseguido en las últimas semanas, esa atracción inmediata, ese ardor que nacía en la boca de mi estómago y se esparcía hacia el resto del cuerpo.

Sin culpabilidad. Sin sentirme mal por ello. Simplemente mi cuerpo reaccionaba a su roce y ahora no necesitaba cohibirme por ello.

Continuamos con la misma dinámica, incluyo llegaron a salpicarnos agua, hicimos varias fotos tumbados en el suelo o algunas posiciones de estilo clásico, pero en la última sesión Lorenzo sugirió quitarme la parte de arriba para darle protagonismo al pantalón en tonos fantasía. Kingsley tampoco llevaba camiseta y la versión masculina era en varias tonalidades de morado oscuro. Me coloqué de espaldas a la cámara hasta pegar mi pecho desnudo al suyo, sentí como mis pezones se erizaban inmediatamente ante el

contacto y desde mi posición pude notar como su latido era acelerado.

—¡Bien!, ¡Ahora date la vuelta y que el brazo de Max te cubra. ¡Con estas habremos acabado!

Kingsley no hizo ningún movimiento, sino que esperó a que yo colocase mis manos para separarme de él y darme la vuelta. Noté como él me protegía con su brazo delante de mis manos para que nadie me viera desnuda y en el momento que las dejé caer, pego su piel contra mi pecho y fue inevitable emitir un jadeo.

—Ese imbécil no tiene ni idea de lo que ha perdido… —murmuró cerca de mi oído e instintivamente pegué mi cuerpo contra el suyo.

Me mordí el labio al notar la evidente erección contra mis nalgas y sentía que todo mi cuerpo ardía en plena combustión.

En el momento que Lorenzo nos felicitó dando por acabada la sesión, me aparté rápidamente como si necesitara huir de su contacto con desesperación. Me coloqué mi propia ropa detrás del biombo improvisado con todos los conjuntos que la marca nos regalaba para utilizarlos en nuestros entrenamientos y subirlos a redes.

Cuando salí, Kingsley estaba hablando con el fotógrafo y conforme me acercaba a ellos escuché que la marca tenía pensado sacar de forma precipitada las primeras fotos junto a la nueva colección aprovechando la noticia de mi regreso. Así que tardarían una o dos semanas en lanzarlas.

—¡Habéis estado fantásticos chicos! Es muy difícil conseguir que modelos no profesionales hagan lo que habéis hecho vosotros, pero ha sido muy fácil gracias a vuestra química. Tengo muy buen material y por experiencia sé que en cuanto salgan estas fotos la próxima semana van a querer colaborar con vuestra imagen. Os dejo mi tarjeta por si queréis que volvamos a trabajar juntos.

Después de aquello hicimos un par de entrevistas y sobre las ocho de la tarde pusimos rumbo de nuevo a Noosa haciendo un alto en una hamburguesería.

Había apagado el teléfono durante la sesión de fotos, así que en cuanto lo encendí comprobé que tenía cientos de mensajes sin leer de Mason y avisos de llamada, de hecho, mientras aún continuaba leyendo esos avisos, la pantalla se volvió negra porque él volvía a llamarme. Puse el teléfono en silencio boca abajo como si no quisiera saber si continuaba insistiendo o no en hablar conmigo.

—¿Puedo preguntarte algo? —exclamé alzando la vista hacia él con la hamburguesa aún en mis manos sin probar bocado.

—Vas a preguntármelo independientemente de mi respuesta, así que adelante —contestó mientras le daba un mordisco de dimensiones generales a su hamburguesa.

—¿Te has acostado con Susanne? —pregunté sin rodeos y por su reacción supuse que parecía sorprendido.

Lo observé dejar la hamburguesa sobre el plato y coger una de las servilletas de papel para limpiarse.

—¿A qué viene eso ahora? —Sus cejas casi se habían unido ante su desconcierto.

—Dijiste que podía pedirte lo que quisiera cuando te gané en aquella carrera durante el cumpleaños de Rachel. No voy a juzgarte. Limítate a responder —afirmé sin dejar de mirarle.

—No —negó sin apartar su mirada—. No es mi tipo, aunque te parezca extraño. La conocí por casualidad y enseguida se ofreció a enseñarme la ciudad, simplemente traté de corresponder esa afabilidad, después me acerqué a ella para tantear un poco cuáles eran sus intenciones desde que me dijiste que era tu mayor competidora.

Emití un chasquido y me dejé caer contra el asiento.

—Mason tenía una aventura con ella —solté como si necesitara confesarle a alguien lo que había visto con mis propios ojos, porque tal vez si lo decía en voz alta, asumiría que aquel afán de apoderarse por todo lo que yo tenía no era una simple invención —. Les sorprendí juntos en su casa.

No la culpabilizaba a ella, podría haberse insinuado las veces que quisiera, ir tras él o provocarle, pero había sido Mason quien aceptó acostarse con ella y meterla en su propia casa.

—No pareces sorprendida —contestó Kingsley y le miré directamente a los ojos.

—Quizá porque lo único que siento en este instante es decepción.

Y no precisamente hacia ellos, sino al hecho de no haber sido fiel a mí misma, de haberme dejado guiar por el miedo, la incertidumbre, la pérdida… dos años completos. Veinticuatro meses en los que había detenido mi vida, mis metas, mis sueños. Todo. ¿Por lo que creía que era amor real?, ¿Estabilidad?, ¿Seguridad?

Para terminar siendo la mayor farsa de mi vida.

—La decepción puede ser un punto de retorno o un punto de ruptura, solo debes decidir cuál eliges.

—Creo que dejé muy clara mi elección en el momento que me quité el sujetador para la foto.

Kingsley sonrió y vi como se pasaba la lengua por el labio. Quizá no era la primera vez que lo hacía, pero sí la que notaba aquel gesto seductor y atrayente.

—Y yo que pensaba que solo era para provocarme… —murmuró justo antes de que nuestras rodillas chocasen, sin saber si lo hizo de forma intencionada o no, pero tampoco me aparté, como si hubiera decidido que no necesitaba huir más de su reconfortante contacto, ni sentirme culpable porque mi propio cuerpo reaccionara de aquella forma hacia él.

En ese momento sentí que algo había cambiado entre nosotros. Quizá no era solo porque hubiera dejado lo que estaba haciendo para venir a por mí y encararse con Mason en aquel momento de necesidad cuando ni yo misma era capaz de gestionar mis emociones, sino todas esas veces en las que había mostrado un lado de él mucho más cercano, afable y comprensivo muy distinto al que dejaba ver el resto del tiempo.

Retomamos la ruta hasta casa y la mayoría del tiempo estuvimos hablando de música o surf, hasta que vi el cartel de Noosa dando la bienvenida a la ciudad.

—Te agradecería que no comentaras nada de lo ocurrido a mis padres. Preferiría ser yo misma quien les dijera que mi relación con Mason ha acabado.

—No hay problema —contestó enseguida.

—Gracias —admití no solo porque guardara silencio, sino porque realmente no sabía o más bien no quería pensar en como hubieran acabado las cosas si él no hubiera aparecido en aquel momento.

De pronto sentí que la figura de Reef me faltaba más que nunca y ya no veía con tanto odio que Kingsley hubiera ocupado gran parte del espacio que pertenecía exclusivamente a mi hermano.

La camioneta, la caseta del jardín, mi círculo de amigos, la tabla, los entrenamientos, las carreras, los patrocinadores… quizá porque era muy consciente de que él no era Reef y que me sentía de un modo muy diferente a su lado.

Quizá lo detestaba el noventa por ciento del tiempo. No le soportaba, me exasperaba y su ego tenía dimensiones colosales que no tenía ninguna intención de incrementar, pero no podía negar que un surfista extremadamente bueno y que, como compañeros sobre la tabla, éramos capaces de funcionar.

—No tienes porqué dármelas. Es tu vida y también son tus decisiones, no tengo porqué entrometerme en ellas.

—¿Ahora has decidido no entrometerte? —exclamé sorprendida.

—Si me hubiera entrometido, le habría partido la cara a ese tío y ahora estaría sacando cita con el dentista para los implantes. Así que no. Te aseguro que no me he entrometido.

El tono de seriedad en el que había mencionado aquello me hizo saber que hablaba muy en serio y estaba muy segura de que habría sido capaz de hacerlo. ¿No estaba precisamente allí en Noosa porque le habían expulsado de la competición tras agredir a otro competidor?

Y siendo sincera no es que me disgustara la idea de que le hubiera dado una paliza a Mason tras lo sucedido. El simple hecho de recordar la imagen de él con Susanne me revolvía el estómago y sentía unas nauseas irrefrenables.

¿Habría sido la única con la que me había engañado? Lo dudaba… incluso empezaba a replantearme si todas esas veces en las que se habría ido a conferencias o tenía reuniones que no podía eludir con socios importantes los fines de semana serían una simple excusa.

—¿Por qué le pegaste a ese competidor? —pregunté sabiendo que quizá era una pregunta que estaba fuera de lugar.

Era pasada la media noche, así que las calles de la ciudad estaban tranquilas, sobre todo las zonas alejadas del centro.

—Competía de forma desleal, intentó tirarme de la tabla un par de veces, supongo que hice exactamente lo que él esperaba puesto que a mí me sancionaron y él quedará entre los finalistas de la competición.

—¿Por qué no lo expulsaron también a él?

—Deduzco que querían dar ejemplo únicamente conmigo después del revuelo que se formó en redes.

Las luces del coche iluminaron la casa y Kingsley giró a la izquierda para aparcar en la entrada. En el momento que apagó el motor y nos quedamos a oscuras, el silencio invadió todo el habitáculo.

—¿Y te molesta más la sanción o que él pueda salirse con la suya? —pregunté sin apartar la vista de él.

Las luces de casa estaban apagadas, así que la única claridad provenía de la luna, pero aún así su rostro estaba cubierto de sombras que bordeaban aquellos rasgos marcados y equilibrados al mismo tiempo.

—Lo segundo —admitió girándose hacia mí y en ese momento sentí que el espacio entre nosotros se volvía diminuto—. Es tarde. Deberías entrar y descansar, tu padre esperará que iniciemos el entrenamiento a las siete como siempre.

—Te recuerdo que tú también formas parte de ese entrenamiento —dije sin mostrar alguna intención de bajar.

—Pero a diferencia de ti, dormí anoche.

Para haber dormido realmente poco, no sentía el cansancio, quizá era la adrenalina o el cerebro a todo gas el que no permitía a mis músculos relajarse.

Abrí la puerta de la camioneta y di un salto, pero en lugar de coger mi macuto en la parte de atrás, simplemente deslicé mis brazos por la camiseta y me la quité para arrojarla hacia el interior bajo la insistente mirada de Kingsley.

—Está empezando a preocuparme lo mucho que pareces querer llamar mi atención —dijo conforme bajaba la cremallera de los pantalones cortos y me los bajaba para tirarlos junto a la camiseta.

—¿Nunca has salido a nadar con noche cerrada?, ¡El último que llegue a la boya pierde! —exclamé cerrando la puerta y sin esperar a que me respondiera, simplemente eche a correr hacia la playa cruzando la carretera descalza y pocos metros después comencé a sentir la arena en mis pies.

No miré hacia atrás para saber si Kingsley había decidido quedarse allí sentado o si realmente me seguiría. Tal vez se limitó a reír, coger sus cosas e irse a dormir, pero en el momento que mis pies tocaron el agua fresca fui consciente de que el calor que sentía mi cuerpo no era por la temperatura, sino por la necesidad de que él realmente viniera.

Había hecho aquello cientos de veces con Reef, era nuestra tradición antes de un campeonato para aminorar los nervios de la competición o cuando alguno de los dos no podía dormir por algún motivo.

Apenas me llegaba el agua a las rodillas cuando escuché sus pasos fuertes rompiendo el oleaje y pasó rozando su brazo con el mío. Instintivamente sonreí y después entré en la fase competitiva donde me lancé de cabeza al agua y comencé a nadar hacia la cadena de boyas de seguridad que limitaba el paso de los bañistas.

Nadé sin preocuparme de saber donde estaba él, simplemente acompasando la respiración y viendo el reflejo de la luna en cada nueva ola para meter la cabeza bajo el agua y que no me retrasara en alcanzar la meta. En el momento que toqué la cuerda, comprobé que Kingsley estaba cerca, el único sonido que nos envolvía eran nuestras respiraciones agitadas y aquel oleaje incansable.

—¿Te da pánico subirte a una tabla, pero no salir a nadar en noche cerrada?

—Nunca he tenido miedo al agua. Ni a caer de la tabla —sostuve a su lado mientras me pasaba una mano por la cara para quitarme las gotas que me caían en los ojos—. A lo que realmente

temo es al hecho de saber que no volveré a surfear con mi hermano, que mi vida prosigue sin él. Que puedo hacer borrón y cuenta nueva en su ausencia. Como si nunca hubiera existido —añadí en voz baja.

Pensé que guardaría silencio porque no sabría qué decir en aquella situación y quizá ese era el motivo por el que había sido incapaz de contárselo a alguien, incluso a Alana. De hecho, ni siquiera sabía porque se lo estaba revelando al propio Kingsley, tal vez porque irónicamente él era el único que había visto ese lado frágil que me empeñaba en no mostrar.

—Nadie te ha pedido que le olvides, de hecho, creo que seria técnicamente imposible que lo hicieras —contestó con la respiración mucho más tranquila—, pero yo he visto como brillan tus ojos cuando estás en el agua y como cambia tu mirada cuando ves a otra persona surfear.

Noté como Kingsley se acercaba a mí, incluso noté su pierna rozando la mía.

—Quizá deberías temer más el hecho de olvidar todos los momentos que compartisteis. Llevarlos contigo sin permitir que te impidan seguir viviendo los que aún están por llegar.

—¿Y me lo dice alguien que no es capaz ni de tener una relación estable?

Vi que esbozaba una sonrisa.

—Bueno, teniendo en cuenta como ha acabado la tuya, coincidirás conmigo en que mis motivos tienen fundamento.

Me abalancé sobre él para hundirle y lo conseguí. Antes de que saliera del agua emprendí el regreso hacia la orilla. Casi la alcancé cuando enganchó mi pierna y me vi arrastrada hacia atrás. Grité. Y después noté como me alzaba para lanzarme al agua, pero me encaramé a él y fue imposible que lo hiciera, por lo que ambos caímos. Logré deshacerme de su agarre para escapar apenas unos

pasos cuando noté que perdía el equilibrio y caíamos de nuevo, esta vez sobre la arena.

Kingsley me sujetó de ambas manos y rodamos hasta que se colocó encima de mí, inmovilizándome por completo para que no pudiera escapar de él. Su peso impedía que pudiera hacer algún movimiento para invertir nuestras posiciones y cuando me cansé de intentar deshacerme de su agarre simplemente me detuve y le observé directamente a los ojos, siendo muy consciente de nuestra posición, de la cercanía y de que estábamos completamente solos.

—Ahora que lo pienso he llegado el primero a la meta, así que se supone que debo reclamar mi premio —dijo sin dejar de mirarme.

—Si no recuerdo mal, no se estableció ningún premio.

A pesar de la oscuridad, era capaz de ver el reflejo parcial de su rostro y su expresión de absoluta complacencia en aquel momento.

—En ese caso puedo elegir lo que me apetezca.

—Eso es jugar sucio —reprendí intentando mover los brazos a pesar de saber que no obtendría nada porque estaba a su completa merced.

Kingsley era más fuerte que yo. Más pesado que yo. Y aunque no quisiera admitirlo, su físico era demasiado imponente para poder competir con él. Solo que a diferencia de otras veces donde eso me desquiciaba, en aquel momento lo encontraba irresistiblemente placentero.

—No es mi culpa si no estableces antes las reglas —insistió inclinándose para reafirmar su postura y provocando que algunas gotas de su cabello cayeran sobre mi rostro.

—¿Y qué es lo que quieres? —exclamé alzando el mentón y acercando unos milímetros mi boca a la suya.

—Quiero una visita VIP por la ciudad. Conocer los rincones secretos que esconde esta ciudad, los lugares donde se come comida de verdad y las playas que solo los lugareños conocen.

—¿Y porqué quieres que sea yo quien te acompañe? —murmuré e instintivamente mis ojos se desviaron hacia sus labios.

Observé como dibujaba una medio sonrisa en la que se podía ver parcialmente sus dientes. Tenía que admitir que poseía una sonrisa perfecta, de esas que impactan o como podría decir Alana; *te moja por completo las bragas.*

Y en aquel momento agradecía que las mías estuvieran bañadas por el agua.

—Porque eres la única persona que no ha intentado sorprenderme desde que llegué, así que deduzco que no intentarás hacerlo —confesó incorporándose para quedarse a horcajadas sobre mis muslos y liberando por completo mis brazos.

Aproveché el momento para alzarme, colocarle las manos sobre los hombros y empujarle de tal modo que ahora fue él quien cayó a la arena, quizá porque no le dio tiempo a oponer resistencia o porque permitió que le venciera.

—Eso es porque no toleraba tu presencia. —Mis manos tocaban su abdomen, sentía su pecho subiendo y bajando e instintivamente las deslicé hacia arriba.

—Las personas suelen alejarse de aquello que no soportan —indicó estirando los brazos y colocándoselos bajo la cabeza—, y yo diría que en estos momentos estas haciendo justo lo contrario.

—Quizá sea porque en estos momentos solo hay una cosa que me interesa de ti —afirmé deslizando mis manos aún más en alto hasta rozar su cuello y dejar que mi cuerpo entrara en contacto con el suyo.

Noté como su expresión cambiaba, pero antes de que pudiera decir algo más, me lancé sobre sus labios.

24

Dejar de fingir que no lo sientes

Océane

El contacto con su boca fue como una tormenta que rompía contra el mar avivando el oleaje, rompiendo una costa que llevaba años resistiendo. Aquella rabia, frustración y atracción que había intentado ignorar cada vez que estaba cerca de él, chocaron dentro de mí devastando todo a su paso.

Su respuesta me hizo gemir y abrí mi boca percibiendo como su lengua devoraba la mía con un salvajismo sin precedentes, como si quisiera adueñarse de cada recóndita parte a la que pudiera tener acceso.

Y aquello era lo que necesitaba en aquel momento. Alguien que arrasara con cada pensamiento de mi cerebro y me devolviera a ese instante de puro deleite. Gemí en sus labios sintiendo que un simple beso no bastaría para calmar aquel apetito insaciable. Quería más. Anhelaba más. Necesitaba más.

Así que le besé como si quisiera demostrar algo. Como si quisiera ganar. Como si aquella fiereza fuera otra batalla más entre nosotros en la que ninguno estaba dispuesto a perder.

Sus manos rodearon mi cintura y me apretaron contra él haciendo que sus labios se movieran con mayor intensidad. Mordí su labio y sentí como gemía bajando sus manos hasta mis glúteos para hundir sus dedos afirmando el evidente deseo que sentía ante aquel contacto. Un reconocimiento silencioso que ninguno de los dos estaba realmente controlando, sino que simplemente estaba

siguiendo aquel instinto carnal que cobraba vida propia y en el que me dejaba avasallar.

Se incorporó sin necesidad de hacer ningún esfuerzo haciendo que permaneciéramos sentados el uno sobre el otro sin dejar de besarnos y mientras mis manos se hundían ahora libremente en su cabello sintiendo la humedad y la arena entre mis dedos, las suyas movieron mis caderas percibiendo la protuberancia que había entre sus piernas.

La realidad fue abrumadora y me hizo apartarme rápidamente apenas unos centímetros de su boca, como si necesitara pensar realmente si lo que estaba haciendo era lo que quería o una simple reacción de venganza a la traición de Mason.

¿Lo deseaba?, ¿Quería aquello? Desde luego mi cuerpo lo ansiaba y muy probablemente en aquel momento necesitaba sentir que alguien me deseaba con la ambición que él parecía hacerlo.

—Esto no cambia nada —dije sin alejar mis manos de su cuello y con mis labios pidiendo ser besados por los suyos de nuevo.

—Has pasado de detestarme a besarme, diría que algo sí ha cambiado —murmuró sin apartarse—, pero hacerlo por despecho no va a hacer que te sientas mejor.

—Esto no tiene nada que ver con Mason —mentí descaradamente porque en realidad sí tenía mucho que ver.

Había estado frenando aquel deseo precisamente por él y ahora que no debía hacerlo, que podía dar rienda suelta a mi propio instinto, el fervor era demasiado incitante para negarlo.

—Si no tiene nada que ver con él vas a tener que admitir que te sentías atraída por mí mucho antes de verle con otra.

Hice el amago de apartarme, pero Kingsley me retuvo y una de sus manos se colocó detrás de mi nuca para obligarme a mirarle.

—La atracción física no tiene nada que ver con el hecho de que siga detestándote —escupí siendo consciente de que estaba confesando que él me atraía.

—Coincido plenamente en ello —respondió antes de lanzarse de nuevo a mis labios haciendo que él acallara uno de mis jadeos por la intensidad con la que me atrapaba con los suyos.

Rodamos de manera que volví a tener la espalda contra la arena, solo que en aquella ocasión Kingsley se colocó entre mis piernas y la dureza de su erección era demasiado placentera como para no desear que me colmara de placer. Sus manos viajaron hacia mis pechos sin dejar de besarme. Los acogió entre sus dedos por encima del sujetador de encaje y después, fue bajando por mi cintura haciendo que aquella tormenta que se había desatado en mi interior con el primer beso se volviera un huracán destructivo del que solo él podía rescatarme.

Noté como me alzaba sobre él levantándome de la arena y adentrándonos en el agua. Ni siquiera el frescor de la noche que había hecho bajar la temperatura lograría enfriar aquel volcán que resurgía en mi interior. El agua limpió cualquier rastro de arena y sentí como su boca se apartaba de al mía para deslizarse hacia mi cuello y deleitarme con un rastro de besos mientras inevitablemente mi cuerpo se pegaba al suyo atraída como un imán al que le es inevitable resistirse a la fuerza que lo llama.

Sentía el calor de su presencia envolviéndome y, mientras continuaba descendiendo dejando una ristra de besos a su paso, percibía que todo a nuestro alrededor desaparecía. Solo su respiración en mi piel y esa extraña certeza de que, sin importar cuanto intentara mantener la distancia entre nosotros, aquella firme atracción era real, plausible y tangible. En el momento que noté su boca sobre uno de mis pezones gemí y un instante después mis pechos se deslizaron fuera del sujetador haciendo que él se introdujera uno de ellos en la boca.

Grité de placer sin importarme o no que alguien pudiera escucharnos. Vernos. Espiarnos. Simplemente me agarré a él para sostener mi cuerpo ante aquel placer que él ejercía y aún más cuando una de sus manos se deslizó por el interior de mis muslos abriéndose paso bajo el agua.

Sus dedos me acariciaban conforme su boca me deleitaba y en cuanto introdujo uno de sus dedos en mi interior, clavé mis dientes en su hombro derecho sintiendo una necesidad imperiosa de sentirle dentro de mí allí mismo, como si mi juicio se hubiera ido al diablo y no me importara nada más que aquel instante.

—¿Es esto lo que quieres? —gimió mientras añadía otro dedo al anterior y se deslizaba hacia mi interior con suavidad, en un ritmo suave que no tuvo nada que ver con la forma en la que volvió a poseer mi boca.

Me froté contra él como si mi propio movimiento ayudara a que no dejara de mover su mano, pero detuvo su movimiento y yo lo reclamé como un aullido de lamento.

—Responde —murmuró con la voz ronca rozando mis labios.

—Si —dije volviendo a frotarme contra él sintiendo que iba a volverme loca sino continuaba excitándome.

—Dilo —susurró—. Dí que es lo que quieres de mí.

Cerré los ojos mordiéndome el labio, siendo consciente perfectamente de las palabras y consecuencias que implicaba lo que estaba a punto de decir y, aún así, era lo que deseaba con fiereza en aquel momento.

—Quiero que me folles —dije sin reservas—. Solo una vez. Solo esta noche. Y cuando acabe ninguno de los dos volverá a hablar de esto. Fingiremos que no ha sucedido.

—¿Es realmente lo que quieres? —insistió como si necesitara estar seguro de mi respuesta.

Deslicé mi mano por encima de su ropa interior y toqué la prominente erección comprobando por mí misma el tamaño que tenía.

—¿Es lo que quieres tú? —gemí provocándole.

—Creo que es más que evidente lo que quiero, pero no se trata de mí, sino de ti. No soy bueno para ti, Océano. Así que no vas a obtener de mí ninguna fantasía romántica.

—Serías el último tío sobre la faz de la tierra con el que desearía tenerla —esbocé siendo práctica.

Definitivamente podía desear acostarme con él, pero jamás tener algo más allá del sexo. Kingsley no era el perfil de chico que entraba en mis ideales, aunque tampoco lo había sido Mason y creía que podía ser el hombre con el que compartiría el resto de mi vida. Quizá la culpa había sido mía por no haber visto las señales, por desear aferrarme a alguien que era completamente opuesto a todo lo que yo amaba en la vida.

—Eso ha sonado sorprendentemente ofensivo —agudizó sin soltarme.

—Y aún así sigues aquí, tal vez no estas tan sorprendido.

Esbozó una sonrisa baja, incrédula.

—La única razón por la que sigo aquí es porque te deseo de un modo desquiciante y la única forma de acabar con ello es haciéndote mía.

La confesión me hizo arder hasta el punto de desear con desesperación que me poseyera. Paseé mi mano por el borde de la cintura donde estaba el elástico de su ropa interior y luego moví los dedos hacia arriba, tocando cada músculo definido de su abdomen y sintiendo como mi cuerpo se estremecía ante aquel contacto, percibiendo la necesidad y apetencia por devorarlo.

—¿Y a qué estás esperando?

—Tú lo has pedido, Océano. Si solo será esta noche, haremos que sea memorable.

Agarró mi mano y estiró de mí para salir del agua con paso firme, sin detenernos hasta llegar de nuevo a mi casa, donde pasamos de largo por la camioneta y se dirigió directamente hacia la caseta del jardín.

Entramos completamente a oscuras, pero Kingsley no se molestó en darle al interruptor para llenar aquel espacio de luz, sino que tras cerrar la puerta, se colocó detrás de mí y sentí como sus manos se paseaban por mi cuerpo, deslizándose desde la cintura hacia arriba a la vez que su boca colmaba de besos mi cuello.

Jadeé atrapada entre aquellas caricias, obligándome a morderme el labio para no gritar de agonía. Escuché como el encaje cedía y segundos después el sujetador caía al suelo hecho trizas antes de acoger de nuevo mis pechos entre sus manos. Giré levemente el rostro y él atrapó mi boca con premura, a la par que pellizcaba uno de mis pezones y yo gemía.

Me moví contra el sintiendo la necesidad de frotarme contra su erección, de sentirla, palparla y tocarla. Podía percibir su deseo en mi piel, el apetito carnal consumiéndonos en aquel momento, y como si hubiera leído mis propios pensamientos, metió una de sus manos bajo mis braguitas de encaje haciendo que sus dedos se hundieran de nuevo en mi interior.

—Joder… —gimió en mis labios volviendo a atraparlos.

Jadeé en su boca abriéndome para él, permitiendo que se adentrara todo lo que quisiera y llevé mis manos hacia atrás para deslizarlas en su ropa interior recorriendo con mis dedos su carne.

Instantáneamente dejó de acariciarme el pecho para sostenerme de la cintura y alzarme, avanzando sin dejar de besarnos, sin dejar de hundir sus dedos dentro de mi conforme gemía en su boca y cuando mis pies volvieron a tocar el suelo me di cuenta de que estábamos en la habitación, concretamente en la

zona más oscura donde la luz que atravesaba la ventana no llegaba a cubrir.

Escuché el sonido del cajón y vi como se llevaba el envoltorio del preservativo a la boca para escupir al suelo la parte rasgada. Ni siquiera apartó la mirada de mi conforme se lo ponía, en ese momento me sentí como una presa acorralada a punto de ser mordida, solo que no tenía miedo, sino una irrefrenable necesidad de ser mordida, poseída, marcada.

Dio un par de pasos hacia mí, provocando que mi espalda tocase la pared que dividía la habitación del baño y colocó sus manos en mis braguitas, haciendo exactamente lo mismo que con el sujetador, como si sintiera satisfacción de romperlas, aunque en aquel momento no me importara.

—Di mi nombre.

—No —negué percibiendo esa sequedad en la garganta que solo muestra el deseo ferviente ante la anticipación del placer que aguarda.

—Dilo —jadeó acercando su boca a mi cuello y logrando que emitiera un pequeño gemido ante el roce.

Podía sentir su erección rozando mi entre pierna, el ardor porque se adentrara y me poseyera en todos los sentidos.

—Voy a follarte hasta que olvides absolutamente todo salvo mi nombre. Así que dilo, Océano.

Sentí como aquellas palabras intensificaban el fuego que ya ardía en mi interior y alimentaban aquel anhelo que me consumía.

—No me llamo Océano —contesté con la voz medio rota por la sequedad.

—Tus ojos son el único lugar donde las mareas serían capaces de obedecer a la luz. He querido perderme en ese abismo azul del que nadie desearía escapar desde la primera vez que los vi. —Se

acercó lo suficiente para que notase su respiración, el ascenso de su pecho rozándome cada vez que inspiraba, el silencio que nos envolvía cargado de la tensión que atenazaba con destrozarnos.

Algo en mi interior se deshizo, como si sintiera que no necesitaba esconderme, protegerme o cubrirme ante él, tal vez porque por muy insólito que me pareciera, comenzaba a sentir que era la única persona capaz de verme.

Coloqué mis manos en sus hombros y acerqué mi boca a su oreja, rozando con mis labios aquella piel fina, sintiendo el calor de mi cuerpo pegado al suyo más que nunca.

—Maximilian Kingsley —susurré justo antes de morder el lóbulo y sentir como agarraba mis glúteos aplastando su cuerpo otra el mío conforme se abría paso entre mis piernas provocándome un deleite inaudito.

La firmeza con la que volvió a envestirme me hizo sollozar deseando rogar que continuase, pero ni siquiera hizo falta que lo hiciera porque nuestros cuerpos comenzaron a acoplarse encontrándose a mitad de camino, sintiéndose como dos piezas de un puzzle que finalmente encajaban.

Percibí como la tensión en mi interior crecía, aumentaba, se estiraba como una cuerda llegando a su límite antes de romperse. Cada respiración parecía más corta según el ritmo de sus envestidas, nuestros gemidos se acompasaban al igual que lo hacían nuestros movimientos y todo a mi alrededor se reducía a aquel instante en el que estaba literalmente a su merced, sin importarme nada que no fuera él. La sensación ascendía como una ola a punto de surfear, ese momento de intensidad y nerviosismo imparable, recorriéndome por dentro con la promesa de llegar a la cima y colmarla. Me lancé a sus labios con salvajismo, con posesión, quería tener todo de él. Quería sentirle en todas partes. Quería aún mas.

Y lo tuve.

Su boca poseía la mía mientras se hundía una y otra vez hasta que fue imposible contenerlo. Sentí la sacudida dulce atravesándome de arriba abajo, deshaciendo cualquier resistencia, rompiendo cada recuerdo y enviándome a un lugar en el que el tiempo perdía forma y solo quedaba una intensa sensación de libertad, de plenitud, de absoluta calma.

Supe que los dos habíamos alcanzado el clímax al mismo tiempo cuando fui consciente de donde estábamos, de nuestros cuerpos encajados, de su piel tocando la mía, de sus manos sujetando todo mi peso, de su respiración agitada en mi cuello, del modo en el que no parecía tener intenciones de alejarse.

Y en ese momento descubrí lo que era el sexo de verdad. Lo que era sentir un placer tan exquisito que te hiciera olvidar todo lo demás.

Si. Puede que me hubiera acostado con una decena de chicos desde que perdí la virginidad, pero jamás había sentido aquel placer infinito que te dejaba con ganas de más.

Mucho más.

25

Tu nombre sabe a sal

Océane

De pequeña aprendí que cada ola que te derriba, te enseña como volver a levantarte y quizá por ese motivo no me marché en aquel instante, sino que acepté esa parte de mi cerebro que me incitaba a quedarme, a saborear un poco más aquel placer descubierto e interpretar mucho después la agonía de su ausencia.

El agua de la ducha que apenas lograba acogernos a ambos, se llevo los restos de sal y arena, pero lo que estaba segura de que no podría borrar eran las huellas sus manos en mi cuerpo y el modo en que habíamos tenido sexo frenético.

Tenía intención de coger una toalla, envolverme y regresar a por mis cosas en la camioneta para entrar en casa, pero antes de que pudiera secarme, Max me agarró de la cintura y me colocó sobre la encimera del lavabo, pude leer por la oscuridad de sus ojos que lo consumía lujuria, como si el mismísimo pecado carnal estuviera a punto de arrastrarme a su lado.

—Debería irme —murmuré sintiendo que mis labios se entreabrían y sentían la necesidad de ser besados de nuevo.

—Si quisieras irte ya te habrías marchado —susurró abriendo mis piernas para meterse entre ellas.

No necesité bajar la vista para notar su notable erección porque rozaba mi muslo, pero lo hice cuando vi que él se inclinaba sobre mi para poner la boca en mi esternón, justo entre mis pechos y bajar con su lengua lentamente hasta llegar al clítoris, donde saltó

a mi muslo izquierdo y estuvo jugueteando una y otra vez con la intención de darme placer mientras me estremecía.

Aquello se volvió una tortura, tan excitante como flagelante ya que jugaba a darme placer para después arrebatármelo hasta que estuve a punto de enloquecer y acabé gritando de nuevo su nombre.

El segundo orgasmo llegó casi de inmediato.

Ni siquiera me había repuesto de él cuando mis pies volvieron a tocar el suelo, me giró hacia el espejo y me penetro desde atrás en un solo movimiento. Estaba aún tan excitada que se deslizaba a través de mis piernas con una facilidad plausible. Mis ojos estaban clavados en los suyos a través del espejo, sus manos me sujetaban las caderas para envestir una y otra y otra vez sin cesar, sin apartar la mirada, devorándonos a través de ella como si fuera un pacto silencioso.

Vi su rendición. Vi como aquella corriente de ardor nos atravesaba mutuamente hasta dejar el tiempo suspendido y que solo importara aquel instante. Y fue en aquella mirada sostenida donde tuve el orgasmo más intenso de mi vida con una plenitud difícil de nombrar.

Me quedé sin fuerzas, sin control, sin decisión, sin saber siquiera como había sido posible, pero tenía la certeza de que él me sostenía entre sus brazos con firmeza, como si mi propio cuerpo reconociera que Maximilian Kingsley jamás me dejaría caer.

Y por sorprendente que pareciera, la idea me agradaba a pesar de que sabía perfectamente que con un tipo como él solo se podía correr en dirección contraria.

Abrí los ojos sintiendo la claridad de la mañana en una habitación que no era la mía, pero me di cuenta de que estaba abrazada a otra persona incluso antes de reconocer el lugar en el que me encontraba y quien el hombre desnudo que había en aquella cama.

Los rasgos de Kingsley se acentuaban mientras permanecía profundamente dormido, observé detenidamente sus labios, el perfil, la silueta que conformaba la frente con su nariz teniendo que admitir que era extremadamente atractivo.

Me deslicé suavemente fuera de la cama sin hacer ningún movimiento brusco que pudiera despertarlo y, cuando comprobé que estaba completamente desnuda recordé que lo único que llevaba puesto la noche anterior era aquel conjunto de encaje que él había hecho trizas y cuyos restos debían estar por alguna parte. Cogí la primera prenda que había a mano y se trataba de una camiseta holgada con el diseño de un perezoso haciendo surf. No tenía tiempo de rebuscar entre sus cosas así que me la coloqué con rapidez y caminé de puntillas con suavidad hasta llegar a la puerta principal y cerrarla sin hacer ruido.

Supe que había estado conteniendo el aire cuando deduje que debían ser pasadas las siete y que era muy posible que mi padre estuviera ya levantado preparando el café.

Entré en la casa a hurtadillas, accediendo desde la entrada principal en vez de hacerlo desde la cocina. Podía sentir el olor a café recién hecho, el silbido de mi padre tarareando una canción como si estuviera contento y pasé como una sombra que se mueve entre la oscuridad hasta deslizarme finalmente a mi habitación y sentir el sudor de la culpa recorriendo cada extremidad.

¡Joder!, ¡Me había acostado con Kingsley!, ¿En qué jodido momento me pareció que podría ser una buena idea cuando tendría que seguir viéndole cada puñetero día?

Iba a tener sus manos recorriendo mi cuerpo y recordándome que acabé suplicándole que me follara. ¿Debía sentirme patética por ello?, ¿Debía sentirme horrorizada?

Lo cierto es que lo único que era capaz de sentir en aquel momento era la absoluta firmeza de que una simple noche no había conseguido acabar con aquel instinto carnal que él me provocaba.

Una ducha de agua helada y varias dosis de convencimiento después frente al espejo, tenía muy claro que fingir que no había pasado nada era la única estratagema a seguir.

Probablemente no tenía de qué preocuparme porque Kingsley era un experto en ello. Se tiraba a una tía cada noche y después vivía sin prejuicios por ello. Si a él no le importaba el sexo ocasional, a mí me importaría todavía menos.

—¡Buenos días, papá! —exclamé con un énfasis poco habitual en mí.

Noté como me miraba extrañado y sin dejarle responder le robé el café que tenía entre las manos.

—Anoche llegamos bastante tarde —murmuré antes de darle un sorbo sin quejarme porque no estuviera exactamente a mi gusto.

—Lo supuse, por eso no quería despertaros y pensé en dejar que descansarais un par de horas más. ¿Algo que me tengas que contar? —preguntó mi padre observándome.

—No. Todo fue bien —solté cogiendo una galleta y dandole un mordisco.

—¿Seguro?, ¿No paso nada? —volvió a insistir mi padre y en ese momento escuché los pasos de las escaleras que daban al porche.

Mi vista se fue hacia allí de forma inmediata y Kingsley llenó mi visión con aquel torso impresionante completamente desnudo. Se había puesto un pantalón de chándal holgado que le caía

ligeramente por las caderas, pero incluso con una bolsa de basura en la cabeza no podría dejar de emitir aquel magnetismo irrefrenable.

¿Será el perfume lo que activa algún tipo de feromonas para que todo mi cuerpo reaccione de esa forma?

—Lo siento. Me he quedado dormido —dijo dirigiéndose a mi padre—, anoche se me olvidó poner la alarma en el teléfono —añadió mirándome directamente a mí—, imagino que fue el cansancio.

Casi me atraganté con la galleta y aparté la vista de él.

—No importa. Deduje que hoy iniciaríais el entrenamiento más tarde. ¿Os dijeron algo de cuando saldrá la campaña?

Me quedé en silencio mientras les oía hablar de la sesión de fotos, el contrato y la publicación que nos convertía públicamente en pareja oficial de competición.

—Por cierto, se me olvidó decirte que ayer llamó Mason para preguntar si habías llegado, dijo que no lograba comunicarse contigo. Tu madre le dijo que ya habías avisado de que llegarías bastante tarde para que no se preocupara.

Mi movil aún seguía en la camioneta, así que supuse que tendría infinitas llamadas por su parte y que seguramente acabaría bloqueando su número de teléfono si continuaba siendo insistente.

—¡Ah, si! Pasamos por varias zonas sin cobertura —murmuré apartando la mirada como si no quisiera que notara nada extraño en mi voz y esperé que eso fuera justificación suficiente.

—Bien. Será mejor que nos pongamos en marcha, habéis perdido dos días de entrenamiento y os toca recuperarlos, así que os quiero listos en diez minutos. Hoy vamos a comprobar vuestra estabilidad sobre la tabla con algunas posiciones sencillas.

No objeté nada. Kingsley tampoco lo hizo, simplemente se sentó en el taburete que había a mi lado y pasó su mano por delante de mí para alcanzar el cuenco de granola.

Mi padre desapareció un par de minutos después dejándonos completamente a solas y el silencio pesaba mucho más que la incomodidad de estar uno al lado del otro tras haber pasado la noche juntos.

—No podemos seguir evitándolo—susurró volcando el yogur en su cuenco y mezclándolo con la granola.

—¿El qué? —exclamé girándome hacia él a pesar de querer evitar sentir ese candor que se instalaba en mi vientre y que poco a poco se expandía hacia mis extremidades amenazando de nuevo con consumirme por esa atracción inevitable.

—Ejecutar las acrobacias sobre la tabla, ¿A qué otra cosa iba a referirme? —indicó relajado como si el hecho de que hubiéramos tenido sexo frenético la noche anterior hubiera sido un sueño pasajero.

—Si. Cierto. Supongo este momento iba a llegar de todos modos —afirmé justo antes de que sintiera el ruido de la granola deshaciéndose en su boca y aquello solo me hizo recordar como me había dado placer con sus labios la noche anterior.

El calor era real, probablemente también lo fuera el rubor en mis mejillas, pero aunque quisiera meter todo lo acontecido la noche anterior en un rincón secreto de mi cerebro y cerrarlo con llave, era imposible descartar la sensación exquisita y apabullante de alcanzar el clímax junto a ese hombre.

Y aún así debía hacerlo. No podía volver a cometer el error de caer bajo ese embrujo, aunque solo fuera sexo. Si era tan fácil para él fingir que no había ocurrido nada, lo sería también para mí.

—¿Estás segura? —preguntó con la vista al frente.

—Completamente —afirmé conforme me terminaba de beber el café y me ponía en pie con la intención de alejarme de él, aunque solo fuera por unos cuantos minutos.

Dejé a Kingsley terminando de desayunar en la cocina y me encerré en el baño abriendo el grifo del lavabo, pero con la vista puesta en el espejo observando mi reflejo. Tal vez mi apariencia fuera la misma, pero algo dentro de mí había cambiado. No iba a negar el nerviosismo que me producía tener que subirme a esa tabla con Kingsley, pero no era el mismo de días atrás, ni siquiera una décima parte. ¿Puede que eso se lo debiera a él? Respiré hondo, me eché agua en la cara y en el cuello y me repetí a mi misma que podía enfrentarme a aquello, que podía superarlo y qué indudablemente necesitaba hacerlo.

No me importaba si la motivación que me impulsaba era la de no permitir a Susanne arrebatarme más de lo que ya había obtenido. O si era una satisfacción personal quedar por encima de ella. O si simplemente necesitaba demostrar que podía recuperar una parte de la Océane que fui antes de que Reef desapareciera. O si, a pesar de no querer reconocerlo, Kingsley tenía razón y debía tener más miedo al hecho de desdibujar su recuerdo que a honorarlo y recordarlo cada vez que estuviera en el agua.

A diferencia de otros días, me llevé el bañador de neopreno en el último momento, como si quisiera utilizarlo de barrera entre las manos de Kingsley y mi cuerpo y no por ser consciente de que había aceptado la idea de volver a competir en surf tándem.

Había algunos bañistas cuando llegamos, turistas que parecían dar clase de iniciación a surf por lo que nos colocamos bastante alejados de ellos. Ni Kingsley, ni yo habíamos hecho mención a lo sucedido la noche anterior y eso hacía que me preguntara si para él había sido tan insignificante que era perfectamente capaz de haberlo borrado de sus recuerdos.

Subí a la tabla a horcajadas en la parte delantera y sentí el impulso de su peso justo detrás de mí. Era consciente de que mi

padre nos observaba minuciosamente y recogí mis piernas en el momento que la primera ola chocó contra nosotros.

Sentí el temblor en mi cuerpo conforme avanzábamos, esa sensación de perder el control junto a la presión en mi pecho. Y antes de dejarme vencer por todo ello, noté su mano rodeando mi cintura, invitándome a alzarme y justo después estaba completamente pegada a su cuerpo.

La sensación de sentir su calor corporal atravesando mis terminaciones nerviosas fue como un bálsamo que impidió que el miedo avanzara en ese instante.

—Siente la corriente golpeando la tabla bajo nuestros pies —murmuró cerca de mí—. Nota como se desliza, cambia y se adapta según avanzamos —continuó manteniéndome firme.

—¿Ahora te has convertido en mi instructor? —esbocé con la voz ligeramente rota, sin saber si era porque aún no me sentía capaz de afrontar del todo aquello o porque tampoco podía evitar sentir que su contacto fuese abrasador.

—Eso depende de la disciplina en la que quieras ser instruida —jadeó tan cerca de mi oido que noté como me estremecía.

Dejamos que la inercia del mar arrastrara la tabla solo para comprobar el equilibrio de ambos sobre ella hasta alejarnos de la corriente.

—La única disciplina que voy a practicar contigo es sobre esta tabla y te recuerdo que fui la última campeona —dije separándome de él y preparándome para lanzarnos a por la siguiente ola.

—Pues en ese caso te convendría relajarte un poco más, tal y como lo hiciste anoche.

Me volví hacia el y vi su postura relajada, como si estuviera hablando del maravilloso día soleado que teníamos en ese momento.

—Estamos de acuerdo en que lo de anoche no va a volver a repetirse —dije abruptamente.

No era una pregunta sino una aclaración.

—Por supuesto —dijo volviendo a tumbarse sobre la tabla para remar hacia la zona de *line up* y esperar a la siguiente ola.

Por algún motivo aquella respuesta no me complació lo que se suponía que debería haber hecho, pero luché contra la idea de tener algún tipo de sentimiento hacia Kingsley por muy insólito o imposible que pareciera.

Aquello era puro magnetismo. Una atracción innegable que ahora se había acrecentado al saber que la química que compartíamos en cuanto al sexo era absolutamente insaciable.

Pero podía luchar contra eso. Podía poner mis propios límites al deseo.

Solo que en cuanto surcamos la siguiente ola, él me alzó sobre sus hombros y noté su mano en mi muslo abrasándome. Consumiéndome. Recordando que ese capullo insolente me había dado el mayor orgasmo.

Y ahora solo podía pensar en que quería sentir de nuevo como se hundía dentro de mí, colmándome, haciéndome gritar de exasperación hasta arrancarme de nuevo todos y cada uno de mis pensamientos, salvo uno.

Su jodido nombre.

26

Perder el equilibrio contigo

Océane

Prefería ocupar la mente en lugar de quedarme en casa con la tentación a un paso de distancia, así que me presenté en el restaurante de los padres de Alana para ayudar de forma improvisada.

—¿Vas a contarme que te pasa? —preguntó mi amiga en cuanto me ofreció el delantal para colocármelo a la cintura.

—Necesitaba salir de casa —afirmé en voz baja y ella empezó a colocarme el bolígrafo, la libreta de anotaciones para las comandas y la pequeña tablet donde estaba el menú.

—Pensé que tras el viaje a Brisbane, Kingsley y tú podríais haber limado asperezas —comenzó a decir de forma serena—. Ya sé que no le soportas y que te parece un egocéntrico, pero creo que…

—¡Me he acostado con él! —gemí casi en un susurro para que solo ella pudiera escucharme.

Durante varios segundos comprobé como Alana se quedaba callada, tal vez porque su cerebro aún intentaba procesar lo que acababa de confesar.

—¿Qué has hecho, qué? —exclamó realmente sorprendida.

Cerré los ojos y me llevé una mano a la frente mientras me daba la vuelta y salía por la puerta hacia la terraza. Afortunadamente aún faltaban diez minutos para el horario de

apertura por lo que no había ningún cliente y las mesas ya estaban preparadas.

—El jueves por la noche fui a casa de Mason para sorprenderle, pensaba pasar la noche en su casa antes del reportaje al día siguiente, pero evidentemente la sorprendida fui yo. Le pillé liándose con Susanne en su propio apartamento, puedes imaginar el resto… —dije sin querer dar demasiados detalles porque el simple recuerdo me provocaba ardor de estómago.

—¿Susanne? No sé porqué no me sorprende… ¡Será zorra! —exclamó Alana cruzándose de brazos—, ¿Y como puede hacerte Mason algo así?, ¡Menudo cabrón!

—Evidentemente no parecía ser la primera vez, pero lo que haga ella no me interesa, es Mason quien me engañaba, manipulaba y coaccionaba, esa noche vi realmente quien era de verdad y de no ser por Kingsley ni siquiera sé como habría podido salir de allí.

Acabé confesándole las cosas horribles que Mason había dicho de mis amigas, los planes a los que quería someterme y que a pesar de ser reticente a ellos estaba dispuesta a aceptar para no perderle. Las veces que había tenido comportamientos abusivos pero que después se mostraba como alguien dulce y comprensible. Me sentí tan asqueada, culpable y estúpida que no pude evitar que se me escaparan las lágrimas.

Alana se acercó hasta mí y colocó su mano sobre mi hombro.

—¿Estás bien? —preguntó como lo haría solo una buena amiga.

—Ni siquiera sé como sentirme —afirmé—. No sé si me acosté con Kingsley por pura venganza hacia Mason, o porque he querido negar todo este tiempo que sentía una atracción inevitable. La cuestión es que de un modo u otro, no dejo de sentirme culpable.

—No deberías sentir culpa por acostarte con un chico que te atrae físicamente, da igual si fue por un acto de despecho o porque

te apetecía. Solo fue sexo, no deberías pensar demasiado en ello.

—No lo entiendes… —gemí con un nudo en la garganta porque incluso yo misma no deseaba admitirlo.

—Sí que lo entiendo. Él era quien estaba ahí en un momento de debilidad en el que te permitiste caer. Es tu compañero. Pasáis demasiadas horas juntos. Después de lo que ocurrió entre vosotros es normal que la relación se haya vuelto algo extraña, pero no deberías preocuparte por maxi-pibón, dudo que se tome en serio lo que ocurrió. Es un ligón innato.

—¡El problema es que me gustó! —confesé, completamente avergonzada—. Y entrenar hoy con él ha sido un completo infierno. Cada vez que estoy cerca de Kingsley no puedo dejar de pensar en lo que pasó. Y lo peor es que mientras una parte de mí siente repulsa, la otra solo ha deseado constantemente que vuelva a suceder.

Alana abrió los labios como si fuera a decir algo y después los cerró abruptamente.

—Entonces… ¿La culpa que sientes es por que él te gusta? —preguntó finalmente.

—No me gusta. Admito que está bueno y que siento atracción hacia él, pero no me gusta —afirmé con la necesidad de ser convincente—. Ni siquiera yo me entiendo… —Dejé escapar un pequeño grito de agonía.

Alana se colocó a mi lado y pasó su mano por mis hombros para pegarme contra ella en una especie de abrazo.

—Creo que te has pasado tanto tiempo deseando no sentir atracción por Max que ahora te pesa la culpa. Míralo por el lado positivo ¿Qué mejor que el sexo desenfrenado y sin compromiso para hacerte olvidar al capullo de Mason? Es evidente que entre vosotros jamás habría algún tipo de sentimiento de por medio ¿Por qué no lo aprovechas?

¿Aprovecharlo?, ¿Iba en serio? Ciertamente no lo había analizado con un pensamiento lógico y distante. ¿Podría tener razón? Tal vez necesitaba pensar en ello desde otro enfoque. Cambiar el recuerdo de todo lo vivido por Mason por otro rostro, otra piel y otra historia que no me exigiera promesas o explicaciones, que simplemente me hiciera vivir el presente sin pensar en nada más, sin proyectar algo que no iba a tener lugar.

¿Era eso lo que quería?, ¿Lo que necesitaba? Definitivamente en ese momento lo único que deseaba era no pensar en Mason y en Susanne revolcándose en aquel apartamento porque la repugnancia de saber que había estado dispuesta a dejarlo todo por él me provocaba verdaderas arcadas.

¿Cómo es posible que hubiera estado replanteándome seriamente la posibilidad de casarme con él?, ¿De ser la madre de sus hijos?, ¿De conformarme con aquello que estaba dispuesto a darme como si fuera la mujer más afortunada del planeta?

En ese instante me sentía como una completa idiota, sobre todo porque había tenido las señales delante de mis narices y había decidido hacer oídos sordos a ellas, mirar hacia otro lado y convencerme de que su modo de actuar siempre fue pensando en mi bienestar y no en su egoísmo de aislarme tanto de mis amigas como de mi familia para poder manipularme y precisamente creer que yo le importaba.

Me sentía frustrada. Enfadada. Cabreada. Y aunque gran parte de ese estado de ánimo era lo que me había llevado a pasar la noche con Kingsley, no podía menospreciar la idea de que ya sentía esa atracción por él durante los últimos días. Incluso sería una necia si no admitiera que me había sentido atraída hacia él desde el primer día, pero lo había rechazado abruptamente al percibir que era un tipo arrogante y adulador.

—Creo que la situación entre Kingsley y yo ya es lo suficientemente complicada como para añadir una especie de

relación sexual esporádica entre nosotros —afirmé acercándome a una de las sillas y apartándola para sentarme—. No, gracias.

Alana se encogió de hombros y se colocó en la silla que tenía frente a mí.

—¿Y qué piensas hacer?

—Probablemente esperar a que se me pase el calentón y evitarle todo lo posible, aunque mi día consista en pasar el noventa por ciento del tiempo a su lado.

—Definitivamente no te envidio.

—Pensarás que soy una hipócrita. Después de hostigarte para que no te acostaras con él cuando yo misma lo he hecho.

Alana resopló y se dejó caer en la silla.

—Creo que eres muchas cosas, pero precisamente hipócrita no está entre todas las cualidades con las que te definiría. Aunque reconozco que siento un poco de envidia y estoy reprimiendo mis ganas de conocer los detalles.

Los primeros clientes comenzaron a llegar y no volvimos a hablar del tema, pero mientras servía las comandas y limpiaba las mesas, no dejaba de pensar en lo que mi mejor amiga me había dicho.

Lo último que deseaba en aquel momento era adentrarme en una relación sentimental de cualquier tipo, pero con Kingsley no existía esa posibilidad, ¿Verdad? Él mismo lo había reconocido días antes y, aunque aquel pensamiento no dejaba de perforar una y otra vez mi cerebro con la idea de buscar un hueco en el que quedarse, deseché por completo la idea al parecerme completamente descabellada y fuera de lugar.

Había sido una vez. Una única vez. Y así debía seguir siendo.

Alana me convenció para que fuéramos a tomar unas cervezas a Jame´s, el pub de siempre y encontramos a nuestras

amigas que acababan de conocer a un par de surfistas que estaban en Noosa como turistas.

No pude evitar que mis ojos buscasen arduamente por todo el local un rostro concreto y, cuando no lo encontré, no sentí el alivio que pensé que sentiría.

¿Estaría en casa?, ¿Tal vez tenía una cita con otra chica?, ¿Podría estar en otro pub? Mi mente no dejaba de pensar en todos los escenarios posibles mientras uno de los chicos, Tom o quizá se llamaba John, ni siquiera lo recordaba, no dejaba de hacerme preguntas.

—¿Entonces eres surfista profesional? —insistió porque Rachel le había comentado que había ganado algunos campeonatos.

—No —negué con bastante desinterés hacia el chico en cuestión.

Podía ver su interés, pero definitivamente no era recíproco en absoluto a pesar de que era guapo.

Me había sentado en un ángulo de la mesa desde el que podía ver perfectamente la entrada, así que no me pasó desapercibido el momento en que Susanne llegó junto a un par de chicas.

Aparté la vista como si no me importara su presencia, como si realmente me diera igual que compartiera el mismo espacio, aire y circulo de conocidos conmigo. Al menos era lo que pensaba hasta que Kingsley apareció diez minutos después completamente solo y fue directamente a saludarla.

Por mucho que quisiera centrarme en la idea de que no tenía ningún derecho a sentir celos, rabia o el cabreo monumental que amenazaba con incendiarme, lo cierto es que sentía todo aquello junto amasándose en mi interior con la intención de vomitarlo a bocajarro y sin reservas, sobre todo, cuando la sonrisa complaciente

de Susanne solo demostraba una vez más que aquella chica estaba creada a base de codicia y envidia.

Estaba claro que el interés por Mason era hacerme daño, pero no sabía si el acercamiento a Kingsley era jugar una carta para evitar que volviera a la competencia o si realmente le gustaba.

—Bailemos —le dije al tal Tom o John o como demonios se llamara.

No le di tiempo a responder, simplemente me levanté y me fui hacia la zona adaptada a baile donde ya estaban algunas de mis amigas incluida Alana. Los chupitos de tequila, vodka y Jägermeister corrían uno detrás de otro hasta que ni siquiera podía sentir el dolor de pies que los zapatos de tacón prestados por mi mejor amiga me generaban o que el tipo pegado a mí que paseaba sus manos por mi cuerpo no era el que yo deseaba que fuera.

Me aparté en el momento que sentí su boca en mi cuello acercándose peligrosamente a mis labios cuando la poca cordura que aún me quedaba reconoció que ni la altura, ni su aroma eran el que yo anhelaba encontrar, así que me escabullí hacia la zona de los baños dejando el sonido de la música estridente atrás.

El pasillo era estrecho, largo y oscuro, así que no pude comprobar cuanta gente había hasta que llegué al final y, en el momento que lo hice, maldije al ver a Susanne justo delante de mí.

Fingí que no la reconocía, que simplemente era alguien que no había visto en mi vida, así que mantuve la mirada fija en otro lado e incluso pensé en meterme en el baño de los chicos ya que solo había uno esperando.

—Espero que no hayas venido esperando una disculpa —escuché a mi lado sin un resquicio de duda sobre quien era la dueña de esa voz.

Puede que estuviera bastante ebria, pero aún no lo suficiente para perder la coherencia.

Deslicé la mirada con lentitud, como si no me importara hacerla esperar y cuando finalmente clavé mis ojos en ella, observé que me miraba con esa condescendencia típica que nunca había soportado.

—No fui yo quien le buscó. Evidentemente no lo satisfacías como esperaba.

Sentí como mis uñas se clavaban en las palmas de mis manos y me aferraba a la idea de que propinarle un puñetazo no iba a hacerme sentir mejor.

Solté una risa seca.

—¿Eso es lo que vas a decir en tu defensa?

Vi como ladeaba el rostro confusa, ¿Igual esperaba verme estallar?, ¿Atacarla?, ¿Qué me derrumbase frente a ella y llorara como una niña pequeña? No iba a darle aquello que precisamente buscaba.

—No tengo que defenderme de nada. Yo no he hecho nada malo —gimió.

—Estabas en su casa. Te trato como una puta a la que pagaba por sus servicios, así que pavonearte de acostarte con el que era mi novio a escondidas solo te hace quedar como una necia ignorante.

Igual era el alcohol el que hablaba más por mí que yo misma, pero era eso o partirle la cara y no me apetecía terminar la noche detenida en un calabozo.

—Puedes llamarme como quieras si eso te hace sentir mejor, pero tu querido Mason no tuvo ningún reparo en venir a buscarme a escondidas cada vez que te visitaba. No dejaba de decir que eras una frígida en la cama y que tenía que acostarse conmigo para quedarse satisfecho antes de verte. Deberías agradecerme que hayáis durado tanto tiempo.

Si alguna vez pensé que Susanne tenía un alma negra, ahora solo pensaba que estaba profundamente podrida.

Aceptaba que verme como una rival invencible podía haber surtido en ella ese rencor al hecho de no poder soportarme, pero intentar hacerme daño a través de mi vida privada, sobre todo cuando había dejado de ser una competidora al retirarme oficialmente de todas las competiciones y siendo más que consciente del motivo por el que lo había hecho, hacía que me resultara aún más incomprensible aquel comportamiento.

Quizá no había nada que entender, simplemente ella era así y solo ahora me daba cuenta de que sus límites no tenían ningún tipo de pudor o razón de ser.

—Debe ser absolutamente denigrante tener que conformarte con las migajas ¿no? —esbocé mostrando una sonrisa irónica—. Definitivamente tiene que ser difícil aceptar que siempre voy a estar por encima de ti y que por mucho que lo intentes, nunca vas a superarme —arremetí alzando el mentón y comprobé como el gesto de satisfacción en su rostro cambiaba por completo. El enfado, la irritación y la rabia traspasaban sus ojos.

Noté como daba un paso hacia mí y trataba de intimidarme, ni siquiera sé como fui capaz de mantener la calma, de no empujarla para alejarla pese al rechazo que su simple presencia me generaba.

—Tal vez puedas engañar a los demás con ese aspecto de mosquita muerta, pero a mí no. Siempre con esos aires de magnificencia, llevándote absolutamente todo como si el mundo te lo debiera por el hecho de ser tú. Incluso papaito te ha encontrado al mejor surfista disponible, ¿No te has preguntado porqué está aquí?, ¿Tan estúpida eres? Será mejor que no te hagas a la idea de competir con él porque alguien como Max nunca está dispuesto a perder —afirmó con verdadero odio en sus palabras.

Su semblante cambió repentinamente, como si tuviera doble personalidad y una completamente diferente se hubiera apoderado

por completo de su ser. La sonrisa de cordialidad y sus ojos completamente brillantes miraron en otra dirección y cuando volví la vista comprobé cuál era el motivo. Kingsley estaba justo detrás de nosotras y en ese momento me observaba fijamente.

—¿Todo bien? —Su voz era rasposa, grave, ruda.

O quizá era el efecto del alcohol que mermaba mis sentidos y me hacía sentirlo de ese modo.

—Perfectamente —contestó Susanne por mí y observé como su mirada viajaba hacia ella—. Solo le estaba contando a Océane que el domingo tenemos una cita y que le agradecería que no nos importunara.

Sentí como la sangre me hervía en aquel momento presa de un sentimiento de cólera por el que estaba a punto de prender fuego a todo el local, pero comprobar que el propio Kingsley no lo negase hizo que me sintiera aún peor. No necesitaba comprobar la sonrisa burlesca de Susanne en aquel momento mintiendo descabelladamente y, al mismo tiempo, dejando entrever que iba a salir con Kingsley y que solo era cuestión de tiempo que él cambiara de bando.

Y lo pensé.

Realmente llegué a pensar en qué ocurriría si lo hacía. Si aquello por lo que tanto había insistido los primeros días sucedía.

Pero descubrir que la idea no me agradaba logró desestabilizarme y en aquel momento, ya fuera por culpa del alcohol o de esa propia revelación, no pensaba dejar que ninguno de los dos me viera.

—Pues que os aproveche —solté y en cuanto vi que la puerta del baño de chicos se abría, me importó muy poco saltar la fila de las chicas y meterme en el que no me correspondía.

Cerré la puerta tratando de respirar hondo y a pesar de tener la mandíbula tan apretada que apenas me resultaba posible.

El mantra de: si esos dos se lían no me tiene que importar se fue al infierno un minuto después. ¿De verdad iba a ser tan cabrón de acostarse con ella después de acostarse conmigo y sabiendo que mi exnovio la había metido en su cama?

Si entré en aquel baño huyendo de esos dos, salí con doble ración furia y una mala leche difícil de disimular. Obviamente Kingsley estaba en la puerta esperando para entrar y cuando traté de hacerme un hueco, puso la mano para impedirme pasar.

—No es lo que crees —murmuró acercándose a mí.

—A mí no me debes explicaciones de lo que haces con tu vida y con tu tiempo libre, pero te agradecería que no me tocaras —acerté a decir con énfasis apartándome de él.

En el momento que vi como apartaba su brazo salí con la cabeza bien alta sin mirar si Susanne permanecía aún allí. Por mi podían pudrirse ambos en el infierno, solo que por más que deseara que aquella situación no me afectara, sentía como me consumía por dentro.

Pasé de largo por la pista de baile a pesar de que mis amigas aún seguían allí, incluso vi a Alana besándose con el amigo del tal John y me alegré por ella. Caminé directamente hacia la salida y me abrí paso entre toda esa gente que se apelmazaba en la puerta a esas horas hasta la zona más tranquila donde solo había personas dispersas.

—¿Me buscabas? —Era el chico con el que había estado bailando. Tenía más cara de Tom que de John ahora que lo pensaba, pero no iba preguntárselo, tampoco iba a decirle que él formaba parte de una parte muy al final de la extensa lista de personas que albergaban mis pensamientos.

—Necesitaba un poco de aire —afirmé esbozando una sonrisa.

—¿Quieres? —preguntó ofreciéndome el cigarro que él mismo estaba fumando.

—No gracias.

Observé como dio una calada larga y tiraba el resto del cigarro al suelo sin apagarlo. Me quedé observando el brillo rojo que emitía al caer como si yo misma fuera aquella colilla que una vez cumplido su uso era desechada sin pensar en ella, dejándola consumirse hasta apagarse en silencio.

Aquello hizo que no viera venir al chico, mucho menos el momento en que pasó su mano por mi cuello apoyándola en la nuca y prácticamente me obligó a besarle.

Sentí sus labios sobre los míos duros, apremiantes… exigentes, pero en lugar de deshacerme ante ellos tal como había hecho con Kingsley la noche anterior, en ese momento solo era capaz de sentir repulsión.

Me aparté de él justo antes de que me metiera la lengua y en el momento que hizo amago de acercarse de nuevo a mí para volver a besarme, sentí como alguien pasaba un brazo por mis hombros y me apretaba contra un cuerpo demasiado grande.

—Me temo que es demasiado tarde y mañana debemos madrugar —Esa voz. Esa maldita voz…

Ni siquiera le miré, me quedé observando al Tom, John o por mí podía llamarse sujeto sin nombre, pasando su mirada de Kingsley a mí como si quisiera que en algún momento yo dijera que no tenía ningún vínculo con ese hombre.

—Creo que a ella no le importa quedarse un poco más, ¿verdad? —insistió como si esperase que decidiera irme con él a algún lugar para pasar el resto de la noche.

—Quizá no lo has entendido bien, amigo, pero ella no está disponible.

Ahora si que tuve que parpadear y girarme hacia él. Ni siquiera se había molestado en cruzar la mirada conmigo, sino que parecía bastante concentrado en el otro chico.

¿Perdona?, ¿Es que ahora va a decidir con quien me acuesto y con quien no?

—¿Tú de qué vas? —murmuré atónita.

—Por si ya se te ha olvidado Océano, tenemos un acuerdo lícito: si yo no tengo sexo, tú tampoco lo tendrás.

27

Lo que pasa cuando no te suelto

Max

No iba a admitir que verla besándose con ese chico no me resultó tan indiferente como debería, aunque prefería pensar que actué únicamente movido por su conciencia y no por el hecho de que me hubiera molestado verla en brazos de otro.

Tal vez solo era el hecho de que la había visto en un momento demasiado vulnerable y eso había despertado un instinto de protección hasta ahora desconocido dentro de mí. Por alguna razón quería protegerla, mantenerla a salvo incluso de sí misma como en aquel momento, donde el alcohol que le había visto ingerir y posiblemente el encuentro en el baño con Susanne le hacían actuar de forma deliberada.

De la misma forma deliberada en la que anoche se había acostado conmigo y huido a hurtadillas esa misma mañana para no tener que afrontar lo sucedido. Si. Era muy consciente de su arrepentimiento y también lo era del hecho de que prefería que así fuera para mantenerla alejada de mí.

Pero eso no significaba que después de acostarme con ella, aquel deseo innato que despertaba cada vez que la observaba se hubiera esfumado. Pensaba que una vez saciara mi apetito hacia ella, la intensidad de aquella atracción terminaría por disiparse, esfumarse, evaporarse como un incendio que acaba consumiendo todo a su paso convirtiéndolo en cenizas.

Me equivoqué.

El único pensamiento que había tenido esa mañana al despertar era la incuestionable firmeza aplastante de querer volver a hacerla mía una vez más.

Y eso era nuevo. Tan nuevo como inquietante.

Quizá era la naturaleza de ese deseo, el hecho de haberme pasado semanas a su lado tocándola sin realmente poder hacerlo como quisiera, con la inquietud de querer besar cada rincón de su cuerpo o de recordar el calor de su piel cada vez que me separaba de ella. La idea de no poder hacerla mía, de no poder poseerla al ser de otro, de ese momento en que la había visto frágil y algo dentro de mí se volvía de acero para intentar protegerla.

Si. Estaba completamente seguro de que después de pasar semanas queriendo explorar su cuerpo, una única noche había sido demasiado exigua.

—Tú y yo no tenemos ninguna clase de acuerdo y mucho menos lícito. Además, solo era válido cuando estaba con Mason, algo que tú mejor que nadie sabes qué ya no es así.

—Fuiste tú quien empezó, Océano. Así y que ahora no te quejes de las consecuencias —insistí—. Además, el tiempo para poder haber establecido los detalles ha caducado.

—¿Y eso quien lo establece? —refutó conforme nos alejábamos y no dejaba de observar que caminaba con cierta dificultad a pesar de no quejarse por ello.

—Yo —afirmé cogiéndole el brazo ante la firmeza de que en cuanto el terreno fuera un poco irregular se caería de bruces con aquellos zapatos de tacón.

La había visto marcharse a media tarde y desde luego no llevaba puesta la ropa que ahora lucía. No es que quisiera espiar sus pasos, pero la ventana de mi habitación daba directamente hacia la entrada del jardín que rodeaba el porche, así que deduje que no

debía ser suya, incluidos aquellos zapatos que le estilizaban indecentemente las piernas.

No era precisamente baja, pero apenas rozaba mi hombro y eso era algo que inconscientemente me gustaba, como también el hecho de que me desafiara en cada argumento o frase a pesar de que podía notar como su cuerpo se estremecía cada vez que la tocaba y eso, eso sí que me volvía completamente loco.

Saber que ella me deseaba, que su cuerpo entraba en frenesí, que había murmurado mi nombre deseando que la follara, que me hundiera cada vez más profundamente en ella, provocaba que tuviera de nuevo una erección imposible de ignorar.

Y aún así sabía que lo mejor tanto para ella como para mí, era no volver a tocarla.

No podía permitirme que aquello saliera mal ahora que las cosas comenzaban a ir como necesitaba para poder volver a ser readmitido en la federación y tener una afluencia de ingresos estables. Y moverme entre la fina y sutil línea que nos separaba de ser simplemente compañeros a tener una aventura, suponía que las cosas acabaran mal. Muy mal.

Yo había sido el polvo de despecho. La necesidad que ella tenía para pasar página con su exnovio. Y a su vez, era la oportunidad perfecta para desquitarme esa necesidad imperiosa de hacerla mía. Sexo sin compromiso de una sola noche que ambos pudiéramos afrontar sin echarnos en cara nada más.

Y así debía seguir siendo.

—¿Y no puedo refutar u oponerme? —insistió.

Definitivamente no era una mujer que guardara silencio y mucho menos que se amilanara, por eso me resultaba extraño que lo hubiera hecho con ese tipo con el que estaba.

—Si de verdad quisieras hacerlo estarías ahora mismo con ese tío y no te habrías venido conmigo —dije justo antes de que se le

clavara el tacón en la rejilla de un sumidero y tuviéramos que detenernos abruptamente.

La observé dar varios tirones para intentar sacarlo sin éxito, así que me agache hasta la altura de su tobillo y deslicé mis dedos por su pierna para desatar el broche que mantenía el zapato atado a su tobillo. Había esperado que se apartara, que volviera a pedirme que no la tocara tal como había hecho al salir del baño, pero se mantenía quieta, como si estuviera muy pendiente de cada uno de mis movimientos.

—Quizá tenga otros motivos por los que no he decidido quedarme y que no tienen nada que ver contigo —dijo justo antes de que la obligara a alzar el pie para liberarlo del zapato.

—¿Como cuáles? —La provoqué intencionadamente.

Prefería mil veces sus ataques verbales que el hecho de obtener su completa indiferencia.

—No todo gira en torno a ti aunque te cueste creerlo, Kingsley.

—Eso no es una respuesta.

—Puede que simplemente no me gustara lo suficiente ese chico —determinó dando un paso hacia atrás y colocando el pie descalzo en el suelo.

—¿Y desde cuando permites que un chico que no te gusta te bese de ese modo?

Arranqué el zapato, pero evidentemente el tacón estaba completamente dañado.

—¿De verdad me lo preguntas? Porque tú tampoco me gustas.

Aquello me hizo alzar la vista para comprobar hasta que punto se notaba aquella mentira en su mirada. Evidentemente estaba tensa, parecía nerviosa y podría decir que incluso furiosa.

Me alcé lentamente con el zapato en la mano y di un paso a ella, comprobando como instintivamente caminaba hacia atrás para apartarse. Volví a disminuir la distancia entre nosotros sin dejar de mirarla y noté como el fuego incendiaba su mirada.

—¿Estás pidiéndome que te bese? —exclamé viendo que si daba un paso más atrás se caería hacia la carretera.

—No todas las mujeres viven locas por ti, Kingsley.

—Eso no es una negativa.

—Tampoco es una afirmación —insistió con la intención de dar otro paso hacia atrás y estiré de ella provocando que se pegara por completo a mi cuerpo.

Sus labios se entreabrieron sutilmente y el ferviente deseo de besarla era tan latente que incluso me anticipe al sabor exquisito y afrodisiaco que emanaba.

—Puedes irte al infierno —susurró con voz débil y aquello me provocó una sonrisa.

Tal vez no me soportaba. Quizá era mejor así. El desprecio siempre era un refugio mucho más seguro que afrontar la verdad. Mucho más fácil disfrazar el vértigo de sarcasmo que admitir que hay personas capaces de alterar el ritmo de tu respiración con solo acercarse un poco.

Pero cuando su cuerpo entraba en contacto con el mío, todas las certezas se deshacían como sal entre mis dedos. Éramos simbiosis de fuerzas opuestas que, contra toda lógica, encontraban un equilibrio al rozarse. Como el mar y la luna, condenados a atraerse desde la distancia o como dos constelaciones que aunque parezcan separadas por un universo entero, pertenecen al mismo cielo.

Algo en ella desordenaba mi mundo. Su proximidad convertía el aire en un lugar más estrecho y el tiempo perdía la costumbre de avanzar, como si todo ocurriera más despacio. Era absurdo, porque

bastaba el contacto más inocente para sentir que todos esos muros que me empeñaba en forjar se derrumbaran en silencio.

—Si en algún momento quisiera besarte, ten por seguro que no voy a preguntártelo —acto seguido me incliné y la alcé para cargarla sobre mi hombro sintiendo como se revolvía para evitar que lo hiciera, pero era superior en fuerza a ella, por lo que la agarré firmemente de los muslos sin tener en cuenta su agudeza.

Estiró de la camiseta y me dio un mordisco en el lateral la espalda, eso me hizo aflojar instantáneamente su agarre y ella aprovecho para incorporarse y retorcerse de tal forma que acabó deslizándose por mi cuerpo haciéndome sentir cada parte del suyo.

Mi mano aún se mantenía firme a su cintura, sus labios pasaron muy cerca de los míos, rozándose las comisuras y en el momento que sus pies tocaron el suelo, se apartó de un empellón que nos hizo mantener la distancia a ambos.

—Puede que te creas con algún derecho hacia mí por el simple hecho de formar equipo, pero no te equivoques conmigo, Kingsley.

—No te confundas Océano. No tengo ningún interés en tu persona, pero si vas a lesionarte por utilizar un calzado que ni siquiera es de tu talla y evidentemente no es tuyo, nos obligaras a perder mucho tiempo. Y a mí no me gusta perder el tiempo, sobre todo cuando no es mi decisión.

Percibí que apretaba sus labios y después los mordía como si ella misma se arrepintiera de las palabras que la habían dejado claramente en evidencia.

Di un par de pasos acercándome a su altura pero sin apenas rozarla y dejé caer el zapato que yo mismo había recuperado y que claramente ya no podría volver a ponerse.

—Te veré a las siete en punto y esta vez no pienso reducir el ritmo —advertí para dejarle claro que a partir de ahora no pensaba

ceder en nada.

Caminé convencido de que no me seguiría, de que su orgullo no se lo permitiría, pero cuando apenas nos separaban diez pasos su voz rasgó el silencio de la noche.

—¿Cómo sé que no me has mentido? —clamó y me detuve, volviéndome ligeramente hacia ella y viendo como caminaba completamente descalza con los zapatos en la mano.

Se movía con soltura, como si ya estuviera acostumbrada a hacerlo más de una vez y de hecho y la dureza del suelo no le importara.

—¿Cómo sé que no has violado nuestro acuerdo o que lo harás precisamente este domingo? —preguntó siendo más concisa.

No pude evitar sonreír porque finalmente acababa de mostrar lo que la tenía realmente molesta. Había notado ese cambio de actitud desde el momento en que Susanne le había hablado de nuestra cita, cuando ni siquiera podría llamarse como tal, pero eso ella no lo sabía.

—¿Quieres formalizarlo? —inquirí inclinándome ligeramente hacia ella y cruzándome de brazos.

—¿A qué te refieres? —preguntó confundida.

—Si tanto te importa, podemos dejarlo claro aquí y ahora, sin vueltas ni malentendidos, sin presiones o pretensiones del otro. Ninguno de los dos va a estar con otra persona mientras el otro tampoco lo esté. Sin juegos o estrategias. Los dos estaremos bajo las mismas condiciones.

—Entenderás que después de pasar dos años con un tío con el que llegué a plantear casarme y descubrir que me ha estado engañando todo el tiempo, no confíe demasiado en la palabra de un mujeriego empedernido —contestó alzando ligeramente una ceja mostrando absoluto escepticismo.

—Pues tendrás que comenzar a confiar en este mujeriego empedernido porque lo quieras aceptar o no, somos un equipo —contesté sin dejar de observarla.

Parecía pensar demasiado la respuesta, como si realmente estuviera meditando o no si aquello le agradaba y me pregunté hasta que punto estaba dispuesta a llevar aquello que había iniciado como un juego para simplemente fastidiarnos, en algo tangible y real.

—Sin secretos —advirtió sorprendiéndome y dando un paso hacia mí.

—Sin excusas —arremetí.

—Sin medias verdades —afirmó clavándome el dedo índice en el pecho.

—Sin malentendidos.

—Sin decisiones unilaterales —dijo alzando el mentón.

—Sin desaparecer cuando las circunstancias se vuelven incómodas —objeté contemplando como el resplandor de aquellos ojos cristalinos brillaba bajo las luces de las farolas.

Nos quedamos observándonos durante unos segundos, como si estuviéramos dándonos margen para ver si alguno de los dos tenía algo más que añadir en aquel momento.

—Está bien —afirmó esbozando una ligera sonrisa—. No vas a tener sexo sin mi consentimiento —dijo como si estuviera realmente disfrutando de aquello.

Me incliné sobre ella haciéndole ver notablemente que era mucho más alto que ella.

—Tú tampoco —murmuré sintiendo algo demasiado diferente a lo que se suponía que debería estar sintiendo.

Me gustaba el sexo. Y sobre todo, de manera esporádica y sin apenas conocer a la otra persona. Sin ataduras, sin explicaciones, sin pasar por la incomodidad de tener que argumentar falsos compromisos para evitar tener complicaciones. ¿En qué momento me había parecido que era una buena idea que ella tuviera el control sexual de mi vida?

Puede que tuviera la respuesta frente a mis narices. Y también puede que no quisiera verla.

«Porque yo también tenía el pleno control de la suya»

28

Confiar es más difícil que surfear

Océane

No sabía que era peor, si tener resaca pese a enfrentarme a un día de entrenamiento, haber dormido escasas cuatro horas o recordar perfectamente el acuerdo al que Kingsley y yo habíamos llegado la noche anterior.

¿En qué demonios estaba pensando?

Bueno, sabía perfectamente en lo que pensaba. Saber que Susanne no iba a acostarse con él era mucho más glorioso que el hecho de tener que renunciar yo misma al sexo.

Aunque después de haberme tirado a Kingsley y no haber conseguido erradicar esa necesidad fisiológica con la que aún batallaba, quizá no era tan buena idea.

Pero la pregunta más bien era… ¿Por qué él querría ser partícipe de aquello?, ¿Qué ganaba a cambio?, ¿Mi confianza?, ¿Aliviar de algún modo la tensión que existía entre nosotros?, ¿Tener más conexión como equipo? Me había quedado dandole vueltas antes de dormirme y aún así, no terminaba de comprender porque había salido de él aquella propuesta formal.

Tal vez todo había iniciado como un juego, un modo de provocarle al ver como coqueteaba con todas y que acabó volviéndose mutuo, pero aquello había trascendido y no dejaba de preguntarme si tras ese acuerdo que pactamos anoche, existía algo más. Algo que no era capaz de ver.

«Es Kingsley, un arrogante empedernido ¿Qué podría tratar de ocultar?»

Solo que ese arrogante no había dudado en venir cuando le llamé tras descubrir a Mason con Susanne. Tampoco había dudado en mantener oculto mi ataque de pánico, mis miedos y convertirse en la única persona que me había visto en un momento de máxima vulnerabilidad.

Y aún así, no se había aprovechado de ello. Más bien había sido yo quien me había aprovechado hacía dos noches a sabiendas que pretendía acostarme con él por puro despecho.

Quizá fuese arrogante.

Quizá fuese un egoísta de mierda.

Quizá solo estuviera allí por interés.

Quizá su única intención de acercarse a mí fuera por dinero.

Pero quizá eso no fuera tan malo después de todo…

Sin duda, fue fiel a su promesa porque durante la carrera a primera hora de la mañana no me dio tregua. Logré mantener su ritmo apenas quince minutos y después todo fue un desencadenante de respiraciones apresuradas, acompañadas de pausas para poder volver a controlar el ritmo y acabe tan fatigada que tuve que sentarme durante cinco minutos a escasos metros de casa.

Sin duda estaba en mejor forma que yo, claro que él no había cesado dos años completos y lo notaba. Mi cuerpo tenía que hacer memoria de lo que un día fue y recuperar todo ese tiempo en apenas unas semanas, iba a tener consecuencias.

Mis piernas aun sentían pinchazos cuando atravesé la cocina y Kingsley casi había terminado el desayuno. No habíamos cruzado apenas palabra puesto que él había decidido seguir su propio ritmo, así que cuando me acerqué al fregadero para lavarme las manos y

de paso lavar un par de manzanas, no pude evitar escuchar a mi padre.

—¿Has decidido si pasarás navidad y año nuevo aquí? ¿O volverás a California con tu familia?

Después de dos años sin celebrar la navidad, lo cierto es que en lo último que había pensado por esas fechas es que Kingsley quisiera estar con su familia.

—Le agradezco la invitación, pero ya he estado fuera por acción de gracias, así que regresaré unos días a casa.

Me llevé la manzana a la boca para tener algo que morder y fingí que aquella respuesta no me importaba, en realidad debería agradarme la idea de perderlo de vista unos cuantos días, ¿no? Finalmente iba a dejar de ser su sombra y poder quitarme esa sensación que me enfebrecía cada vez que estaba cerca de él.

—Me parece bien, la familia es algo importante. ¿Tú tienes planes con Mason? —exclamó dirigiéndose hacia mí y sentí como se me hacía un nudo en la garganta que me imposibilitaba tragar aquel bocado de manzana.

Instintivamente miré a Kingsley que parecía estudiarme con una expresión indescifrable, tal vez estaba disfrutando de aquel momento que por mucho que quisiera no podría posponer mucho más.

—Mason y yo hemos discutido y nos hemos tomado un tiempo —Fue lo primero que se me ocurrió decir sin contar toda la verdad. Sin admitir que había sido una idiota que se había tragado todas sus promesas de amor camufladas con mentiras. Que me había engañado desde el principio y que, muy probablemente, quería utilizarme a su antojo porque de algún modo que aún no comprendía acababa cediendo en todo para conseguir ser el socio más joven de su maldita empresa.

Pensar en ello provocaba que me volviera irascible, sobre todo porque ni siquiera sé en qué momento había comenzado a permitirle que fuera apropiándose cada vez más de mi vida y mis decisiones hasta el punto de hacerlas suyas.

Si, es cierto que yo misma me había encerrado tras la desaparición de Reef, que había convertido la esperanza de que apareciera en algo oscuro y siniestro cuando no fue así. Convertí lo que mas amaba en lo que más temía y ahora que lo tenía delante de mí, que me enfrentaba cada día a ello, me daba cuenta de que había estado dejando morir a la única persona que aún seguía aquí: a mí misma.

Puede que mi mente hubiera querido refugiarse para sobrevivir a su ausencia, que durante demasiado tiempo alimenté el miedo porque era más fácil que aceptar el vacío que dejaba su pérdida, pero nadie te enseña qué hacer cuando pierdes a una persona de forma abrupta y tu vida debe continuar mientras el aire llena tus pulmones a pesar de que duela y queme por dentro.

Había convertido mi duelo en mi único modo de quererlo, de preservarlo aunque solo fuera dentro de mí con vida, como si de ese modo conservara su recuerdo, como si volver a disfrutar de algo que era nuestro fuera violar un pacto secreto. Y había sido en esa fragilidad cuando había permitido que Mason se hiciera un hueco cada vez más grande, profundo, tan insondable que solo podía pensar en la suerte que tenía de que alguien como él permaneciera a mi lado en aquellos momentos.

Creí que apartarme de todo y de todos solo era en mi beneficio. Él me alejaba del dolor, de los recuerdos, del sufrimiento… pero la realidad es que solo pretendía apartarme de todo aquello que realmente me hacía feliz hasta tenerme en sus manos y dirigir mi vida hacia donde él quería.

¿Que habría pasado realmente si mi padre no me hubiera constreñido a entrenar de nuevo?, ¿O qué habría ocurrido si no hubiera descubierto su infidelidad con Susanne? Me habría

marchado a Brisbane al final del verano con la firme certeza de que ningún hombre sería capaz de quererme como lo hacía él y habría descubierto su verdadera naturaleza cuando fuese demasiado tarde.

—Vaya… —dijo mi padre algo sorprendido—. Mason nos dijo que tenía pensado llevarte a un sitio especial para año nuevo y tu madre pensó en aprovechar la ocasión para visitar a su familia, pero tal vez estemos a tiempo de modificar la reserva.

Ni siquiera pensé qué sitio especial era el que Mason tenía planeado, pero seguro que era uno de esos elitistas y caros, lo suficiente para hacer alarde de la suerte que tenía por estar a su lado hasta el punto que yo misma había llegado a pensar que así era.

El simple pensamiento me asqueó. Nunca me había dejado llevar por las apariencias, ni ambicionaba a tener un estatus que me posicionara por encima de los demás, pero no dejaba de pensar que durante todo ese tiempo que había pasado a su lado, de algún modo me había dejado convencer de que ese era mi lugar y no sobre una tabla mientras surcaba una ola.

—¡Oh no! —alegué enseguida—. Las chicas querían dar una fiesta y ya habíamos hablado de ello, estoy segura de que para Alana no será un problema quedarse aquí para hacerme compañía —añadí con una sonrisa demasiado forzada.

Mentir no era una de mis mayores virtudes y aunque mi padre no pareció muy convencido de ello, lo dejó estar porque era demasiado tarde para proseguir con nuestro entrenamiento, pero no quería que mis padres modificaran o cambiaran de planes por mi culpa. Probablemente les había costado tiempo tomar la decisión de marcharse, sobre todo porque era otra navidad más sin Reef y que además coincidía con la fecha de su desaparición. Sabía lo duro que debía ser para ellos ver que la vida continuaba sin él, que por más que mirasen hacia el horizonte, Reef no volvería con esa sonrisa impregnada en su rostro y unos ojos exactamente iguales a los míos. Y aunque la idea de alejarme de allí me había parecido muy

atractiva semanas atrás, ahora no tenía tan claro que era lo que deseaba hacer con mi vida, pero sí que debía estar allí para averiguarlo.

Había vuelto a colocarme el bañador de neopreno y lo agradecí cuando comprobé que el cielo se había nublado por completo y quizá amenazaba con lluvia. Eso había alejado a los bañistas y nos dejaba la playa prácticamente para nosotros.

—¿Cuándo pensabas decir que te marchabas? —pregunté conforme nos adentrábamos mar a dentro.

—No sabía que ahora nos hemos vuelto íntimos y nos lo contamos todo —dijo con evidente ironía mientras continuaba remando.

Hasta ahora no se había quejado de ser él quien siempre hiciera ese esfuerzo y me preguntaba si lo hacía por consideración o porque estaba lo suficientemente habituado para no suponerle un problema hacerlo.

Con Reef siempre nos habíamos turnado, pero con Kingsley las cosas eran tan diferentes, que ahora me preguntaba como podía haber creído que hacer surf-tándem con él iba a anular los recuerdos que tenía de mi hermano.

«Comenzando por el modo en el que me hacía sentir y terminando por el hecho de que con él era iniciar desde cero»

—Creo que una de las cláusulas de anoche era clara: sin medias verdades —cité—, y si no me falla la memoria no lo objetaste.

—Que no mencione algo no lo convierte ni en mentira, ni en verdad, así que no veo donde está el problema.

—Quizá lo esté en que si no mencionas algo es porque pretendes ocultarlo, de hecho ahora que lo pienso llevas aquí semanas. Te has metido en mi casa, en mi familia, en mis amigos y en mi vida personal. ¿Y qué sé de ti? Nada.

Más allá de los datos que había descubierto en la primera página de su pasaporte, ¿Que sabía realmente yo sobre Maximilian Kingsley? No tenía ni la más mínima idea de quien había realmente detrás de él salvo una confesión a media noche con bastante alcohol navegando por sus venas que me daba a entender que no tenía una buena relación paternal.

—Si quisieras saber algo de mí, me habrías preguntado directamente, ¿No crees? Te has pasado la mitad del tiempo intentado que me marchara y la otra mitad hostigándome para demostrarte a ti misma que no podías formar equipo con otra persona que no fuera tu hermano. Pues bien. Sigo aquí. Creo que ha quedado bastante claro que tenemos una conexión intensa, y no, no me refiero solo en la cama.

—Hacer tal afirmación es sacar conclusiones de forma precipitada —dije pese a que muy a mi pesar, tuviera razón.

Me había importado tan poco él y todo lo referente a él que lo único que había deseado era que se marchara y después, simplemente quería limitar todo contacto, como si el hecho de no conocerle, no valorarle y no tener ninguna conexión personal con él menguara aquel sentimiento que no cesaba y que aún ahora en contra de mi propia voluntad era incapaz de poner freno.

Me gustaba. Me atraía. Y cada vez era más difícil limitarlo, fingir que realmente sentía lo contrario.

Vi como esbozaba una sonrisa de socarronería, pero no trato de arrebatarme la última palabra, simplemente se alzó para coger la ola que se nos venía encima y me levanté de forma autómata, antes de que pudiéramos coordinarnos, sentí como me alzaba sobre él por la cintura en una elevación *acro lift* en la que me mantenía sobre los hombros perfectamente en armonía a la altura de mi espalda y yo me arqueaba sobre él.

Pensé que caeríamos, que realmente la postura se mantendría apenas unos segundos, pero Kingsley era un surfista

demasiado bueno y equilibrado y, si, aunque yo no hubiera querido reconocerlo, desde el principio nos habíamos sincronizado, como si su cuerpo y el mío se leyeran a distancia.

Lo que había creído imposible y que años de destreza, entrenamiento y disciplina con Reef no se podían replicar con otra persona estaba presente con Kingsley, aunque de un modo muy diferente. Por algún motivo desconocido y pese a todas nuestras diferencias, entre nosotros existía una química innegable desde el primer día. Su fuerza, destreza y habilidad se compensaba con mi agilidad, experiencia y elasticidad. Como si las debilidades de uno pudieran verse compensadas con el otro.

Quizá éramos como las olas cruzadas que no seguían ninguna lógica, donde una corriente empuja hacia un lado y la otra hacia el contrario, y cualquier intento de ponerles un orden terminaba con alguien bajo el agua. Siempre pensé que el mar estaba equivocado, pero viéndonos a Kingsley y a mí, sentía que a pesar de estar en corrientes opuestas y chocar el uno contra el otro, eso nos volvía más fuertes e imparables cuando nos uníamos.

Kingsley era rígido, duro, poco flexible, pero lo compensaba con fuerza, equilibrio y estabilidad, algo que le convertía en una pareja con un gran potencial.

Y aquella fue la primera vez que fui consciente de nuestras posibilidades como pareja, del potencial real que podíamos tener juntos y de lo difícil a nivel competitivo que era alcanzar eso.

Cuando mis pies tocaron la tabla sentí que no me soltaba, aún tenía sus manos en mi cintura conforme la velocidad disminuía y acto seguido los dos acabamos en el agua.

—Conclusiones precipitadas, ¿no? —exclamó a mi lado mientras nadábamos hasta la tabla.

Me alcé rápidamente y me senté a horcajadas, él hizo lo mismo y se quedó sentado frente a mí.

—Evidentemente —afirmé mordiéndome el labio.

Noté como su mirada se dirigía precisamente a ese punto de mi anatomía e instintivamente me pasé la lengua como si quisiera erradicar cualquier resto de agua salada.

—Hay personas que usan sus ideas para entender el mundo y otras que usan el mundo para defender sus ideas. Tú perteneces peligrosamente al segundo grupo.

—¿Qué quieres decir? —exclamé sin comprender a qué se refería.

—Saca tus propias conclusiones —dijo antes de que mi padre pronunciara mi nombre y nos diera indicaciones sobre los próximos movimientos.

Debería haberme acostumbrado al hecho de que Kingsley nunca me dejaba tener la última palabra, que siempre encontraba el modo de provocarme, incitarme, sacar una parte de mí que creía completamente olvidada.

Y eso me hacía sentir más viva que nunca. Me hacía recordar porqué amaba de aquel modo el mar, ese lugar, su gente, su modo de vida y sobre todo, me devolvía una parte de mí que creí perder cuando se marchó Reef.

La esperanza de volver a sentir.

29

Volver a encontrarnos en la marea

Océane

La culpabilidad es un peso invisible que muchas veces cargamos en silencio. Nos recuerda nuestros errores, nuestras decisiones y las oportunidades que creemos haber perdido.

Durante demasiado tiempo me había sentido culpable si no sentía dolor, si regresaba a hacer algo que siempre hacía junto a Reef y volvía a sentirme feliz. Porque continuar aquello que siempre había compartido sin él significaba traicionar su recuerdo, permitir que su memoria se empañara con otras vivencias y se alejara aún más de mí.

Y solo ahora me daba cuenta de que estaba nadando a contracorriente, de que me estaba ahogando en un mar profundo en el que apenas podía respirar una bocanada de aire para subsistir un poco más a expensas de que alguien acudiera en mi rescate.

Durante esos dos años creí que merecía que fuese así, que si nadie consiguió salvar a Reef incluida yo misma, no era merecedora de que alguien lo hiciera por mí, pero en las últimas semanas donde había perdido por completo las riendas de mi vida, enfrentándome a mis propios miedos y provocando que mi mente se llenara de infinitos recuerdos, había algo que no dejaba de pensar con remordimiento.

—La otra noche volviste a desaparecer, ¿Todo bien con Maxi-pibón? —dijo Alana conforme se sentaba a mi lado y me ofrecía una cerveza.

Era la noche del solsticio, así que habían hecho una hoguera en la playa y llevado unas cuantas cajas de cerveza. Apenas quedaban cuatro días para navidad y todavía no podía creer que al día siguiente se cumplirían exactamente dos años desde que Reef ya no estaba con nosotros.

Pensé en saltarme aquella noche como lo había hecho el año anterior, pero quizá me había dado cuenta en esas semanas de que huir no me hacía tenerlo más presente, sino todo lo contrario.

Muy a mi pesar Kingsley tenía razón. Alejarme de todo aquello que me recordaba a él por preservar su recuerdo solo estaba logrando distanciarme aún más de los momentos que compartimos.

Alcé la vista y no tardé más de un segundo en encontrarle. Parecía hablar animadamente con un par de chicas mientras sonreía y lograba que todo el mundo estuviera pendiente de él, incluso yo misma.

—En realidad no lo sé —afirmé a Alana conforme me llevaba el botellín a los labios.

Creía que hacerme la dura, enfrentarme a él y mostrar un caparazón impenetrable iba a lograr distanciarme de esa aura seductora que se apoderaba de mí cada vez que Kingsley estaba cerca.

Pero no funcionaba, incluso me atrevería a decir que causaba el efecto contrario y cada vez me sentía aún más atraída de forma irremediable hacia él.

—¿Las cosas se han puesto tensas entre vosotros después de lo que me contaste?

—Supongo que si ya era raro haberme acostado con la persona que he afirmado que detesto desde el primer día, es aún más raro que hayamos establecido una especie de acuerdo pactado por el que uno no puede tener sexo si el otro tampoco lo tiene.

—¿Qué habéis hecho, qué? —exclamó Alana alzando la voz un poco más de lo normal y atrayendo alguna mirada.

Entre ellas la de Kingsley que me observó directamente a mí, pero a diferencia de otras veces, su semblante era serio.

Apenas habíamos hablado esa mañana y los pocos monosílabos que cruzamos fueron exclusivamente de nivel técnico o postural.

—Vale. Perdón —susurró Alana—. ¿Me explicas como demonios habéis llegado a ese punto?

Le di un trago largo a la cerveza y le conté que había tenido un encontronazo con Susanna en los baños. Que me había hablado de una cita con Kingsley al día siguiente y de la interrupción del susodicho mientras me morreaba con un chico a la salida del club. Revelar mínimamente los detalles que habían convertido aquel juego para fastidiarnos mutuamente en algo tangible fue mucho más fácil de lo que creía.

—¿Y cómo se supone que vais a hacerlo? —exclamó Alana.

—¿A qué te refieres? —pregunté sin entender la pregunta.

—Pues que salvo que os liéis entre vosotros prácticamente necesitas su permiso para acostarte con otro tío. ¿En serio no te has dado cuenta?

¿Darme cuenta?, ¿De qué? Estaba claro que aquel pacto era un simple acuerdo para jodernos mutuamente, pero el que salía perdiendo era Kingsley, yo podía pasar perfectamente sin sexo una buena temporada.

O al menos así lo creía hasta que había probado el clímax junto a él.

—Créeme que el que sale perjudicado de esta situación es él. De hecho, pienso estar una buena temporada en sequía solo para joderle la existencia.

Alana alzó una ceja y yo me encogí de hombros.

—Voy a pensar que tus miras son excesivamente cortas porque acabas de salir de una relación nefasta en la que te han absorbido todas tus neuronas. ¿En serio no has pensado para qué querría un tío como Maxi-pibón hacer un acuerdo así contigo?

Ahora la confundida era yo.

—Evidentemente por el mismo motivo por el que accedí yo. Para fastidiarme —dije sin un atisbo de duda.

—O para garantizar que estes lo suficiente desesperada como para volver a acostarte con él, ¿no?

—No —dije negando y volviendo a dar un sorbo al botellín—. Dejó muy claro que no es un tío de repetir, incluso lo confirmó al día siguiente cuando le dije que aquello no podía volver a suceder.

El rostro de Alana era de circunstancia, como si mis justificaciones fueran tan insustanciales que casi parecía querer reprenderme por ser tan estúpida.

—Si tan claro lo tienes haz la prueba—dijo convencida—. Colócale el anzuelo y espera a que pique.

Instintivamente volví la vista hacia Kingsley, seguía hablando con las dos chicas de antes y se había añadido una tercera, parecía realmente inmerso en la conversación con ellas y por más que Alana quisiera darme a entender que existía algo entre él y yo, las dudas se evaporaron al ver como flirteaba.

—Es una pérdida de tiempo. Te aseguro que te equivocas —afirmé vaciando lo que quedaba del botellín y sintiendo el amargor de la cerveza calmando mis nervios.

Me levanté para dejar la cerveza vacía junto al resto y me alejé hacia la orilla con la intención de bañar los pies en el agua.

Sentí el frescor al alejarme de la hoguera, El verano estaba entrando, pero aún se notaban las noches bastante frescas, sobre

todo aquella en la que el día había estado nublado. Dejé que mis pies fueran besados por las olas, que se hundieran poco a poco bajo mi peso cada vez que el mar arrastraba las huellas y durante escasos segundos pensé en lo fácil que era permitir que una huella fuera borrada, como si nunca hubiera existido, como si jamás hubiera sostenido el peso de nadie.

Aquello era la certeza de que todo podía transformarse en un solo instante; de que una decisión, por pequeña que pareciera, tenía el poder de alterar el rumbo de una vida y, con ella, el de todas aquellas que se entrelazaban en su camino.

Quizá me había dado cuenta de la peor forma posible de que no quería seguir perdiendo más el tiempo. De que quería vivir cada segundo del resto de mis días como exactamente quería y no como se suponía que debería hacerlo o porque necesitaba esconder mis propios miedos.

—Es extraño celebrar un solsticio de verano en diciembre. — Me giré con calma, como si realmente no me sorprendiera que me hubiera seguido minutos después de alejarme.

¿Tal vez empezaba a acostumbrarme a su presencia?, ¿Quizá es porque ocurría con demasiada naturalidad y comenzaba a agradarme?

—Quizá esa sea la razón por la que seamos tan diferentes. Vivimos en dos hemisferios distintos, como si el mundo nos hubiera colocado en extremos opuestos de una misma brújula. Cuando tú respiras un verano, a mí me llega como un eco invertido y el sol que aquí nace, allí se extingue, como si la luz, al cruzar el ecuador invisible, aprendiera a contradecirse.

—Y aún así todo fuego necesita agua para extinguirse, o toda quietud busca, sin saberlo, la chispa que la rompa. No nos encontramos por ser iguales, sino por la necesidad ancestral de completarnos en aquello que nos falta.

—Supongo que tienes razón —admití girándome hacia él y comprobé que tenía la vista fija en el agua, donde el reflejo de la luna se proyectaba, pero inmediatamente se dirigió hacia mí.

—No estas lo suficiente ebria para llegar a esa conclusión. ¿Es posible que tengas fiebre y estés delirando?

Me reí y aparté la mirada.

—Hay personas que usan sus ideas para entender el mundo y otras que usan el mundo para defender sus ideas —cité sus palabras de esa misma mañana—. Una forma bastante peculiar de llamarme terca.

—Más bien obstinada —puntualizó y provocó que mi sonrisa se ampliara—. ¿Por qué estás aquí en lugar de la hoguera?

Respiré muy consciente dejando que olor a sal y humedad llenaran por completo esa opresión que comenzaba a instalarse de nuevo en mi pecho.

—Supongo que el veintidós de diciembre nunca volverá a ser un buen día —dije sin la necesidad de mencionar que faltaban apenas unos minutos para que fueran las doce de la noche.

—Mierda —oí que murmuraba y me di cuenta de que tenía un botellín en la mano que se llevó rápidamente a los labios.

Saqué finalmente mis pies de la arena y di los dos pasos que nos separaban hasta llegar a él para robárselo sin mucho esfuerzo y vaciar casi la mitad de su contenido. Suponía que después de todas las veces en las que él lo había hecho, no iba a molestarse por ello.

—No hace falta que estés aquí. Deberías regresar a la fiesta, seguramente todas esas chicas estarán preguntándose donde has ido.

—¿Dónde te gustaría estar realmente esta noche? —contestó sin molestarse en evaluar mi respuesta—. No lo pienses, simplemente di lo primero que se te ocurra.

La pregunta me sorprendió, ni siquiera sabía dar una respuesta a ello. ¿Dónde me gustaría estar realmente en esos momentos?, ¿Qué haría si Reef estuviera allí? No. Reef no. Yo. Qué es lo que quería hacer yo. Ni Reef, ni Mason, ni mis amigos. Solo yo.

—Fairy Pool —dije como si hubiera salido de mis labios sin control.

Le vi sonreír y un instante después su mano se deslazaba por la mía antes de estirar fuertemente y obligarme a seguirle.

Ni siquiera sabía como él conocía la existencia de aquellas piscinas naturales entre las rocas o del hecho de que prefiriera abandonar aquella fiesta donde claramente tenía la atención de varias chicas para complacer una idea fugaz completamente improvisada. Quizá no quería pensar en ello. No quería creer que Alana tuviera razón o que el único motivo por el que estábamos haciendo aquella locura a solas era hacerme sentir mejor en el aniversario de la muerte de mi hermano.

Cualquier persona con un mínimo de empatía haría algo similar, ¿no? Solo que yo lo había culpado de arrogante y egoísta. Ninguna de mis amigas parecía haber tenido presente que en pocas horas se cumplían dos años de la desaparición de Reef, habían continuado con sus vidas, proseguían sus planes, no habían detenido por completo su carrera u objetivos y aunque lo entendía, me parecía completamente inverosímil que la persona a la que peor había tratado fuera el único que estaba conmigo en ese momento.

Y aún más inverosímil que yo lo hubiera aceptado.

Quizá era más fácil hablar con Kingsley por ser un extraño del que sus prejuicios no me importaban. O tal vez se debía a que era el único que conocía mis debilidades y flaquezas, aunque hubiera preferido no mostrárselas.

Para llegar a las piscinas naturales de Fairy Pools había que cruzar el sendero del parque, algo que siendo noche cerrada se volvía complicado si no conocías perfectamente la ruta porque la

vegetación se volvía más espesa y salvaje. A través de la foresta se abría el sendero que descendía hacia las rocas y en las que solo se podía acceder con baja marea.

Como si el destino hubiera decidido aliarse a nuestro favor, cuando finalmente llegamos no solo estaban vacías, algo previsible teniendo en cuenta que todo el mundo estaba en las hogueras de la playa y el acceso en plena noche era arriesgado, sino que probablemente podríamos gozar los últimos minutos de marea baja durante la madrugada.

Kingsley fue el primero en quitarse la camiseta y dejarla junto a las rocas. Me veía cada día en bañador, incluso me había visto en ropa interior de encaje y completamente desnuda, pero fue inevitable sentirme cohibida, quizá era la situación o que a pesar de no querer darle demasiada importancia, aquel momento era demasiado íntimo como para no pensar en ello.

Al final acabé quitándome la camiseta y los pantalones cortos dejándolos junto a su ropa abandonando cualquier tipo de timidez.

El agua se mantenía sorprendentemente caliente, como si el sol hubiera calentado lo suficiente las rocas para mantenerla tibia, así que entrar en la piscina natural fue mucho más agradable de lo que recordaba.

Ni siquiera recordaba cuando fue la última vez que estuve allí, pero sí que nunca lo había hecho desde que comencé mi relación con Mason. Ahora comprendía el abismo que siempre había existido entre nosotros y que inexplicablemente pensé que precisamente por eso las cosas podrían funcionar bien entre ambos, porque alejándome de todo aquello que me identificaba, descubriría una nueva versión que podría aceptar lo sucedido. El cielo estaba despejado y las estrellas brillaban más que nunca o quizá era el modo de percibirlo en aquel instante. Aquel lugar era naturaleza en estado puro, algo idílico, precioso y casi mágico, algo de lo que Mason siempre había huido porque para alguien como él la belleza

estaba en las cosas que se podía pagar para evidenciar un alto poder adquisitivo.

Durante esos dos años me adapté. Creí que podría formar parte de aquello, incluso me forcé a creer que también eran mis gustos, pero ahora que conseguía tener una vista parcial y distanciada de la realidad, me daba cuenta de que todo aquello era un simple parche para tapar una herida abierta que no me atrevía a sanar.

—Sin duda es mucho más especial de noche que de día —dijo Kingsley atrayendo mi atención y parpadeé un par de veces para focalizar su silueta en la parte más alejada y oscura de las rocas.

—¿Y se puede saber en qué momento has tenido tiempo de venir hasta aquí? —exclamé pensando que desde su llegada a Noosa había estado casi todo el tiempo conmigo.

Escuché su risa en mitad de aquel silencio únicamente irrumpido por el oleaje del mar y los insectos nocturnos que rodeaban la foresta.

—Te sorprendería la de cosas que uno puede hacer durante un día —dijo en lo que intuí que se refería a los domingos cuando no teníamos entrenamiento y cada uno iba por su lado.

Sabía que él había estado en Sunshine beach y que Susanne se había pegado a él como una sanguijuela dispuesta a no soltarle, eso hizo que me preguntara si habría estado en aquel lugar también con ella.

¿Es posible que me hubiera mentido cuando le pregunté abiertamente si se había acostado con ella?

No. Puede que Kingsley fuera muchas cosas, pero algo me decía que sería incapaz de mentirme en una cosa así.

—Entonces quedarán pocas cosas que pueda enseñarte en esa visita vip que te debo, ¿no? —pregunté conforme me acercaba lentamente a él como si no supiera si debía o no hacerlo.

La última vez que habíamos estado solos de noche y cerca del agua las cosas se habían salido de control, y por mucho que quisiera pensar que eran las circunstancias de haber descubierto la infidelidad de Mason, en ese momento sentía exactamente el mismo impulso de acercarme a su cuerpo y dejarme llevar por el inconfundible deseo que sentía hacia él.

—Lo dudo. Sé que aún me falta por conocer lo mejor de este lugar. Incluso ahora, a pesar de haber estado aquí antes, tiene una atmósfera completamente diferente bajo las estrellas.

Me quedé a varios pasos de distancia conforme apoyaba mi espalda en la roca y obligaba a mis extremidades a relajarse.

Estar allí con Kingsley no significaba nada. No implicaba nada. Era mi compañero de surf. Mi pareja sobre la tabla. Nada más.

—Eso depende. La mayoría de turistas solo vienen para hacer surf y beber cerveza, así que terminan marchándose sin conocer la parte más salvaje de la zona.

—¿Esa en la que hay canguros?

Eso hizo que la que sonriera a carcajadas en aquel momento fuera yo.

—En realidad por esta parte lo que puedes ver son wallabies, que son más pequeños que los canguros. Y goannas, unos lagartos enormes con lengua bífida.

—¿Tu intención es que salga huyendo por patas de este lugar o que me pegue a ti como instinto de protección y barrera humana?

El roce de su pierna contra la mía me estremeció lo suficiente para sentir el escalofrío que atravesaba todo mi cuerpo.

—¿Ha sido la excusa que necesitabas para pegarte a mí? —increpé con la cabeza inclinada hacia atrás para tener una mejor visión de las estrellas.

—No necesito excusas, te recuerdo que pasamos la mayor parte del día lo suficientemente juntos para reconocer el olor de tu perfume a suficiente distancia.

Vale. Lo reconozco. Aquello había provocado que mi pulso se acelerara.

—Entonces solo te has acercado porque desde aquí hay una mayor apreciación de las estrellas, ¿no? —alegué sin mover un solo músculo, incluso me sumergí un poco más en el agua porque sentía demasiado el frescor fuera de ella.

—Por supuesto —afirmó y no necesitaba mirarle para saber que estaba provocándome mientras esbozaba una media sonrisa—. Desde aquí se puede ver perfectamente Orión.

—¿Ahora me vas a decir que conoces las constelaciones? —inquirí realmente sorprendida.

—No diría tanto… pero hubo alguien que me enseñó a reconocer unas cuantas.

—¿Un alguien importante en tu vida? —pregunté curiosa.

—Si —respondió a secas mientras sentí que se removía algo incómodo y eso me hizo no insistir en saber quien era esa persona. ¿Podría ser una ex?, ¿Una chica por la que ahora estuviera tan distante de las relaciones y que no quisiera reconocer? En la fiesta de la casa de Rachel mencionó que su padre abandonó a su madre incluso antes de que él naciera, ¿Quizá había algo más que le hiciera llevar ese estilo de vida? —Aunque hace tiempo que dejó de estarlo.

Le escuché respirar fuerte y supuse que el recuerdo de esa persona lo había alterado, aunque no supiera en qué modo.

—Seguro que te ha servido para flirtear en más de una ocasión —admití para romper aquel momento incómodo.

—Aunque te parezca extraño, encontrar un cielo así de despejado no es tan fácil como parece y reconozco que no soy

alguien muy dado a citas románticas —admitió en ese tono jocoso que le caracterizaba.

—Por qué no me sorprende… pero veamos si realmente sabes algo o solo es mera patraña, ¿Donde está Orión? —pregunté curiosa.

Se acercó aún más a mí y estiró su brazo para señalarme un punto no muy alto frente a nosotros.

—¿Ves esas tres estrellas alineadas? Es el cinturón de Orión —dijo apuntando con el dedo—. Justo encima podrás ver dos estrellas que brillan un poco más, son los hombros y justo debajo otras dos, que son las piernas.

—¿Y esa tan brillante? —pregunté cerca de las que él estaba mencionando.

—Es Sirio —contestó notando como su cabeza se pegaba a la mía—. Forma parte de Canis Major, si te fijas bien hay estrellas un poco más sutiles a su alrededor que le dan forma. Imagina que la más brillante es el ojo de un perro y ahora busca la silueta que lo conforma a su alrededor, verás que parece correr detrás de Orión.

—Te diría que lo veo, pero estaría mintiendo descabelladamente —agudicé comenzando a sentirme demasiado plácida junto a él.

—Las constelaciones son el claro ejemplo que nos recuerdan que la figura que representan no está realmente ahí. En el cielo no existe un perro corriendo detrás de Orión, ni un cazador buscando a su presa, sino puntos brillantes que en realidad son soles produciendo energía a millones de años luz. Orión, Canis Major o cualquier otra constelación que pudiera mencionar ahora mismo no existe como un objeto físico, sino como una decisión que alguien con bastante imaginación decidió tomar. Una forma de ordenar algo caótico para que tenga sentido. Ver una constelación requiere aceptar una ilusión que tu mente proyectará en función de como eliges conectar esos puntos.

—¿Quieres decir que puedo hacer mi propia interpretación? —murmuré sin apartar la vista de la constelación que se suponía que representaba a un perro.

—Deberías —contestó con suavidad—. ¿Por qué tienes que seguir los patrones que en su día tomó otra persona?, ¿Aceptarlos sin más?

De algún modo suponía que no estaba refiriéndose únicamente a las constelaciones, sino a mi propia vida.

—Supongo que no —jadeé ladeando el rostro para descubrir que me estaba observando.

Durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada. Ninguno de los dos se movió, pero ambos pudimos notar como la corriente cambiaba y la marea comenzaba a subir de nuevo poco a poco.

Ocultar que me gustaba, que me sentía atraída, que algo dentro de mí estaba cambiando ya fuera por su presencia o no en mi vida, era inútil.

—Debemos irnos —dijo sin moverse, sin dejar de mirarme y provocando que mi conversación con Alana justo antes de marcharme se volviera muy presente.

¿Es posible que no fuera la única en sentirse de ese modo?, ¿Que él también sintiera aquella atracción innegable?

Estaba allí. Conmigo. A solas. ¿Podía tener un significado muy distinto al que yo pensaba?

Lo observé fijamente, como si ambos estuviéramos esperando un movimiento del otro, como si el tiempo se hubiera detenido y únicamente tuviera importancia aquel instante suspendido entre los dos. Solo existían nuestras respiraciones apenas perceptibles y la certeza de mi latido lo suficiente apresurado para sentir que libraba una batalla en silencio.

Y nos habríamos quedado así, bajo el manto de las estrellas, perdidos en la mirada del otro como si hablar o hacer cualquier movimiento rompiera la magia de aquel momento único, pero fue la marea la que lo hizo por nosotros. El agua comenzó a cubrirnos lo suficiente para sentir la corriente y las olas rompiendo en la roca. Quedarse era arriesgado, peligroso y más aún en la oscuridad de la noche.

Kingsley fue el primero en alzarse y me arrastró con él, como si quisiera asegurarse que no me quedaba atrás. Sentí el frío de inmediato tras salir del agua, incluso más aún cuando me coloqué los pantalones y la camiseta empapándolos con la ropa interior mojada.

Ninguno de los dos dijo nada mientras recorríamos el camino a través del bosque conforme las luces del teléfono iluminaban el sendero.

En el momento que regresamos a la playa, la hoguera continuaba como si nuestra ausencia jamás hubiera tenido lugar y tanto Kingsley como yo nos separamos sin decir nada, sin cruzar una mirada, era como si ese momento mágico se hubiera roto a pesar de quedar esbozos a los que mi subconsciente trataba de aferrarse con desesperación.

¿Era quizá porque necesitaba creer que entre nosotros se había creado una conexión?, ¿Tal vez porque empezaba a darme cuenta de que Kingsley era mucho más que el chico arrogante que aparentaba? Esos momentos en los que no estaba provocándome, haciendo que mis nervios se crisparan o atacándome para retarme y ver quien tenía la última palabra, hacía que me cuestionara realmente quien era él y hasta qué punto podía fiarme de un chico que apenas conocía.

Hacia las cuatro de la mañana todo el mundo comenzó a dispersarse. Algunos se quedaron dormidos junto al fuego, un par de parejas se marcharon hacia el bosque, probablemente en busca de intimidad y conforme el número de personas disminuía, no dejaba

de fijarme en la silueta de Kingsley, en esos brazos fuertes y prominentes, en su destacable altura muy por encima de los demás, en la fisionomía perfecta de su rostro, en aquellos rasgos marcados y severos que le concedían notoriedad. Conforme más le observaba, más difícil encontraba buscar un defecto en aquel físico imponente.

—Supongo que ahora que no estás con Masón, podríamos salir algún día ¿no? —El primo de Rachel llevaba un buen rato a mi lado, pero más de la mitad de su conversación había viajado por mi mente de forma insustancial, sobre todo porque no dejaba de hablar de lo bien que le iba su trabajo restaurando barcos cerca del puerto y que muy pronto se independizaría.

Suponía que la propia Rachel lo habría mencionado en alguna conversación. Solo Alana y Kingsley sabían realmente lo ocurrido y, a pesar de que eso daría lugar a rumores de todo tipo, pero no me apetecía que todos me vieran como la cornuda de aquella historia a pesar de que eso liberaba a Susanne del prejuicio de todos. La certeza de que Mason me habría engañado no solo con ella, sino con muchas otras desde el inicio de la relación provocaba que me frustrase aún más conmigo misma por no detectarlo a tiempo.

—¿No es lo que estamos haciendo ahora? —inquirí despreocupadamente.

—Me refiero a solos… ya sabes, algo así como una cita —especificó e inesperadamente fruncí el ceño ante aquella propuesta.

—Me temo que el entrenamiento me deja poco tiempo libre, quizá en otro momento —advertí levantándome para alejarme de la hoguera porque necesitaba evitar aquella situación demasiado incómoda.

Puede que el primo de Rachel fuera un buen chico, aunque no exactamente mi tipo, pero el último de mis pensamientos en ese momento era inmiscuirme en algún tipo de relación o crear expectativas de tenerla y, después de como estaban las cosas con

Kingsley, ni siquiera quería complicarlas con sexo ocasional sin compromiso.

—Me voy, ¿Vienes o te quedas? —Su pregunta parecía tosca, como si no le importase mi respuesta y aquello me resultó extraño.

—Vamos en la misma dirección así que no tiene sentido pedirle a alguien que me acerque a casa —respondí como si necesitara justificarme cuando precisamente la camioneta que él conducía era mía hasta que él llegó.

Me despedí de la poca gente que aun quedaba cerca de la hoguera y caminamos en silencio hasta el coche. La oscuridad del interior del vehículo era acogedora y conforme Kingsley metía las llaves en el contacto para arrancar percibí que se había detenido porque el ruido del motor no llegaba.

—¿Quieres que vaya a casa o prefieres ir a algún otro lado? —exclamó y a través de las sombras sentí que me faltaba el aire.

¿Aquella pregunta podía ser solo amabilidad o significaba algo más? Probablemente solo lo decía porque era el aniversario de la muerte de Reef y pretendía volver a mostrarse cercano.

—A casa —respondí escuetamente y acto seguido sentí como el ruido del motor inundaba toda la cabina y los faros iluminaban la carretera. Podía notar la arena en mis pies, el olor a salitre en mi piel y el cabello ligeramente húmedo. Y aún así, era incapaz de focalizar la atención en aquellas incomodidades porque lo único que podía percibir era la extraña tensión que existía entre nosotros.

En el momento que Kingsley aparcó el coche en la puerta de la casa de mis padres, me bajé con las sandalias en la mano dejando que el césped arrastrara la arena pegada a mis pies.

—Supongo que mañana estarás ocupado —pregunté conforme nos acercábamos hacia el fondo del jardín.

—No exactamente —respondió con la vista fija en el suelo.

—¿Y tu cita con Sussane? —pregunté sin rodeos.

Llegados a ese punto me importaba un bledo ser directa. Teníamos un pacto, ¿no? Pues necesitaba conocer los detalles para que él cumpliera su parte.

—Esa *cita* como la llamó ella, solo consistía en algunas técnicas de surf para mejorar su salto, pero no era ni siquiera algo formal, le dije que si el entrenamiento me lo permitía, volvería a Sunshine Beach, de ahí que te dijera que nos dejaras libres.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunté deteniéndome en aquel momento.

—No soy muy dado a dar explicaciones de las cosas. Confías en mí o no confías, pero justificarme de mis decisiones no es mi estilo.

—Supongo que esa es una de las razones por la que no te van las relaciones sentimentales.

—Touché —sonrió—. Buenas noches, Océano.

—Gracias por la clase de constelaciones, ha sido lo mejor que ha hecho alguien por mí en mucho tiempo.

Noté el brillo en su mirada, aquella intensidad desplegada que me acariciaba cada extremidad de mi cuerpo y reconocí el temblor del deseo, la emoción que embriagaba cada terminación nerviosa.

—Ha sido un placer, si alguna vez quieres continuar solo tienes que golpear mi puerta. —Vi como se daba la vuelta y se alejaba en dirección a la caseta.

Me mordí el labio con fuerza por la necesitad de sentir algo que no fuera aquel impulso de ir tras él, así que me obligué a girar sobre mis talones y subir los escalones hasta llegar a la puerta lateral de la casa.

Le escuché entrar y me giré como si necesitara unos segundos para comprobar que él no tenía ninguna intención de

volver, que quizá aquella respuesta no tenía un mensaje oculto al que me estaba aferrando con demasiada rapidez.

Esperé. No sé si fueron segundos o minutos, pero ninguna luz se encendió en el interior, ningún ruido que pudiera percibir a pesar de estar a escasos pasos de distancia y antes de dejar que mi propia coherencia pusiera freno, atravesé el jardín hasta llegar a la puerta y alzar la mano con la intención de aporrearla.

Una. Dos. Y el tercer golpe se quedó en el aire porque él la abrió.

Ni siquiera me dio tiempo a dar una excusa o mencionar media palabra, porque él cruzó la distancia que nos separaba y se lanzó directamente a mis labios con una posesividad extrema.

Me aferré instantáneamente a su cuello conforme entreabría mi boca y descubría el sabor de su lengua mezclándose con la mía, provocando que gimiera ante el súbito placer. Sentía el calor de su respiración rozando mi piel y el latido de su pulso bajo la yema de mis dedos aferrados a su nuca.

No quería que me soltara. Ni que se detuviera. Aquella infernal necesidad de sentirle, de que recorriera con sus manos mi cuerpo, de notarle en cada fibra de mi ser era tan primitiva que llegaba a consumir cada pensamiento salvo ese.

Me atrajo hacia el interior y la poca luz que provenía desde el jardín nos cegó por completo cuando la puerta se cerró de un portazo. Ni siquiera pasamos del salón, Kingsley me arrastró al sofá que había justo en la entrada y me senté a horcajadas sobre él mientras notaba como sus manos recorrían mi espalda, me desabrochaba el sujetador y por un instante abandoné su boca para quitarme todas las prendas superiores y arrojarlas a alguna parte.

Que todo careciera de luz nos hacía tocarnos y buscarnos con mayor ardor, como si la oscuridad nos concediera tregua y supiera que estábamos haciendo algo indebido, prohibido y aún así decidiera

volverse cómplice, envolviéndonos en su manto espeso para que el mundo dejara de existir fuera de ese pequeño espacio entre él y yo.

No importaba si no veía su rostro, podía imaginarlo en cada respiración contenida, en cada nueva embestida de su lengua contra la mía, en cada gemido de necesidad que moría en su garganta, en sus manos encontrando lugares escondidos de mi cuerpo y en ese roce intenso que lo volvía todo más intenso.

Mis manos buscaron la cinturilla de su pantalón, desabotonándolo y bajando la cremallera para buscar su erección. Noté como se alzaba ligeramente y nuestro contacto fue aún más íntimo. Me aparté bruscamente para colocarme de pie y me deshice de los pantalones cortos y la ropa interior dejándola caer a mis pies antes de volver a colocarme a horcajadas sobre él. Escuché el sonido del preservativo rasgándose. Mis ojos se habían adaptado por completo a la oscuridad y percibí los movimientos de su mano mientras se lo colocaba y casi por inercia me alcé mientras él lo guiaba para introducirse poco a poco.

—¡Joder! —murmuré conforme volvía a sentir que me llenaba colmándome de una sensación demasiado gloriosa a la que no podía ni describir con palabras.

Sus manos se dirigieron hacia mis nalgas y en cuanto le acogí por completo noté como me apretaba aún más contra él provocando que los dos jadeásemos por puro instinto.

—Te habría follado así en esa maldita piscina de rocas bajo las estrellas —oí conforme me alzaba lentamente y después volvía a dejar que me llenara de nuevo.

Si el néctar o la ambrosía de los dioses era real, sin duda debía de parecerse a aquello.

—Y yo habría querido que lo hicieras —murmuré conforme volví a balancearme sobre él y lo oí emitir una blasfemia.

El ritmo se volvió más rápido conforme utilizaba su fuerza para alzarme e impulsarme contra él con más firmeza y yo atrapé su boca notando como el fuego se volvía demasiado intenso.

Sus labios chocaron con urgencia contra los míos, sin orden, siguiendo simplemente un impulso innato en el que se buscaban con una sincronía casi desesperada, encajando una y otra vez para perderse y volver a encontrarse de forma caótica. Cada leve retirada era solo el preludio de un regreso más intenso, profundo, sintiendo que necesitaban ser reclamados como propios.

Podía notar el vértigo previo al clímax, esa sensación apabullante en el que todo deja de tener una forma clara y el mundo se reduce a ese instante de tensión creciente donde nada más importa, donde solo estamos él y yo, donde no hay un antes ni un después, sino un nosotros en el momento exacto que nos convierte en uno solo.

Sentí como se acercaba, como acaparaba cada fibra que componía mi cuerpo tomando pleno control y dejé que me arrastrara conforme seguía adentrándose una y otra vez colmándome, haciendo que gritara en su boca.

Le cedí por completo mi cuerpo, dejando que se hundiera más profundo con cada embestida mientras yo sentía que caía al vacío sin control en aquel orgasmo intenso que me partía en dos con la seguridad de que él me sostendría.

Visceral. Carnal. Salvaje. Primitivo. Un acto de pura necesidad y, que tras abrir los ojos y recuperar ligeramente la consciencia donde solo podía sentir una placidez absoluta, en lo único que podía pensar es que no deseaba estar en ningún otro lugar.

30

Más cerca de lo necesario

Océane

Entreabrí los ojos con la habitación en penumbra y acto seguido de mis labios se escapó un gemido profundo. Aún estaba lo suficientemente adormilada para darme cuenta del motivo por el que me había despertado y del calor que sentía entre mis piernas.

Tenía mi espalda completamente pegada a otro cuerpo, notaba el roce de unos labios en mi cuello ascendiendo por mi oreja y escuchando una respiración agitada conforme su mano se abría paso entre mis piernas hasta sentir la humedad que generaba por su contacto.

Volví a gemir cuando introdujo parcialmente uno de sus dedos con demasiada facilidad y pude notar su erección entre mis nalgas. Estiré mi pierna hacia arriba y atrás para permitirle un mayor acceso y me apreté contra él, buscando que se adentrara, girando parcialmente mi rostro hasta donde podía permitirme la postura para apresar su boca.

Noté como se hundía al mismo tiempo que sus labios se apoderaban de los míos sin poder evitar que un gemido muriera en mi garganta.

Rodeó con su mano mi cintura para unirme aún más a él mientras sentía como bombeaba una y otra vez hasta que los dos nos vimos envueltos en aquella vorágine de placer y dejamos que nos consumiera.

—Buenos días, Océano —murmuró.

—¿Sueles dar así los buenos días? —exclamé volviéndome hacia él sobre la cama y teniendo una visual completa de sus facciones.

Esbozó una sonrisa complacida. Si era atractivo de normal, recién despierto lo era todavía más.

—Tendrías que quedarte varias veces para averiguarlo.

Aquella respuesta provocó que sintiera un estremecimiento en mi interior ante la agradable idea que suponía repetir aquello en más de una ocasión.

—Eso es algo que bajo ningún concepto debería ocurrir —afirmé incorporándome.

Noté como él se revolvía en la cama pero no se alzaba, sino que parecía seguirme con la mirada mientras yo buscaba por el suelo mi ropa y después recordaba que me la había quitado en el salón completamente a oscuras.

—Diría por tus gemidos de hace escasos cinco minutos que tu cuerpo no parece estar de acuerdo con esa decisión.

Me escabullí hasta el salón y encontré mi camiseta en una esquina, ni siquiera me molesté en ponerme el sujetador, luego cogí el bulto que conformaban mis shorts vaqueros con la ropa interior y me los puse del tirón sin llegar a abrocharlos antes de regresar a la habitación.

—Formamos un equipo, bajo ningún concepto debe existir una relación entre nosotros, aunque ésta sea exclusivamente de índole sexual.

—Nadie ha hablado de una relación de ningún tipo, pero coincidirás conmigo en que esta tensión sexual nos desfavorecerá en los entrenamientos si no la consumamos —contestó relajado mientras colocaba sus manos bajo la cabeza y no le importaba estar completamente desnudo a la vista.

Era inevitable que mis ojos se fijaran en su cuerpo, en aquellos abdominales tersos, en que probablemente era el chico más atractivo que había conocido o, al menos, el que me generaba ese impulso incontrolable de querer volver a meterme en aquella cama para recibir de nuevo ese placer innegable sintiendo una conexión que proseguía mis instintos más carnales.

Jamás me había sentido así en mis veintidós años de vida. Y encontrarme en aquella tesitura teniendo presente que ambos debíamos trabajar juntos día tras día convertía aquello en algo demasiado complicado.

Tal vez no era tan disparatado, sobre todo cuando ninguno de los dos estaba emocionalmente implicado.

—¿Y qué se supone que seríamos? —pregunté cruzándome de brazos y mi pregunta pareció generar una reacción en él porque finalmente se incorporó de un impulso y comenzó a caminar hacia mí completamente desnudo.

Estaba claro que no tenía ningún complejo de inseguridad respecto a su físico, de hecho, caminaba lo suficientemente seguro como para no avergonzarse en absoluto.

—¿Es que tenemos que ser algo? —exclamó colocándose frente a mí y observé como alargaba la mano para colocar mi pelo suelto y revuelto detrás de la oreja—. Porque a mi me basta y me sobra con follar cuando nos apetezca. No tengo porqué ponerle nombre a eso —prosiguió encogiéndose de hombros.

—Que dos personas se acuesten con cierta asiduidad y de forma exclusiva lo convierte en una relación, aunque no haya sentimientos de por medio —alegué tratando de mantenerme firme y sin dejar que me alterase su desnudez.

Debería estar acostumbrada, al fin y al cabo, me pasaba todo el día pegada a él sobre la tabla o en estrecho contacto con su cuerpo semidesnudo, pero a pesar de ello, mi cuerpo no parecía ir

en concordancia con mi mente porque notaba de nuevo ese ardor en cada extremidad y el incipiente cosquilleo en el bajo vientre.

—Podríamos acostarnos con otras personas si ese es el inconveniente —dijo fijando su vista en la mía.

¿Podríamos hacerlo? Desde luego eso restaría mucho al hecho de que entre ambos pudiera surgir cualquier tipo de empatía o sentimiento cercano.

—¿Algo así como tener carta libre para acostarse con quien nos de la gana cada cierto tiempo? —pregunté aun sin saber si aquello era o no correcto.

—Es una idea. De hecho, eso no rompería nuestro acuerdo.

Me mordí instintivamente el labio y comencé a aceptar aquella idea o más bien, la renuncia que me supondría no hacerlo.

—Tendrían que existir normas —dije sin aceptar aún.

Vi como esbozaba una sonrisa de medio lado y no supe si era porque no me había negado o porque quisiera poner orden a aquella locura.

—¿Quieres que especifiquemos que prácticas sexuales estás dispuesta a consensuar?

—No seas idiota, además eso serían límites sexuales —afirmé empujándole y él se echó a reír conforme se distanciaba para sentarse en el borde de la cama.

—No voy a negar que resultaría interesante conocer tus límites—. Alcé una ceja—. Vale, ¿Que normas? —preguntó alzando ambas manos.

—Esto —dije señalándonos—. No puede ser público bajo ningún concepto. No lo debe saber nadie.

—Hecho —advirtió sin pensarlo demasiado.

—Lo que significa que fuera de este sitio, fingiremos que entre nosotros no existe ningún tipo de química sexual.

—Fingir no se te da muy bien, Océano… lo has intentado desde el principio y mira como hemos acabado.

—No habríamos acabado de ninguna manera si aún siguiera con Mason.

—¿Eso crees? —exclamó y mi vista se fue a su entrepierna que comenzaba a erguirse de nuevo.

Joder… ni siquiera pude evitar sentir el latigazo que percibí en aquel momento entre mis piernas.

—No voy a pasarme la mañana discutiendo sobre tus especulaciones sin sentido —admití intentando con todas mis fuerzas mantener la vista fija en sus ojos sin que se desviaran a esa parte concreta de su anatomía.

—Está bien. Follamos en secreto y fingimos que no lo hacemos. ¿Algo más?

—Supongo que no —acepté como si aquella frase fuera un resumen lo suficiente específico para aprobarlo—. Salvo que debería irme en este preciso instante antes de que alguno de mis padres me vea saliendo de aquí.

—Escuché a tu madre marcharse temprano y tu padre mencionó ayer que hoy saldría a pescar aprovechando que no tenemos entrenamiento —dijo con suficiente calma—. Aunque te sorprenda, soy bastante observador cuando me lo propongo —añadió como si se hubiera adelantado a mi pregunta.

Sentí mi garganta seca y justo después, empecé a ser consciente de que mi respiración era más agitada de lo normal una consecuencia del ritmo acelerado de mi pulso anticipándose a una fantasía demasiado explícita.

—Aún así no tendría sentido quedarme.

—Tienes los pezones erectos, tu pantalón a medio abrochar y pondría la mano en el fuego sin riesgo a quemarme a que estás completamente lubricada. ¿Quieres que lo compruebe?

—No —murmuré aunque en realidad fue un jadeo.

—Si —afirmó poniéndose en pie—. Mientes fatal —añadió en tono de burla conforme se acercaba hacia mí sin que yo moviera un solo músculo de mi cuerpo—. Conmigo no tienes que fingir, basta con que digas que es lo que quieres, cuando lo quieres y como lo quieres. No necesitas demostrarme nada, ni actuar si algo no te gusta. Tratar de esconder que te sientes demasiado excitada solo va a perjudicarte a ti. Estas aquí para follar, no para idealizar esto como una relación sentimental.

Mis ojos buscaron los suyos y cuando vi el deseo que los oscurecía aún más, ese escudo que trataba de mantener firme acabó por destruirse.

—Arrodíllate —dije sin apartar la mirada y para mi propio estupor, un segundo después Kingsley estaba de rodillas frente a mí.

Definitivamente aquello iba a ser mi completa perdición.

***

Entré en casa dos horas después y a pesar de haber compartido la ducha con Kingsley, podía sentir su olor aún en mi piel.

La sensación lejos de ser desagradable era extrañamente placentera. Me apresuré para meter la ropa en la lavadora y programar un lavado rápido antes de colocarme un bikini bajo un vestido floreado.

Ni mis padres ni yo habíamos planificado algo para aquel domingo, supongo que eso es lo malo de que alguien desaparezca sin dejar rastro. No existe un cuerpo que llorar para lamentar la pérdida, no existe una tumba con su nombre, ni un lugar en el que repartir sus cenizas. Reef se había fundido con el mar, formaba parte de él como uno solo y tal vez por eso necesitaba ir al lugar exacto donde él estuvo ese día hacía justo dos años.

Durante demasiado tiempo me aferré a la idea de que él seguía vivo en alguna parte, de que el mar devolvía todo con el tiempo, pero la esperanza se fue volviendo amarga conforme pasaba el tiempo y solo quedó ese dolor visceral que rompía el alma.

Cogí las llaves de repuesto de la camioneta y entré en el taller de mi padre. Mi vieja tabla estaba en un lugar privilegiado, durante todo ese tiempo mi padre la había mantenido pulida e intacta, como si esperase que en algún momento decidiera volver a usarla.

Sin pensar demasiado, la cogí y salí apresuradamente para cargarla en el remolque y me subí metiendo las llaves en el contacto y emprendiendo rumbo hacia Alexandria Bay, una de las playas más peligrosas y que solo surfistas experimentados deben entrar en sus aguas por carecer de la protección del cabo y sus fuertes corrientes de resaca.

Eso la convertía en el lugar más peligroso bajo un temporal, lo suficiente para que alguien experimentado como mi hermano no

hubiera logrado salir con vida de ella.

En el momento que apagué el motor y descendí del coche, reconocí el sendero que llevaba exactamente dos años sin pisar.

No había sido capaz de regresar a ese lugar. Ni siquiera acercarme, quizá por eso tampoco había vuelto a Sunshine Beach a pesar de que estaba al lado. La simple idea me aterraba, como si pudiera sentir que él estaba atrapado bajo el agua. Como si recordara el terror de aquel día cuando por más que le buscaron, no encontraron nada.

Ni siquiera sabía porqué había decidido ir ahora o porqué había seguido aquel impulso momentáneo, pero tal vez la respuesta estaba en el hecho de que necesitaba comprobar si aún quedaba algún resquicio de la Océane que era dos años atrás, si a pesar de que una parte de mí hubiera desaparecido cuando Reef también lo hizo, el resto seguía ahí, escondida y cansada de huir de todo aquello que la hacía feliz.

El propio Kingsley lo había dicho apenas unos días después de conocerme y hasta ahora no siquiera quise escucharlo.

Miraba el océano como alguien que lo echa de menos, como alguien que sabe lo que un día tuvo y después perdió. No tenía miedo del agua, ni de volver a surfear, ni de caerme para después levantarme otra vez como tantas veces había hecho. Tenía miedo de volver a ser feliz, de volver a reencontrarme con la persona que era y sentir que traicionaba a mi propio hermano por continuar sin él.

Pero elegir el camino contrario solo me había alejado aún más de sus recuerdos, de todos esos momentos en los que había sido feliz junto a él.

Me adentré en el sendero consciente de que llegar hasta la playa implicaba una caminata de al menos treinta minutos sin descanso. Y cuando comencé a recorrerlos en aquel día espléndido y soleado mi mente trató de ponerse en su piel, de viajar dos años atrás a aquel día de tormenta en el que probablemente pensó que el

oleaje tendría un *swell* excepcional con olas más altas que podría aprovechar, pero precisamente había sido su osadía y el hecho de creer que podía enfrentarse a un mar embravecido lo que había puesto fin a su vida.

Conforme sentía que el sendero llegaba a su fin, aumentaba esa presión en mi pecho tan reconocida, esa sensación de ahogo que me había perseguido tanto tiempo y por la que había puesto mil excusas para no ir allí, para no volver a coger esa tabla, para decidir no volver a cabalgar una ola sabiendo lo que eso significaba.

La brisa marina impactó en mi rostro y contemplé la belleza que tenía aquel paraje natural tan bien conservado. Toda la playa estaba rodeada por vegetación autóctona y a pesar del esfuerzo que suponía llegar hasta allí a pie con la tabla, sin duda merecía completamente la pena.

—Supiste elegir bien incluso el lugar donde ibas a morir —murmuré en voz alta como si sintiera que él podría escucharme, como si nuestro vínculo de hermanos gemelos jamás se hubiera roto.

Me adentré en la playa llegando hasta la orilla y dejé a un lado las sandalias para permitir que el agua fresca bañara mis pies. Irónicamente no había nadie, al igual que la última vez que Reef estuvo allí completamente a solas.

No es que fuera una playa demasiado transitada de hecho, no tenía vigilancia y solo quien amaba de verdad el surf se atrevía a hacer aquel largo camino con la intención de pasar unas cuantas horas en el mar por sus espectaculares olas.

Dejé a un lado la tabla, me quité el vestido y me senté durante un momento a contemplar el horizonte, como si necesitara sentir si una parte de él permanecía en aquel lugar, si por ilógico que pareciera, podría visualizarle bajo una de esas grandes olas hasta lanzarse de cabeza al mar.

No sé cuanto tiempo estuve, no había llevado conmigo el teléfono puesto que lo había dejado en casa. Simplemente me estaba dejando llevar por primera vez en dos años. Estaba haciendo lo que quería, cuando quería y como quería, quizá porque había vuelto a escuchar mi corazón y no el miedo que lo invadía, quizá porque no quería ser esa chica que miraba el océano como si lo echara de menos, sino la que lo observaba muy consciente de que el mar nunca deja de existir para quien decide regresar a él.

Cerré los ojos y percibí la humedad en mis mejillas, las lágrimas que no indicaban dolor, sino felicidad. No quería navegar en dirección contraria y alejarme de los únicos recuerdos a los que aún me aferraba.

Escuché las pisadas de alguien acercándose en la arena e incliné la cabeza hacia el lado opuesto para secar las lágrimas que aún mojaban mi rostro. No era la mejor hora para venir a surfear, lo más lógico era venir desde muy temprano para aprovechar la mañana, pero imaginé que se trataría de gente de la zona que prefería buscar las horas de menos afluencia, por lo que cuando miré en la dirección hacia el sendero que desembocaba en la playa, tuve que controlar mi llanto al ver a mi amiga Alana.

—No esperarías que te dejaríamos sola en un día como hoy, ¿Verdad? —exclamó abalanzándose hacia mí y estrechándome con fuerza.

Sonreí mientras me envolvían sus brazos y pensaba que a pesar de haber querido hacer aquello sola, era infinitamente mucho mejor en compañía.

—¿Pero como has podido saber que estaba aquí? Dejé mi teléfono en casa —dije segundos después.

—Resulta que maxi-pibón tiene recursos ilimitados —sonrió Alana y alcé la vista para ver a Kingsley venir hacia nosotros cargando con dos tablas de surf—. Fui a tu casa con la certeza de que estabas allí para pasar la tarde juntas, cuando él me dijo que te

habías marchado con la camioneta supe que no llevabas el teléfono contigo, pero resulta que tiene la costumbre de colocar un AirTag en todos sus coches por si no recuerda donde ha aparcado, así que nos guió hasta aquí.

¿Por qué no me sorprendía? Ahora comprendía como supo encontrarme el día del cine, podía saber en todo momento donde encontrarme si me llevaba la camioneta.

—¿Pensabas salir ahí tu sola, Océano? —mencionó sin importarle llamarme de ese modo delante de Alana.

—Esa era la intención —admití pese a que él conocía perfectamente mis límites, los mismos que se habían desdibujado cada vez que me había visto obligada a salir junto a él.

Todavía sentía el hormigueo de mis extremidades, la opresión en el pecho, la sensación de ahogo, la disminución de todos mis sentidos, pero comenzaba a pesar mucho más la firmeza de una convicción que ese terror arraigado a un sentimiento de culpa.

—Espero en ese caso que no te importe que te hagamos compañía, me han hablado muy bien de esta playa —alegó soltando una tabla en la arena y clavando la otra para que permaneciera de pie.

En ese momento escuchamos voces acercándose y más gente comenzó a aparecer reconociendo a todo nuestro grupo de amigos, tanto de Reef como mío, pero sobre todo estaban mis amigas. Rachel, Valeria… Olivia, Rebecca y Manuela. Habían venido todas y cargaban con sus tablas.

—Nadie se ha olvidado de Reef —continuó Alana—. Todos recordamos que día es hoy.

Tuve que reprimir la emoción que sentía en ese momento, pero antes de que se me volvieran a saltar las lágrimas, tanto Rachel como Valeria se abalanzaron sobre mí y fue inevitable sonreír mientras se escapaban de mis ojos algunas gotas saladas.

—Hemos traído flores y velas —mencionó Valeria, teníamos la intención de soltarlas frente a tu casa esta noche, ya que este año estás aquí.

—¿Por qué nadie me dijo nada anoche? —pregunté sorprendida.

—Sabemos lo difícil que es para tus padres y para ti este día, no queríamos que te sintieras forzada a venir y que pudieras sentirte mal por ello —dijo Rachel.

Asentí porque sentía que sería incapaz de emitir un sonido coherente de mi garganta y vi como algunos de los presentes comenzaban a meterse en el agua.

—¿Preparada? —preguntó Alana acercándose aun más a mí —. Puedo quedarme aquí contigo si necesitas más tiempo para entrar o si prefieres cambiar de idea y no hacerlo.

Mi vista se dirigió instintivamente a Kingsley que permanecía aún junto a las tablas que había traído consigo. Ninguna de ellas era la grande que utilizábamos juntos, aquel mar no era adaptado para el surf-tandem que requería olas menos altas y más largas, por lo que no existía la opción de ir juntos, pero por algún motivo, necesitaba sentirle cercano a mí.

—Lo estoy —afirmé con la vista fija en sus ojos oscuros que no dejaban de observarme.

¿Quizá él suponía ese empuje de seguridad que necesitaba? Durante toda mi vida había sentido que Reef era la otra mitad de un pilar que sostenía toda nuestra estructura y en el momento que él se convirtió en una sombra, percibí como todo se desmoronaba hasta el punto de ahogarme intentando soportar todo el peso por mí misma sin darme cuenta que, desde la aparición de Kingsley, ese peso se había ido desvaneciendo poco a poco.

Ni siquiera sé en que momento comencé a sentirme segura a su lado, comencé a recuperar la confianza en mí misma, comencé a

ver quien era realmente y el error que estaba por cometer dirigiendo mi vida hacia otra dirección en la que ni siquiera me satisfacía.

Aunque hubieran pasado dos años, sentí como mi cuerpo y mi mente recordaban exactamente que debía hacer en cada momento exacto. Era como aprender a respirar, en cuanto sentí la sal en mi piel rozando cada brazada, pude volver a sentir su voz cerca de mí, el sonido de su risa cada vez que conseguía coger una ola que yo había perdido, la satisfacción cuando yo también lo lograba, el momento de triunfo cuando los dos alzamos la copa que nos convertía en campeones absolutos.

Y mi mente había decidido guardar todos esos recuerdos en un cajón, sentir que eran demasiados dolorosos revivirlos, sabiendo que no volverían a tener cabida en mi vida, pero en aquel momento no existía el dolor, sino la gratitud de haberle tenido durante veinte años como el mejor compañero de vida.

El mar estaba calmado ese día, probablemente uno de los más tranquilos que había visto en aquella playa hasta la fecha, así que nadamos hasta la zona de pico, como si todos estuviéramos esperando a que llegase la ola perfecta.

Había silencio, uno lo suficiente insólito como para saber que todos los allí presentes estaban recordando a mi hermano Reef en esa playa junto a ellos, como si él también estuviera allí con su tabla favorita y dispuesto a soltar algunas bromas o a retar a uno de sus amigos. Puede que ya no estuviera físicamente, pero los recuerdos que nos dejó en vida fueron suficientes para mantenerlo a salvo en la mente.

Vi como unos cuantos cogían un par de olas más suaves. Quizá debería haber hecho lo mismo para comprobar hasta qué punto mi cuerpo seguía recordando qué debía hacer en cada momento. Puede que mis entrenamientos en las últimas tres semanas me hubieran servido para estar un poco más en forma, pero dos años continuaba siendo mucho tiempo para mantener esa memoria muscular intacta. Eran muchos meses sin remar hacia un

pico, sin sentir el peso del océano decidiendo por mí. Pero la adrenalina que me recorría por dentro y que tomaba el control de mi propio miedo me obligaba a esperar, como si una voz antigua supiera que aquellas olas no eran las adecuadas. Era la misma paciencia que solo puede crearse en alguien que ha pasado toda su vida viviendo en el mar, aprendiendo que no todas las oportunidades merecen ser perseguidas.

Respiré hondo dejando que el aire salado llenara mis pulmones. Intenté ignorar el nudo que apretaba mi estómago. Necesitaba volver a levantarme allí mismo, justo en el lugar donde decidí caer y donde lo hizo él.

No podía ser otro.

El viento cambió ligeramente, lo sentí incluso antes de entenderlo. Era una caricia distinta sobre el rostro, una variación casi imperceptible en la dirección de las gotas que el aire arrancaba de las crestas. Y el océano respondió al instante. El agua dejó de moverse con sosiego y empezó a activarse. Las líneas en el horizonte adquirieron una simetría inquietante, como si alguien hubiera tensado una cuerda invisible a lo lejos.

Levanté la vista y comprobé que venía una ola grande, no era de las más gigantescas que había visto en aquella playa o que había surfeado, pero tenía el tamaño exacto de todos esos recuerdos que llevaba aquellos dos años evitando.

Mi corazón aceleró el ritmo hasta sentir que me golpeaba en las costillas y en aquel momento desapareció todo a mi alrededor. Las voces, el sonido del viento, el roce del agua, la sensación de sal en mi piel. Mis ojos solo tenían vista para aquella pared azul océano creciendo lentamente mientras avanzaba hacia nosotros.

Pensé en él. Pensé en Reef. No porque quisiera hacerlo, sino porque resultaba imposible no hacerlo. Era la misma playa. El mismo modo. En un mismo día que había empezando pareciendo uno más, pero que fue el último para él.

Durante un instante dudé, como si creyera que no podría hacerlo, que podría fallar. Y entonces sentí el empujón de la tabla llevándome en la dirección adecuada.

Me giré hacia atrás y allí estaba Kingsley. Supe entonces que solo nosotros dos estábamos en la cresta de aquella ola y las opciones serían cogerla o dejar que nos sumergiera bajo el agua al romper.

Mi cuerpo reaccionó con la seguridad que llevaba años sin sentir. No sabía si era instinto de supervivencia o de demostración, pero comencé nadar con fuerza para separarme de él y me aferré a los cantos de la tabla para alzarme. Mis pies encontraron su sitio sin necesidad de mirar equilibrando mi peso. El pie trasero sobre las quillas. El delantero apuntando la dirección y las rodillas flexionadas junto a los hombros relajados.

Todo regresó a mi mente en un único instante. No tenía que pensar, solo necesitaba dejarme guiar por la corriente y el viento cuando comenzaron a impulsarme.

Sentí el canto clavarse en la superficie y describir una línea limpia sobre aquella montaña de agua que silbaba bajo mis pies con ese sonido grave que solo existe cuando la velocidad empieza a superar al ruido del viento.

Era como volver a hablar un idioma que llevaba años sin pronunciar. Mi cuerpo seguía entendiendo cada una de sus palabras. La ola comenzó a levantarse aún más detrás de mí, sentía su peso, su volumen, la presión inmensa empujándome sin necesidad de girar la cabeza. No hacía falta verla para saber que estaba ahí. El océano siempre encuentra esa manera tan suya de hacerse notar.

Y lo noté.

Noté el instante en el que el miedo deja de ser un enemigo y se convierte en una herramienta. En el que la mente deja de hacer ruido porque no puede permitirse pensar en nada más. Ni en el

pasado, ni en el futuro, solo en ese preciso instante donde toda tu vida depende de la decisión que tomes.

Y por primera vez desde hacía dos años, comencé a descender por la cara de la ola completamente sola, con el océano rugiendo a mi alrededor. Ahí me di cuenta de que el mar seguía siendo el mismo y que la que había regresado a su hogar, era yo.

—No ha estado nada mal, océano —escuché la voz de Kingsley cuando el descenso había terminado y la calma del oleaje ralentaba mi tabla hasta casi detenerse provocando que me tirase al agua.

No había estado pendiente de su descenso, pero estaba claro que él sí del mío y me había seguido hasta allí.

—No pareces sorprendido —afirmé colocando las manos en la tabla para incorporarme de nuevo y sentarme a horcajadas.

—No lo estoy —afirmó—. Solo acabo de ver con mis propios ojos lo que ya intuía desde antes.

—¿Y que es lo que intuías?

—Que la chica que vi el primer día solo era un escudo de protección de la que se escondía bajo toda esa capa de indiferencia y medias verdades.

Me mordí el labio y aparté la mirada hacia el otro lado, como si quisiera comprobar si alguien más podría escucharnos. Observé a mis amigas nadando desde sus tablas en mi dirección.

—Creo que fui muy sincera desde el principio en cuanto a ti se trataba. No te soportaba y aún estoy cuestionándome si debo hacerlo —afirmé con una leve sonrisa.

Kingsley comenzó a alejarse levemente como si tuviera la intención de volver de nuevo a la línea line-up para coger otra ola.

—¡Ya te he advertido de que se te da muy mal mentir, Océano! —exclamó—. Deberías dejar de hacerlo, sobre todo cuando

tu propio cuerpo te delata —hizo un guiño para después alejarse y supe que tenía esa sonrisa de idiota en la cara.

Esa misma que acaba trayendo consecuencias fatales.

31

No era parte del plan

Max

Mi vuelo partía esa misma noche desde Brisbane y llegaría a Los Ángeles al día siguiente, aunque realmente estaba retrocediendo en el tiempo diecisiete horas y llegaría el mismo día antes de mi hora de salida.

Y eso era algo que mi hermana pequeña Harmony no lograba entender.

—¿Como vas a salir un martes por la noche y llegar aquí un martes por la tarde? —preguntó por tercera vez.

—Ya hemos hablado de los desfases horarios, cariño —intervino mi madre.

Ambas estaban al teléfono en manos libres.

—Eso es porque aquí el tiempo y la hora no son las mismas, te llevaré un reloj de Australia que marque el día y la hora para que puedas entenderlo.

—¿Y vas a quedarte hasta año nuevo? —exclamó Harmony.

Realmente no estaba acostumbrado a pasar las navidades íntegramente con ellas, quizá porque le restamos importancia a todas las festividades ya que Harmony había estado hospitalizada durante mucho tiempo al sufrir hipoglucemias graves hasta que finalmente consiguieron controlarlas.

—Es posible —dije muy consciente de que mi vuelo de vuelta tenía fecha abierta y de que cuando hice la reserva no fui capaz de evitar pensar en que Océane pasaría esa fecha aquí sola.

Y aún no entendía porqué aquello me importaba o más bien, porque había dejado que me influyera hasta el punto de no fijar la fecha de vuelta, como si necesitara poner distancia para convencerme de que ella solo formaba parte de un plan en el que conseguía mantener mis ingresos hasta retomar de nuevo mi carrera en solitario.

No iba a negar que me complacía en la cama, que pensaba en follármela cada minuto del día hasta convertirse en una jodida obsesión. Pero es que el sexo con esa rubia despampanante era de esos niveles en los que el autocontrol se va a la mierda y nace la necesidad mas primitiva de obtener placer.

Eso, y que me la ponía dura cada vez que restregaba su cuerpo contra el mío en los entrenamientos o me retaba con esos ojos de un azul impresionante.

Había algo en esa mirada que me hacía ir tras ella, que me volvía vulnerable, que me encontraba a mi mismo siguiéndola a todas partes. Podía insistir en que solo era atracción, en que simplemente conocía sus puntos débiles y eso provocaba que una parte de mi quisiera protegerla incluso de sí misma, o que solo jugaba mis cartas es un interés propio. A fin de cuentas, necesitaba que ella colaborara en las campañas, que nos vendiéramos como una pareja sólida sobre la tabla.

Pero a pesar de estar allí por interés y de que lo único que me interesara era pasar aquellos seis meses inadvertido hasta recuperar mi vida, no podía negar que comenzaba a gustarme la idea de que cediera ante el mismo descontrol que sentía yo y acabara colándose a hurtadillas en mi cama durante la noche para desaparecer antes del alba.

—¿Y puedo ir contigo cuando regreses a ese lugar? —preguntó con aquella voz aún infantil que me hizo sonreír.

—Eso sería bastante complicado, sobre todo porque tienes colegio —argumenté metiendo el ordenador y un par de sudaderas en la mochila que llevaría conmigo.

Viajaba sin apenas equipaje, sobre todo porque en Los Ángeles era invierno y pensaba estar fuera pocos días.

—¡Qué aguafiestas! Al menos dime si Océane vendrá contigo. ¿Es tu novia?

Aquella pregunta me desconcertó.

—¿Y cómo sabes tú quien es Océane? —increpé porque no le había dado ni siquiera su nombre para evitarme problemas como ese.

Estaría en Noosa por tiempo limitado, no necesitaba dar demasiada información sobre la situación cuando decidiera regresar a recuperar mi antigua vida en el momento que se aclarara mi suspensión por parte de la federación.

—Porque las enfermeras me traen las revistas deportivas y vi una foto vuestra, así que la busqué por internet. ¿Es verdad que su hermano desapareció haciendo surf?

—Te dije que no le dijeras nada a Max hasta que estuviera aquí. —Noté la voz de mi madre más cansada en ese momento.

Arrugué la frente, no porque hubiera podido ver una foto nuestra, sino porque comencé a comprender porqué no me hacía videollamada, sino llamada normal en manos libres.

—¿Estáis en el hospital? —inquirí apresurado.

Escuché el resoplido de mi madre.

—No quería preocuparte, ya tienes suficiente estando a miles de kilómetros de aquí y sabía que querrías venir —murmuró mi

madre.

—Dime qué está pasando —ordené sintiendo que el oxígeno no llegaba a mis pulmones.

—Lleva un par de semanas teniendo picos de hipoglucemia grave, creía que estaba controlado, pero su diabetes se ha vuelto extremadamente inestable, se conoce como diabetes lábil y eso hace que ponga en riesgo su vida de forma constante, por eso decidieron ingresarla para controlar su evolución y determinar si pueden estabilizarla.

Me dejé caer contra la pared y apreté con fuerza los ojos. Era demasiado duro imaginar a Harmony en el hospital llena de cables, la había visto demasiadas veces en esa situación para su corta edad.

—Pero debe haber una causa, ¿no?, ¿Le están haciendo pruebas? —inquirí ofuscado.

Pensaba que ese infierno se había acabado, que Harmony podría hacer una vida normal como cualquier otro niño de su edad pese a recibir su tratamiento y tener pautada una alimentación controlada.

—Hay varios factores que podrían haberlo desencadenado, pueden ser cambios hormonales o una enfermedad autoinmune asociada, pero también es muy posible que su cuerpo no esté absorbiendo bien la insulina, y por eso sigue ingresada.

Sentí un escalofrío recorriendo mi espalda, reconocí el miedo aunando en cada fibra que componía mi cuerpo. Tenía muchas preguntas. Infinitas. Pero también intuía que una de las razones por las que mi madre no me había informado de la situación era porque no querría que Harmony la escuchara.

—¿Tú estás bien, Mony? —pregunté intentando que mi tono de voz sonara lo más calmado posible.

—La comida es un asco —respondió algo alejada del teléfono —, y estoy aburrida, pero por lo demás estoy bien.

Escuché los golpes en la puerta y caminé despacio desde la habitación atravesando el salón.

—Tengo que dejarte, pero te veo en unas horas y tal vez responda a tu pregunta. Te quiero, preciosa.

Aparté el teléfono de la oreja y abrí la puerta, probablemente se trataba de Jax puesto que iba a acompañarme hasta la estación para coger un bus que me llevara al aeropuerto de Brisbane. Me sorprendió ver en su lugar a Océane, aunque aún no sabía como iba a despedirme de ella a pesar de que se trataría solo de unos días.

—Al parecer hay cambio de planes y mi padre no puede acercarte a la estación —dijo cruzándose de brazos y me sorprendió aquella postura distante.

No le di importancia, quizá porque tenía demasiada información que procesar en ese momento sobre Harmony y mi único interés era llegar cuanto antes a Los Ángeles para asegurarme de que mi hermana pequeña recibía el mejor tratamiento posible.

—Casi he terminado, solo me queda revisar un par de cosas —dije haciendo amago de regresar a la habitación y pensando que ella misma entraría, pero no lo hizo, de hecho, no pasó de la puerta.

No había pensado en una despedida, al fin y al cabo, volvería en pocos días por lo que no sentía que aquello fuera un adiós, ni siquiera pensé demasiado en ello, quizá porque yo mismo sabía que necesitaba alejarme de ella y comprobar que aquel extraño sentimiento de necesidad que ella me generaba solo era fruto del deseo que sentía hacia ella y no de algo que iba más allá.

—Te espero en la camioneta —dijo instantes después y cuando comprobé la puerta abierta, ella ya no estaba.

No pensé en los motivos por los que no quiso entrar, así que revisé los cargadores y la documentación necesaria además del ordenador y el móvil. Cerré la mochila y me la cargué al hombro antes de salir por la puerta dejando las llaves dentro. Me dirigí hacia

la camioneta donde vi que ella estaba apoyada en la parte delantera con la vista fija en la pantalla de su teléfono.

No solía ser la típica chica que vive pegada a la pantalla, de hecho, era una de las cosas que más me gustaban de ella. Disfrutaba de vivir del momento, de lo que la rodeaba, sobre todo cuando estaba con otras personas.

—Si quieres conduzco yo hasta la estación —dije para llamar su atención.

—Como quieras —contestó sin alzar la vista y mantenerla clavada en el teléfono hasta llegar a la puerta del copiloto y subirse al asiento que solía ocupar siempre que íbamos juntos.

¿Quizá era la incomodidad de la despedida? Aunque los dos sabíamos que solo se trataría de poco más de una semana, ya que sus padres volverían justo después de año nuevo. Y eso volvía a recordarme que ella estaría completamente a solas.

Volví a desear que ese pensamiento no me afectara, a fin de cuentas, ella tenía su vida, sus amigas, su familia, al igual que yo debía estar con la mía. Y aún así, una parte de mí deseaba estar allí, con ella.

—¿Has decidido como pasarás año nuevo? —pregunté tratando de romper aquel silencio.

—¿Lo preguntas por nuestro acuerdo? —exclamó y en ese momento quise responder que no, pero tampoco quería mostrar más interés del que realmente tenía—. Supongo que tendríamos que aclararlo antes de que te marcharas.

—¿Aclarar el qué? —pregunté desviando un momento la vista de la carretera hacia ella y vi que había dejado su teléfono sobre el asiento.

—Que nos deberíamos acostar con otras personas mientras estás fuera de la ciudad. Es lo que acordamos para no tener ningún vínculo afectivo, ¿no? Entré nosotros solo hay sexo, sin emociones,

ni sentimientos y así debe seguir siendo para que podamos funcionar como equipo.

No era algo en lo que hubiera pensado, pero suponía que estando lejos de ella aquella sensación de necesidad se esfumaría porque estaba únicamente provocada por su cercanía.

—Tiene sentido que estemos con otras personas mientras estamos separados, es lo que acordamos —admití como si aquello fuera lo más lógico en aquella situación sin pensar en lo que realmente suponía.

—Estupendo —afirmó volviendo a coger el teléfono y dando por finalizada la conversación.

—¿Estás molesta conmigo por algo? —pregunté porque me parecía extraño aquel tipo de comportamiento en ella, incluso cuando estaba molesta simplemente mantenía la mirada hacia el otro lado del vehículo como si fuera su modo particular de evitar una conversación.

—¿Debería? —inquirió despreocupada.

Aquello solo me confundió aun más, sobre todo porque Océane solía ser directa y eso era una de las cosas que más me gustaba de ella.

Llegamos al aparcamiento de la estación y dejé el coche en uno de los huecos libres. Sentí que en aquel momento una parte de mí deseaba marcharse cuanto antes para asegurarme de que Harmony estaba bien, pero por otro lado algo me retenía allí, como si no quisiera abandonar aquel lugar y tuviera aún algo pendiente que solucionar.

Alcé la vista y comprobé que Océane abría la puerta para bajar del coche, pero le cogí el brazo impidiendo que lo hiciera, eso hizo que volviera su rostro hacia mí y sin pensarlo dos veces, acorté la distancia y me lancé a sus labios, sintiendo que necesitaba tener muy presente el sabor de su boca, la intensidad con la que

respondía a cada beso, el salvajismo que inducía a mi instinto más primitivo de poseerla.

No dudó ni un instante en responder, incluso sentí el leve gemido nacer de su garganta y morir en nuestros labios que se demandaban con una intensidad vibrante.

—Feliz navidad, Océano —susurré en cuanto mis labios se separaron levemente de los suyos.

—Feliz navidad, Kingsley —contestó haciendo que sonriera levemente.

Me había acostumbrado a que me llamara por mi apellido y, a pesar de que solo había conseguido arrancarle mi nombre cuando la excitaba lo suficiente, comenzaba a gustarme la idea de que solo me llamara de aquel modo cuando se rompía entre nosotros cualquier tipo de distancia y sentía una conexión única.

La misma a la que deseaba no aferrarme.

La misma de la que sabía que debía huir.

La misma que no podía permitirme, porque mi tiempo allí era limitado.

No hubo despedidas. Ni siquiera un buen viaje. Simplemente me bajé de la camioneta y le di las llaves. Me adentré en la estación de autobuses y cuando me di la vuelta ella ya se había marchado.

Puede que supiera perfectamente que aquello era lo mejor, que mantenerla apartada de mí significaba evitar problemas, pero aquella era la primera vez que comenzaba a importarme lo que pudiera pensar de mí una chica.

Y no cualquier chica, sino una con los ojos más increíbles que había visto en mi vida, con la que había tenido el mejor sexo y con la que sin lugar a duda, podía mostrarme sin ningún tipo de reservas.

Justo antes de subirme al avión, recibí un correo de mi representante. Las fotos del reportaje habían sido publicadas y apenas una hora después, tenía tres ofertas más de marcas que nos querían a Océane y a mí como imagen de sus productos.

Había viajado hasta Noosa por ese motivo, había entrenado cada día para convencer a Jax de que era la persona que necesitaba su hija como compañero y había logrado que la propia Océane accediera a aceptarme y firmar aquel acuerdo que nos exponía al mundo como pareja.

Y cuando debería estar contento por ello, me sentí como un farsante.

Puede que Océane supiera que mi motivación para estar allí era la económica, pero desconocía por completo que quizá jamás podría volver a competir si la federación así lo consideraba.

Dormí algo más de la mitad del vuelo y lo agradecí cuando el taxi me dejó en la puerta del hospital porque estaba lo suficiente despejado para enfrentarme a aquella situación.

Llevaba tiempo sin ver a mi madre con aquel aspecto descuidado, cansado y envejecido por la falta de sueño, aún así me aferré a su abrazo y comprobé que estaba en el pasillo porque Harmony acababa de tener otro pico de hipoglucemia que le había llegado a provocar pérdida de conciencia.

—¿Qué te han dicho? —le pregunté directamente a mi madre.

—Que todo apunta a que su cuerpo no está tolerando la insulina —dijo mi madre con la voz medio rota.

En ese momento el doctor Salas salía de la habitación donde se hallaba mi hermana y me saludó. Hacía casi un año que no nos veíamos y pensé que tardaría mucho más en volver a verle.

—Me alegro de que estés aquí, Max. Como ya le he mencionado a tu madre, creemos que la situación de Harmony es compleja.

—¿Le están haciendo pruebas aún?, ¿Han encontrado la causa que le provoca estos episodios?

—Hemos descartado varias, pero quizá no podamos lograr dar con la causa. Es algo que le mencioné a tu madre ayer mismo.

—El doctor Salas cree que Harmony conseguiría una mejoría notable si se sometiera a un tratamiento experimental.

—Se trata de microencapsulación de células de islotes pancreáticos. Es una técnica en la que se colocan células productoras de insulina dentro de microcápsulas para protegerlas del sistema inmunitario y que este no las destruya. La idea es que esas células puedan detectar la glucosa y liberar insulina sin necesidad de que el paciente tome inmunosupresores.

—¿Y tendría riesgos para ella? —pregunté alarmado.

—No. No existen riesgos y hay una alta probabilidad de que en su caso pueda funcionar —advirtió con solemnidad.

—¿Entonces porqué no se lo están administrando?

—Es un tratamiento experimental, Max. El seguro no lo cubre y es excesivamente caro.

Mascullé un improperio. La salud de mi hermana siempre había dependido del jodido dinero.

—He puesto a Harmony en la lista de pacientes que puedan recibir el tratamiento con la recaudación de fondos para la investigación, pero no puedo asegurar que lo reciba pronto.

—¿De cuanto estamos hablando? —pregunté decidido.

—Cien mil dólares para cubrir la totalidad del ensayo.

—Está bien. Comience con el tratamiento —dije sin saber de donde diantres iba a sacar esos cien mil dólares, pero de un modo u otro iba a conseguirlos, aunque tuviera que llamar casa por casa mendigando.

—Max, es demasiado dinero… —murmuró mi madre.

—No te preocupes. Yo me encargo —dije sacando mi teléfono y marcando el teléfono de mi representante.

Debía haber un modo de llegar a esos cien mil dólares.

32

A un océano de distancia

Océane

Era extraño ver a mis padres marcharse de viaje, ni siquiera recordaba cuando fue la última vez que lo habían hecho completamente solos y aunque estaba habituada a estar algunos momentos sola en casa, sentí que aquel silencio me pesaba demasiado. Era muy consciente de que no iban a regresar en una o dos horas, sino que tardarían varios días en volver.

Mi madre había insistido en que les acompañara, pero no quería ser ese peso de último momento solo porque mi situación sentimental hubiera cambiado. Además, no me apetecía alejarme, quería quedarme cerca de mis amigas y recuperar ese tiempo que sentía que había perdido.

Me dejé caer en el sofá del salón sintiendo el peso de aquella soledad. Miré el teléfono sin ninguna notificación. Supongo que después de seis días ya me había hecho a la idea de que Kingsley no iba a enviar ningún mensaje. Tampoco pensaba hacerlo yo a pesar de que hubiera estado tentada en más de una ocasión, solo para preguntarle que tal había ido el vuelo o si sabía la fecha de regreso para planificar los entrenamientos.

Tampoco tenía más notificaciones de mensajes de Mason, principalmente porque había bloqueado su número, pero tras la publicación de las fotos del reportaje intentó contactar conmigo desde otro número y comenzó a llamar a casa de mis padres. Deduje que había captado el mensaje de que lo nuestro había

terminado para siempre cuando desconecté el teléfono fijo y lo bloqueé de todas partes sin siquiera dignarme a hablar con él.

Prefería no pensar en la imagen de él con Susanne comiéndose la boca y la sensación inquietante que aquello me produjo. Me dejé caer hacia atrás y aquel pensamiento se esfumó por otro al que no sabía poner nombre, pero que me producía un malestar e inquietud que incluso con el paso de los días no había sido capaz de mitigar. Mi cerebro no dejaba de repetir las palabras que me habían perseguido durante todo el tiempo desde que Kingsley se marchó:

«Te quiero, preciosa»

¿A quien iban destinadas?, ¿Quién podía ser tan importante para él? Nadie llama de ese modo a una madre, una hermana o una prima… ¿Quizá una amiga? Si lo era, debía ser mucho más que una simple amiga y eso provocaba que me fustigara por dejar que aquellas tres palabras me afectaran tanto.

Quizá esa era la razón por la que había rechazado quedarme en casa de Alana durante los días que mis padres estarían fuera, porque no podía contarle a mi mejor amiga que estaba empezando a sentir cosas que no debía por el mismo chico al que le prohibí acercarse.

Soy una hipócrita.

Completa y enteramente hipócrita. Y además sentía demasiada rabia hacia mí misma por dejar que esa frase dirigida a otra mujer me hiciera sentir insuficiente y vulnerable.

Debía sacarlo de mi cabeza. Sentir que no significaba nada, que no importaba si me acostaba con él porque también podría hacerlo con cualquier otro sin sentirme culpable. Para Kingsley solo era sexo, lo había advertido desde el principio y yo lo había aceptado porque sabía que no podría sentir algo más hacia él. ¿Y entonces porqué me importaba que hubiera una mujer esperándole en casa? Una que a pesar de decirle que la quería, la engañaba.

¿Sería ella consciente? Desde luego con la publicación del reportaje tendría que hacerse varias preguntas ya que todos los medios deportivos en los que se habían publicado las fotos no dejaban de hacer la misma pregunta. ¿Es posible que la química entre ellos dos no esté solo sobre la tabla?

Aquello se había vuelto cada vez más grande con el paso de los días hasta el punto de filtrarse que había roto con Mason por motivos desconocidos. Eso había hecho que el rumor se incrementase sin que nadie pudiera confirmar realmente si existía una relación entre ambos.

Suponía que ese interés global había llevado a mis amigas a sentir curiosidad, pero negué que entre nosotros existiera algo más allá de una relación profesional a pesar de que cada noche alzaba la vista hacia las estrellas y era imposible no pensar en él.

Habíamos decidido pasar año nuevo en Mooloolaba Beach a unos cuarenta minutos de allí, donde el ambiente sería espectacular para esa noche, así que todas las chicas se vinieron a mi casa para prepararnos.

Llevaba eludiendo ese momento aquellos seis días, incluso me había puesto excusas a mí misma, pero pese a que había salido en un par de ocasiones y tenido la oportunidad de conocer a algunos chicos, no sentí ningún tipo de atracción por ninguno. Y eso debía terminar esa misma noche. Era la oportunidad perfecta para tener sexo con alguien que no volvería a ver en mi vida. Para sentir que entre Kingsley y yo realmente no existía ningún vinculo afectivo. Esa era la noche en la que iba a erradicar por completo aquellas mariposas en mi estómago que no dejaban de evocar una y otra vez el placer que él me provocaba.

—¿Y ha mencionado Max cuando vuelve? —preguntó Valeria.

—No he hablado con él desde que se marchó —advertí despreocupada conforme me embutía en una minifalda negra que llevaba como tres años sin ponerme—. Supongo que se lo habrá

comunicado a mi padre ya que es nuestro entrenador —continué sintiendo que era demasiado corta, pero que aún así pensaba ir con ella.

Todas llevábamos botas porque estaríamos por zonas de conciertos con arena y barrizal, así que recuperé mis viejas Dr. Martens del fondo del armario y una blusa de transparencias en color blanco.

—Me gusta ese rollo entre rockero y coquette, te queda bien —dijo Alana.

—A mi primo le dará un medio infarto cuando te vea —comentó Rachel y noté como todas reían.

—No sabía que James vendría —dije sin expresar abiertamente que había estado evitándole desde el momento en que quiso que tuviéramos una cita.

—Se ofreció a llevarnos —contestó y en ese momento todas escuchamos el ruido del motor de un coche aparcando cerca de casa —, seguramente sea él, aunque le dije que nos recogiera dentro de media hora.

Se acercó a la ventana y noté que su expresión cambiaba. Aquella mirada y su mudez me hicieron temer lo peor, así que me acerqué con paso apresurado y reconocí el coche de Mason.

Había tenido pavor de volver a enfrentarme a él después de lo sucedido, pero en ese momento sentí una rabia por dentro a la que fui incapaz de poner freno.

Las botas impactaron contra el suelo con cada zancada hasta que llegué a la puerta principal y la abrí con ímpetu. En el momento que bajé del porche y atravesé el jardín comprobé que no solo había tenido la osadía de venir a mi propia casa, sino que encima traía un ramo de rosas rojas y vestía como si pensara acudir a una cena de gala.

Aquello me enfureció aún más.

—¡Lárgate ahora mismo de mi casa! —grité antes de que pudiera darse cuenta de mi presencia.

Observé su cara de horror al ver mi vestimenta y su estupor solo me produjo complacencia.

—Me has bloqueado por todos los medios, ¿Qué esperabas que hiciera? —preguntó con calma—. Ya te he dado margen suficiente para que se te pase la rabieta de niña imprudente y te des cuenta del error que significa perderme.

¿De verdad se escuchaba a sí mismo?, ¿De verdad había podido estar dos años de mi vida con ese imbécil?

—No tengo nada que hablar contigo, lo nuestro se acabó. Me da igual que tu aventura no significase nada para ti, ese es tu problema, no el mío.

—No puedes romper lo que teníamos solo porque me haya acostado con otra persona. Tú misma lo has hecho con ese tío y estoy dispuesto a perdonarte a pesar del ridículo al que me has expuesto con esas fotos.

—No fui yo quien lo rompió, sino tú. Me da igual cuanto hagas, supliques o intentes redimirte. No te quiero. Probablemente nunca te he querido ya que estamos y, desde luego, no pienso perder ni un minuto más de mi vida hablando contigo.

En ese momento el ruido de un motor se acercaba y deduje que se trataría de James, nunca pensé que me alegraría tanto de que se adelantara a la hora fijada. Solo que no se trataba del primo de Rachel, sino de un taxi que se detuvo frente a mi casa.

Del vehículo se bajó un chico cuyo rostro no había visto en mi vida, pero que sin duda, era muy guapo y parecía observar la casa con atención hasta reparar en mí y esbozar una sonrisa.

¿Quién era y qué hacía allí?

En cuanto el taxi se alejó comprobé que aquel chico no estaba solo, sino que en realidad venía con Kingsley.

Nuestras miradas se cruzaron dejando todo a su alrededor pausado, como si Mason no estuviera allí vestido de forma impecable y con un ramo de rosas en la mano. Como si mis amigas tampoco fueran espectadoras de la situación o como si yo, no quisiera admitir que verle había provocado que aquella agitación se desvaneciera porque él me transmitía la seguridad inminente que no había vuelto a sentir desde que se marchó Reef.

Kingsley caminó hacia mí con decisión, con la misma mochila que se había marchado cuando le llevé a la estación y en cuanto llegó a mi lado pasó su mano por mi cintura y me estrechó contra él.

—¿Todo bien? —exclamó con la mirada fija en mi dirección.

—Estupendamente. Métete en tus asuntos —dijo Mason evidentemente molesto.

—Precisamente me estoy metiendo en mis asuntos —replicó alzando la vista hacia él y sin apartarme de su lado.

No tenía idea de como la tempestiva de la situación había hecho que él volviera en aquel preciso instante, pero desde que lo había conocido tenía esa capacidad de aparecer en el momento en que me sentía frágil.

—Mason, no hagas más el ridículo y márchate. No quiero volver a verte.

—Ya la has oído. Largo —citó antes de que Mason pudiera hacer alguna alusión a mi comentario.

Noté que por un momento no estaba dispuesto a ceder, que aquel odio que vi en sus ojos aquella noche regresaba y por alguna razón agradecí que Kingsley estuviera allí, como si estando a su lado sintiera realmente esa seguridad que no había vuelto a sentir desde que se marchó Reef.

—Acabarás dándote cuenta del error que estás cometiendo, te lo garantizo —dijo antes de marcharse.

¿Qué se suponía que pensaba que iba a ocurrir presentándose por sorpresa en mi casa?, ¿Quizá creía que actuaría de otro modo si estaban mis padres?, ¿Tal vez pensó que acabaría yéndome con él por guardar las apariencias y no montar una escena? Quizá esos dos años de pura complacencia hacia él le habían hecho creer que así sería, pero si algo tenía que agradecer la aparición de Kingsley en mi vida, es haber recuperado mi propia determinación.

—Gracias —confesé mientras notaba que él aún me sostenía.

—No va a dejarlo estar —contestó y me aparté ligeramente de él.

—Son amenazas vacías. Mason no haría nada que peligrara su carrera, pero tarde o temprano le quedará claro que no pienso volver con él.

—No deberías tomar a la ligera esas amenazas, aunque creas que son vacías. Los tipos como ese no suelen aceptar de buenas maneras un no.

—Deberías venirte a mi casa hasta que vuelvan tus padres —dijo ahora Alana llegando hasta nosotros.

—Coincido —confirmó Rachel—. Es un riesgo que estes sola en esta casa.

No quería darle más importancia de la que tenía, al menos necesitaba creer que lo de Mason era una rabieta por frustrar sus planes y no salirse con la suya, pero jamás haría algo que pudiera poner en riesgo su reputación y su carrera. Su emperro en creer que podría perdonarle para volver con él terminaría cuando se diera cuenta de que no tenía ningún motivo para regresar junto a él, sobre todo ahora que comenzaba a recuperar las riendas de mi vida

tras la muerte de Reef y que no pensaba renunciar de nuevo a mi vida.

—No estará sola —confirmó Kingsley—. Y os aseguro que ese idiota no volverá a acercarse a ella mientras yo esté aquí.

Sus palabras eran tan contundentes que no tenía duda alguna en que así sería, lo que venía a confirmar que Kingsley había regresado antes de lo que imaginaba y me preguntaba cuál era el motivo para haber decidido pasar allí el año nuevo en lugar de estar en su casa junto a esa chica que claramente apreciaba.

—O podemos venir nosotras aquí —dijo Valeria con la vista fija en el chico que nos observaba en silencio.

El chico que se había bajado primero del taxi se acercó hasta nosotras. Cargaba con un macuto deportivo sobre el hombro y parecía esperar al momento adecuado para intervenir.

—Él es Cristopher, un amigo de California que se quedará unos días para practicar surf y conocer la zona. Le pedí permiso a Jax y me dijo que no había problema.

—Tú debes ser Océane, eres mucho más guapa en persona que en las fotos y eso ya era difícil —dijo guiñándome un ojo y le estreché la mano esbozando una sonrisa.

—Por lo pronto me caes mejor que él, aunque eso es bastante fácil —afirmé nombrando a mis amigas que parecían no poder apartar la vista de aquel sujeto.

—Creo que este lugar va a gustarme, hay chicas preciosas y por primera vez Kingsley no acapara toda la atención —dijo riéndose y provocando las risas de todos.

—Iré a buscar las llaves de la caseta y la camioneta —advertí apartándome del grupo para entrar en casa.

Fui directamente hacia la cocina, donde sabía que mi padre las había dejado para que no se mezclaran con el resto de llaves, así

que abrí el mueble y comencé a palpar tras el cacharro donde mi madre guardaba las medicinas. Sentí su cuerpo pegado al mío, como alzaba su mano y la colocaba por encima de la mía estirando mis dedos hasta atrapar el juego de llaves.

—Estás demasiado sexy, Océano. —Su voz era ronca, grave, profunda y sentí como todo mi cuerpo se estremecía.

—¡James dice que acaba de salir de casa! ¡Estará aquí en cinco minutos! —gritó Rachel y supe que eso podía significar que alguna de mis amigas entrase en la cocina.

—Tengo que irme —murmuré sin darme la vuelta, sin apartarme, sin hacer un mínimo amago de alejarme de él.

—¿Dónde irás? —preguntó en el mismo tono de voz.

—Será mejor que no me esperes despierto, Kingsley. Tengo intención de volver muy tarde.

Me aparté de él y me metí en en el primer lugar que vi completamente libre. El baño. No es que llevara demasiado maquillaje, pero sí lo suficiente para resaltar aun más los ojos y los labios con el bronceado que ya comenzaba a notarse por los días soleados de verano.

No podía permitir que me dominaran aquellos sentimientos. No podía dejar que mi corazón se paralizara cada vez que él estaba cerca o me tocaba. ¡Dios! Después de una semana sin verle creía que esa sensación podría haber disminuido, pero allí estaba de nuevo, el entumecimiento en mis extremidades, la respiración agitada, las mariposas en el estómago y un calambre entre mis piernas ante el placer que sabía que me aguardaba entre sus brazos.

Salí minutos después, comprobando que no había rastro de Kingsley en la cocina o en el pasillo y James, el primo de Rachel nos estaba esperando. Cogí el bolso más pequeño de mi armario y metí las llaves de casa y el teléfono justo antes de salir.

¿Se suponía que debía despedirme cuando él ni siquiera había avisado de su llegada? Podría haber llamado para que le recogiera. Incluso enviar un simple mensaje para saber que tenía intenciones de regresar teniendo en cuenta que se alojaba en mi casa. Incluso podría haber llegado unos minutos más tarde y encontrarse con que no había nadie para darle las llaves de la caseta y la camioneta. ¿Y ahora era yo la que debía ir detrás de él?

No.

Sonreí cuando me acerqué a James y vi el modo en que me miraba, así que me subí a su coche sin mirar atrás y me senté entre mis amigas que ocupábamos la parte de atrás.

—¿Creéis que vendrán? —preguntó Valeria conforme nos alejábamos de la casa.

—¿Es que alguien les ha dicho a donde iremos? —pregunté ahora alarmada.

—Cristopher nos preguntó que plan teníamos y le hablamos de que iríamos a Mooloolab beach, pero habrá tanta gente que sería imposible que nos encontraran, así que tuve la excusa perfecta para que me diera su número y pasarle la ubicación en tiempo real.

¿Qué había hecho, qué?

—Valeria no perdiendo oportunidades de polvos inolvidables —murmuró Alana.

—Pues hablando de polvos inolvidables, supongo que para que venga él, debe venir el buenorro de Kingsley. A ti no te importa que le tiremos ficha, ¿no? —preguntó Rachel.

Suponía que aquella pregunta provenía a raíz de las fotos y del rumor existente entre ambos sobre una posible relación a pesar de que yo les había negado tales rumores.

—¿Por qué habría de importarme? —exclamé teniendo sentimientos encontrados en aquella respuesta.

Me importaba. Lo suficiente para que me molestara la idea de verle coquetear con mis amigas y aún así, sabía que se habría acostado con otras chicas por más que no quisiera pensar en ello porque yo había sido incapaz de hacerlo.

—¿Estás segura de que no te importa? —susurró Alana cuando nos bajamos del coche y nos quedamos en la retaguardia del grupo—. Puede que finjas con las demás, pero no tienes que hacerlo conmigo. Después de lo que hubo entre vosotros…

—Ya te dije varias veces que solo fue sexo, nada más. Ninguno de los dos está interesado en una relación y es mejor que sea así para no complicar las cosas.

—¿Y por eso llevas rara toda la semana desde que se marchó? —insistió como si no estuviera dispuesta a dejarlo pasar—. No tienes que parecer dura solo porque tu historia con Mason ha salido mal, puedes admitir que te gusta.

—No importa si me gusta o no —respondí llevándome la mano al cabello para apartarlo del rostro. Hacía algo de viento conforme llegábamos a la costa y la multitud comenzaba a amontonarse cerca de la playa—. Ninguno de los dos quiere una relación sentimental. Kingsley no es de ese tipo de chicos que quieren ataduras y yo prefiero centrarme en mi carrera durante un tiempo, lo dejamos bastante claro antes de que se marchara e incluso acordamos acostarnos con otras personas mientras él estuviera fuera. Así que entre él y yo no hay absolutamente nada.

Escuché a Alana resoplar.

—¿Y por eso ha vuelto antes?, ¿De verdad soy la única que ve como te mira?

—No sé porqué ha regresado antes de tiempo, pero te aseguro que yo no soy el motivo. Ni siquiera me ha enviado un mensaje en todo este tiempo que ha estado fuera. Ni una llamada. Nada. Tampoco para avisarme de sus intenciones de regresar.

—Tampoco lo has hecho tú para preguntarle que tal el viaje, ¿no?

Cierto. No lo había hecho a pesar de estar tentada porque no quería mostrar que sentía ese silencio que él dejaba.

Estaba jodida. Muy jodida.

No continuamos hablando porque Rachel y Valeria se acercaron a nosotras para decidir donde íbamos. Al final nos acercamos a la zona de concierto donde había espectáculos, lanzaban agua y la gente estaba bailando y bebiendo.

Noté como James se acercaba todo el tiempo a pesar de que bailábamos entre nosotras o lo hacíamos con desconocidos. Poco a poco fueron llegando más amigos de nuestro grupo y pese a querer disfrutar de la noche, la realidad es no dejaba de mirar a mi alrededor, esperando reconocerle entre la multitud como si de algún modo supiera que aparecería en cualquier momento.

¿Quizá quería creer que sí había podido regresar antes por mí?, ¿Qué por ilógico que fuera podía haber una posibilidad de que me hubiera echado de menos? Sabía que pensar en ello era un error, que no debía fortificar aquel sentimiento que era incapaz de frenar y que se estaba convirtiendo en una bola enorme que me ahogaba, pero no podía frenarlo, no podía pararlo y cada minuto sentía una sensación cada vez más fuerte.

Y en una de esas veces que alcé la vista, como si pudiera presentirlo, nuestras se miradas se cruzaron. Allí estaba de nuevo la garganta seca, el ardor, las mariposas flotando en mi estómago, el pulso acelerado y esa inconfundible sensación de que el mundo podía incendiarse si nos quedábamos solo nosotros dos.

Perdí de vista su rostro cuando James me cogió de la cintura y me pegó contra él para bailar. No sabía si aún seguía mirándome, pero las manos de James comenzaron a moverse hacia mis caderas y comencé a balancearme al ritmo de la música dejándome llevar,

cerrando los ojos para escuchar únicamente la música e imaginar que aquellas manos pertenecían a otra persona.

Entonces sentí que agarraban con firmeza mi muñeca.

El movimiento fue tan rápido que apenas tuve tiempo de reaccionar. James aflojó el agarre, probablemente sorprendido, mientras alguien tiraba de mí. Giré sobre mis talones y choqué contra un pecho que conocía demasiado bien.

Kingsley.

No dijo ni una sola palabra.

Sus ojos no estaban puestos en James, sino en mí, como si quisiera decirme algo a través del silencio. Como si necesitara asegurarse de que no estaba imaginándolo en aquel momento.

—¿Qué estás haciendo? —inquirí porque sabía que la escena no podía haber pasado desapercibida para todo el mundo.

—Dejarle lo suficientemente claro que no le perteneces —rugió sin apartar la mirada.

—¿Desde cuando te has convertido en el dueño de mis decisiones? —exclamé desafiante.

—Desde el momento que tú te has convertido en la dueña de las mías. —Kingsley estiró de mí y comenzamos a adentrarnos entre la multitud mientras me agarraba con la suficiente firmeza para que no pudiera perderme o escapar de él. Se dirigió hacia la playa, donde había tantas personas que era fácil confundirse entre el gentío y de pronto se detuvo en seco, sin llegar a ningún punto especifico, sin buscar un hueco libre, solo se giró y se acercó lo suficiente para pensar que iba a besarme sin pedir permiso.

Pero lo hizo, se detuvo como si quisiera que le diera permiso, o como si esperase a algo en específico.

—¿A qué venía eso? —inquirí sintiendo como mi corazón latía desbocado señalándonos a ambos.

—He buscado cientos de excusas para no estar aquí en este preciso momento y un único motivo para no estar en ninguna otra parte. —La intensidad de su mirada hacía que sintiera mi corazón bombeando en la garganta, que mis sentidos únicamente estuvieran puestos en la mano que me sostenía firmemente sin intención de soltarme.

—Quizá deberías haber seguido buscando excusas —grité para alzar mi voz por encima de todas las personas a nuestro alrededor que se preparaban para recibir la entrada de año nuevo.

—Puedes intentar disimular con los demás, pero no va a funcionar conmigo —jadeó acercándose lo suficiente para que mi nariz rozara la suya.

—¿Por qué has venido, Kingsley? —pregunté sin rodeos.

—¿No es evidente? Estoy aquí para reclamar lo que es mío —dijo rodeando con una mano mi cintura y con la otra la nuca, obligándome a no apartar la mirada de él—. Y eso te incluye a ti, Océano.

Ni siquiera llegaba a comprender el alcance de aquella declaración de intenciones, ni porqué lo hacía ahora tras todos aquellos días de silencio, pero acabé enviando al infierno todas esas preguntas que se acumulaban en mi mente cuando sus labios presionaron los míos y mi lengua fue al encuentro de la suya.

Sentía el vértigo de quien ha estado demasiado tiempo al borde del precipicio y, por fin, ha decidido dejar de mirar hacia abajo.

Notaba como sus dedos se aferraban con firmeza a mi cintura como si quisiera asegurarse de que no escaparía a ninguna parte y sentí que yo hacía lo mismo con sus hombros, que me agarraba a él con la misma fuerza con la que un náufrago se aferra al primer trozo de tierra firme que encuentra. Y ahí me di cuenta de que a pesar de huir para no encontrar refugio en nadie, descubrí que llevaba

demasiado tiempo hallándolo entre sus brazos sin siquiera darme cuenta.

Nuestra historia estaba construida sobre una colección de normas. No involucrarse. No sentir. No cruzar esa línea invisible que ambos fingíamos ver. Y, sin embargo, aquel beso suponía derribar todas las piezas del tablero sin saber realmente en qué punto del juego nos dejaba.

Mis dedos ascendieron hasta su nuca por instinto. Lo atraje aún más hacia mí con esa necesidad latente de sentir su peso sobre el mío, de apreciar el calor que emanaba mi piel con su simple roce y noté como bajaba sus manos para aferrar mis glúteos, alzándome del suelo y apretándome contra él.

Podía negarlo las veces que quisiera, incluso aferrarme a la idea de que solo era pura atracción, pero ese modo en que mi cuerpo se sentía completamente a salvo entre sus brazos, como si realmente supiera que le pertenecía no dejaba de advertirme lo que tantas veces quería acallar.

Le pertenecía.

Y él lo había sabido mucho antes que incluso yo misma.

Nuestros labios se separaron en el momento en el que todo el mundo comenzó a gritar, pero a pesar de ello, ni Kingsley me soltó, ni yo dejé de aferrarme a él mientras nuestras miradas permanecían fijas como si el tiempo hubiera decidido avanzar sin nosotros.

—Has dicho que pensabas reclamar lo que era tuyo, pero debería quedarte claro que yo no te pertenezco —murmuré y sentí como esbozaba una sonrisa.

—Eres mía, Océano. —Y como si quisiera reforzar aquella idea, me apretó con más fuerza las nalgas, provocando que gimiera cerca de sus labios—. Quizá tu mente aún no quiera aceptarlo, pero sin duda tu cuerpo ya lo ha hecho. Quiero estar contigo. Solo

nosotros. Sin normas. Sin reglas. Sin tiempo limitado —dijo sin romper aquel contacto—. Y descubrir que significa esto.

¿De verdad Maximilian Kingsley estaba diciendo aquello?, ¿El mismo hombre que había dicho que el amor era una falacia?, ¿Qué no creía en el compromiso? Aunque lo más importante era, ¿Querría realmente descubrirlo?, ¿Saber a donde podía llevarme aquello?

—Eso se parece peligrosamente a una relación —afirmé mordiéndome el labio—. Y tú huyes del compromiso —advertí justo antes de que la gente comenzara a gritar la cuenta atrás para la entrada de año nuevo.

—¿Te parece que estoy huyendo? —exclamó provocando lo mirase como si realmente fuera una de sus bromas—. El único motivo por el que estoy ahora mismo aquí, eres tú. Porque no he dejado de pensar en ti ni un maldito minuto. Porque he contado cada hora de cada puto día hasta volver a verte. Porque te quiero en mi cama cada noche y sentir tu olor impregnado en mi piel cada mañana —sentí su nariz rozando mi mejilla, pasando por la comisura de mis labios, volviéndome completamente loca de placer.

Los fuegos artificiales estallaban sobre nosotros convirtiendo el cielo en un espectáculo visual que acaparaba la atención de todos los presentes, pero aunque la noche se transformaría en luces y color, la verdadera revolución estaba en mi pecho y en que no deseaba seguir poniendo freno a aquellos sentimientos.

Me había aferrado durante dos años a la seguridad por la incertidumbre que me dejó la pérdida de Reef. Abracé el miedo y dejé que me transformara en alguien irreconocible. No iba a cometer ese error de nuevo. No iba a dejar pasar aquella ola solo por temor a caer, sobre todo porque ese pálpito inconfundible que te hace reconocerla en un instante era exactamente el mismo que me hacía creer que cometería el mayor error de mi vida si no me arriesgaba.

—Me apetece descubrir que significa esto —dije lanzándome de nuevo a sus labios.

33

Bajo el mismo equilibrio

Océane

Eran casi las tres de la mañana cuando metí la llave en la cerradura de la puerta de casa de mis padres y ni siquiera había pasado el umbral cuando las manos de Max se colaban por el interior de mis bragas mientras que su lengua exploraba mi oído.

Había sido una ventaja que Cristopher se hubiera esfumado con Valeria en cierto momento de la noche sin que ninguno nos fuéramos cuenta. Eso nos había dado la ventaja de marcharnos con la excusa del jet lag que afectaba a Kingsley y de que en su lugar, debía conducir la camioneta hasta casa.

Tiré el bolso y lancé las llaves a la mesa donde solíamos colocarlas, no hicieron ruido de caer al suelo y escuché el sonido de la puerta cerrándose. Me giré para subirle la camiseta y él se la sacó en un segundo tirándola al suelo. Mis manos se fueron hasta la cinturilla de los vaqueros y rugió en mi boca antes de poseerla.

—Me vuelves loco —gimió bajando por la barbilla con sus labios hasta sentir su boca en mi garganta.

Noté como succionaba la piel justo ahí, haciendo que mis manos estiraran de la hebilla del cinturón hasta sacarlo del agujero y desabotonar el botón de sus pantalones. La urgencia fue tan aplastante, que ni siquiera me había quitado una sola prenda de ropa cuando sentí como deslizaba con sus dedos mis bragas para abrirse paso entre mis piernas.

Grité de placer al sentirme llena, sintiendo cada embestida con más fuerza y agarrándome a él para recibir la siguiente aún más ruda, más firme, más necesaria que la anterior.

—Eres jodidamente preciosa —murmuró agarrando mis muslos para abrirme aún mas y penetrarme con firmeza mientras mi cuerpo quedaba encajado entre el suyo y la pared.

Jadeé conforme mi cabeza se inclinaba hacia atrás y me aferraba a sus hombros exigiendo más. Deseando cada embestida más fuerte que la anterior como si una exigencia interna se hubiera apoderado por completo de mi cuerpo y buscara su propia satisfacción.

—¿Ahora te parezco preciosa? —exclamé intentando apartar por completo esa frase que me había martirizado toda la semana.

No debía pensar en ello. Ni siquiera sabía a quien iba dirigida o si realmente significaba algo para él esa mujer.

—No. Me pareces *jodidamente* preciosa—susurró saliendo lentamente para después embestirme con rudeza y acabé mordiendo su hombro para no gritar—. Aunque si lo prefieres puedo definirte como una belleza sublime. O una sirena viviente —continúo volviendo hacerlo una segunda vez y sintiendo que sería incapaz de llegar a la tercera sin correrme.

Percibí esa sensación de ola creciente, de espuma subiendo hasta alcanzar la cima y después caer al vacío rompiendo todo lo que encontrara. Noté como volvía a salir lentamente y me aferré para caer al vacío, para gritar en el preciso instante en que volvió a embestirme y yo sentía como el orgasmo explotaba dentro de mí y acaparaba todas mis terminaciones nerviosas.

El pasillo estaba oscuro, apenas había luz filtrándose y aún podía sentir mi cuerpo encajado en el suyo sin que ninguno de los dos tuviera intención de apartarse. Quizá era porque no quería que se acabara ese momento, o porque aún no podía creerme que

realmente él estuviera allí por mí, que sus sentimientos iban mucho más allá de aquella química brutal que nos cegaba.

Su respiración era intensa, casi tanto como la mía y cuando se apartó levemente me sujeté a él y volvió a estréchame con firmeza.

Ahí estaba la verdadera razón por la que mi corazón se desbocaba cada vez que él estaba cerca. Su cuerpo sabía escuchar el mío sin necesidad de palabras. No sé como lo hacía, ni como era posible que aquella conexión fuera tan determinante, pero existía un vínculo que iba mucho más allá de la atracción física. Lo hubo desde el primer instante en que sus manos sujetaron mi cintura. Estaba presente en cada entrenamiento y cada discusión. Incluso en todos esos momentos en los que me sentí frágil, vulnerable, rota… él tenía la capacidad de verlo, podía mirar a través de mí y darse cuenta de donde estaba cada fragmento para recomponerlo.

—Feliz año nuevo, Max —murmuré sintiendo que mi vida había cambiado demasiado en poco tiempo.

Había iniciado el verano convencida de que deseaba romper con todo lo que me unía y empezar de cero en otra ciudad. Ahora no sabía qué me deparaba el futuro, pero tenía muy claro que deseaba descubrirlo sin abandonar mis principios y a mí misma.

—Feliz año nuevo, Océane —contestó rozando de nuevo mis labios.

Me había acostumbrado tanto a que me llamara Océano que ahora resultaba extraño escuchar mi nombre de sus labios.

Caí exhausta en mi cama, pero la adrenalina me hizo tardar en conciliar el sueño mientras sentía mi cuerpo envuelto entre los brazos de Max.

Era demasiado fácil dirigirme a él de una forma cercana, abandonado ese modo impersonal que me hacía mentalmente tenerle lejos al llamarle siempre por su apellido, incluso cuando

pensaba en él de una forma impropia. Sin embargo, ahora que notaba el calor que emanaba su piel contra la mía, no podía dejar de bisbisear su nombre; *Maximilian*, y sentir como una forma candente me rodeaba el pecho.

El olor a café recién hecho me despertó. Estaba completamente desnuda así que me acerqué al armario y cogí una camiseta que precisamente era la misma que le había robado la primera vez que nos acostamos. Me reí internamente, aunque percibí que mis labios también dibujaban una sonrisa cuando contemplé mi reflejo en el espejo. Fui acercándome lentamente desde el pasillo a la cocina y me encontré que había varios cuencos con yogur, fruta cortada, crema de cacahuete o miel mientras que parecía tener una sartén con huevos y bacon y en la otra lo que parecían pancakes.

Caminaba descalza, así que me acerqué despacio y me quedé tras él observándole sin que se diera cuenta, viendo cada músculo de su espalda completamente desnuda a pesar de que había vuelto a colocarse los vaqueros. Casi siempre vestía en bañador o pantalón deportivo, era extraño verle así y eso me hizo pensar que no había regresado a la caseta donde estaban sus cosas para cambiarse, sino que había permanecido allí todo el tiempo.

En aquellos fragmentos de segundo que aún no se había percatado de mi presencia, pensé en la noche anterior, en ese modo que me había reclamado como suya, en la forma que me había confesado que solo deseaba estar conmigo y en lo que eso debía significar para él. Alguien que rehuye del compromiso, que no cree en el amor o en una relación duradera y, sin embargo, estaba dispuesto a arriesgarnos como equipo por lo que ambos sentíamos.

Observé como sacaba los últimos pancakes y cogía el plato para darse la vuelta detectando así mi presencia. Vi como su mirada se posaba en la mía, después esbozaba una sonrisa y luego sus ojos bajaban por mi cuerpo hasta dar con mis piernas desnudas.

—Me gusta tu camiseta —advirtió con voz ronca.

—¿Lo suficiente para querer recuperarla? —exclamé con diversión.

Se acercó hasta mí y comprobé que no se había abrochado los vaqueros, ver como la línea alba de su abdomen se perdía bajo ellos provocó que me mordiera con fuerza el labio.

Max dejó el plato en la mesa y se inclinó sobre mí conforme yo me arqueaba hacia atrás debido a la diferencia de altura. No tuve paciencia para esperar a que acortara la distancia, me aferré a su nuca y le obligué a descender para sentir el impacto de su boca contra la mía.

—Creo que te queda mucho mejor que a mí —agudizó justo antes de introducir su lengua y hacer que aquel beso se volviera más profundo.

Bajé mi mano por su abdomen comprobando el bulto en su pantalón y esbocé una sonrisa complacida. Me aparté de su boca abruptamente comprobado su confusión y esta vez fui yo quien comenzó a pasear mis labios por su garganta, descendiendo por su abdomen, paseando mi lengua cerca de su ombligo y sintiendo como sus ojos me seguían sin perder detalle. Cuando llegué a la abertura de sus pantalones miré hacia arriba comprobando que su respiración era agitada y que permanecía completamente inmóvil como si aguardara cual sería mi próximo movimiento.

Bajé levemente sus pantalones para liberar su polla y casi de forma instantánea rozó mi boca.

—Supongo que debo agradecerte el regalo —siseé alzando mi mano para acoger su erección y apretarla entre mis nudillos comprobando como él cerraba los ojos y gemía—. ¿Te parece bien así? —exclamé sin dejar de observarle.

—Joder… si —murmuró volviendo a mirarme desde su altura y entonces acerqué mi boca introduciéndome solo la punta—. ¡Dios! —exclamó justo antes de que volviera a metérmela hasta sentir que rozaba mi campanilla.

Lo que empezó como un ritmo suave aumentó conforme succionaba, lamía y le chupaba la polla al compás de sus gemidos y en el momento que supe que no tardaría en correrse, me detuve en seco y me alcé dejando caer mis bragas frente a él y girándome conforme abría las nalgas para él.

—¿Tomas la píldora? —gimió en lo que podía reconocer como ese sonido ronco que provoca el deseo cuando se apodera de las cuerdas vocales, conforme sentía la punta de su erección entre mis piernas.

—Si —afirmé empujando hacia atrás y provocando que se adentrara en mi interior.

Jamás en toda mi vida había sido tan desinhibida. En lo que mi trayectoria sexual se refería nunca tomé decisiones precipitadas y mucho menos, coaccionadas por aquella necesidad latente de saciar ese apetito inherente, pero ver su placer había incrementado el mío y desde que entré en aquella cocina, todo mi cuerpo solo podía pensar en que necesitaba sentirlo de nuevo.

Su ritmo se acompasó al mío y mis nalgas chocaban contra sus caderas cada vez que nos encontrábamos, provocando que se hundiera con más firmeza y más profundo. Poco a poco todo lo demás pasó a un segundo plano. El aire se me escapaba entre jadeos entrecortados, incapaz de seguir un compás estable, mientras una oleada creciente de calor ascendía desde mi bajo vientre y se extendía por cada rincón de mi cuerpo. Mis músculos comenzaron a tensarse casi sin darme cuenta, aferrándome a la isla de la cocina para impulsarme contra él con más fuerza y sintiendo que cada movimiento alimentaba esa sensación que amenazaba con desbordarse en cualquier momento.

El vértigo llegó para abrazarme, envolviéndome en una expectación casi insoportable. Cada respiración se volvió más corta que la anterior, cada latido retumbaba con fuerza en mis oídos y el mundo entero se redujo a ese instante suspendido en el tiempo. Cuando sus dedos rozaron mi clítoris, la tensión que había ido

acumulándose terminó por romperse. Una sacudida intensa recorrió mi cuerpo de arriba abajo, arrancándome un gemido ahogado mientras el placer me atravesaba en oleadas sucesivas, haciéndome perder por completo la noción de todo cuanto me rodeaba, incluso que estaba en la cocina donde desayunaba cada mañana desde mi infancia.

Durante unos segundos no me moví, ni siquiera pensé o abrí los ojos como si deseara disfrutar de los retazos de aquel placer hasta la última gota, como si solo pudiera sentir aquel estremecimiento que se prolongaba deshaciendo lentamente la rigidez de mis músculos y sustituyéndolo por un agradable hormigueo latiendo bajo mi piel. La calma regresó de forma cálida y noté sus labios en mi cuello conforme me envolvía desde atrás antes de sentir como salía de mi interior y yo notaba el vacío inmenso que dejaba.

¿Por qué nunca había sentido antes esa sensación?, ¿Por qué le costaba tanto a mi cuerpo aceptar que se alejara?, ¿Era normal?, ¿Quizá era un problema mío? Al principio quería creer que era solo aquel deseo, pero ahora comenzaba a creer que era algo más, que sin lugar a duda Max había comenzado a hacerse un hueco en mi pecho pese a todas las veces que traté de expulsarlo.

El bacon estaba más tostado de lo que debería, pero claramente ninguno de los dos se quejó por ello.

—¿Cristopher es un buen amigo tuyo? —pregunté sin saber si había regresado o si habría pasado la noche en alguna parte junto a Valeria.

—Nos conocemos desde hace unos diez años, diría que lo es —contestó dando un gran mordisco a uno de los pancakes.

—¿Y es un tipo de fiar? —exclamé alzando una ceja lo que hizo que Max esbozara una sonrisa.

—Confiaría a Cristopher mi vida, así que puedes estar tranquila por tu amiga —contestó dando otro bocado y sacudiendo

las manos antes de girarse hacia mí y arrastrar mi banqueta hacia la suya para acortar la distancia—. Pero prefiero no perder el tiempo hablando de Cris, sino de nosotros.

—¿Y de qué quieres hablar? —advertí sintiendo un nudo en la garganta.

—Podrías empezar por contarme tus fantasías sexuales —dijo con voz ronca—, aunque ya conozco una que pienso llevar a cabo muy pronto —advirtió en voz más baja y casi podría jurar que mis mejillas se encendían al saber perfectamente a qué se refería.

—O podrías empezar por contarme un resumen de tu vida ya que apenas sé nada de ti.

—Te aseguro que sabes lo más importante —contestó pasando una mano por mi pelo y colocándolo detrás de la oreja.

—¿El qué?

—Eres la primera chica que me gusta lo suficiente como para tener miedo de cagarla —contestó con la mirada fija y sintiendo que mi piel se erizaba.

34

Secretos bajo la superficie

Max

Salí de la ducha con una toalla a la cintura y otra frotándome el pelo. A pesar de haber dormido gran parte del vuelo sentía el peso del jet lag del que tardaría unos días en acostumbrarme. Al menos era lo que necesitaba decirme para no sentir esa carga inquietante sobre los hombros.

—Ya están vinculados. ¿Tú estás seguro de querer hacer esto?

—Tú hazlo y basta —contesté entrando en la habitación para buscar un bañador que ponerme.

Había quedado con Océane para almorzar en el río y después ir a una playa cercana en la que nunca había estado y desde la que podía apreciarse uno de los mejores atardeceres.

—Me dijiste que era guapa, pero es un bellezon de la hostia. Esa chica te gusta, ¿Verdad? —dijo Cristopher mientras elegía una camiseta a pesar de no tener una gran variedad donde escoger.

Recordé que solía combinar la camiseta que ella llevaba puesta hace un rato del perezoso con ese mismo bañador y la idea de ponérmela con su olor hizo que sintiera un tirón en mi entrepierna recordando el modo en que me había follado su boca y después a ella.

Nunca era suficiente con Océane, de hecho casi podría jurar que cada vez que me hundía en ella, sentía que la necesitaba todavía más.

—¿Qué es lo que pasa? —volvió a insistir Cris y vi que había entrado en mi habitación.

Me di la vuelta y me dejé caer contra la puerta del armario.

—Pensaba que esto iba a ser más fácil —admití llevándome una mano al pelo para peinarlo con los dedos.

—Hasta ahora no te había costado ser un capullo —contestó provocando que dirigiera mi vista hacia él.

—Océane es diferente —afirmé siendo muy consciente de que a pesar de la contrariedad en mis sentimientos no tenía elección.

—Tal vez la dificultad está en que ella te gusta demasiado —dijo Cris cruzándose de brazos—. ¿Por qué no le cuentas la verdad? Quizá entienda porqué lo haces.

—No —negué en rotundo—. No puedo permitirme correr riesgos. La vida de Harmony está en juego.

—¿Y qué pasara si ella lo descubre? —insistió Cris.

—Es una posibilidad ínfima. Si te he pedido precisamente a ti que hagas esto es porque no confío en nadie más para que mantenga la información oculta. Nunca podría sospechar que fui yo.

Quizá era lo que necesitaba decirme a mí mismo a pesar de sentirme como un completo capullo por hacer que confiara en mí para traicionarla del peor modo posible.

—Sabes que puedes contar conmigo. Además, sus amigas me caen bastante bien —sonrió sin entrar en detalles, pero imaginaba con quien había pasado la noche ya que había regresado bien entrada la mañana.

—Puedes divertirte todo lo que te apetezca mientras hagas tu parte —dije poniéndome finalmente una camiseta de las que había apiladas y entregándole las llaves de la camioneta—. Sé discreto, por nada del mundo puede verte.

—La discreción es mi segundo nombre —contestó antes de que acelerase el paso y saliera de la caseta en dirección a la casa de los padres de Océane.

Entré desde la cocina y me dirigí hacia su habitación, se había colocado un vestido azul claro entallado que no solo resaltaba sus curvas, sino también el bronceado que contrastaba con aquel cabello rubio claro. Siempre pensé que no tenía un prototipo concreto de mujer, que podrían gustarme absolutamente todas, pero ahora que la veía no podía imaginarme atraído por otra chica, ni siquiera en todos esos días que había pasado lejos de ella tuve la tentación de hacerlo.

Podía excusarme en que estaba demasiado ocupado ideando un plan que me hiciera conseguir esos cien mil dólares que costaba el tratamiento para Harmony, pero lo cierto es que ni siquiera había entrado en mi pensamiento, ni por un solo instante pensar en otra mujer que no fuera ella.

Y eso dadas las circunstancias hacía que me sintiera aún más ruin y mezquino por engañarla.

—¿Tu amigo no viene? —preguntó con naturalidad conforme se volvía hacia mí con aquellos ojos aún más azules que el propio vestido.

Podía perderme en esa mirada durante horas y sentir que me hallaba en un limbo del que sería incapaz de salir.

—No —afirmé acercándome a ella y colocándole una mano para rodear su cintura. Estaba tan acostumbrado a sentir su cuerpo cerca del mío que comenzaba a parecerme demasiado natural ese contacto—. No ha dormido nada desde que aterrizamos, así que prefiere descansar. Le he dejado las llaves de la camioneta por si cambia de opinión más tarde.

Contemplé esa sonrisa dulce, una que había deseado que me mostrara durante semanas y volví a sentir como la culpa reconcomía mis entrañas.

—Mis padres volverán mañana por la noche, supongo que eso nos deja poco margen para estar solos —dijo alzando sus brazos para rodear con sus brazos mi cuello.

—O podríamos dejar de escondernos… —gemí acortando la distancia para rozar sus labios.

—¿Estás hablando en serio? —exclamó apartándose—. ¿Sabes la repercusión que eso tendría? Suficiente presión es tener la sospecha de que lo nuestro pueda ser la causa de que haya roto con Mason como para intentar darle la razón a la prensa y que todos crean que he sido yo quien le ha puesto los cuernos. No. Gracias. Además, aún no sabemos realmente a donde nos llevará esto y si puede afectarnos como equipo profesional.

—Entonces manténganoslo en secreto —dije como si no me sorprendiera en absoluto su respuesta—, por ahora —agregué obligándole a inclinar la cabeza para besarla.

Sentir como respondía de forma ardiente detuvo aquel sentimiento de opresión en el pecho, pero eso me convertía en alguien aún más miserable y comenzaba a darme cuenta de que no era solo porque ella me gustara de verdad, sino porque realmente no quería que sufriera.

Y aún así iba a hacerlo.

35

Atardeceres inesperados

Océane

Hacía bastante tiempo que no me acercaba al río y repentinamente tuve esa sensación de ser turista en mi propio hogar, de pensar que todo ese tiempo siempre había buscado marcharme de allí pensando que de ese modo podría sanar, sin saber que sería precisamente en ese lugar donde podría encontrar lo que ni siquiera sabía que necesitaba.

A pesar de que caminábamos uno cerca del otro rozando nuestras manos, hubo varios momentos en los que de forma sorpresiva, sentía que Max me agarraba de la cintura y me daba un fugaz beso en el cuello o en la comisura de los labios para después soltarme como si nada hubiera pasado entre nosotros.

Me gustaba.

Quizá porque sentía esa complicidad extraña. Porque no sabía cuando lo haría. Porque jugar a escondernos y al mismo tiempo sentir que era incapaz de frenar aquel sentimiento me llenaba de vida, me devolvía aquella adrenalina, provocaba que aquellas mariposas que sentía en mi estómago quisieran expandir sus alas y alzar el vuelo a todas partes.

Y por una vez no quería que tuvieran freno. Deseaba fervientemente que explorasen a pesar de todas y cada una de las consecuencias.

—¿Puedo preguntarte algo? —exclamé mientras me reclinaba sobre la tabla haciendo que Max me sostuviera y observaba como el

sol descendía para perderse entre las montañas bajo el leve reflejo del agua.

El agua en la laguna estaba mucho más en calma y no éramos únicos que habían decidido salir con la tabla para contemplar la puesta de sol, aunque solo solían frecuentarla principiantes o turistas inexpertos porque allí las corrientes eran prácticamente ausentes. Supongo que eso me hizo relajarme lo suficiente para permitir que él rodeara mi cintura mientras podía notar los últimos rayos de sol en mi rostro.

—Deduzco que si haces esa pregunta es porque la respuesta puede ser ambigua —afirmó sintiendo como sus dedos jugueteaban con los míos.

Me separé y me di la vuelta con la suficiente brusquedad para hacer temblar la tabla, pero me giré hacia él colocándome a horcajadas para tenerle de frente.

—¿Has estado enamorado alguna vez? —pregunté sin saber si sería sincero en aquella respuesta, sin saber si realmente podría averiguar quien era esa mujer al otro lado del teléfono.

Lo vi esbozar una sonrisa y lentamente se acercó hasta mí.

—No —murmuró acercándose lo suficiente a mis labios para robarme un beso, pero coloqué el dedo índice en ellos para detenerle.

—¿Nunca? —continué—. ¿Ni siquiera una chica que te gustara lo suficiente para mantener el contacto con ella?

Lo vi alzar una ceja.

—¿Lo he mantenido contigo durante esta semana que he estado fuera? —inquirió y eso me sorprendió—. Y puedo asegurarte que me gustas… es más, no he dejado de pensar en ti ni un mísero momento del día —esbozó tentando a mis labios conforme le daba pequeños mordiscos suaves para provocarme y finalmente cedí mientras me dejaba deleitar por su lengua batallando contra la mía.

Quizá era consciente de que no iba a mencionar a esa mujer, de que a pesar de saber que existía, iba a tener que coexistir con ese fantasma del que no sabía absolutamente nada y tampoco el tipo de sentimientos que lo unían a ella.

Pero estaba allí, conmigo. Pese a tener poder de elección, Max me había elegido a mí y tal vez eso era todo lo que necesitaba saber.

Cristopher se unió a nosotros poco después. También lo hizo Valeria y supuse cuál debía ser la razón cuando vi que el flirteo era más que evidente. Terminamos en el bar de siempre y a nosotros se unieron Rachel y Alana cuando acabó el turno de cenas en el restaurante.

—¿Ese no es Mason? —Exclamó Rachel y cuando miré en su dirección comprobé que iba acompañado por Susanne.

Era evidente que no se había marchado y esbocé una sonrisa cínica cuando pensé que en lugar de renunciar a su plan romántico probablemente lo habría disfrutado con ella. ¿Me sorprendía? Quizá no, pero desde luego sentía esa sensación agridulce de quien sabe que ha perdido su tiempo confiando en alguien que solo se estaba riendo a su costa.

Quizá mi enfado debía ser más conmigo misma por haberlo permitido, o por no haberme dado cuenta antes, pero desde luego si aquello se trataba de una representación para que tuviera una escena de celos, estaba claro que no iba a funcionar. Si en algún momento había creído que estaba enamorada de Mason, ahora podía afirmar sin lugar a duda, que mis sentimientos eran puramente banales e infundados en una especie de deber que sentía hacía él por haber estado a mi lado.

—¿Quieres que nos vayamos? —inquirió Alana.

—No —respondí taciturna y cogí mi copa de la mesa para dar un sorbo—. No me importa en absoluto que esté aquí y menos aún con ella.

Sabía de sobra que sus intenciones solo eran para provocarme. Alguien como Mason no se sentía atraído por ese tipo de locales, ya me lo había dejado bastante claro en nuestros dos años de relación, y más aún, la última vez que estuvo allí precisamente conmigo, pero si creía que su simple presencia podría crearme algún tipo de contradicción para acercarme a él, pensaba demostrarle que se equivocaba de pleno.

Desconocía cuáles habían sido sus planes para haberse presentado en mi casa ayer y estar hoy con Susanne en el mismo local que yo frecuentaba. ¿La habría llamado cuando se dio cuenta de que frustré sus planes?, ¿Quizá a ella seguía sin importarle ser el segundo plato? Asombrosamente no parecía importarle que la hubiera tratado como una puta cuando los descubrí por lo que ahora veían mis ojos y eso provocaba que más que repudio, sintiera verdadera lástima por Susanne. ¿Qué sacaba ella de estar con él? Podía pensar que era su amante para hacerme daño, por algún tipo de odio que siempre le había generado perder contra mí, pero ¿Ahora?, ¿Quizá pensaba que todavía sentía algo por Mason?

Di otro trago a la bebida mientras me obligaba a no mirar en la dirección en la que estaban ellos pese a sentir esa sensación de ser debidamente observada. Si Mason esperaba algún tipo de señal para creer que tenía una oportunidad, no pensaba dársela.

Traté de disfrutar de la noche, incluso las bromas de Kingsley y Cristopher ayudaban, al menos las risas de mis amigas lo corroboraban, pero odiaba tener la sensación de estar limitada solo por su presencia, así que me levanté y me acerqué a la barra con la intención de pedir otra cerveza.

No tuve siquiera que volver la vista, sabía que Max me seguía y en el momento que me acerqué a la barra me di la vuelta y comprobé que Susanne lo interceptaba a solo un par de pasos de distancia. Su vista se fue hacia ella, no sé que era lo que le estaba diciendo, pero sí que sentí el tirón que me alejaba de la barra entre el tumulto de gente hasta llevarme a una salida lateral y en cuanto

salimos al exterior di un tirón lo suficientemente fuerte girando sobre mí misma para soltarme de golpe.

—¿Tu eres imbécil? —grité sin importarme que la gente que había esparcida por allí focalizara su atención en nosotros. Es más, pretendía que lo hiciera—. ¿Es que a ti no te quedó nada claro lo que te dije ayer?, ¡Se ha terminado Mason!, ¡C´est fini!, ¡Caput!, ¡È finita! —insistí pese a su gesto de soberbia.

—Solo lo dices porque estás encoñada de esa masa de músculos que solo quiere aprovecharse de ti, pero ¿Qué pasará cuando se canse de follarte?, ¿Qué pasará cuando obtenga lo que quiera y se largue?, ¿Ya lo has pensado?

Empezaba a cansarme aquella situación y, sobre todo, ese afán en creer que él y yo habíamos acabado por culpa de Max.

—No te he dejado por él, sino porque tú me engañabas, ¿O es que en esa parte de la historia sufres amnesia? —dije con la intención de largarme de allí porque no quería perder un segundo más de mi vida con semejante espécimen.

—¿Te ha contado porqué está aquí?, ¿Qué lo único que quiere de ti es tu fama para conseguir patrocinadores?, ¿Qué solo le interesa el dinero que pueda obtener con tu nombre? No te quiere. Ni siquiera le interesas, solo te hace creer que le gustas para vender esa historia romántica entre vosotros que le genera el interés que necesita.

—¿Te has planteado por un segundo de tu vida que tal vez yo esté de acuerdo? —proclamé como si aquella acusación no me doliera y no tuviera fundamentos válidos.

No sabía de donde diantres había sacado aquella información o si estaba probando suerte en adivinar las intenciones de Kingsley, pero comenzaba a hartarme que se entrometiera hasta esos límites en mi vida.

—¿Y también te ha dicho porqué le expulsaron de la competición?, ¿Y porqué no puede volver a competir en ninguna disciplina?

Parpadeé un par de veces como si simplemente creyera que se estaba tirando un farol. En ese momento me agarró del brazo y me apretó con fuerza.

—¡Deja de comportarte como su zorra personal para complacerlo! —gritó sintiendo como sus dedos se clavaban en mi brazo—. ¡Nunca ha pretendido competir contigo en surf-tándem!, ¡Es toda una farsa!

—¡Basta! —exclamé tratando de soltarme sin conseguirlo y seguidamente noté como colocaba la otra mano en mi nuca y advertí sus intenciones de forzarme a besarlo, lo detuve colocando ambas manos en su pecho para empujarlo, pero a pesar de ejercer presión, era imposible deshacerme de su agarre, de sentir como acortaba la distancia a pesar de mis esfuerzos.

Una fuerza externa me impulso con fuerza y entonces vi la figura de Max entrometerse entre Mason y yo, acaparando con su altura toda mi visión.

—¿Es que no te quedó lo suficientemente claro ayer? —alentó mientras vi como caminaba hacia él y lo empujaba—. ¿Quizá sufres sordera además de imbecilidad? —insistió volviéndolo a empujar y me acerqué a Max cogiéndole del brazo.

—No merece la pena. Vámonos —dije viendo como todos nos observaban.

—Tú no eres la que lo tiene que dejar o marcharse. Este es tu sitio, tu gente, tu ciudad. Y este mierda lo sabe, por eso está aquí —dijo sin mirarme, sino con la vista puesta en Mason que lo observaba con un odio visceral.

—Esto es entre ella y yo —objetó Mason.

—No —negó—. Ella te ha dejado bastante claro que no tiene nada que hablar contigo, así que lárgate o la cosa será entre tú y yo. Y te garantizo que llevo tiempo deseando partirte la cara.

—¿En serio prefieres a este tipo sin modales o educación?, ¿Un gandul que lo único que sabe hacer es buscar pelea? Por eso estás aquí, ¿no? Porque le partiste la cara a otro competidor y te echaron, pero dudo que le hayas contado a ella hasta qué punto estas fuera de la federación.

—Estoy comenzando a perder bastante la paciencia… —rugió Max acercándose lo suficiente para empujarle de nuevo y hacer que Mason trastabillara varios pasos.

—¿Lo ves? —inquirió Mason—. ¡Te está utilizando! ¡Lleva haciéndolo desde el principio!

—Aquí el único que la ha utilizado eres tú, tratando de follarte a sus amigas a escondidas. Tirándote a su principal rival en sus narices y regodeándote de que crees que está tan estúpidamente enamorada de ti que no se daría cuenta. Te aprovechaste de su fragilidad, la utilizaste, la moldeaste, anulaste por completo su personalidad y ahora que finalmente se da cuenta de la escoria que realmente eres, ¿Quieres que tu mierda salpique a los demás? Te dije la última vez que si volvías a tocarla no reconocerías ni tu cara, así que date la vuelta y lárgate de aquí o no volverás a reconocerte en un espejo.

La crudeza de aquellas palabras implicaba la verdadera ira que sentía en ese momento y estaba convencida de que aquello no era una simple amenaza vacía, sino que era muy capaz de llevarla a cabo.

En ese momento vi que salían mis amigas acompañadas por Cristopher que se acercaba a Max y le colocaba una mano en el hombro. Como si ese momento hubiera sido una distracción para él, Mason aprovechó para abalanzarse con el puño directo a su cara.

Inconscientemente grité, pero Max esquivó el golpe como si hubiera estado preparado para ello y acto seguido le lanzó un puño al estómago y otro a la cara provocando que Mason se encogiera. Todos vimos como se lanzaba contra él, pero Cristopher le detuvo colocándole las manos en el pecho y empujándolo.

—No tío —advirtió como si quisiera que le escuchara—. Si cruzas esa línea puede que no haya vuelta atrás y sabes lo que significaría para Harmony.

Me sorprendió que aquel nombre tuviera un efecto inmediato en Max, hasta el punto de dar varios pasos hacia atrás y alejarse de Mason.

¿Quien era Harmony para tener ese control sobre él? Y como si un jarro de agua helada que me hubieran volcado en ese momento recordé el nombre de aquellos mensajes que le había encontrado en su teléfono.

Love H

Era ella. Tenía que ser la tal Harmony y seguramente la misma con la que habló por teléfono justo antes de marcharse.

—Estás acabado, Kingsley —dijo Mason con una sonrisa macabra que me hizo ver claramente la verdadera personalidad que había estado escondiendo todo ese tiempo.

—Vete de aquí. Yo me encargo —dijo Cristopher y solo entonces vi como Max me buscaba entre los presentes.

En el momento que me encontró fue con paso decidido en mi dirección, estaba claro que había una tormenta que se lideraba en su interior y podía verse a través de sus ojos, pero no dijo ni una sola palabra, simplemente me cogió la mano y caminé tras él conforme nos alejábamos del tumulto que se había creado en torno a la pelea.

Ni siquiera sé si tenía un destino en mente o solo pretendía poner una distancia lo suficiente grande para no tener el aliciente de

regresar, pero caminábamos por la pasarela que bordeaba la playa donde había otros locales abiertos e improvisamente se dirigió hacia los escalones que descendían hacia la arena para alejarnos de todo el gentío y de la zona iluminada.

En cuanto la oscuridad nos acogió lo suficiente se dio la vuelta y noté como soltaba mi mano para colocarlas entorno a mis mejillas. Podía sentir su respiración agitada, el descontrol que existía en su cuerpo, la evidente falta de calma y, sin aún besarme, notaba las yemas de sus dedos acariciándome.

—¿Estás bien? —pregunté con un hilo de voz del que ni siquiera era capaz de reconocerme.

—Debería ser yo quien te hiciera esa pregunta —contestó mientras colocaba mis manos en su abdomen y sentí como se inflaba rápidamente debido a su respiración descompasada.

—Lo estoy —afirmé a pesar de sentir aún el ardor en mi brazo por el modo que me había clavado sus dedos—. Alguien como él no merece ni por un instante que me compadezca. Debería haber sabido interpretar sus intenciones. Estaba claro que Susanne iba a facilitarle las cosas, ni siquiera sé que le he hecho para que me odie tanto.

—No es lo que has hecho —murmuró Max—. Es lo que ella nunca podrá ser —afirmó acercándose a mi rostro y colocando su frente sobre la mía.

No iba a negar que ese modo dulce de estar a mi lado, de defenderme, de decir palabras que obligaban a mi corazón a acelerar el pulso, le convertían en la única persona con la que deseaba estar en aquel momento, pero había demasiadas preguntas que creaban una distancia inexacta y por las que necesitaba una respuesta inmediata.

—No te echaron únicamente de la competición, ¿Verdad? —inquirí sintiendo que por más que las acusaciones de Mason estuvieran llenas de rabia y odio, había verdad en ellas.

—No —admitió apartándose abruptamente y dándose la vuelta—. No tengo idea de como ha podido enterarse de ello porque es información que no se ha hecho pública. Estoy suspendido temporalmente hasta una nueva evaluación en seis meses que determinará si mi comportamiento ha sido ejemplar. Durante ese tiempo no puedo competir en ninguna modalidad, tampoco en surf-tándem.

No me lo podía creer. ¿Había proclamado al mundo entero que él era mi nueva pareja y ni siquiera estaba seguro de poder competir?

—¿Mi padre lo sabe? —exclamé conforme una rabia intensa comenzaba a recorrer mis entrañas.

—Si —afirmó a secas y solté una risa cínica.

—Y ninguno de los dos pensaba decírmelo, ¿no? —advertí cruzándome de brazos y sintiendo que esa rabia comenzaba a anudarse en mi garganta llegando a producir quemazón por tratar retenerla.

—¿Acaso no eras tú la que ni siquiera se planteaba volver a subir en una tabla? —gritó en su defensa.

Si. No iba a negar que yo había sido la primera en querer echarle de allí y ocultar que no tenía ninguna intención de competir.

¿Tenía derecho a enfadarme cuando yo había actuado del mismo modo?, ¿Qué acepté a Kingsley porque estaba segura de que solo serían tres meses para demostrarle a mi padre que el surf había acabado para mí sin importarme dejarle colgado? Puede que entendiera que me ocultase esa información al principio, pero no ahora. No cuando yo misma comenzaba a pensar que realmente teníamos posibilidades como equipo.

—¡Al menos yo me sinceré contigo!

—No por libre elección desde luego —dijo fijando sus ojos sobre los míos y a pesar de ser un reproche, estaba en lo cierto—.

¿Me habrías revelado tus miedos de no haberlos descubierto por mí mismo?

Indudablemente no, por más que quisiera creer lo contrario, pero eso tampoco era motivo para que él hubiera decidido seguir ocultándomelo. ¿Hasta cuando?, ¿Qué pasaría si realmente le echaban de la federación?, ¿Si en esa evaluación no era readmitido?, ¿Iba a continuar durante seis meses sin decírmelo?

—Está bien —acabé admitiendo tras un largo silencio entre ambos—. Los dos mentimos —continué—. Los dos teníamos motivos diferentes para hacerlo, pero ya no. Se supone que ahora estamos juntos y necesito que seas totalmente sincero conmigo, necesito creer que puedo confiar en ti, que entre nosotros no existe ningún secreto, que realmente soy importante para ti.

—Joder, Océano. ¿Crees que enviaría toda mi vida a la mierda si no lo fueras? —exclamó volviendo a acercarse y colocar sus manos entre mis mejillas—. Te quiero, joder. Te quiero como jamás he querido a nadie. Y cuando ese imbécil te ha puesto la mano encima casi incendio el local entero porque no podía soportar la idea de que volviera a hacerte daño.

Puede que aquella no fuera la primera vez que alguien me decía que me quería. Tampoco la más romántica, ni la más bonita, pero sí fue la primera vez que sentí como alguien se desgarraba y mostraba una sinceridad inaudita hasta el punto de percibir como ese *te quiero*, golpeaba mi alma desde dentro.

No esperó una respuesta por mi parte, tampoco sabía poner nombre a esos sentimientos que estaban despertando dentro de mí y de los que no tenía el control. Jamás me había sentido de ese modo antes. Nunca me había sido tan fácil ser yo misma sin miedo a que pudiera juzgarme, quizá es porque Max ya había visto todas las peores versiones que podía encontrar y aún así, decidió quedarse.

Sentí sus labios antes de que tocara los míos y me aferré a su camiseta conforme un jadeo se escapaba de mi garganta. Su

respiración se mezclaba con la mía, lo sujeté con fuerza como si temiera que una de esas olas que se escuchaban romper tras nosotros pudiera arrebatármelo y aquello me asustó. Pude sentir el miedo a perderlo. El miedo a que desapareciera de mi mundo. El miedo a no volver a probar sus labios y sentir esa intensidad de nuevo.

Me aparté ligeramente de él y levanté la vista, la luna iluminaba su rostro y la intensidad con la que me observaba removió todo mi mundo.

No tenía ninguna duda.

Me estaba enamorando perdidamente de él.

36

El mar siempre vuelve

Océane

Me desvelé de forma agitada, como si sintiera que caía al vacío o con un presentimiento en el pecho de amargor que me hizo tocar hacia el lado opuesto de la cama y percibir que Max no estaba.

La claridad indicaba que era temprano, cogí el teléfono de la mesita de noche y comprobé que eran las siete y cuarto. A pesar de haber quitado la alarma, mi propio cuerpo continuaba despertándose a la misma hora de los entrenamientos y supuse que a él podría haberle ocurrido lo mismo.

Oí el ruido de la puerta de casa cerrándose con suavidad, después las llaves tintineando al dejarlas sobre el cacharro de cerámica y a continuación, unos pasos acercándose por el pasillo, como si supieran exactamente hacia donde se dirigían. Me quedé completamente inmóvil en la cama, con una camiseta de dormir y sin ningún tipo de prenda interior bajo ella. Cuando vi como el pomo de mi puerta se deslizaba y entreabría, noté ese ardor recorrerme de arriba abajo al ver la sombra de Maximilian Kingsley en su versión más sexy.

Vestía únicamente un bañador mojado, por su pecho corrían gotas de agua que caían de su pelo y tenía esa mirada de cabron seductor que odié desde el primer momento porque era incapaz de hacer que mi cuerpo se resistiera a ella.

Por si eso fuera poco, me dedicó una sonrisa, como si le gustara crear ese efecto en mí y me mordiera inevitablemente el

labio porque en realidad solo podía pensar en las mil formas de deleitarme con su cuerpo.

—¿Vienes conmigo? —preguntó sin apartar la vista de mis ojos.

—¿Dónde?

—¿Acaso importa? —contestó volviendo a sonreír—. Lo único seguro es que estaremos tú y yo.

Y realmente no importaba. Aunque el destino fuera una ducha minúscula que nos obligaba a pegarnos aún más y sentir como cada vez que volvía a tenerlo dentro, estaba un poco más cerca del cielo.

Apenas había terminado de cepillarme el pelo cuando llamaron al timbre de casa. No es que esperase a nadie concretamente y menos a esas horas. Pensé si podrían ser mis padres a pesar de tener llaves y que en teoría su vuelo llegaba esa misma tarde, pero lo descarté al saber que no tenía notificaciones en el teléfono de ellos o de cualquiera de mis amigas. Convencida de que solo podía tratarse del amigo de Max, entré en mi habitación para vestirme cuando vi a través de la ventana el coche de policía.

Sentí la inquietud en mi nuca y como descendía a través de mi columna vertebral paralizando cada terminación nerviosa. Era un escalofrío real, la parálisis ante el miedo anticipatorio de una escena terrible. La última vez que la policía había estado en mi casa era para decirnos que no habían encontrado a Reef y pese a que eso era una noticia devastadora, también dejaba un minúsculo espacio de esperanza que con el tiempo fue evaporándose hasta dejar únicamente el dolor.

Mi pecho se tensó, mi respiración se volvió más corta y el pensamiento giró una y otra vez alrededor de esa pregunta sin respuesta justo antes de que llegue la noticia, como si ese miedo atroz ya estuviera empezando a escribir su propia historia.

El timbre volvió a inundar aquel silencio y observé a Max dirigirse hacia la puerta con una simple toalla anudada a la cintura. Me quedé tras él, como si pudiera sentir que era el escudo de protección que necesitaba, como si lo que fuera que tuvieran que decir podía doler menos si él estaba allí.

En el momento que abrió la puerta se sorprendió y miró hacia atrás como si necesitara comprobar que yo estaba allí.

—Buenos días, soy el agente primero Jones y él es el agente Saddler. Nos gustaría hablar con Maximilian Kingsley, tenemos constancia de que su alojamiento provisional es en este domicilio.

—Soy yo —contestó Max y en ese momento me acerqué aún más a la puerta.

—Se ha presentado una denuncia en la que usted figura como presunto implicado. Queremos hacerle unas preguntas. Antes de continuar, le informamos de que no está obligado a responder y que cualquier cosa que diga podrá ser utilizada como prueba en el procedimiento. Tiene derecho a asistencia de un abogado si así lo desea.

En ese momento supe perfectamente que todo aquello era obra de Mason y de que lo había hecho porque sabía lo que Max podía jugarse con ello.

—¿Puedo saber qué tipo de denuncia exactamente? —inquirió Max.

—Preferiríamos que esta conversación tuviera lugar en comisaría. ¿Puede acompañarnos voluntariamente?

—Si. Por supuesto.

—Voy contigo —advertí antes incluso de que se girase hacia mí.

—Es mejor que esperes aquí —contestó con una calma impropia, sobre todo teniendo en cuenta lo ocurrido y lo que él

mismo podía perder.

¿Tal vez era ese sentido de culpabilidad porque las consecuencias de Mason no dejaban de ser un efecto colateral que no había detenido a tiempo?, ¿Quizá es porque Max solo trataba de defenderme? En cualquier caso, tenía muy presente que no pensaba dejarle solo.

—No está detenido, solo necesitamos su declaración. Si quiere puede acompañarle en calidad de testigo —mencionó el agente dirigiéndose hacia mí.

Dos minutos después estábamos siguiendo el coche policial y pese a que Max aparentaba estar en calma, su entrecejo fruncido y los nudillos blancos de agarrar con firmeza el volante indicaban que aquello era solo un mero reflejo.

—Actuaste en legítima defensa y ni siquiera le dejaste marcas que pudieran asegurar que lo golpeaste —afirmé muy segura de que todo aquello era obra de Mason y del encuentro que habíamos tenido anoche.

Quería vengarse por no salirse con la suya y pensaba hacerlo del modo que sabía que más dolería. Si sacaba a Kingsley de la competición, jamás podríamos formar un equipo y de paso, le destruiría por completo su carrera.

—Tal vez eso no sea suficiente. Mi nombre ya aparecerá en la denuncia y el expediente.

Respiré con dificultad porque en cualquier modo me sentía responsable de lo sucedido. Puede que no le hubiera pedido golpearle o entrometerse, pero lo había hecho para defenderme.

Nos separaron en cuanto entramos en la comisaría y los mismos agentes que habían acudido a mi casa nos escoltaron a lugares distintos. Mientras yo me dirigí hacia una de las mesas de oficina, a Max se lo llevaron hacia una sala de interrogatorios.

Esperé el tiempo suficiente para sentir que mi estomago rugía y solo entonces fui consciente de que no habíamos desayunado aún.

—Lamento la espera. Usted debe ser la señorita Sinclair, ¿verdad?, ¿Quiere un café?, ¿Un vaso de agua? —exclamó otro policía que no era ninguno de los anteriores.

—¿Voy a tener que esperar mucho más? —pregunté sin confirmar nada.

—No. Ya hemos interrogado a su compañero y nos gustaría contrastar alguna información con usted si no le importa.

—Esto es por Mason, ¿Verdad?

—¿Se refiere a Mason Sullivan? —preguntó el agente.

—Si —afirmé pasando las manos por mis piernas para quitarme esa capa de sudor instantáneo que no dejaba de crearse.

—Lamentablemente si. El señor Mason Sullivan ha interpuesto una denuncia por un presunto delito de lesiones tras haber sido agredido. Él afirma que el autor de los hechos es su compañero Maximilian Kingsley.

A pesar de saberlo con anterioridad, que lo confirmase solo me corroboraba la clase de persona que era Mason.

—Max simplemente se defendió cuando Mason trató de golpearle. Apenas le rozó la cara —mentí pese a que le hubiera dado un puñetazo que le hizo retroceder, pero no pasó de ahí, aunque bien es cierto que podría agradecer la intervención de Cristopher el que no hubiera ido a más.

—El señor Sullivan está ingresado en el hospital con varios traumatismos y hematomas que no corresponden con lo que usted menciona, sino con un claro ensañamiento. Nuestra labor es aclarar los hechos y comprobar si su acusación hacia Maximilian Kingsley es fundamentada.

—¡Eso es imposible! —exclamé apretando los puños y deseando comprimir con mis propias manos el cuello de Mason.

¿Es que no le había bastado con engañarme y manipularme que ahora pensaba destrozar mi vida sin importarle las consecuencias que tendría para Max?

—Todos vieron como Max y yo nos marchamos dejando a Mason en perfectas condiciones. Su propio amigo le detuvo y le dijo que se marchara. Puedo darle una lista de nombres que testificarían palabra por palabra lo que le estoy diciendo.

Vi como el agente me daba un folio en blanco y dejaba al lado un bolígrafo.

—Le agradecería que lo hiciera, señorita Sinclair, pero necesitaría saber que hizo después Maximilian Kingsley. Donde estuvo, si hay testigos que podrían confirmarlo. Tenemos a un equipo que está analizando su teléfono móvil para conocer su ubicación y comprobar que su historia coincide.

—Después de ese encuentro, Max y yo nos marchamos del local y volvimos a casa. Ha pasado toda la noche conmigo. Las acusaciones de Mason son completamente falsas, él sabe que esta denuncia perjudicará a Max en su carrera profesional y eso es lo que busca.

—¿Puede ser más específica? —preguntó mientras parecía hacer anotaciones.

Le conté que Mason era mi pareja, que yo lo había dejado tras ver que me engañaba y era incapaz de soportarlo, que había decidido culpar a Max de todo por celos en vez de asumir su responsabilidad y que aprovechándose de que él estaba bajo vigilancia tras haber sido expulsado de una competición decidió orquestar la denuncia.

—Entonces admite que Maximilian Kingley no es la primera vez que se ve envuelto en un altercado de este tipo y envía a una

persona al hospital por sufrir lesiones tras una agresión.

Aquello ponía aún más la situación a favor de Mason.

—Sé lo que parece. Sé que ha cometido errores en el pasado, pero le puedo garantizar que en esta ocasión no es así. ¿Le golpeó? Si, en legítima defensa, pero eso fue todo. Max y yo nos marchamos de allí dejando a Mason en perfecto estado y después pasamos el resto de la noche en mi casa. Puede preguntar a cualquiera de los presentes que estaban anoche ahora mismo, le darán la misma versión que le estoy dando ahora.

—Lo haré —afirmó levantando la vista de su cuaderno de anotaciones—. ¿Me confirma entonces que pasó toda la noche con usted?, ¿Qué no hubo ni un solo momento en que no estuviera a su lado? —insistió y recordé que me había despertado sola en la cama, aunque segundos después él apareció completamente bañado, como si llegara de la playa.

Por un instante pensé si realmente había ido solo a darse un baño o si volvía de darle una paliza a Mason.

Imposible.

—Si. Estuvo toda la noche a mi lado —aseguré justo antes de escribir los nombres de todos mis amigos junto a su teléfono y pasarle los datos.

No detuvieron a Max por falta de pruebas y eso ya suponía un alivio pese a las circunstancias. Por el momento mi declaración le daba una coartada y sabía que con todas esas llamadas la acusación de Mason caería por su propio peso. El problema estaba en que aquella información podía trascender hasta la prensa o peor aún, la federación de surf, y si Mason había sido capaz de recibir una paliza real para poder realizar aquellas acusaciones falsas, tenía muy claro que, de un modo u otro, conseguiría hacerlas públicas para lograr su cometido.

Esa tarde llegaron mis padres y acabé confesando lo ocurrido con Mason desde que lo había descubierto en su apartamento con Susanne, incluyendo el encuentro de la noche anterior y la denuncia contra Max.

Por algún motivo que desconozco, mi padre no se sorprendió, ni siquiera vociferó contra Mason por haberme utilizado y engañado de ese modo, tampoco increpó contra él diciendo que siempre desconfió de sus intenciones o se llevó las manos a la cabeza tras haber orquestado aquella encerrona, simplemente guardó una quietud envidiable que yo no tenía bajo ninguna circunstancia.

—Lo mejor que podéis hacer en este momento es estar juntos como equipo. Eso os dará unidad. Entrenaréis como veníais haciendo hasta ahora, con un perfil bajo y sin llamar la atención, eso desmentirá los rumores y nos dará tiempo para formar una estrategia.

Supongo que era más fácil decirlo que hacerlo, cuando en aquel momento me entraban ganas de gritar que Mason era un bastardo embustero de mierda y aún más el hecho de pensar que jodiéndonos la vida, sobre todo a Max creía que por algún ilógico motivo iba a perdonarle.

O quizá había terminado de comprender que bajo ningún concepto pensaba volver con él y por eso decidía actuar como un auténtico canalla.

En el momento que Max se marchó a la caseta junto a Cristopher, nuestras miradas se cruzaron en esa complicidad que se había creado entre nosotros. Esa noche no dormiríamos juntos, ni siquiera yo podría escaparme a hurtadillas para verle o viceversa y saber que no tendría su brazo apoyado en mi cintura, ejerciendo presión en mi vientre y forzándome a estar pegada a su pecho me hizo sentir un vacío desconocido hasta ahora.

Ni siquiera en todo el tiempo que había pasado con Mason sentí esa falta a pesar de que estuvimos separados la mayor parte

del tiempo.

¿Por qué todo con Max era distinto?, ¿Por qué nunca me había sentido de ese modo con ningún otro chico? Ni siquiera con el que llegué a pensar que compartiría mi futuro.

La respuesta era obvia. «Porque nunca había llegado a estar enamorada»

Aquella noche me quedé casi hasta media noche hablando con mi madre en el salón, quizá necesitaba asegurarse que estaba bien tras mi ruptura con Mason y me confesó que de haber sabido realmente la verdadera naturaleza de nuestra separación no se habría marchado dejándome a solas. En cierto modo era normal que se marchara pensando que mi situación con él se arreglaría al decirle que solo habíamos discutido y al final pasaría el año nuevo según sus planes porque yo no les quise revelar los verdaderos detalles de nuestra ruptura.

Desde que Reef se había marchado sentía que no podía descargar en ella o en mi padre mis propios problemas, quizá porque ya tenían un peso tan grande, que el hecho de arrastrar también con el mío me parecía demasiado egoísta por mi parte.

Me equivocaba.

Tal vez si hubiera confesado antes como me sentía y todo lo que me había provocado la ausencia de mi hermano, no habría permitido que Mason me hubiera alejado tanto de todo lo que amaba.

Quizá no podía culparlo de todo. Al fin y al cabo, había elegido huir, alejarme del dolor, poner un parche que me volviera insensible y, aún así, siempre hubo una parte de mi que rechazaba esa idea, pero que él fomentaba incansablemente persistiendo en que todo aquello que siempre fui ahora pertenecía a una etapa de mi vida que no debía regresar.

Y en ese estado crítico de vulnerabilidad, donde él se había encargado de ser una pieza fundamental de mi vida, lo creí.

—No importa las veces que caigas, Océane. Solo importa aquellas en las que te levantas después de haber aprendido a no volver a caer del mismo modo.

Quizá mi relación con Mason sí me había servido para algo.

En primer lugar, no pensaba permitir que ningún hombre me utilizara o tomara decisiones en mi nombre.

Y, en segundo lugar, tenía muy claro que no pensaba conformarme. Lo tendría todo o no tendría nada.

Y estaba dispuesta a presentar batalla.

37

Punto de quiebre

Océane

A las siete en punto ya estaba vestida, pelo recogido y con una energía extrañamente en auge pese al cansancio acumulado de la tensión en las últimas veinticuatro horas, pero quizá la motivación era muy diferente.

Sabía que Max me quería. Y aunque no pudiéramos gritárselo al mundo, estábamos juntos.

—¡Buenos días! —exclamé acercándome a la cafetera con la intención de hacer yo misma el café.

Suponía que mi padre se había levantado un poco más tarde de lo que era su costumbre por el cansancio del viaje y, conociéndole, seguramente había estado dándole vueltas a todo el asunto de Mason, la denuncia y Kingsley.

—¿Hay algo más que no me contasteis anoche? —preguntó mi padre cruzándose de brazos y dejándose caer en la encimera de la cocina mientras me observaba.

—¿En qué sentido?

—¿Hay una relación entre Max y tú?, ¿Puede ser esa la causa de que Mason quisiera hablar contigo? —preguntó mi padre con calma.

—¿Qué?, ¡No! —advertí confusa y vi como cogía la tablet que utilizaba cada mañana para repasar todas las noticias deportivas y la dejaba sobre la isla para que pudiera contemplar la pantalla.

Pensé que iba a leer el titular donde Mason acusaba a Max de agredirlo, incluso me preparé para leer una noticia sacada completamente fuera de contexto teniendo en cuenta la pregunta de mi padre y los rumores entre una posible relación sentimental, pero no estaba preparada para ver una foto en primera plana donde no dejaba dudas de que éramos nosotros besándonos sobre la tabla de surf la tarde anterior en la playa.

—Joder —advertí cerrando los ojos.

¿Cómo era posible?, ¿En qué momento nos habían hecho esas fotos sin que nos diéramos cuenta? Volví a ver la noticia deslizando la serie de fotos en la que se nos veía paseando tranquilamente, a Max dándome un beso en la frente, otra abrazados… estaba claro que nos habían estado siguiendo durante horas y ninguno de los dos había percibido nada.

«Se confirman los rumores. La nueva pareja creada por la campeona de surf tándem, Océane Sinclair y su nuevo compañero Maximilian Kingsley ya no esconden su relación sentimental»

Ese era el pedazo de titular para toda la serie de fotos que había en el artículo y que evidentemente empezarían a divulgarse en todas partes.

Quería morirme de la vergüenza.

—Lo de Max y yo ha surgido después —afirmé porque era inútil tratar de negar lo evidente.

—Puede que no seas consciente de los problemas que implica tener una relación sentimental con tu pareja de equipo, pero quiero saber si realmente estas segura de esto o es solo un capricho pasajero por lo ocurrido con Mason. Sé perfectamente que entre vosotros la relación nunca ha sido precisamente buena y eso me hace inclinarme más por lo segundo.

Podía comprender su preocupación y también las razones, pero pensándolo fríamente no tenía ninguna duda a pesar de que

sentía que aún me faltaban por conocer demasiadas cosas de Maximilian Kingsley.

—Sé lo que puede parecer, pero no es ningún capricho, papá. Realmente me gusta, de lo contrario no habría cruzado esa línea.

—Noté como mi padre parecía pensar durante un momento y mantuvo la mirada fija en la tablet que había entre nosotros.

—Acabas de salir de una relación de dos años y es normal que te sientas traicionada, pero si lo dos no vais en serio con esto, acabará mal. Hacer las cosas de forma precipitada nunca sale bien —afirmó con seriedad, como si él mismo tuviera la experiencia de lo que hablaba.

En ese momento Max entró en la cocina y se quedó observándonos. Ni siquiera esperé a saludarle, le pasé directamente el artículo de la tablet y su reacción no fue muy diferente a la mía.

—¿Cómo es posible que supieran que estaba aquí y no en California? —exclamó tras echarle una ojeada a todas las fotos y parecía haberse detenido a leer el texto que acompañaba todas esas fotos de nosotros el día anterior acaramelados donde claramente evidenciaba que éramos mucho más que una simple pareja deportiva.

Eso me llevaba a pensar en la rapidez con la que se había hecho aquel artículo y en la idea de que nos habían seguido a conciencia.

Si no fuera porque la decisión de ir a ese lugar fue tomada de forma precipitada y nadie de nuestro entorno sabía realmente donde estábamos, pensaría que aquello podía estar orquestado.

—Tu representante al igual que yo, habrá recibido ofertas bastante generosas sobre pruebas que evidenciaran vuestra relación o entrevistas que lo confirmaran. Está claro que alguien de la prensa os seguía la pista o simplemente os reconoció.

—¿Por qué no me has dicho nada? —inquirí a mi padre y luego pasé la vista hacia Max como si esperase que él lo confirmara.

—Lo vi absolutamente innecesario dado que estabas atravesando un momento difícil con Mason. Advertirte de la situación era generar más presión teniendo en cuenta que se suponía que vosotros dos no os llevabais bien.

Quizá saberlo no habría cambiado en absoluto las circunstancias o el resultado. En cualquier caso, nuestra situación continuaba siendo extremadamente delicada.

—¿Qué se supone que haremos ahora? —pregunté sin saber si esa noticia perjudicaba la situación de Max tras la denuncia por parte de Mason.

—Será mejor que mostréis un perfil únicamente profesional en público, centraros en la técnica y en trabajar duro. Primero se os tiene que ver como un equipo unido que puede suponer un gran rival para el resto de competidores y eso todavía no ha sucedido. Además, eso dará tiempo para averiguar que repercusión podrá tener esto para Max y en consecuencia para ti.

—¿Eso no provocará aún más rumores sobre nosotros y esas fotos? —intervino Max.

—Que se ponga el foco de atención en vosotros no es malo, pero que se haga únicamente en un plano sentimental sí puede serlo. Tenéis la atención del público, ahora demostradles que podéis estar a la altura y que sobre la tabla sois realmente buenos como pareja.

Ninguno de los dos añadió algo más a pesar de que el ambiente se volvió tenso, como si pudiera percibir que Max meditaba seriamente las consecuencias que podría tener aquellas fotos sumado a la denuncia por agresión de Mason.

En apenas unas horas nuestras vidas se habían visto sacudidas por un huracán que había decidido ensañarse con fuerza

y, a pesar de resistir, ni siquiera éramos conscientes de hasta donde podía llegar su devastación, pero sí tenía claro que si Max estaba a mi lado, podríamos enfrentarnos juntos a todas y cada una de las consecuencias.

Durante las primeras horas de la mañana no percibimos nada extraño. Comenzamos repasando algunas figuras en el agua antes de intentar probarlas en la tabla y pese a tener inicialmente un par de caídas, al tercer intento sentí como Max me sostenía con firmeza sobre sus hombros.

Volver a sentir esa sensación de estar volando sobre el mar mientras el viento azotaba mi cabello y sentir la brisa en la punta de mis dedos provocando una percepción de libertad plena. El mar me había enseñado a perderme, pero también me enseñó el inicio de encontrarme de nuevo.

Trabajamos casi toda la mañana en mejorar la postura y hacer varias versiones de elevación con giros, rotación y por último, probamos la vela, donde debía mantenerme erguida sobre sus hombros en un equilibrio preciso con un solo pie.

A pesar de ser bastante precario, logramos mantenernos toda la cresta de la ola hasta que en un movimiento brusco nos tiró a ambos de la tabla.

Cuando salí del agua sentí la satisfacción que producía el resultado por el esfuerzo y observé a Max cogiendo la tabla y acercándose hacia mi conforme otra ola impactaba sobre nosotros.

Éramos un equipo. Ahora tenía mucha más conciencia de que él era mi pareja y de que lo había aceptado casi sin darme cuenta.

Ya no podía imaginarme empezar desde cero con otra persona, si me resultaba impensable lograr tener la complicidad que tuve con Reef, lo creía aún menos de la química que existía entre Max y yo. No se trataba de una cuestión meramente física, iba mucho más allá, como si inexplicablemente hubiéramos sentido la

necesidad del otro y conscientemente o no, supiéramos corresponderla.

El tipo arrogante, egocéntrico y superficial que creí ver el primer día me había dejado ver su verdadera personalidad y, sobre todo, la forma en la que era capaz de protegerme y velar por mí sin esperar nada a cambio. Poco a poco había ido descubriendo que detrás de esa armadura, existía alguien capaz de escuchar con atención, de recordar los pequeños detalles, de observar en prudencia y actuar cuando nadie se lo pedía. Ahí entendí que el destino a veces te rompe como una ola y lo hace para reconstruirte aún más fuerte.

Nuestra apacibilidad se terminó cuando comenzamos a encontrarnos algunos fotógrafos en la playa, en la puerta del gimnasio e incluso cerca de casa. A eso se sumó las incontables propuestas de diferentes marcas que querían colaborar con nosotros o entrevistas de prensa y radio que deseaban tener confirmación de nuestra parte. Dos días después, la denuncia de Mason se filtró a la prensa, probablemente fomentado por todo el revuelo de aquellas fotos y seguidamente tanto Max como yo recibimos una citación de la propia federación internacional de surf en California.

Eso era malo. Terriblemente malo, pero no era una carta oficial que afirmara una expulsión inmediata, así que aún existía una posibilidad de defensa, como el hecho de que aún no hubiera cargos contra Max por falta de pruebas.

Sentí como Max me rodeaba desde atrás la cintura y alzaba ligeramente la tabla para cubrirnos justo antes de acercar su boca a la mía en un beso fugaz. Habíamos decidido cambiar por completo nuestros horarios para ver si eso podía despistar a la prensa, así que estábamos entrenando a última hora de la tarde.

—Odio esta situación —murmuró—. Odio no tenerte en mi cama. Odio no poder tocarte como quisiera. Y odio no poder decir de una maldita vez que estamos juntos y poder besarte cuando quiera.

Me aferré a su cuello para sostenerme en el agua y volví a probar sus labios, esta vez de un modo mucho más lento, pero claramente cargado de intención.

—A mí tampoco me gusta, pero es lo más prudente. Al menos estaremos a solas cuando viajemos a California —pensé a pesar de que aún quedaba una semana para irnos.

—Le he pedido a Cris que se pierda esta noche con Valeria y no vuelva hasta que amanezca, me da igual si tiene que dormir en medio de un descampado o en la playa, pero te quiero en mi cama —sonrió con complicidad ya que su amigo había decidido retrasar unos días más su regreso y estaba claro que lo había hecho para estar cerca de mi amiga.

—Eso suena bien… —gemí volviendo a darle un último beso antes de subirnos de nuevo a la tabla.

Pasada la medianoche y cuando toda la casa estaba en silencio, me escabullí a través del jardín como habíamos acordado y comprobé que la puerta de la caseta estaba abierta.

Todo estaba en completo silencio, a oscuras, pensé que Max se habría quedado dormido esperando a que llegara, pero en cuanto me acerqué a la habitación y comprobé que la cama estaba vacía, sentí como su cuerpo chocaba contra el mío desde atrás y colocaba sus manos en mi cintura para apretarme contra él y después subirlas hasta apresar mis pechos entre ellas con fuerza.

Gemí ante la misma necesidad que él. Llevábamos casi tres días sin tocarnos, sin dar rienda suelta a ese deseo y en cuanto dejé caer mi peso sobre su cuerpo noté como sus manos devoraban mi piel por encima de la camiseta de dormir sintiendo la necesidad de no tener ninguna capa de ropa entre nosotros para sentir su propio contacto. Me giré sobre mí misma y me quité la camiseta tirándola al suelo, comprobé que solo llevaba puestos unos boxer y con toda la osadía del mundo metí la mano por la cinturilla elástica para acoger en mi mano la protuberante erección que tenía en ese momento.

Noté la humedad entre mis piernas por la intensidad que aquel momento de anticipación me producía y deslicé mi mano alrededor de toda su carne obligando a sacarla fuera de su ropa interior.

Max se la quitó dejando que cayeran al suelo e iba a hacer lo mismo con el tanga de encaje negro hasta que él me detuvo.

—Quieta Océano. Si alguien va a quitártelo, voy a ser yo —gimió cogiendo mi mano y obligándome a caminar hacia atrás hasta caer sobre la cama y quedar encarcelada por su cuerpo.

Mordisqueó, chupó y aspiró partes de mi piel que no sabía en qué momento se habían convertido en puntos erógenos de mi cuerpo, pero cuando estaba segura de no poder contener aún más aquel placer, sentí como se hundía con firmeza para llenarme por completo y me aferré a su espalda clavando mis uñas sin contener el jadeo.

Podía notar como el incremento de aquel palpitar en mi interior acercándose al clímax, como si el mar respirase debajo de mí, paciente, inmenso, esperando aquel instante perfecto en el que romper mientras remaba con todas mis fuerzas para resistir un poco más. Hasta que sentí como la ola me encontraba y arrastraba. Como si yo no pudiera elegirla, como si no tuviera el control, sino que era ella quien decidía llevarme consigo.

El mundo desapareció mientras solo existíamos él y yo. Entonces llegó ese momento inconfundible, ese punto exacto en el que dejas de luchar contra la ola y decides fundirte con ella. Todo encaja. Todo es perfecto. El tiempo se alarga sin que tuviera la noción de ello y durante un segundo eterno sentí que flotaba sobre la fuerza más salvaje de la naturaleza sin oponer resistencia. Una descarga recorría cada rincón de mi cuerpo de forma tan intensa que apenas podía contener la sonrisa.

¡Dios! Ni la adrenalina de ganar una competición podía compararse al sexo con Maximilian Kingsley. Definitivamente no solo

era bueno en el agua, sino brutalmente excepcional en la cama.

Mi alarma sonó a las seis en punto. Necesitaba regresar a casa antes de que mi padre se levantara y comprobara que no había dormido en mi habitación. Probablemente tampoco se sorprendería de que no lo hubiera hecho, pero era consciente de que mi padre veía aquella relación algo precipitada y, en cierto modo, era normal teniendo en cuenta que me había pasado semanas detestando la simple presencia de Kingsley y acababa de romper con Mason.

Al coger el teléfono la pantalla se iluminó y me di cuenta de que tenía más de diez mensajes sin leer de Valeria, iba a abrir su chat cuando Max me agarró con fuerza y me obligó a quedarme junto a él.

—Tengo que irme antes de que mi padre despierte —murmuré conforme él emitía un gruñido y poco después aflojaba el brazo para que pudiera alejarme.

Apenas cerré la puerta de mi habitación escuché los pasos de mi padre en el pasillo, tan puntual como predecible y entonces recordé los mensajes y abrí el chat de Valeria.

Oce, tengo que hablar contigo.

Es urgente.

Respóndeme cuando leas estos mensajes.

No importa la hora.

Escríbeme.

He descubierto algo.

Es sobre Cris.

Creo necesitas saberlo.

No le digas que tienes que hablar conmigo.

Tampoco a Kingsley.

Ni siquiera esperé a procesar qué podría haber descubierto Valeria sobre Cristopher que me afectara directamente a mí. Precisamente Max había dicho que confiaba plenamente en él y de hecho, había impedido que le diera una paliza a Mason con numerosos testigos.

Le respondí de inmediato pensando que a esa hora estaría dormida y le dije que estaría hasta las once en el gimnasio o podíamos vernos a la hora de almorzar si tenía descanso en el trabajo.

Respondió cinco minutos después diciéndome que almorzáramos juntas en un local al lado de la tienda donde trabajaba.

Esa urgencia viniendo en ella me llevaba a pensar que debía ser algo realmente grave para no querer decirlo a través de un mensaje. Inmediatamente pensé en esa mujer llamada Harmony que me había martirizado durante semanas y cuyo nombre ahora sabía, pero si esa información que Valeria debía contarme afectaba a Cristopher e indirectamente a mí o a Kingsley no podía ser nada que tuviera que ver ella, ¿no?, ¿Tal vez había descubierto que Max corría el riesgo de se expulsado de la federación?, ¿Y qué tendría que ver Cris con eso?

Intenté ignorarlo, centrarme en el entrenamiento y después ocupamos una sala vacía con colchonetas para repasar algunos movimientos antes de probarlos en la tabla. A Max no le sorprendió que quedara con mis amigas para comer, no le dije que sería únicamente con Valeria, así que me dejó unas calles más atrás y me dirigí hacia el local en el que había quedado con ella.

En el momento que la vi llegar noté que estaba agitada y eso me confundió aún más, pero aún así nos saludamos, se sentó y pedimos un par de refrescos.

—Ni siquiera sé como iniciar para contarte esto.

—¿Es sobre Cristopher y tú? Porque por más vueltas que le he dado no entiendo que has podido descubrir para haberte alterado tanto.

—No. Es sobre Max y tú —contestó colocando las manos sobre la mesa e inició a juguetear con los cubiertos.

—Pero afecta a Cristopher —afirmé mientras ella asentía.

—Anoche quedamos para pasar la noche juntos y… bueno… una cosa llevó a la otra, la cuestión es que Cris tenía una de esas cámaras más profesional con la que hace fotos chulísimas de los lugares que visita, me dijo de hacernos fotos nosotros. Ya me entiendes. Fotos íntimas e incluso algún video para luego verlo. Me prometió que las borraría en cuanto acabáramos y no sé porqué motivo acabé aceptando.

Se detuvo en cuanto se acercó la chica que nos había tomado el pedido para dejar los dos refrescos y sin apenas mirar la carta pedimos un par de entrantes para compartir.

—¿Y te ha hecho algún tipo de chantaje por esas fotos? —pregunté realmente preocupada por mi amiga.

—¿Qué?, ¡No!, ¡No! —exclamó enseguida dando un sorbo a su bebida—. Tal y como me había dicho, borró las fotos, pero ya sabes que soy un poco maniática y que me gusta tener el control de las cosas, así que esperé a que él se durmiera, lo suficiente para hurgar en su mochila y encender la cámara. Solo iba a comprobar que realmente había borrado todas las fotos y no tener que arrepentirme de aquella decisión años mas tarde. Efectivamente no las encontré, pero había otras fotos que él había hecho de Noosa. Es bastante bueno como fotógrafo y quizá por eso comencé a pasar de una a otra sin darme cuenta, puede que por la curiosidad de saber en los sitios que había estado, pero jamás pensé lo que encontraría…

Bajó la mirada y parecía aturdida.

—¿Qué encontraste? —exclamé sin hacerme una idea de qué podría haberla alterado tanto.

—Eran fotos de vosotros Océane. Las fotos que han publicado de Max y tú juntos paseando por el río o besándoos sobre la tabla. Esas fotos las hizo él.

No.

No. No. No.

¡Max confía plenamente en él!, ¿Cómo iba a hacerle algo así a su amigo? Y entonces un sentimiento extraño me recorrió por la espalda cuando las palabras de mi padre aparecieron en mi mente.

«Tu representante al igual que yo, habrá recibido ofertas bastante generosas sobre pruebas que evidenciaran vuestra relación o entrevistas que lo confirmaran»

La idea de que Max pudiera tener algo que ver en ello me heló la sangre, pero inmediatamente después la rechacé. Cris y él eran amigos, podía haberle hablado de ello y haber vendido su amistad por dinero.

—Debo decírselo a Max —dije mordiéndome el labio sin creer que el mismo tipo que había vendido mis fotos a la prensa estaba alojado en mi casa.

—Es su amigo —advirtió Valeria—. No puedes simplemente decírselo y esperar que te crea, debes asegurarte de tener pruebas para culparle.

Valeria tenía razón. Puede que ella hubiera encontrado esas fotos por simple casualidad, pero no podía limitarme a acusar a Cris solo por lo que ella había visto. Podía eliminar esas fotos de la cámara y ser simplemente su palabra contra la de él.

Debía idear una estrategia y en eso consistió el resto del almuerzo.

Entrenamos toda la tarde y tal como había acordado con Valeria, ella no hizo planes con Cris, por lo que Max y él se fueron a la playa. En el momento que entré en la caseta con la copia de las llaves, mi corazón iba a mil porque si por algún motivo regresaban de forma imprevista no sabía que excusa iba a darles para hallarme allí.

Debía buscar el ordenador de Cris. Si realmente él había enviado esas fotos, tenía que encontrar los correos y las propias fotos para inculparlo. Rebusqué entre las cosas que había en el salón, incluso encontré la cámara de fotos que había mencionado Valeria, pero al buscar entre las fotos, no había rastro alguno de ellas. ¿Es posible que las hubiera eliminado en apenas unas horas? Estaba claro que mi amiga no iba a inventarse algo así, por lo que seguí buscando, pero el único ordenador que encontré en ese lugar era el del propio Max.

¿Y si había sido tan ruin de usar el propio portátil de su amigo? Obviamente Max confiaba en él, por lo que lo encendí y vi que necesitaba clave de acceso. Probé con su nombre, aunque pudiera ser bastante fácil. Su fecha de nacimiento, tecnicismos de surf e incluso metí el nombre de Harmony, pero no funcionó nada. Casi estaba por desistir sintiendo que aquel allanamiento sería infructuoso cuando hice un último intento: LoveH, así era como estaba registrada en su teléfono, ¿no? Y entré.

Me metí en el navegador para ver el historial, quizá las podría haber cargado desde una web de archivos y así no dejar rastro. Efectivamente vi el acceso a una web de ese tipo la madrugada después de que nos hicieran las fotos. ¿Probablemente pudo aprovechar que Max pasaba la noche en mi casa? Entré en el buscador del ordenador para ver si había archivos eliminados. Si los había cargado desde allí, existiría un rastro. No es que fuera precisamente experta, pero si que tenía nociones básicas para tratar de encontrarlos.

Me metí en los archivos recientes, en las descargas y entonces me resultó extraño encontrar un documento referido a una transferencia bancaria. La fecha databa del día anterior y el beneficiario era Maximilian Kingsley.

Aquello no significaba nada. Podía ser incluso una suma cuantiosa proveniente de un familiar, pero el concepto era claro: reportaje fotográfico.

Y quise morir. No podía creer que él pudiera estar detrás de aquello, como si lo que veían en ese momento mis ojos no fuese verídico.

Abrí el correo electrónico con la intención de enviarme ese documento y vi todos los emails recientes que había en su bandeja de entrada. Mis dudas se terminaron de disipar cuando vi que entre los últimos correos había una conversación con lo que parecía ser su representante advirtiéndole del acuerdo con la revista que publicaba las fotos, la transacción económica y la oferta de una entrevista para ambos doblando la cantidad y que aún estaban esperando una respuesta por nuestra parte.

No me lo podía creer.

No podía ni siquiera respirar al sentir la sensación de ahogo repentina en mi pecho.

—¡Mentiroso de mierda! —exclamé sintiendo una ira visceral.

¿Qué había regresado por mí?, ¿Qué me quería?, ¿Qué quería estar conmigo y gritarlo al mundo entero?

—¡Maldito hipócrita! —bufé mientras iniciaba a reenviarme todos aquellos correos sin importarme las consecuencias de invadir su espacio personal.

Le había metido en mi casa. En mi vida. En mi cama. ¡Y el muy cabrón solo se había aprovechado de la situación para beneficiarse económicamente!, ¿Qué parte de todo lo que me había dicho o hecho era real?, ¿Hasta qué punto pensaba realmente en

hacer equipo conmigo?, ¿Era solo una actuación demasiado buena como para habérmela tragado desde el principio?, ¿Tan pusilánime era que después de descubrir que mi novio me engañaba, él lo hacía aun peor jugando con mis sentimientos?

Comprobé que tenía en mi teléfono el justificante de pago de la transacción, los emails y aunque no tuviera las fotos, desde luego era material suficiente para plantarle cara.

Dejé el ordenador abierto, sin molestarme en cerrarlo o apagarlo, quería que se diera cuenta que había descubierto absolutamente todo y que podía incriminarlo. Me marché cerrando con llave y sintiendo como mis manos temblaban sin dejar de hacerlo hasta que llegué a casa, me metí en la habitación y no pude evitar que las lágrimas de absoluta decepción y traición me ahogasen.

38

La ola que lo cambió todo

Océane

Vi exactamente el momento en que llegaron y la ira me incendió aún más al verle llegar de forma relajada, natural, como si no sintiera ni un ápice de culpa por lo que había hecho y estaba haciendo.

Eso me hizo sentir un odio aún más visceral y le envié el mensaje que ya tenía preparado: «Te doy veinticuatro horas para largarte de mi casa y de mi vida» escribí junto a varias capturas incluido el justificante de transferencia.

Como si lo hubiera previsto, apenas dos minutos después y aún con el bañador mojado caminaba de forma decidida hacia mi casa. Me daba igual tener los ojos hinchados o rojos, en ese momento la furia era aún más fuerte que mis lágrimas deseosas de seguir aflorando.

—Te lo puedo explicar —dijo incluso antes de subir los escalones del porche.

—No me interesa escuchar nada de lo que tengas que decir. De hecho, no pienso creer en nada de lo que tengas intención de confesar para justificar tus mentiras. Es evidente cuáles eran tus intenciones desde el principio y no pienso dejar que sigas utilizándome para beneficiar tus bolsillos.

—Te aseguro que no me estoy beneficiando de nada —insistió con la tensión en su voz de quien parece realmente dolido por la

situación, pero ya no pensaba dejar que me envolviera en esas patrañas.

Desde luego debía ser un actor innato para haberme tragado toda la película incluida la escena de que era la primera mujer por la que sentía realmente algo.

Tal vez es lo que me merezca, sobre todo cuando le había advertido a Alana sobre él y yo misma caí en su red de mentiras.

—Basta —advertí agradeciendo que mis padres no estuvieran aún en casa, aunque sabía que estaban a punto de llegar—. Me da igual las excusas que debas dar, lo que le tengas que decir a mi padre, pero quiero que desaparezcas de mi vida.

—Al menos deja que te lo explique y si aún quieres que me vaya lo haré, pero primero tienes que saber las razones por las que he tenido que hacerlo.

—Tuviste la oportunidad de explicarte antes de hacer lo que hiciste. Es más, ahora no vengas con arrepentimientos tardíos por tus actos. No voy a escucharlos. No me interesan los problemas en los que tú mismo te has metido por tus malas decisiones y no pienso pagar por ellos, ya has obtenido suficiente de mi parte. Ahora largo de mi casa, de mi vida y de todo lo que me rodea. No quiero volver a verte en mi puñetera vida.

Me di la vuelta como si aquello se hubiera dado por terminado. No pensaba escucharle. No pensaba dejar que se inventara una patraña en la que él era víctima de las circunstancias solo para lograr perdonarle.

No me importaban las razones, sino que hubiera sido capaz de mentirme a la cara, de fingir que le interesaba, que me quería, que deseaba estar a mi lado cuando solo lo hacía con un interés económico.

Sentí que me agarraba de la cintura para detenerme y me revolví comenzando a arañar sus brazos a la vez que intentaba darle

patadas.

—¡No me toques! —bramé sintiendo que insistía en aferrarme contra él.

—Por favor, escúchame —oí que rogó cerca de mi oído y podía sentir realmente el dolor en su modo de decirlo, pero ya había creído suficiente como para caer de nuevo en que aquel ruego pudiera ser real y no un acto de desesperación para continuar en su papel.

—¡Suéltame ahora mismo o llamaré a la policía! —bramé en un acto de desesperación y sentí como aflojaba su agarre y me alejé de él lo suficiente para no dejar que su simple roce me afectara—. He cambiado de opinión, quiero que te vayas ahora mismo.

Entré en la cocina y cerré la puerta asegurándome de que se echaba la llave. No dejé que dijera nada más, simplemente me alejé para que no pudiera verme a través del cristal y me apoyé en la pared del pasillo dejándome caer hasta que mi cuerpo cedió y acabé en el suelo.

Se marchó esa noche junto a Cristopher. Vi como el taxi les recogía en la puerta y hablaba con mi padre justo antes de meterse en el coche.

No fui capaz de salir de mi habitación ni siquiera cuando se había ido, porque entonces fui más consciente que antes de que no iba a volver a verlo. Y pese a la ira, la rabia y la sensación de sentirme utilizada, sentía un dolor real. Uno que ni siquiera llegué a sentir cuando vi a Mason con Susanne.

No quería hablar con nadie. Es más, no podía hablar con nadie porque primero necesitaba asimilar que nada de lo que había vivido con él era real. Me sentía tan estúpida, tan ingenua… ¿Cómo es posible que no me hubiera dado cuenta?, ¿Cómo es posible que yo misma le hubiera dejado entrar de ese modo en mi vida?

Pensé en todas las veces que parecía preocupado por mí, que me había defendido, que incluso sentí esa química innata y la seguridad que me proporcionaba estar a su lado.

¿Había sido todo una mera ilusión?, ¿Podría haber fingido durante todo este tiempo? Ya no sabía que era real o que formaba parte de una simple actuación.

Mi madre se quedó a mi lado en silencio, sin decir absolutamente nada, acariciando mi pelo hasta que me quedé dormida como si esperase que yo misma le contara lo sucedido.

Desperté alrededor de las diez de la mañana con un dolor de cabeza atroz y la sensación de entumecimiento en todo el cuerpo. Cuando entré en la cocina, mi padre estaba sentado en una banqueta mirando a la pared que había enfrente y supe que simplemente estaba esperándome.

—¿Y mamá? —pregunté dándome cuenta de que tenía la voz ronca.

—Tenía que trabajar, no ha podido cambiar el turno. Después de haber estado varios días fuera es complicado.

Asentí y me acerqué al mueble de las medicinas donde cogí una aspirina y me la metí en la boca mientras recogía uno de los vasos limpios de la encimera y abría el grifo del agua.

—¿Quieres que hablemos de lo que ha ocurrido? —inquirió mi padre.

—¿Hablamos de lo tremendamente estúpida que he sido?, ¿O de que tenías razón en que tener una relación sentimental podía complicar las cosas?

Vi como mi padre inspiraba con fuerza y después se bajaba del asiento para dirigirse hacia mí. Sin esperarlo abrió los brazos, los pasó alrededor de mis hombros y me estrechó contra él.

—Tú no eres estúpida, cariño —murmuró estrechándome con fuerza—. Nada de esto es culpa tuya.

Aquello hizo que la poca resistencia que me quedaba se rompiera y volviera a derramar lágrimas sin freno.

—¿Qué te ha dicho antes de marcharse? —exclamé cuando conseguí que la voz me permitiera expresarme.

—Que había cometido un error imperdonable y que lamentaba que las cosas acabaran así.

Me mordí el labio y miré hacia otro lado porque tenía la sensación de que era el mejor modo de controlar las lágrimas.

—Fue él quien hizo las fotos y las envió a la prensa por dinero —afirmé apretando los labios en cuanto solté la bomba.

Mi padre emitió gruñido y se apartó un par de pasos para apoyarse en la encimera de la isla.

—Como algo y vístete, necesitas tomar un poco de aire. Te espero en el coche.

No me apetecía, pero tampoco iba a poner impedimentos. Me puse una camiseta vieja y unos short como si no me importara que alguien pudiera hacerme una foto y salir en la primera plana de algún periódico o revista de prensa rosa.

No nos dirigimos hacia una playa, sino hacia un mirador y en cuanto aparcó el coche se bajó y supuse que esperaba que le siguiera. Lo hice, incluso nos quedamos unos minutos en silencio contemplando como se alzaba el sol sobre el horizonte.

—Cuando me dijiste que pensabas marcharte a Brisbane y cambiar tu vida abandonando el surf por completo, pensé que jamás podría perdonarme que, después de perder a tu hermano, también te pudiera perder a ti. Y no, no hablo simplemente de que te marcharas a dos horas de aquí, eso lo entendería, sino de perderte a ti misma —dijo con la vista al frente—. Sé que estos dos años han

sido muy duros para ti. Yo sé lo que es perder a un hijo, pero tú perdiste a un hermano al que estabas muy unida y, además, a tu compañero de equipo.

—Supongo que tenía razón cuando dije que el surf había acabado para mí y que Reef sería insustituible —admití con la voz lo suficiente amarga para sentir el quemazón en mi garganta.

—Los dos sabemos que no es así y he visto con mis propios ojos la química entre Max y tú, pero sobre todo he visto como has vuelto a resplandecer y recuperar esa parte de ti que ninguno de nosotros veía.

Sabía que tenía razón, pero aquello no me hacía sentir mejor sabiendo que todo había sido construido sobre una mentira.

—Supongo que eso ya no importa.

—Importa, Océane. Cuando me llamó el entrenador de Kingsley para hablarme de él, no me interesaba que volvieras a competir a nivel internacional, ni siquiera pensé en que encontraras realmente a un compañero de equipo que pudiera acercarse al nivel de tu hermano. Solo quería desbloquear ese muro que habías creado en torno a ti y a todo lo que tenía que ver con tu hermano.

—Tú sabías que él no podía competir… —murmuré.

—Si. Lo sabía. Y que al igual que tú necesitaba tiempo.

Alcé el mentón para mirar al cielo completamente despejado y con viento ligero. Habría sido uno de esos días perfectos para hacer surf.

—Más bien dinero. No tuvo reparos en admitir que su motivación era la económica y está claro que no tenía límite, ni escrúpulos.

—Dime una cosa. ¿Qué habrías sido tú capaz de hacer por Reef para que estuviera aquí ahora? —exclamó mi padre y dirigió su vista hacia mí.

Aquella pregunta me dejó indefensa, como si fuera impensable dar una respuesta.

—Cualquier cosa —afirmé sin titubeos.

—Max nunca quiso el dinero para él, habría subsistido dando clases de surf o trabajando en algún lado, pero eso no habría cubierto los gastos médicos de su hermana pequeña, unos que lleva cubriendo años gracias a todos esos patrocinadores que perdió de un día para otro tras su expulsión —confesó mi padre y se frotó las manos—. Su entrenador me habló de esto porque sabía que él jamás lo haría, quería advertirme de que no encontraría a ningún otro surfista tan disciplinado como él y que después de lo ocurrido necesitaba mantener un perfil bajo. Harmony es su punto débil y no deja que nadie lo conozca para que no sepan donde podrían hacerle daño.

¿Harmony es su hermana?, ¿Era con ella con quien hablaba todo este tiempo?

—¿Qué edad tiene su hermana? —gemí sin poder creer que nunca me hubiera hablado de ella.

—Ocho años. Su madre tardó tiempo en volver a tener otro hijo ya que el padre de Max la abandonó aún embarazada de él cuando era muy joven, por eso se lleva tantos años con su hermana. El padre de Harmony fue el entrenador de Max toda su vida, hasta que murió hace cinco años y él se hizo cargo de su familia y los gastos médicos de la pequeña.

—¿Por qué no me has contado nada de esto antes? —gemí sin saber si podría o no haber cambiado algo.

—No necesitaba que empatizaras con Max por lo que hacía, sino que te demostraras a ti misma si realmente merecía la pena abandonar lo que te ha apasionado toda tu vida. Además, no es una información que me correspondiera a mí decírtela.

—Puede que sus motivos fueran honorables, pero su modo de actuar deleznable —afirmé a pesar de que mi ira profunda había disminuido y ahora tenía una sensación agridulce muy extraña.

—No voy a premiar lo que ha hecho, pero tampoco sé si debo juzgarlo sin conocer las circunstancias.

¿Realmente se había visto obligado a hacerlo?, ¿Tan importante debía ser para él ese dinero como para actuar a escondidas? No pensaba disminuir la culpa. No cuando podría haberse sincerado, es más, si no lo había hecho solo reforzaba con firmeza que todo aquello que me había estado diciendo formaba parte de un papel para obtener un único resultado.

Estaba segura de que en caso de no haber descubierto Valeria esas fotos, habría tratado de convencerme para hacer esa entrevista y cobrar otra suma considerable de dinero.

—Supongo que ya no importa. No volveremos a verlo.

—Eso no es tan sencillo —aclaró mi padre provocando que le mirase fijamente—. La federación os ha convocado a ambos y te guste o no, debes ir a California. Ahora te toca a ti decidir si quieres que le expulsen para siempre de la competición o no.

Probablemente en ese instante habría hecho que le expulsaran y le jodieran su vida, pero realmente no dejaba de pensar en esa niña que dependía de él.

—Yo digo que le arruine la vida. Fue él quien vendió esas fotos sin su consentimiento, ¿no? Pues se lo tiene merecido, porque si yo no llego a encontrar las fotos en la cámara, ella jamás lo sabría y el muy cobarde seguiría engrandeciendo sus bolsillos —dijo Valeria que aún seguía cabreada porque Cris ni siquiera le había respondido al decirle que era un cretino por haber hecho esas fotos.

—Pero según el padre de Oce, lo ha hecho todo por su hermana pequeña —intervino Rachel que, a pesar de no estar de acuerdo con las formas, pensaba que no había actuado de un modo egoísta.

—Yo creo que debe ser ella quien decida, no nosotras —concluyó Alana—. A fin de cuentas, es su vida y la que ha tenido que sufrir las consecuencias de todo esto. No vamos a negar que algo bueno si ha hecho, finalmente vuelves a ser tú y no esa muñeca de trapo en manos de Mason que consentía todos sus caprichos.

Lo cierto es que el propio Mason había tratado de ponerse en contacto conmigo para advertirme que estaba cometiendo un error en creer que Max era un tipo decente. Incluso llegó a advertirme de que estaba dispuesto a darme una segunda oportunidad si testificaba a su favor y directamente lo bloqueé como había hecho con sus otros números.

Llegados a ese punto no sabía si Max le había dado esa paliza o no, pero casi comenzaba a desear que lo hubiera hecho porque realmente se lo tenía merecido.

—Hermana que jamás mencionó —advertí como si ese detalle no se pudiera pasar por alto.

¿Por qué?, ¿Tan poco confiaba en mí para no querer contarme los problemas económicos que tenía para cubrir los gastos de su hermana? Si algo llamaba la atención de alguien como Maximilian Kingsley es que a pesar de su físico imponente o la aparente arrogancia y egoísmo, jamás le había visto derrochar o tratar de impresionar como en cambio hacía Mason.

Era un chico practico, conformista, de hecho no le había importado conducir la camioneta vieja durante todo este tiempo o dormir en una caseta de jardín. Jamás se había quejado absolutamente de nada y pensar que todo eso lo aguantaba por ayudar a su hermana era un punto a su favor.

«Aunque engañarme, ser un hipócrita y fingir estar enamorado de mí le restaban más de mil»

No tenía ni idea de qué iba a hacer cuando volviera a verle. Tampoco cuando tuviera que tomar declaración en esa citación por parte de la federación internacional de surf. ¿Podía simplemente revelar los hechos?, ¿Podía fingir que lo desconocía y eso llevarles a tomar una decisión drástica con el resto de su carrera?

Por más que deseara venganza y destrozándole la vida pudiera obtenerla, lo cierto es que Max era un surfista demasiado bueno. Lo suficiente para ganar varios campeonatos y torneos.

—Yo creo que tendrías que saber realmente quien es esa hermana y conocer su situación para tomar una decisión —mencionó Rachel y todas la miramos—. Él ha estado aquí, conoce perfectamente todos los detalles de tu vida, tu familia, tus amigos, ¡Le has metido en tu casa y en tu cama!, ¿Qué menos que saber todo de él para saber si merece o no que le destroces la vida?

—Puede que si no sabes qué hacer, eso te ayude a tomar una decisión —dijo Alana.

Tal vez me preocupaba más en aquellos momentos tener que volver a verle que el hecho de saber que debía hacer llegado el momento. Habían pasado cuatro días desde que se había marchado. Ni siquiera trató de ponerse en contacto conmigo y eso por un lado me aterraba, ¿Quizá porque deseaba que todo lo ocurrido entre nosotros hubiera sido real? En cambio, solo obtuve silencio. El mismo que le había pedido y eso por algún motivo, tampoco lo soportaba.

Y es que por más que intentara desecharlo, no pensar en él o erradicarlo de mis recuerdos, su imagen volvía una y otra vez sin pedir permiso. Esa sensación de estar entre sus brazos, el modo único en que me llevaba al clímax o el susurro de su voz en mi oído se volvía presente cada vez que me subía a la tabla, que miraba hacia el horizonte, que me envolvía en silencio o que la oscuridad me permitía ver un cielo estrellado.

Jamás iba a poder mirar todas esas constelaciones sin pensar en esa noche y en que nunca volvimos a Fairy pools. Y jamás iba a entregarme de ese modo a alguien que no fuese él.

Lo sabía. Era inútil negarlo, esconderlo o rechazar la idea, pero por mucho que lo intentara estaba claro.

Me había enamorado perdidamente de él.

39

Sal en las heridas

Max

Ella no iba a presentarse. ¿Por qué lo haría? En su lugar yo no lo haría y teniendo en cuenta que había actuado como un capullo que se aprovechó de ella por dinero, es obvio que tenía la oportunidad perfecta para vengarse por mis actos.

Me lo merecía.

Y no por eso era consciente de que habría actuado de otro modo, al menos no cuando Harmony había tenido acceso al nuevo tratamiento experimental y ya se apreciaban ligeras mejorías.

Solo que eso había implicado una renuncia de la que estaba seguro que iba a ser incapaz de superar.

Puede que hubiera precipitado las cosas. Que sí tuviera una intención oculta en todas y cada una de las palabras que le había confesado, pero no dejaban de ser ciertas y de que Océane Sinclair fuese la primera mujer de la que me había enamorado perdidamente. La única que continuaba amando y la que con toda probabilidad lo seguiría haciendo el resto de mi vida.

La había cagado enormemente y pese a saber que no podía rectificar las cosas para arreglarlo, la imagen de sus ojos hinchados por la decepción me robaba el aliento.

¡Joder!, ¡La quería! Incluso había llegado a confesarlo cuando pensé que jamás podría abrir mis sentimientos a ninguna mujer porque no quería que nadie compartiera mi responsabilidad y menos aún compadecerme por ello.

Harmony era mi responsabilidad y debilidad al mismo tiempo y protegerla de todos era mi cometido, incluso si eso significaba que no pudieran llegar hasta mí a través de ella.

—Faltan veinte minutos. Aún puede aparecer —mencionó Cristopher.

Había decidido venir como recurso de testigos en lo ocurrido, aunque era muy probable que no quisieran escuchar su versión, pero se sentía demasiado culpable ya que había sido su falta de prudencia lo que había hecho que Valeria descubriera las fotos en la cámara y se lo contara a Océane.

No pensaba culparle de un error que se podía haber evitado si hubiera sido más cauto porque al fin y al cabo, era yo quien debía asumir las consecuencias de mis actos.

—No va a venir —dije colocando los codos sobre las rodillas y entrelazando las manos en la cabeza mientras miraba hacia el suelo sosteniendo el peso.

Llevaba días sin apenas dormir, sin cesar de darle vueltas una y otra vez a como debería haber actuado para que nada de aquello sucediera.

—Eso no lo sabemos, pero en cualquier caso céntrate en las evidencias. Solo existe una denuncia, pero no tienen pruebas suficientes para tener cargos en tu contra, tampoco te han detenido, ni existe una orden judicial. De hecho, has podido salir del país sin restricciones. Eso no es suficiente para expulsarte, debes insistir en que es una denuncia completamente falsa.

—Es que es una denuncia falsa —rebatió Cris.

Puede que estuviera preocupado por lo que iba a pasar dentro de esa sala en veinte minutos, pero la aceleración de mi pulso no era debida a los nervios de la decisión que tomaran todos esos altos cargos dentro de la federación, sino a la mínima

esperanza con la que deseaba aferrarme ante la posibilidad de que ella apareciera.

No había tenido ningún contacto desde que me pidió que me marchara y de eso ya había pasado una semana. Lo suficiente para que su odio se hubiera vuelto visceral o por el contrario estuviera dispuesta a tener una conversación, aunque tal vez esa era solo una vaga idea a la que tenía que aferrarme para no pensar que nunca volvería a verla.

—Dudo que eso les importe —admití.

Quizá era mejor ser realista y hacerme a la idea de que no podría volver a competir, al menos no de manera profesional y que acabaría el resto de mi vida impartiendo clases de surf en lugares turísticos y teniendo varios trabajos al mismo tiempo para cubrir las facturas médicas de Harmony, empezando por los cincuenta mil dólares restantes que aún me faltaban para cubrir el resto del tratamiento que había iniciado.

Emití un gruñido a la vez que exhalaba todo el aire contenido y entonces sentí el golpe en mi brazo. Me giré hacia Cris imaginando que había sido él, pero el reflejo de ese cabello rubio inconfundible detuvo mi vista.

¡Por todos los dioses! Si era guapísima con una camiseta vieja y unos shorts, enfundada en aquel vestido entallado podía hacerle sombra a cualquier mujer que se pusiera a su lado.

No era solo que fuera imponentemente bella, es que esa mirada, esos labios y esa seguridad al caminar la convertían en una diosa viviente.

Me levanté en un acto reflejo, probablemente ni siquiera era consciente de la reacción de mi cuerpo más allá que del hecho de que ella estaba allí y de que caminaba hacia mí.

Por un momento nuestras miradas se cruzaron, esos increíbles ojos aguamarina con una tonalidad de azul tan claro que

ni el mar o el cielo en un día soleado podrían hacerle justicia me observaban.

—Océano… —gemí sin quiera darme cuenta de que la había llamado por aquel apelativo al que le hacía plenamente justicia su nombre. Hermosa desde la distancia, infinita para quien se atrevía a conocerla y profundamente impredecible. La había conocido envuelta en una tempestad con un oleaje salvaje y después había descubierto su risa que se asemejaba a los días en que la marea está tranquila acariciando la orilla.

Y había sido esa tormenta virulenta que me expulsaba cada vez que intentaba acercarme a ella la que me había permitido conocer lo que se escondía bajo todas esas capas. Océane no pertenecía a nadie, sino a sí misma, porque su esencia era libertad y solo quienes saben apreciar el mar, llegan a conocer la inmensidad que se esconde en su interior.

—Kingsley —respondió deteniéndose a una distancia demasiado lejana, sobre todo teniendo en cuenta que mi primer impulso era acercarme y tocarla a pesar de que era muy consciente que no podía hacerlo.

—Gracias por venir —dije mirándola a ella y después me dirigí hacia Max que estaba a su lado—. A los dos —afirmé dirigiendo mi vista de forma fugaz a su padre para después volver a contemplarla.

Podía pasarme el resto de la vida observándola y quizá seguiría encontrando detalles que aún me faltaban por descubrir.

—Si me disculpáis, iré un momento al baño —dijo apartando la mirada y dirigiéndose hacia el fondo del pasillo donde no había nadie y solo resonaba el ruido de sus zapatos.

Notaba mi corazón en la garganta, el sudor en las manos y la sequedad en la tráquea.

—Necesito hablar con ella —dije acercándome a Jax sin saber que aquellas cuatro palabras iban a sonar a un ruego desesperado.

—Lo sé —afirmó Jax e inclinó el brazo donde llevaba un reloj de pulsera clásico para ver la hora—. Tienes seis minutos muchacho, aprovéchalos bien.

Corrí hacia la puerta por la que se había perdido Océane escasos segundos atrás y cuando entré la encontré frente al lavabo, con las manos sobre la encimera de mármol y mirándose al espejo.

Enseguida volvió la vista al sentir que se abría la puerta y se apartó quedando cara a cara frente a mí.

—No deberías estar aquí.

—No. Es cierto. No debería —admití caminando lentamente hacia ella.

—Te dije que no volvieras a acercarte a mí. Que no volvieras a tocarme —insistió y aún así seguí caminando.

—Es cierto. Lo hiciste —afirmé quedando apenas un par de pasos de distancia entre nosotros y sintiendo que mi corazón iba a salírseme del pecho porque ella no retrocedía.

—Si este es tu modo de coaccionarme para que hable en tu defensa te diré que…

No lo resistí más y me lancé a sus labios con fiereza, entrelazando una mano en su nuca y la otra en su cintura para que no pudiera escapar de aquel beso.

—No estoy aquí por eso, es más, merecería que hablaras en mi contra y me expulsaran de la competición para siempre, pero podría soportarlo, al menos lo haría si tú estuvieras a mi lado.

—¿Y no es esto otra de tus estrategias para que hable a tu favor? —exclamó alzando el mentón y mostrando esa fiera que se escondía bajo aquel rostro de rasgos dulces, simétricos y perfectos.

—Puede que creas que todo cuanto dije formaba parte de un plan, pero para mí cada momento que viví contigo fue real, Océane. Te quiero. Eres la única mujer que he amado y probablemente pasaré el resto de mi vida queriéndote, aunque ahora sé que tendría que haber hecho las cosas de otro modo, pero en ese momento pensé que no tenía elección posible.

—Siempre hay elección —dijo dando un paso hacia atrás para separarse de mí y noté como mi cuerpo percibía el rechazo igual que si me hubiera dado un puño en el estómago.

—Sé que tenía que habértelo contado. Confiar en ti, pero jamás he permitido que nadie se acercara lo suficiente a mí para llegar a ver la parte más vulnerable. Supongo que es más fácil evitar que te hagan daño cuando no conocen los puntos débiles.

—¿Y cuál es el tuyo? —preguntó con el rostro serio como si estuviera estudiando si estaba siendo totalmente sincero con ella o si tenía intenciones ocultas.

—Harmony —afirmé con total sinceridad—. Mi hermana, tiene apenas ocho años y fue diagnosticada con diabetes cuando aún era muy pequeña. Los costes médicos cuando no tienes un seguro se vuelven interminables y cuando la enfermedad empieza a complicarse como en su caso al ser demasiado inestable, aún más.

Noté como se quedaba en silencio durante el tiempo suficiente para dudar de que mis palabras fuesen o no ciertas.

—Sabías lo que significaba Reef para mí. Que mi vida quedó completamente destrozada el día que desapareció. No hablarme de ella solo refuerza la creencia de que nada de lo que dijiste o hiciste fue cierto —dijo volviendo a apartarse.

—Las únicas personas que saben realmente quien es Harmony son aquellas que me importan de verdad. Si te hubiera hablado de ella tendría que admitir mis propios sentimientos hacia ti, algo que no estuve dispuesto a hacer hasta que fue innegable. Y después… simplemente sentía que era demasiado egoísta hablar del

vínculo que me une a ella, sobre todo cuando tú lo has perdido y has tenido que sentir que yo ocupaba el lugar de tu hermano en muchos aspectos.

Conforme más iba conociendo detalles sobre Océane, más me hacía una idea de lo importante que había sido para ella Reef. No solo eran gemelos lo que implica una complicidad única, sino que además eran compañeros de equipo, una pareja deportiva que se había proclamado campeona mundial. Podía comprender perfectamente de donde nacían esos miedos y su propia renuncia a continuar.

—El problema es que tu sinceridad llega tarde, Kingsley. Lo suficiente para poner en duda cada palabra que tengas que decirme.

En ese momento escuché los golpes en la puerta del baño y a Jax preguntando si todo estaba bien. Vi como Océane hacía el amago de salir y de forma impulsiva fui incapaz de dejarla alejarse, simplemente alcé el brazo para rodear su cintura impidiendo el paso y ella giró el rostro de forma instantánea para reprenderme por ello.

—Si esta será la última vez que tenga la oportunidad de verte, quiero sentir que no es una despedida, que no cometí el error más grande de mi vida al dejar que te marcharas, que no fui capaz de retenerte y lograr que me perdonaras. Si esta es la última vez que podré contemplar los ojos más hermosos que he visto en mi vida, quiero retener la imagen para el resto de mi existencia y saber que entregué mi corazón a la persona correcta porque sé que en cuanto salgas por esa puerta, mi vida dejará de tener sentido, que viviré una existencia amarga con el simple recuerdo de las veces que te entregaste a mí, de todas las ocasiones que pude amar tu cuerpo, sentirlo, vibrar, escuchar tus gemidos y mi nombre sollozando cada vez que alcanzabas el clímax conmigo —jadeé cerca de su oreja y sintiendo como el calor de su piel a través de aquel vestido lograba penetrar en mi propia piel—. No voy a dejar de quererte ni un solo día del resto de mi vida, Océano. Voy a esperarte. Voy a estar aquí el tiempo que necesites para perdonarme y, aunque jamás lo hagas,

seguiré esperando. Castígame, pégame, haz lo que quieras conmigo para expiar mi culpa, lo que sea… menos ignorarme.

Me acerqué a su rostro, rocé su nariz con la mía tentándola, queriendo saber si aún seguía sintiendo esa innegable atracción, si aún continuaba a sentir por mínimo que fuera algo hacia mí. Y en cuanto escuché el leve gemido casi imperceptible que emitió de su garganta al entreabrir los labios, me lancé a ellos sin piedad, aferrando su cuerpo contra el mío con la necesidad más apremiante.

Noté la tensión inicial de la invasión y después como cedía respondiendo a mi beso. Enloquecí apresándola con firmeza contra mi cuerpo y caminando con ella hasta la pared más próxima, enjaulando su cuerpo contra el mío sin darle un ápice de escapatoria. Salí al encuentro de su lengua y percibí la batalla que ofrecía, demostrando firmeza, pero imponiéndome como claro vencedor propio del salvajismo que me cegaba con pasión en aquel instante.

¿En qué momento pensé que podría simplemente marcharme de su lado sin mirar atrás?, ¿Cómo pude pensar por un ápice de segundo que tras esos seis meses que me había negado la federación de competir podría retomar mi vida tal y como era? No existía vida después de Océane. No existía un universo donde esos ojos azul celestial no me mirasen cada mañana al despertar. Y desde luego, no existía un solo día sin que recordase el olor de su piel.

—¿Océane? —La voz de Jax se escuchó desde la puerta y separé mis labios de los suyos apenas unos milímetros.

—¡Ya voy! —exclamó sin dejar de mirarme.

Podía sentir su respiración igual de agitada que la mía y mi cuerpo encajado contra el suyo provocando que su vestido se alzara hasta los muslos.

—No te vayas —susurré—. Quédate conmigo —rogué sin importarme arrodillarme en ese momento.

—No puedo… —susurró sin mover un ápice su cuerpo para intentar marcharse.

Cerré los ojos y posé mi frente sobre la suya.

—Dicen que, cuando el corazón deja de latir, el cerebro aún conserva siete minutos para aferrarse a todo lo que más quiso para retenerlo consigo como si se negara a dejarlo partir. No sé si ese momento existe, pero sí estoy seguro de que deseo llenar esos siete minutos de ti. Quiero que cada uno de ellos tenga tu nombre, tu sonrisa, el calor de tu cuerpo y el eco de nuestra historia. Porque si mi alma puede elegir qué llevarse antes de marcharse, yo elijo vivirte una vez más. Siete minutos enteros, con todo el amor y fervor del que soy capaz.

—Os han citado. A los dos. —Esta vez Jax no se limitó a llamar y hablar desde la puerta, sino que entró y vio como tenía a su hija enjaulada entre mi cuerpo y la pared.

Me aparté súbitamente y me fijé en sus ojos. Ella se limitó a asentir y comenzó a caminar hacia su padre con decisión, pero en el momento que estaba cruzando la puerta se volvió hacia mí y nuestras miradas volvieron a conectar por un segundo.

Y no necesité nada más para saber que ella iba a ser mía de nuevo. No importaba cuanto tiempo tardase en encontrar la rendición porque Océane era la mujer de mi vida y debí reconocerlo en el mismo instante que la vi por primera vez cuando mi corazón se detuvo al contemplar esos ojos cuya alma robó por completo la mía.

40

Más allá del horizonte

Océane

Seis horas antes de la citación.

—¿Estas seguro de que es por aquí? —pregunté a mi padre mientras atravesábamos el pasillo sin ver a ningún miembro del personal que trabajaba en ese lugar para preguntarle.

—Se supone, tampoco es que haya indicaciones por alguna parte para saberlo.

Cuando le había dicho a mi padre que quería hablar con la familia de Kingsley no me había pedido explicaciones, supongo que era justo que supiera las consecuencias reales que podría tener si Max era expulsado definitivamente de las competiciones. Una cosa era desear venganza por haberse aprovechado de mi nombre y las circunstancias, pero otra muy distinta era que personas como Harmony, sufrieran las consecuencias de mis actos.

—Allí hay una enfermera —dije al ver a una mujer vestida con el uniforme azul claro.

Estábamos en una parte del hospital privada, donde se llevaban a cabo los tratamientos experimentales, así que el personal en aquella área era mucho más reducido. Ni siquiera sabía qué iba a decir o preguntar o… realmente qué hacer y quizá por eso necesitaba ver con mis propios ojos la realidad.

La enfermera nos envío una planta más arriba y continuar hacia el final del pasillo donde estaban las habitaciones. Apreté con fuerza las manos aplastando ligeramente el regalo que llevaba envuelto y cuando llegamos hasta la zona indicada no hizo falta llamar puerta por puerta, reconocí los ojos de Kingsley en la señora que estaba hablando por teléfono en el pasillo.

Colgó de forma inmediata la llamada y se acercó hasta nosotros como si sus ojos brillaran.

—Tú eres Océane —dijo con una sonrisa e inmediatamente después se lanzó a mis brazos.

No sabía cómo reaccionar, tampoco me había hecho una imagen de lo que podría ocurrir presentándome sin avisar, pero desde luego no me esperaba aquel recibimiento.

—Max no me dijo que finalmente podrías venir. Harmony lleva pidiéndole conocerte cada día desde que se marchó a Australia y él le prometió que si el tratamiento nuevo funcionaba, la llevaría a Noosa.

¿Harmony quería conocerme?, ¿A mí?

—¿Ella está bien? —inquirí sin saber qué responder a aquello.

—Sus crisis se han reducido, eso significa que el nuevo tratamiento está haciendo efecto, después de que su cuerpo dejase de tolerar la insulina no existían demasiadas opciones sin poner en riesgo su vida y el tiempo jugaba en nuestra contra. Fue una bendición que Max nos dijera que una campaña estaba dispuesta a costear el tratamiento y eso es principalmente gracias a ti.

Podía notar como aquellas palabras calaban en mi interior porque al igual que a mí, había mentido también a su propia madre y suponía cuál debía ser la razón por la que lo había hecho.

—No tienen que agradecerme nada, yo solo…

—Eres importante para Max y en consecuencia lo eres también para mí. —En ese momento miró a mi padre e hizo un gesto de conmoción—. Disculpe, he olvidado presentarme. Soy Paige, la madre de Maximilian.

—Jax. El padre de Océane.

—¡Oh!, ¡Es usted el entrenador de ambos!, ¡El amigo de Patric! —clamó sorprendida conforme mi padre asentía—. Pasa dentro, Harmony se llevará una grata sorpresa cuando te vea…

Miré a mi padre que asentía y entré en la habitación que me indicaba la madre de Max mientras ella se quedaba hablando con mi padre en el pasillo.

El ambiente era limpio, no existía el típico olor a desinfectante de los hospitales, sino más bien olía algo agradable. La habitación era grande, divisé una camilla central y un sofá considerable conforme avanzaba. El ruido de la televisión evitaba que se pudiera oír la conversación del pasillo y deducía que también mis pasos. Cuando mi vista alcanzó a ver la persona acostada en aquella camilla, pude comprobar que Harmony tenía algunos rasgos muy parecidos a su hermano, pero sus ojos eran mucho más castaños y menos oscuros que los de Max y la tez mucho más pálida, aún así, se lograba ver un cierto parecido entre ambos y por un momento pensé qué demonios se me había pasado por la cabeza para estar allí o para invadir de ese modo su vida privada.

—¡Oh Dios mío!, ¡Estás aquí! —gritó dando un brinco de la cama y vi como tiraba de la medicación que había a su lado en uno de esos pies de acero que colocan las bolsas a goteo.

—No, espera. No te levantes —dije acercándome a la camilla y colocando las manos en alto para detenerla.

—¡No puedo creer que realmente estés aquí! —volvió a decir con una enorme sonrisa e instintivamente sonreí yo también.

—Yo tampoco —afirmé y provoqué que riera.

—¿Y Max?, ¿No ha venido contigo? —exclamó y eso me hizo pensar que no sabían absolutamente nada de como había acabado todo entre nosotros.

—En realidad no sabe que estoy aquí —dije como si fuera un secreto—. He venido para darle una sorpresa.

Aquello hizo que su entusiasmo creciera aún más y sonreí abiertamente.

—Eres su novia, ¿Verdad? A mí no quiere decírmelo, pero he visto vuestras fotos besándoos y él nunca ha salido en fotos besando a una chica.

Me mordí el labio sin saber que respuesta debía dar a eso, sobre todo teniendo en cuenta que entre él y yo no existía ningún tipo de relación en aquel momento, sobre todo porque ni siquiera yo sabía qué era real y qué no lo era.

Estaba allí porque necesitaba respuestas, entender realmente si para él había merecido la pena utilizarme, si debía vivir sabiendo que, aunque me hubiera engañado para enamorarme de él, al menos lo hizo por una razón que podía considerar justificada.

—En realidad tendría que hablar con él para poder darte una respuesta —dije colocando el regalo que le había traído entre nosotras—. Esto es para ti, a mí me encantaba de pequeña —dije viendo como su rostro se iluminaba y rompía el papel de regalo mostrando un kit para hacer pulseras de hilo.

—¡Me encanta! —exclamó—. ¡Podré hacer pulseras para que Max y tú las llevéis en las competiciones!

—Es una excelente idea —dije sintiendo instantáneamente una punzada en el pecho al saber que eso era muy improbable.

—¿Y vas a quedarte mucho tiempo? Max me ha prometido que si el tratamiento funciona y dejo de tener picos de glucosa constantemente podré viaja a Australia. ¿Es cierto que allí hay tantos canguros como dicen?

Definitivamente era una niña curiosa y con la suficiente osadía para preguntar sin temor a las respuestas.

—Realmente he venido solo para unos pocos días, por eso he decidido visitarte ahora, ya que después quizá no tenga tiempo —mentí puesto que quería verla antes de la citación con la federación para hacerme una idea de la situación—. Y estoy segura de que si vienes a Australia veras canguros, entre otros muchos animales que te sorprenderán.

Inmediatamente después me preguntó por mis amigas, por mis hobbies e incluso por mi hermano Reef. Era irónico pensar que supiera tantas cosas de mí y yo no había conocido su existencia hasta pocos días atrás.

Me despedí bajo la promesa de volver a vernos y de no decirle nada a Max para que fuera una sorpresa. La sensación era lo suficiente agridulce para haber guardado silencio durante todo el recorrido hasta la salida del hospital.

—¿Has encontrado las respuestas que buscabas? —preguntó mi padre cuando nos encontramos fuera del edificio.

—Si —afirmé antes de entrar en taxi que nos llevaba al hotel.

Quizá no había ido con un convencimiento claro, pero después de hablar con Paige y Harmony, tenía muy claro lo que debía hacer.

La mesa donde se hallaban todos los miembros de la federación internacional de surf era larga y redondeada. Ni siquiera sabía donde querían que nos sentáramos Max y yo, puesto que nos habían citado al mismo tiempo.

Aún sentía la turbación en mi cuerpo después de todo lo que me había confesado dentro de ese baño y estaba muy segura de que mis labios se veían completamente enrojecidos gracias a ese beso apasionado.

Mi corazón latía desbocado porque quería creer en cada una de esas palabras, porque en realidad, era incapaz de mirar hacia otro lado y negar que no sentía nada.

Le quería. Le quería tanto que había sido un infierno mantenerme firme y no venirme abajo ante el primer beso que me había robado.

Pero continuaba enfadada. Lo suficiente para haber resistido pese al temblor de mis piernas cuando me había pedido que nos marcháramos aún sabiendo cuales podían ser las consecuencias.

Solo había conseguido pagar la mitad del tratamiento de su hermana con la venta de las fotos, aún necesitaba la otra mitad y probablemente creía poder conseguirla si ambos acordábamos una entrevista conjunta donde admitíamos estar juntos y despejar todos los rumores.

—Tomen asiento por favor —dijo una mujer con el cabello rojo y ambos nos dirigimos hacia las dos sillas que había libres en el lado central más cercano—. Creo que la última vez que nos vimos, señor Kingsley, acordamos que mantendría un perfil bajo si quería que su suspensión finalizara en su beneficio. No consideramos que el espectáculo que ha ofrecido en los medios sea el más apropiado, más aún si tenemos en cuenta lo sucedido en la última competición en la que participó.

—Estoy más que dispuesto a asumir las consecuencias —contestó Max antes siquiera de que le dieran la oportunidad de hablar.

—Asume entonces que no va a defenderse de la denuncia que se ha interpuesto contra usted por agresión?

—Sostengo que es una denuncia falsa y que no se han emitido cargos en mi contra —dijo en un tono cordial sin mostrar prepotencia o arrogancia, sino simplemente siendo conciso y sin dar demasiados detalles.

—¿Quiere añadir algo más en su defensa? —proclamó la misma mujer.

—Si —afirmó colocando la espalda recta—. Quería agradecer su suspensión temporal ya que gracias a ello he podido descubrir una modalidad que me ha dado la capacidad de trabajar en equipo y aún más importante, he conocido a la persona que tengo a mi lado y con la que pretendo formar pareja muchos años —afirmó dirigiendo la vista hacia mí y volviendo a sentir esa mirada posesiva que me hacía temblar por completo.

—Es un placer tenerla aquí señorita Sinclair, nos alegra el anuncio de su regreso —comentó un hombre que había al lado de la mujer pelirroja—. Hemos decidido citarla hoy aquí para conocer las circunstancias de lo sucedido. Tenemos constancia de que la persona que interpuso la denuncia contra el señor Kingsley era anteriormente su pareja.

—Así es —afirmé entrelazando mis manos al sentir esa sensación de nerviosismo implícito a pesar de saber que no había hecho nada malo.

—¿Podría confirmarnos que ocurrió exactamente y si tal y como afirma el señor Kingsley esa denuncia es falsa?

Miré por un momento hacia Max y sentí como me guiñaba el ojo sin advertir nada más. Era el momento decisivo de su vida, ese

en el que podría perderlo todo y aún así parecía completamente tranquilo, al menos en apariencia.

—El señor Kingsley es culpable —afirmé acaparando la atención de todos—, de defenderme frente a Mason Sullivan mientras éste trataba de forzarme. Se entrometió entre ambos simplemente para protegerme de él y el señor Sullivan le amenazó frente a todos con la advertencia de arruinar su carrera. Es evidente que conocía las circunstancias de su suspensión y por eso emitió una denuncia de agresión completamente falsa contra Maximilian Kingsley.

—¿Tiene pruebas de lo que nos ha contado? —preguntó el hombre que tomaba notas en un cuaderno que tenía frente a él mientras el resto observaba.

—La policía ha estado recabando información durante todo este tiempo, no hay cargos contra el señor Kingsley porque no hay pruebas que demuestren que ha sido él. Los testigos de esa noche confirman mi versión y después de ese encuentro, pasó el resto de la noche a mi lado.

La mujer pelirroja observó las anotaciones del hombre que había a su lado y me miró directamente a mí.

—¿Tienen intención de presentarse al próximo campeonato?, ¿Creen que tendrán el nivel exigido? —No comprendía qué tenía que ver eso en la decisión que debían tomar en aquel momento, pero si pensaba en las semanas que había entrenado con Max y si realmente tuviéramos intención de presentarnos a ese campeonato de surf tándem que habían convocado, estaba plenamente segura de que podríamos tener muchas posibilidades.

Noté como mi mano se entrelazaba con la de Max porque él la había cogido al vuelo y sentí el apretón con firmeza.

—La decisión es tuya —dijo él llevándose mi mano a los labios.

—Creí que tendríamos que esperar a que cumpliera los seis meses de suspensión para poder presentarnos oficialmente —advertí frente a todos.

—Podemos hacer una excepción respecto al surf tándem teniendo en cuenta que es otra modalidad y compite en equipo. A la federación le gustaría ver el regreso de su vigente campeona.

—En ese caso, Kingley es la única persona con la que me presentaría a los próximos campeonatos, puede que tenga numerosos defectos, pero sin duda su destreza sobre la tabla es excepcional.

—Nos alegra saberlo. Emitiremos una comunicación oficial en quince días después de estudiar la situación y deliberar sobre las posibles repercusiones. Pueden marcharse.

¿Ya está?, ¿Eso era todo?

Aún así me levanté y emprendí el camino de regreso hasta la puerta por la que había accedido a aquella sala. Mi padre, Cris y otro hombre que había junto a ellos nos aguardaban al fondo del pasillo.

—Gracias por venir —dijo Kingsley conforme caminábamos mucho más despacio de lo normal.

—Era una citación, no podía eludirla —mentí.

—Aún así, podrías haber inventado una excusa o mentir sobre lo ocurrido y lo habría merecido por lo que hice, sin embargo no lo has hecho.

—Solo he contado la verdad de lo ocurrido esa noche.

—¿También decías la verdad cuando has admitido que competirías únicamente conmigo?

—A veces la verdad no es tan exacta. —Me detuve y metí la mano en el escote sacando un papel muy pequeño enrollado y atado con una cuerda improvisada de la propia etiqueta del vestido que llevaba puesto—. Y puede que ahí encuentres la respuesta.

Me alejé de él sin despedida, sin añadir nada más, sin darle tiempo a que lo abriera en mi presencia, sino que me alejé dejándolo atrás.

Cuando escribí ese escueto mensaje justo antes de salir de la habitación de hotel ni siquiera sabía si realmente se lo entregaría o si acabaría quemándolo esa misma noche antes de que alguien pudiera leerlo, pero ahora era mucho más consciente de su significado.

Un día. Una hora. Un lugar descrito con coordenadas precisas.

Y una oportunidad para ambos.

Porque tal vez la lección más grande que me había dejado Reef cuando se marchó es que solo tenemos una única vida y después de dos años malgastándola, no pensaba dejar que cediera el orgullo y pasar el resto de mi existencia pensando en lo que pudo ser y nunca fue porque no me atreví a perdonar sus actos.

41

La última ola

Océane

Catorce días después.

26°23’42” S, 153°06’60” E

El día había amanecido soleado y tranquilo con ligero viento, sonreí mientras daba pequeños sorbos al café y contemplaba el mar desde el porche de la casa. Dos semanas exactas desde aquel encuentro fugaz con Max en California.

Catorce días en los que un sinfín de variabilidades podían hacer que no nos encontráramos de nuevo. Tal vez no lograra encontrar el lugar. Quizá el tiempo no permitiría el acceso. O un simple retraso en el vuelo podría hacer que jamás llegara.

Había hablado con mis amigas, sobre todo con Alana de mi encuentro con Harmony y más aún de Maximilian.

No iba a negar que había rememorado cada una de sus palabras sintiendo que me estremecía cada vez que las recordaba y quizá, eso provocaba que ansiara que llegase ese momento y a la vez, me preguntara si realmente dejaría todo para estar allí, si me esperaría como había mencionado que haría, si realmente me quería tal y como aseguraba que hacía.

—¿Te apetece ir de compras al centro? Hace un día estupendo —comentó mi madre colocándose a mi lado en el porche.

—Sería estupendo —sonreí—, pero tengo planes. ¿Quizá otro día? —pregunté para que no lo sintiera como un rechazo.

—No hay problema. ¿Tienes una cita? —exclamó mi madre con complicidad y me giré para verla.

No parecía tener una expresión de asombro, pero podía notar un eje de diversión por la forma en la que evitaba sonreír.

—¿Qué te hace pensar que tengo una cita? —alcé una ceja.

—Porque te delata ese rostro de felicidad que demuestra que te gusta la persona que vas a ver. Eso y el hecho de que no seas capaz de dejar quieto el pie por tu claro nerviosismo.

En ese momento me di cuenta de que tenía razón y detuve el movimiento.

—No es una cita —aclaré y enseguida emití un gruñido—. Bueno, puede que sí lo sea. En realidad, no sé si él aparecerá…

—¿Te refieres a Max? —inquirió emitiendo una sonrisa.

—Si —afirmé recolocándome el pelo como si me molestara.

—No apruebo lo que hizo, aunque sí puedo entender sus razones y lo que puede llegar a provocar la desesperación para ayudar a una persona que quieres. A pesar de eso, tengo que reconocer que me gusta, quizá es porque en parte me recuerda mucho a tu hermano, pero es un buen chico y sobre todo admiro la capacidad que tiene para sacar lo mejor de ti misma. Hacía tanto tiempo que no volvías a ser tú, que ni siquiera me había dado cuenta hasta que él llegó a nuestras vidas.

Tuve que mirar hacia otro lado cuando sentí que aquellas palabras me emocionaban y tenía la sensación de que mis ojos se aguaban.

—Hace dos meses pensaba marcharme tras acabar el verano a Brisbane con Mason pensando que era el hombre de mi vida. Y ahora sé que ni siquiera le quería como se supone que se debe amar a la persona con la que deseas pasar el resto de tu vida.

—A veces nos aferramos a personas, situaciones o cosas porque creemos que no encontraremos algo mejor o simplemente no somos merecedores de algo más. Te mereces ser feliz sin sentir culpa, Oceáne.

—Lo sé —afirmé dejando que esas leves lágrimas de emoción surcaran mis mejillas—. Quizá he tardado un poco más en darme cuenta, pero ahora lo sé.

Sentí como mi madre se alzaba y me abrazaba con fuerza.

Una hora más tarde elegía que bikini era el más adecuado y supongo que la elección estaba muy condicionada por mis propias expectativas. No era precisamente un bikini para entrenar, sino más bien para resaltar todos los atributos de mi cuerpo. La braga era minúscula y brasileña por atrás, mostrando gran parte de mis glúteos. La parte de arriba escotada pero con tiras que solo dejaban entrever la forma del pecho. Metí el teléfono y las llaves de casa en una mochila impermeable y me coloqué el vestido que menos espacio podría ocupar dentro de esa mochila. Mi tabla estaba en el mismo lugar de siempre, así que la cargué en la camioneta y puse rumbo hacia las coordenadas que le había dado a Max la última vez que nos vimos.

El corazón latía con fuerza con cada brazada, faltaban escasos dos minutos para la hora fijada y a mi alrededor no había nadie, aunque los turistas desconocían por completo el acceso a la cueva y la gente de la zona apenas la visitaba. Eso la hacía el lugar perfecto para un encuentro furtivo, salvo que el único acceso era a través de mar abierto y solo en días como ese donde el mar parecía más en calma, no era un riesgo atravesarla.

Si. Quizá había pensado que el destino debía elegir si esa segunda oportunidad era o no factible. Si Max estaba predestinado en mi vida y si, ¿Por qué, no? Tal vez quería enviar una señal a Reef allá donde estuviera para saber si él lo aprobaba.

Y aquel día soleado, espléndido y en calma lo corroboraba.

Accedí a la gruta sintiendo el eco de las olas en el interior y cuando paseé la vista alrededor gracias a la apertura superior por la que se filtraba la luz, le observé sentado en una de las rocas, con la vista fija en mí. Automáticamente su rostro serio pasó a dibujar una sonrisa complaciente. Antes de que pudiera bajarme de la tabla, se acercó hasta la orilla, entró en el agua y me alzó por la cintura obligándome a agarrarme a sus hombros y enroscar mis piernas a su cintura para sujetarme.

Su boca buscó la mía y salí a su encuentro dejando que su lengua avasallara la mía mientras aferraba su rostro entre mis manos. Sentí como el mundo se hacía pequeño hasta caber entre nuestros labios y el beso comenzó a tener su propio ritmo dejando que el tiempo dejase de contar. Adoraba su sabor, como esa brisa cálida que te invita a acercarte más y la determinación en el modo que invadía con osadía presentando una batalla digna de un gladiador hacía que despertase una corriente suave que recorría mi pecho.

La química siempre había estado de forma innegable e inevitable, como dos olas que se reconocen antes de volver al mar. Había fiereza, ansiedad, necesidad… tan intenso como un fuego hambriento que arde de forma descontrolada con la intención de quemar todo a su paso para saciarse.

Sentí como me dejaba caer sobre lo que debía ser su tabla sin que nuestros labios nos abandonaran y noté su peso sobre el mío, percibiendo su erección, clavándose con firmeza a través de nuestra ropa de baño y aparté mi boca de la suya para arquearme contra él y gemir de absoluto placer. Max aprovechó para besar mi garganta

mientras se recolocaba entre mis piernas para meter una de sus manos y encontrar fácilmente mi clítoris.

Me mordí el labio sin poder evitar gemir de placer y estiré de su pelo con firmeza provocando que alzara su cabeza para mirarme mostrando una sonrisa digna de un dios del Olimpo. Sin duda podría ser Poseidón que surca los mares y estaba más que dispuesto a complacer cada uno de mis deseos.

Como si predijera mis propios pensamientos hizo un movimiento circular con sus dedos obligándome a cerrar los ojos y volver a exclamar de placer acercándo su boca a la mía sin llegar a besarme.

—Te deseo tanto que soy incapaz de resistir mucho más —advirtió apresando mi labio entre sus dientes y emitiendo un gruñido mientras deslizaba sus dedos y metía dos al mismo tiempo comprobando que estaba completamente humectada.

—Entonces no te resistas —afirmé obligándole a besarme mientras alejaba su mano haciendo que gruñera, pero instantes después sentí como se abría paso entre mis piernas y mis uñas se clavaban en su espalda.

Allí estaba de nuevo ese placer provocando una marea agitada con cada embestida, sintiendo que un mar embravecido y furioso necesitaba descargar su rabia. Salí a cada encuentro, sintiendo que era insuficiente, percibiendo el calor que abrasaba la parte inferior de mi abdomen y necesitando que sus manos recorrieran mi cuerpo.

Max se alzó colocándose de rodillas sobre la tabla y me llevó consigo, sintiendo que tenía libertad de movimiento, notando como sus manos sostenían mi peso y cada vez que me embestía gemía en su oído porque era una estocada aún más profunda que la anterior.

Podía saborear el clímax, sentir que lo rozaba y casi lo alcanzaba, notaba como se acercaba ese momento provocando que me desinhibiera al completo, que no me importaba mostrar hasta

que punto él me enloquecía porque mi cuerpo era la cerradura para la que solo él tenía la llave que encajaba de forma exacta.

Por un instante, dejé de perseguir respuestas, de cargar con dudas, de intentar controlar mis propios sentimientos o mi propio cuerpo. Solo existíamos él y yo en aquella gruta. Solo existían nuestras respiraciones agitadas, jadeos sin control y el ritmo de una danza ancestral que sincronizaba nuestros cuerpos a la perfección. Cada latido de mi propia existencia me había llevado a ese momento, a ese instante perfecto en el que todo tenía sentido.

Y noté como todo lo que había estado conteniendo durante esos catorce días desde nuestro ultimo encuentro se rompía. No como una caída, sino como una puerta cerrada durante demasiado tiempo que decide abrirse para dejar entrar una luz imparable que ilumina todo.

Una oleada de euforia me atravesó, venía desde dentro, desde lo más profundo de mi interior como si siempre hubiera estado ahí deseosa de salir y esperando pacientemente a ser liberada. Sentí que cada barrera que la contenía se deshacía una a una, y con ellas se iba el miedo de las palabras que nunca había pronunciado.

—Te quiero —jadeé como si aquello me hiciera ser mucho más que consciente de que le había elegido incluso antes de darme cuenta.

Noté como me abrazaba con fuerza y me embestía con mayor vehemencia, provocando que alcanzara un clímax inaudito, que el orgasmo se deslizara a través de mi cuerpo en olas de placer sin cese hasta que mi cuerpo quedaba lánguido entre sus brazos.

—Te quiero, Océane Sinclair. Te quiero más que mi vida misma. —Fue lo primero que escuché cuando salí de aquel letargo de absoluto deleite.

Ni siquiera nos movimos. Me quedé abrazada sobre él como si ninguno de los dos contemplara la posibilidad de apartarse del otro.

No pensaba cuestionarlo. No quería hacer ningún movimiento. Quería quedarme allí y de poder elegir, probablemente de forma eterna.

—¿Por qué elegiste este lugar? —preguntó acariciando con la yema de sus dedos la piel de mi espalda.

—Era el lugar favorito de Reef. La cueva de la reflexión, la llamaba él —admití pasando la vista alrededor—. Solía venir aquí cuando necesitaba o quería estar solo, desde aquí solo se oye el eco de las olas rompiendo en la roca y su acceso hace que muy pocas personas la visiten. Pensé que era el único modo de saber si él estaba de acuerdo en perdonarte. Una fecha al azar en un día al azar. Había muchas posibilidades de que el tiempo no permitiera el acceso a la gruta.

Vi como Max sonreía.

—No tuve la suerte de conocerlo y me habría gustado hacerlo para decirle que gracias a él, pude conocer a la mujer de mi vida. Que gracias al destino cruel, él te puso en mi vida. Habría venido hasta aquí aún con viento, oleaje, huracanes o tornados marinos. No me habría importado. Tú lo eres todo para mí, Océane. Absolutamente todo.

—Sé que le habrías gustado, en el fondo sois parecidos en algunos aspectos, aunque muy diferentes en otros, pero me alegro de que las previsiones para hoy fueran perfectas para llegar hasta aquí.

—Testificaste a mi favor y me diste ese papel con coordenadas que debías haber escrito antes de verme. ¿Por qué? No merecía ni que aparecieras en California, menos aún que me dieras una segunda oportunidad pese a que rogué cada día porque lo hicieras.

—No fui a California a testificar. Al menos no principalmente. Fui a conocer a Harmony, necesitaba saber por mí misma si podía justificar tus actos sabiendo que yo misma habría hecho lo mismo

para tener aquí a Reef conmigo. Sé lo que es perder un hermano. Sé lo que es pasar por ese miedo, angustia, dolor, sufrimiento y… desesperación. No perdono lo que hiciste, pero lo entiendo. Sé que no tenías tiempo para tratar de decírmelo, sé que tenías miedo de que pudiera haberme negado.

Noté como colocaba su mano en mi mejilla y la acariciaba.

—Definitivamente no te merezco —susurró uniendo su frente a la mía—, pero no contemplo un solo día de mi vida sin ti y, aunque pueda pecar de egoísta, solo pienso en reclamarte como mía.

—Quizá no tengas que hacerlo, hace demasiado tiempo que te pertenezco —sonreí y un segundo después sus labios apresaban los míos.

—Soy tuyo, Océane Sinclair. Completamente tuyo desde que te vi en esa playa por primera vez.

—En ese caso, Maximilian Kingsley, prepárate… —contesté esbozando una sonrisa.

—Si es contigo, mi rendición será plena.

Reí conforme me ajusté a él haciendo un movimiento con mis caderas y noté como él jadeaba para después llevar sus manos a mis glúteos, abriéndolos con firmeza y empujando conforme su erección se engrandecía de nuevo aún dentro de mí.

Sentirla provocó que me arqueara contra él y estaba más que preparada para un segundo asalto.

—Se acabaron los secretos —dije volviendo a moverme del mismo modo y sentí como empujaba con firmeza.

—Hecho —afirmó robándome un beso.

—Y las medias verdades —insistí antes de que se alejara lentamente para volver a envestirme de nuevo—. ¡Joder! —gemí volviendo a sentir esa sensación de pleitesía.

—Por supuesto —contestó volviendo a hacer lo mismo y me mordí el labio de puro deleite.

—Y le diremos al mundo entero que estamos juntos en esa maldita entrevista —afirmé agarrándome a él mientras me movía al compás de él y sentí sus ojos me miraban con intensidad.

—¿Es lo que realmente quieres? —preguntó mostrando el rostro serio.

—Harmony lo necesita —afirmé siendo consciente de que él necesitaba pagar el resto del tratamiento—, y a mi no me importa que el mundo entero nos vea unidos.

Sus labios se acercaron a los míos mientras sentía que se hundía de nuevo aumentando el ritmo.

—¿Gritar al mundo entero que te amo y qué eres mía? Océano… acabas de hacerme el hombre más feliz del planeta.

Ni siquiera pude contestar porque su ritmo se volvió tan salvaje que solo pude gritar dentro de aquella gruta su nombre hasta que el placer me envolvió en una nube de plena ambrosía.

Esa noche nos llegaría el correo oficial de la federación internacional de surf, para retirar la suspensión de Max y darnos carta blanca en todas las categorías.

Y sin duda… iríamos a por todas.

Epílogo

Max

Ocho meses después.

—¿Estás preparada cariño? —pregunté mientras veía como se cerraba la cremallera del bañador de neopreno.

—Nací preparada —sonrió antes de acercarse de puntillas y pasar sus brazos por mis hombros haciendo que me inclinara sobre ella unos centímetros para unir mis labios a los suyos.

Llevábamos demasiado tiempo preparándonos para este momento. Dejamos Noosa por Los Ángeles cuando las temperaturas en Australia nos impidieron seguir entrenando, así que estábamos más cerca de Harmony que comenzaba a hacer la vida normal que debía tener una niña que acababa de cumplir nueve años.

Nunca había pensado que la estabilidad de una pareja me gustaría. Pensaba que amaba la libertad, la soledad y no rendir cuentas a nadie cada vez que me movía de lugar, pero con Océane todo era diferente. Sin darnos cuenta habíamos comenzado a vivir juntos en aquella caseta de jardín y después, cuando nos mudamos a Los Ángeles, alquilamos un apartamento pequeño y decidimos comprar una camper para poder movernos entre largas distancias y poder llevar todo el equipo que necesitábamos con nosotros. Subir contenido a las redes sociales de nuestro entrenamiento había hecho que tuviéramos una exposición masiva y ese estilo de vida, había hecho que pudiéramos mantenernos sobradamente con los patrocinios de las marcas y las exhibiciones de una forma estable y más que holgada.

Ella no solo era mi compañera de equipo, sino también de vida y jamás pensé que amar de ese modo a una persona pudiera completar esa parte vacía de mi existencia que nunca creía que alguien llenaría.

Puede que mi error fuera creer que podría ser como mi padre, incapaz de responsabilizarme, de asumir riesgos, de frenar mis objetivos, pero ahora comprendía que en realidad él jamás amó de verdad a mi madre porque cuando uno ama de verdad, el sacrificio y la elección forman parte de ello. Yo siempre lo había hecho con Harmony y ahora Sabía que habría renunciado al surf, a mi vida, a viajar por el mundo sin permiso solo para pasar un solo día al lado de Océane.

—Sin duda me enamoré de la mujer correcta —advertí pasando un brazo por su cintura.

—¿Estás seguro? Creo que he visto a Susanne por allí… —respondió con cierto énfasis de irascibilidad.

Había conseguido clasificarse para el campeonato con su pareja y, a pesar de que no lo habíamos hablado abiertamente, sabía que el orgullo de Océane necesitaba aplastar en la competición a esa chica a pesar de que gracias a ella, había terminado de abrir los ojos respecto a Mason, pero incluso tiempo después, había tratado de insinuarse en varias ocasiones como si pretendiera hacer lo mismo conmigo.

Por suerte, el asunto con Mason había acabado de forma favorable para mí cuando la investigación había llevado a una grabación en la que él mismo buscaba pelea en otro bar y unos desconocidos acababan dándole una paliza. Así que finalmente ese tipo estaba fuera de nuestras vidas, sobre todo de la de Océane.

—El día que deje de mirarte solo a ti, será el día que ya no me encuentre aquí.

Nuestros nombres sonaron por megafonía y Jax nos hizo señas desde su posición. Hacía más viento del normal, lo que

conllevaba un oleaje mucho más salvaje y con la amenaza de tirarnos con mayor facilidad.

Teníamos veinte minutos exactos desde el inicio del pitido para mostrarles de lo que éramos capaces, así que iniciamos con las posturas más sencillas para tantear la tabla, el viento, el oleaje y determinar hasta donde podíamos llegar sin riesgos.

Comenzamos surfeando los dos hasta que la alcé sobre mis hombros formando un arco perfecto. El cuerpo de Océane era como el de una bailarina que realiza movimientos suaves, gráciles y perfectos al compás de una melodía, solo que ella bailaba entre las olas y el viento.

Surcamos una segunda ola con una postura vertical, después en equilibro con una única pierna y antes de caer logró invertirla y abrirse de piernas en horizontal sobre mi cabeza.

En la tercera ola comenzamos los movimientos más difíciles de equilibrio, donde tenía que sostener todo su peso sobre un único brazo o mantenerla sobre mis propias manos mientras giraba sin parar.

No logramos acabarla de un modo perfecto, pero sí lo hicimos en la cuarta y quinta ola hasta que nuestro tiempo se dio por finalizado y oímos el bramido del público desde las gradas.

Lo habíamos logrado. Ni siquiera importaba si nos convertíamos en campeones del campeonato porque yo sentía desde hacía mucho tiempo que ya había ganado. No necesitaba una copa o una medalla de oro que lo testimoniara, tenía todo cuanto deseaba para sentir que ya había ganado el juego.

Y aún así, el oro fue nuestro.

—El primero de muchos, Océano —murmuré frente a toda la prensa que no dejaba de fotografiarnos.

—Contigo al fin del mundo. No me sueltes nunca, Max —murmuró pasando sus brazos por mis hombros y colocándose en

puntillas.

La alcé como siempre hacía, porque después de entrenar tanto con ella su cuerpo formaba parte del mío, éramos solo uno.

—Siempre voy a estar aquí. Cada día. Cada hora. Cada segundo. Soy tuyo para siempre, Océane.

Vi como sonreía antes de besarme y después se acercaba a mi oído para que nadie más pudiera oírlo.

—Dímelo bajo las estrellas en Fairy Pools.

Sonreí. Habíamos prometido volver a las piscinas naturales de rocas en el parque natural de Noosa si ganábamos para terminar lo que esa noche no hicimos.

Y sin duda lo haríamos, solo que ella no sabía que esa noche también pensaba pedirle que pasara el resto de su vida conmigo.

Porque solo necesitaba ver la profundidad de sus ojos para entender que ella era el océano. Inmensa, indescifrable, tempestuosa, pero siempre capaz de despertar en mí el deseo de perder el rumbo. No era el brillo de la superficie únicamente lo que me había atrapado, sino todo aquello que se escondía bajo sus mareas: la fuerza con la que me enfrentaba, sus silencios, la calma con la que conseguía desarmar mis miedos y la inmensidad con la que transformaba cada instante en un lugar al que deseaba volver.

Hay mares que se contemplan desde la orilla y otros en los que uno decide quedarse a vivir. Ella era de esos. Y yo, sin darme cuenta, dejé de ser un simple navegante para convertirme en alguien dispuesto a cruzar cualquier tormenta con tal de seguir encontrándola en el horizonte.

Porque ella era y sería siempre mi océano.

Agradecimientos

Escribir un libro es mágico, pero es una labor muy solitaria en la que todo aquel que te rodea ni siquiera es consciente de la influencia que ejerce con sus actos o palabras. A veces nos invaden dudas, temores o inseguridades, y salir de esas aguas profundas en las que nos hemos sumergido para respirar una bocanada de aire resulta liberador.

Por eso quiero dar las gracias, en primer lugar, a las dos personas que pasan cada día a mi lado; mi marido y mi hijo, que me regalan sus sonrisas, sus abrazos y, sobre todo, su valioso tiempo. Ellos son la razón de que hoy estés leyendo esto, los que me impulsan a avanzar, a sonreír, a ser yo misma, a abrir las alas y volar hacia donde me lleve el viento.

A Ángela porque me recuerda que la bondad tiene nombre y no tiene palabras para demostrarla. Gracias por darme tiempo para poder acabar esta historia a tiempo.

Gracias a mi grupo de escritoras, por apoyarme en esos momentos de escritura para no sentirme tan sola, sobre todo a Alba y Susana que me acompañan cada mañana y que sé que leerán estas palabras. Con vosotras escribir se convierte en algo mucho más fácil.

Gracias infinitas a mi pelirroja favorita, mi querida Ángeles. Siempre lo he dicho y siempre lo diré, eres la persona con el corazón más grande que conozco, fui afortunada el día que apareciste en mi camino.

Gracias a mi querida Joana, por estar al otro lado del teléfono aguantando mis audios eternos sobre mis dudas o vacilaciones sobre las historias que escribo a pesar de los años y de la distancia.

Gracias a mi preciosa Paqui, por hacerme hablar de otra cosa que no sean mis historias y estar siempre ahí para escucharme.

Gracias a mis padres por ser ese constante apoyo día tras día que me hace reír, me llena de alegría y comprenden mis espacios.

Gracias a mi hermana, mi cuñado y mi sobrino, por esos tiempos que pasamos juntos en familia y que son inolvidables.

Gracias a Paola y Andrea, por estar, por ser y por sentir que a veces la familia se elige en lugar de escogerse.

Gracias a mi querida amiga Federica, por sacarme del mundo irreal en el que a veces vivo y con quien paso tiempos infinitos charlando sobre como arreglar este mundo para nuestros hijos.

Gracias a Serena, que puede convertir un día gris en un maravilloso sol resplandeciente. Nunca me canso de hablar contigo, amiga.

Gracias a Gema y Luis, porque no importa el tiempo que transcurra para que siempre que nos veamos no parezca que ha pasado un solo día sin vernos.

Gracias a mi querida Cris, que a pesar de que pasen los años y nos mantengamos en la distancia siempre has estado al otro lado para mí.

Gracias a Silvia y Rocío por nuestras charlas internacionales en las que pensamos como mejorar las cosas.

Gracias a Lucia, por ser la dulzura convertida en persona, eres un rayo de luz en plena tormenta.

Gracias a Georgia y a Rita, por esas cenas interminables en las siempre acabo con ideas nuevas para mis historias.

Gracias a Sara por esos momentos en los que las risas se convierten en tardes amenas.

Gracias a todos mis compañeros de máster, que siguen cada uno de mis pasos y me apoyan fielmente, sois lo más.

Y, por supuesto, gracias infinitas a todos mis lectores, sois ese apoyo constante e incondicional que forma parte de mi día a día,

que me impulsa a crecer y a ofreceros cada historia con la que, espero, os emocione.